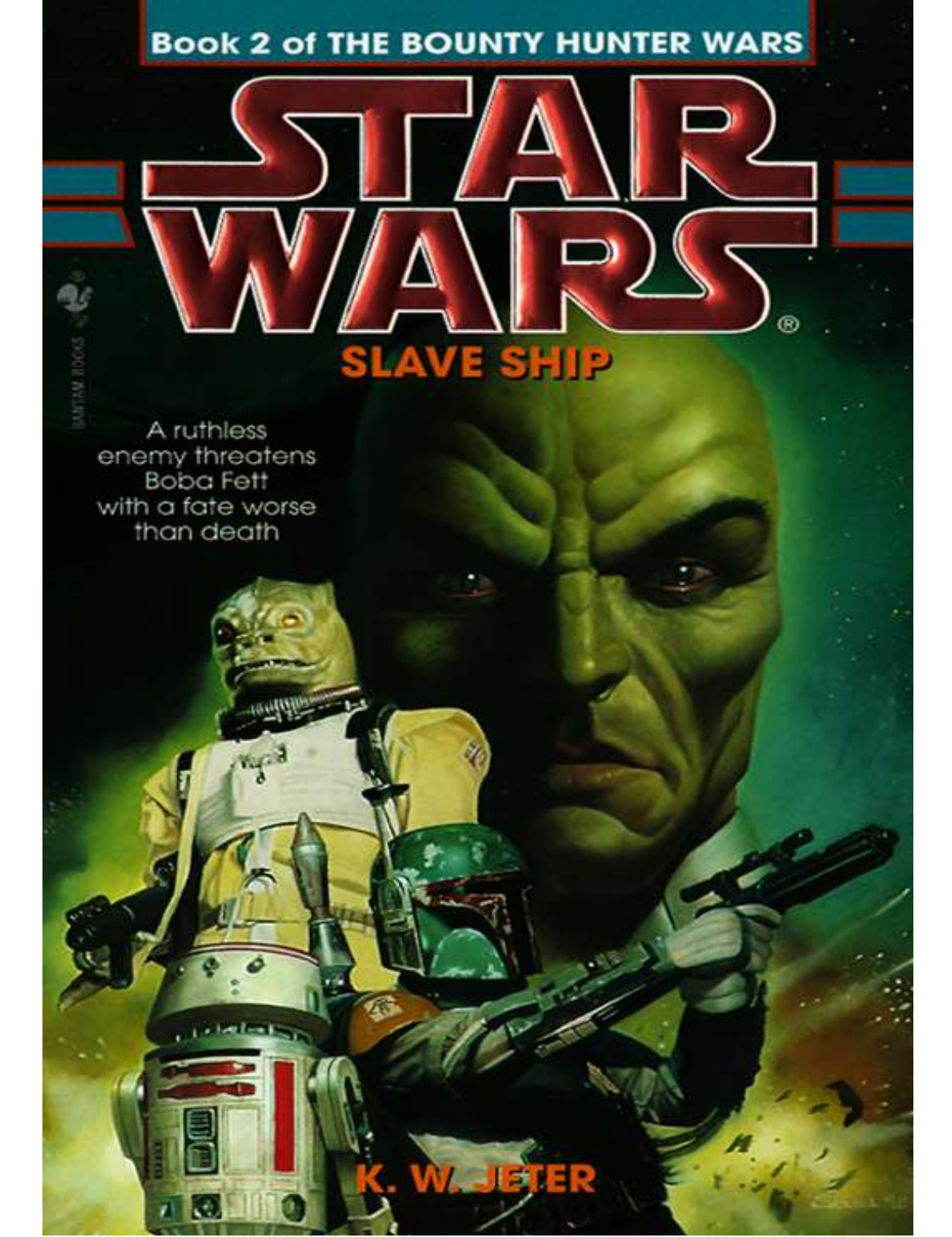

Book 2 of THE BOUNTY HUNTER WARS
STAR WARS®
SLAVE SHIP
A ruthless enemy threatens Boba Fett with a fate worse than death
BANTAM BOOKS
K. W. JETER

Es tan temido como admirado, tan respetado como despreciado. Boba Fett es el cazarrecompensas más exitoso de la galaxia. Ahora se encuentra perseguido en el juego más viejo de todos: la supervivencia del más apto.

El una vez poderoso Gremio de Cazarrecompensas ha sido roto en facciones que guerrean. Ahora el anuncio de una enorme recompensa por un soldado de asalto imperial renegado está a punto de iniciar un frenesí de codicia asesina. Esperando avivar los rumores de su muerte, Boba Fett abandona su nave, el Esclavo I, y se dispone a reclamar el premio. Aunque cada movimiento suyo lo conduce más cerca de una trampa montada por el astuto Príncipe Xizor. Fett morirá antes que ser el peón de Xizor en la guerra del Emperador contra los rebeldes. Y quizá tenga que hacerlo. Pues para ganar su libertad debe burlar a un arma sensible que se alimenta de espíritus humanos. Después debe escapar de una galaxia de enemigos mortales que quieren hacer realidad los rumores de su muerte.



LAS GUERRAS DE LOS CAZARRECOMPENSAS

LIBRO DOS

Nave Esclava

K. W. Jeter



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Slave Ship*

Autor: Kevin Wayne Jeter

Arte de portada: Stephen Youll

Publicación del original: 1998

de 0 a 4 años después de la batalla de Yavin

Traducción: mepesalalg

Revisión: mepesalalg

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

14.05.20

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

¡COLISIÓN!

En el borde superior de la ventana, Boba Fett vio una de las estrellas visibles brillar momentáneamente, desaparecer y luego reaparecer en la misma localización. Sin pensamiento consciente, sino sólo pura reacción, su mano voló desde los controles de motor a los propulsores inversos. Su palma presionó los controles de impulsión, dándoles máxima potencia.

Una fracción de segundo más tarde, el *Esclavo I* chocó con el objeto invisible cuya presencia Fett apenas había logrado detectar.

El impacto lo arrancó del asiento del piloto, lanzándolo a través del teclado curvo de los controles de cabina. Su espinazo pegó contra el claro transpareacero de la luna, un golpetazo lo bastante duro para mandar una sacudida de dolor al centro de su cráneo, cegándolo…

A Andrew Slac, Mary Mayther Slac y Gary Slac

Agradecimientos

Al autor le gustaría dar las gracias a Sue Rostoni por reñir las meteduras de pata, a Michael Stackpole por la pericia con el material informático, y a Geri Jeter, Gemóloga Graduada (Instituto Gemológico de América), por la referencia en piedras preciosas.

1

AHORA…
(*DURANTE LOS EVENTOS DE STAR WARS: EL RETORNO DEL JEDI*)

El miedo es algo útil.

Era una de las mejores lecciones que un cazarrecompensas podía aprender. Y Bossk la estaba aprendiendo en ese momento.

A través de la luna de la cabina del *Diente de Perro*, vio la explosión que rasgó la otra nave, el *Esclavo I* de Boba Fett, en llamas y fragmentos de duracero ennegrecido. Una ráfaga de estática de enlace de comunicación de banda ancha, como un grito de muerte electromagnético, ensordeció simultáneamente a Bossk. El agudo ruido multioctava se derramó a través de los altavoces en la cabina del *Diente de Perro* durante varios minutos, hasta que finalmente los últimos circuitos a bordo de la nave de Fett se hubieron consumido y silenciado en el apocalipsis ardiente.

Cuando al final pudo oírse pensar otra vez, Bossk miró fuera al espacio vacío donde había estado el *Esclavo I*. Ahora, contra el frío fondo de estrellas, algunos trozos de metal calentado disminuían lentamente del rojo vivo al rojo apagado mientras su calor fundido menguaba en la vacuidad. *Está muerto*, pensó Bossk con inmensa satisfacción. *Por fin.* Los átomos que habían constituido al difunto Boba Fett también iban a la deriva, desconectados e inofensivos en el espacio. Antes de trasbordar de vuelta a su propia nave, Bossk había instalado en el *Esclavo I* explosivos térmicos suficientes para reducir cualquier cosa viva a bordo a mera ceniza y malos recuerdos.

De modo que si todavía se sentía atemorizado, si aún se le hacía un nudo en el estómago cuando la imagen con visor oscuro de Boba Fett entraba en sus pensamientos, Bossk sabía que era una reacción irracional. *Está muerto, se ha ido…*

El silencio de la cabina del *Diente* fue roto por una señal corta, apenas audible, del panel de control. Bossk miró abajo y vio que el telespondedor había captado la presencia de otra nave en la vecindad inmediata; según las coordenadas que aparecían en la pantalla de lectura, estaba casi encima del *Diente de Perro*.

Y… era la nave conocida como *Esclavo I*. El perfil de identificación era una coincidencia exacta.

Es imposible, pensó Bossk desconcertado. Su corazón se estremeció hasta detenerse en su pecho; después titubeó. Antes de la explosión, había recogido el mismo perfil de identificación desde el otro lado de su propia nave; había dado la vuelta al *Diente de Perro* justo a tiempo para ver una enorme bola agitada de llamas llenar su pantalla de visualización.

Pero ahora se daba cuenta de que no había visto al mismo *Esclavo I*. Lo que significaba…

Bossk oyó otro sonido, aún más suave, viniendo de algún otro lugar en su propia nave. Había alguien más a bordo; sus perspicaces sentidos trandoshanos registraron las moléculas del rastro de otra criatura en la atmósfera reciclada de la nave. Y Bossk sabía quién era.

Está aquí. La sangre fría en las venas de Bossk se heló. *Boba Fett…*

Bossk sabía que, de alguna manera, había sido engañado. La explosión no había consumido el *Esclavo I* ni a sus ocupantes en absoluto. No sabía cómo lo había logrado Boba Fett, pero sin embargo se había hecho. Y el ruido electrónico ensordecedor que había llenado la cabina también había bastado para cubrir la entrada no autorizada de Boba Fett en el *Diente de Perro*; el estruendo estridente había continuado tiempo suficiente para que Fett penetrase en una escotilla de acceso y la volviese a sellar tras él.

Una voz llegó del altavoz superior de la cabina, una voz que no era ni la suya ni la de Boba Fett.

—Veinte segundos para detonación —era la calmada voz sin emoción de una bomba autónoma. Sólo las más potentes contenían circuitos de advertencia como ése.

El miedo derritió el hielo en las venas de Bossk. Se levantó del asiento del piloto de un salto y se zambulló por la escotilla detras de él.

En la bahía de equipo de emergencia del *Diente de Perro*, sus manos con garras arrancaron el contenido de uno de los armarios de almacenamiento. El *Diente* no iba a ser una nave mucho tiempo más; en unos segundos, y descontando, iba a ser pedazos brillantes de metralla y desperdicios rodeados por una neblina de gases atmosféricos disipándose velozmente, al igual que lo que había identificado erróneamente como la nave de Boba Fett, el *Esclavo I*. Que el *Diente* ya no podría mantener sistemas de soporte de vida no era la preocupación principal de Bossk en ese momento, cuando el trandoshano metía precipitadamente algunos objetos esenciales más a través de la junta autosellante de un estropeado saco de presión muy usado. Ni siquiera *habría* una vida que los sistemas soportasen: una pequeña porción de los escombros flotando en el frío vacío serían sangre y hueso y trozos chamuscados de tejido corporal, los restos del capitán de la nave enfriándose rápidamente. *Me voy fuera de aquí*, pensó Bossk; colgó la correa del saco a través de su ancho hombro y saltó por escotilla de la bahía de equipo.

—Quince segundos para detonación —habló una voz calmada y amable en el pasillo central del *Diente de Perro* mientras Bossk corría hacia la vaina de escape. Sabía que Boba Fett había alterado los circuitos vocales autónomos de la bomba sólo para ponerlo nervioso—. Catorce… —No había nada como un anuncio incorpóreo de muerte inminente para motivar a una criatura sensible—. Trece; ¿ha considerado la evacuación?

—Cállate —gruñó Bossk. No tenía sentido hablarle a una pila de explosivos térmicos y circuitos de activación, pero no podía evitarlo. Bajo el miedo a la muerte que aceleraba su pulso había pura rabia asesina y fastidio, el resultado aparentemente inevitable de cada encuentro que había tenido con Boba Fett. *Esa sucia escoria apestosa…*

La chatarra y los fragmentos dejados por la otra explosión traquetearon contra el exterior blindado del *Diente* como una nube de pequeños meteoritos de bordes fundidos.

Si hubiese alguna justicia en el universo, Boba Fett debería estar muerto por entonces. No sólo muerto; atomizado. La furia y el pánico en el corazón palpitante de Bossk cambiaron otra vez a desconcierto mientras corría con el saco de presión zarandeándose contra su espinazo cubierto de escamas. ¿Por qué Boba Fett seguía volviendo? ¿No había ninguna manera de matarlo de modo que simplemente *permaneciese* muerto?

—Doce…

No era justo. Ni siquiera había tenido la oportunidad de reclinarse en el asiento del piloto y sentir el cálido brillo extenderse por su cuerpo, la dulce tranquilidad que venía con aniquilar a los enemigos de uno. Y Boba Fett había sido su antagonista número uno; Bossk había perdido la cuenta de las humillaciones que había sufrido a manos del otro cazarrecompensas. Incluso había habido veces en que había formado equipo con Fett, y aún había acabado perdedor, mirando el estrecho visor del casco de Fett y percibiendo una burla de triunfo en la cara oculta por la armadura mandaloriana. Concedido, en una de esas ocasiones en que se había unido con Boba Fett, la propia agenda secreta de Bossk había sido matarlo; pero que hubiese fracasado sólo demostraba el lugar tan cruel e indiferente que era el universo. Era como el viejo Cradossk, su padre, le había enseñado en aquellos días hacía mucho tiempo, antes de ser asesinado por Bossk: *Nunca nadie ayuda a que lo maten, ni siquiera cuando debería…*

—Once —dijo la voz de la bomba.

No había tiempo para la autocompasión. Bossk limpió de su mente todos los pensamientos que no fuesen el instinto de conservación. Su pulso aceleró con la visión bienvenida de la escotilla de la vaina de escape directamente delante de él. Con una mano, Bossk tiró del saco de presión más arriba en su espalda mientras su otra mano se alargaba desesperadamente hacia los controles de entrada a un lado de la escotilla, todavía a un par de metros. No había pasajes cruzados en esa sección del *Diente de Perro*, ningún ángulo desde el que Boba Fett pudiese saltar o disparar con un desintegrador contra él. Aún había una oportunidad de escapar.

—Diez…

La punta de la uña de Bossk golpeó el gran botón rojo al que estaba apuntando. Con un siseo agudo, la escotilla de la vaina de escape se abrió deslizándose, revelando el estrecho espacio esférico de dentro; tendría que estar doblado con las rodillas en la cara todo el tiempo que estuviese ahí dentro. *Lo que supera a morir,* se recordó Bossk rápidamente. Lanzó el saco de presión dentro; después se arrastró tras él.

—Nue… —la escotilla cerrándose de vuelta en su sitio interrumpió la voz inexorablemente plácida de la bomba.

Bossk rodeó el saco y alcanzó los botones de desacople y lanzamiento de la vaina. Sus hombros presionaban duramente contra la curva del armazón herméticamente sellado. El espacio inadecuado era un recordatorio humillante de otra vez que había huido de Boba Fett en una vaina de escape de emergencia; el recuerdo todavía dolía dentro de él.

Fuera de esa vaina, podía oír sonidos apagados metálicos y crujientes, mientras la maquinaria del *Diente* hacía rotar la vaina a posición de eyección.

—Vamos… —rechinó la voz de Bossk en su garganta. Los dispositivos chasquearon a través de su programación con una deprimente carencia de prisa. Los ruidos cambiaron a chirridos y raspados, la vaina estremeciéndose como si estuviese a punto de detenerse sin tan siquiera dejar atrás el *Diente de Perro*. Nunca antes había utilizado esa vaina de escape, e incluso había considerado tirarla de la nave como peso muerto inútil; su naturaleza básica trandoshana siempre había hecho una reacción instintiva de quedarse y luchar antes que volverse y correr. Factorizar a Boba Fett en la ecuación, sin embargo, ofrecía un resultado diferente.

Esta vaina al menos tenía una ventana. Por la pequeña apertura, apenas del tamaño de su mano, Bossk vio de repente una extensión de estrellas; el puerto de lanzamiento en el exterior del casco del *Diente* debía de haberse abierto por fin. Su suposición fue confirmada cuando su espinazo fue repentinamente apretado hacia atrás contra la escotilla detrás de él, al tiempo que una intensa ráfaga de fuego de impulsor disparaba la vaina fuera al espacio y lejos de la nave.

Las estrellas cambiaban desorientadoras en la ventana mientras la vaina rodaba a un lado. Bossk envolvió el saco de presión con sus brazos desnudos y rechinó los dientes, rechazando las náuseas evocadas por la combinación de movimientos aleatorios y el nudo de miedo en la base de su tripa. Apretando los ojos, se preguntó qué número había alcanzado la cuenta atrás de la bomba. Dependiendo de la cantidad y clase de explosivos que Boba Fett hubiera llevado a bordo del *Diente de Perro*, y de lo velozmente que esa vaina de escape estuviera arrojándose por el espacio, quizá no estuviese todavía en lo despejado; la explosión de la bomba podría invadir la vaina como una marea planetaria, sólo que de fuego, no de agua marina. Las garras de Bossk se rizaron en puños mientras se imaginaba a sí mismo siendo cocido dentro de la vaina de escape, como un huevo no eclosionado siendo escalfado.

Espera un segundo. Otro pensamiento le llegó. Boba Fett no era autodestructivo; indudablemente el otro cazarrecompensas había salido del *Diente de Perro* en cuanto hubo fijado la bomba descontando para la detonación. De modo que su nave, el *Esclavo I* (el auténtico *Esclavo I*, no el señuelo que había emitido el mismo perfil de identificación), debía de estar aún en ese sector inmediato. *Y* dentro del alcance de una explosión demasiado grande. Bossk se relajó, dejando que su pecho se acomodase contra el saco de presión que había envuelto. Ese simple cálculo disipó algo del miedo que se había enroscado en su espinazo. *No haría explotar algo,* pensó Bossk, *que también lo matase a él.*

Otra voz habló en alto, en los confines de la vaina de escape.

—Cinco…

Los ojos de Bossk se abrieron de golpe. Su agarre en el saco se apretó mientras su mirada se lanzaba de un lado de la vaina de escape al otro.

—Cuatro —dijo la familiar voz calmada de la bomba.

El terror hizo la voz dentro de la cabeza de Bossk casi igual de inexpresiva. *Está aquí dentro.* Boba Fett había plantado la bomba dentro de la vaina de escape.

—Tres…

Una oleada de adrenalina transcurrió por el cuerpo del trandoshano. Apartó el saco de presión, estampándolo contra el lado cóncavo de la esfera. Sus garras rastrillaron a través del interior de la vaina, escarbando para encontrar el dispositivo explosivo. Algo más pequeño que su propio puño sería suficiente para reducirlo a él y el metal circundante a átomos disociados. *Tiene que estar aquí*, pensó furiosamente, *en algún lugar…*

Chispas calientes resquemaron su cara cuando soltó puñados de circuitos de los bancos de control mínimos de la vaina de escape. Una manguera de aire, liberada de uno de sus enchufes, siseó y vibró delante de Bossk como una serpiente expirando. Los cilindros achaparrados y paneles modulares curvos del equipo auxiliar de la vaina azotaron sus antebrazos y pecho mientras juraba y tiraba de todo sobre lo que podía poner sus garras.

—Dos…

La voz sin prisa venía de un pequeño cubo azul que Bossk sostuvo entre sus manos. Sabía que era la bomba; había sido pegada a una rejilla depuradora de atmósfera con una mancha de adhesivo utilitario, todavía sin secar. Frenéticamente, miró alrededor buscando alguna manera de eyectar la caja de la vaina de escape.

No había ninguna.

—Uno.

Dentro de la vaina, el espacio era tan estrecho que Bossk no podía extender los brazos en su longitud completa. Se metió hacia atrás contra la chatarra desgarrada, volvió la cara (para todo el bien que haría) y empujó la bomba contra el lado opuesto de la vaina, cerca de la pequeña ventana.

Nada sucedió.

Aún estaba vivo. Lentamente, Bossk volvió a mirar hacia el cubo azul, sujetado por sus manos contra la pared curva de la vaina. El dispositivo estaba mudo, como si la última de sus palabras hubiese sido drenada de él. Agarrándolo en una mano, se lo acercó y lo examinó.

Una esquina del cubo se había abierto. Bossk insertó cautelosamente la punta de una uña e hizo palanca.

Nada dentro; por lo menos, nada que pareciese una carga explosiva. Miró en el espacio vacío. El único contenido era un altavoz en miniatura y unos pocos circuitos vocales preprogramados.

Bossk tiró el cubo lejos de él con disgusto. No era una bomba en absoluto. Y no había sentido el impacto de una bomba, en la distancia fuera de la vaina de escape, así que probablemente tampoco había una colocada a bordo del *Diente de Perro*, de cualquier tamaño o capacidad destructiva. Si no hubiese cedido al pánico y no hubiese abandonado el *Diente*, si hubiese permanecido allí y hubiese ido cara a cara contra Boba Fett, podría haber liquidado sus cuentas con su enemigo de una vez por todas, y todavía estaría en

posesión de su propia nave. ¿Dónde estaba ahora? Los codos de Bossk rozaban incómodamente contra los estrechos confines de la vaina de escape, ahora más aún por los trozos y piezas revueltos a su alrededor. Al menos no había dañado nada esencial, hasta donde podía decir; todavía había aire para respirar, y los circuitos de navegación de la vaina parecían estar en condición operativa. Ya se habían fijado hacia Tatooine, el destino habitable más cercano; la imagen conocida del planeta ahora llenaba la ventana. No pasaría mucho tiempo antes de que la vaina descendiese a través de la atmósfera y aterrizase en algún lugar en la superficie. *Probablemente*, rumió Bossk, *en algún yermo.* Así era como parecía marchar su suerte. Sin embargo, no había mucho además de yermos en Tatooine, de modo que las posibilidades de cualquier otra cosa no eran buenas.

Cuando cambió de posición dentro de la vaina, el contenido del saco de presión lo pinchó en las costillas. Por lo menos se las había arreglado para sacar algunas cosas del *Diente de Perro*; cosas valiosas. Era reconfortante saber que el miedo no había borrado todos los otros instintos dentro de su cabeza. Su codicia trandoshana natural había seguido funcionando. Si podría sacar provecho de lo que había salvado, eso estaba por ver.

Alcanzó y recogió el cubo azul, la bomba falsa que ahora estaba piadosamente muda. Otras emociones se acumularon dentro de Bossk mientras miraba el objeto descansando en la palma de su mano con garras. Un enfado perpetuo, el cual siempre sentía cuando pensaba en Boba Fett, fue renovado una vez más en las oscuras extensiones de su corazón.

Una cosa había sido espantar a Bossk de su propia nave; eso era una táctica estratégica, digna del maestro que todo el resto del universo admitía que era Fett. Pero pegar ese módulo bromista, esa inutilidad parlante, dentro de la vaina de escape, sólo para desconcertar la cabeza de un oponente…

Eso sólo era puramente sádico.

Bossk trituró el cubo azul vacío en el centro de su puño; después lo tiró a un lado otra vez. Se envolvió las piernas con los brazos escamosos y descansó la barbilla contra las rodillas. Mientras los detalles de la superficie de Tatooine crecían más en la ventana, el pensamiento de Bossk se volvió aún más oscuro y asesino.

La próxima vez, juró. *Y habrá una…*

En la gran lista de agravios que guardaba junto a su corazón, cada uno con el nombre de Boba Fett adjunto, se había hecho otra entrada.

2

—Lo has dejado escapar.

Neelah se volvió desde la luna de la cabina del *Esclavo I*. En la distancia lejana, la vaina de escape con el cazarrecompensas Bossk a bordo había sido un punto de luz disminuyendo entre las estrellas, después perdido más allá de la curva del planeta al cual se dirigía.

—Expones lo obvio —respondió Boba Fett. Sus manos enguantadas se movían a través de los controles delante del asiento del piloto.

—Sí, bueno, yo tampoco lo entiendo —ese comentario vino de Dengar, de pie en la escotilla de la cabina. Su cara aún estaba brillante de sudor por sus recientes esfuerzos. Había habido muchas cosas que mover, y con prisa, de esa nave al módulo de carga que había sido lanzado desde ella—. Ese rufián intentaba matarnos.

—No «nos» —corrigió Fett—. A mí. Con toda probabilidad, Bossk ni siquiera sabía que vosotros dos estabais a bordo.

Eso no hizo sentirse mejor a Neelah. Las cosas habían sucedido rápidamente (demasiado, para su gusto) antes incluso de que la nave personal de Boba Fett despegase del Mar de las Dunas de Tatooine. La rápida masa funcional del *Esclavo I* había bajado llameando desde el cielo nocturno como un emblema magnificado de letalidad potenciada, justo a tiempo para aplastar bajo sus calientes toberas a uno de los dos hombres que los habían inmovilizado a ella, Dengar y Fett con su fuego de rifle desintegrador. Irritantemente, Boba Fett había mantenido la calma durante todo el tiroteo. *Fácil para él*, gruñó Neelah para sí. Era el que había transmitido la señal al *Esclavo I*, arriba en órbita por encima de sus cabezas. Así que sabía que venía. Simplemente no le había dado la gana de hacérselo saber a sus compañeros.

Si todavía lo somos, pensó Neelah. Con los brazos cruzados, examinó a cada uno de los dos cazarrecompensas por turnos. Dengar no era demasiado difícil de resolver; probablemente podría hacer un trato con él, y él se atendría a ello. Especialmente si había alguna oportunidad de obtener un beneficio. Ella sabía hasta para qué necesitaba el dinero; Dengar le había contado sobre su prometida, una mujer llamada Manaroo, y su deseo de hacer un tanto lo suficientemente grande para salir del oficio de cazarrecompensas de una vez por todas. *Hombre inteligente*, había decidido Neelah. O al menos lo bastante inteligente para darse cuenta de que tener la compañía de Boba Fett era una proposición peligrosa. Por lo que ya había aprendido, Neelah sabía que los socios de negocios de Fett tendían a tener vidas tan cortas como las de sus enemigos.

Mientras que Fett bien podría ser inmortal, por todo lo que ella podía ver. Ya había sobrevivido a caer por la garganta de la bestia sarlacc, en el fondo abierto de la Gran Fosa de Carkoon. La condición en la que Neelah lo había encontrado, con la piel virtualmente disuelta de la carne por las secreciones gástricas del sarlacc, habría deletreado la muerte para cualquier otra criatura. Sin embargo no había destruido a Boba Fett, sino que sólo parecía haberlo hecho incluso más fuerte y temible.

Qué suerte la mía. Neelah mantuvo su propia cara inexpresiva mientras observaba a Fett maniobrando la nave. Su propio destino había quedado ligado a una de las criaturas más duras del universo, el menos propenso a ser influido por amenazas o violencia… o seducción. En algunos aspectos, estaba mejor cuando todavía estaba en el palacio de Jabba, como una del grupo de bailarinas del difunto hutt. Al menos entonces sabía que su juventud y belleza, y el gusto de Jabba por esas cualidades tentadoras y preciosas, la mantendrían viva. Por un tiempo, o hasta que Jabba estuviese hastiado de sus miradas de ojos oscuros o estimulado por la idea de echarla a su rancor mascota, del modo en que había hecho con esa pobre twi'lek, Oola. Cerró los ojos, apenas capaz de reprimir el estremecimiento evocado por el recuerdo de los gritos de la chica, el gruñido del rancor y el deleite babeante de Jabba por lo que había sucedido en el foso cubierto de huesos delante de su trono. Quienesquiera que fuesen los que finalmente habían vencido a Jabba el Hutt (Dengar le había dicho nombres, Luke Skywalker y una Princesa Leia Organa, que no significaban nada para ella), habían hecho un buen trabajo librando al universo de esa enorme y repugnante babosa. Neelah supuso que sería pedir mucho esperar que ellos o cualquier otro también le hubiesen restaurado su pasado, las memorias oscuramente ensombrecidas de quién había sido y todo lo que le había sucedido antes de encontrarse en el palacio de Jabba.

También sería esperar mucho de Boba Fett. La profesión de cazarrecompensas sólo se ocupaba de una cosa: entregar sus preciosas partes de mercancía difícil al mejor postor. Si esa mercancía tenía pensamientos y miedos y esperanzas, o si todo lo que constituía el espíritu de la mercancía había sido purgado por una limpieza de memoria a nivel profundo, no importaba. Si Boba Fett la estaba manteniendo viva (de hecho, había arrastrado a Neelah fuera de la línea de fuego de sus atacantes y a bordo del *Esclavo I* sólo segundos antes de que despegase), entonces tenía que asumir que se hacía según la agenda de un cazarrecompensas, y no por una preocupación por su bienestar. *Eso es lo que tengo que descifrar*, se recordó Neelah a sí misma. *Qué hay para él.* Antes que cualquier otra cosa; algo más que su propia supervivencia dependía de la respuesta a esa pregunta. Sabía que indudablemente era la clave para desbloquear todos los otros misterios, todo el recorrido atrás hasta su propio nombre verdadero.

Otra voz irrumpió en sus pensamientos rumiados.

—Aún no nos has contado —dijo Dengar— por qué has dejado escapar a esa criatura, Bossk.

Boba Fett miró por encima del hombro al cazarrecompensas de pie en la escotilla de la cabina.

—¿Conoces su nombre?

—Por supuesto —Dengar señaló una de las pantallas de datos debajo de la luna delantera del *Esclavo I*—. He reconocido el perfil de identificación que ha aparecido cuando nos aproximábamos a su nave. Lo último que he oído es que el *Diente de Perro* todavía es la nave de Bossk.

—Corrección —dijo Fett—. *Era* su nave.

—¿Vas a hacerla explotar? —Dengar hizo una mueca y sacudió la cabeza—. No sé si es tan buena idea. He tenido algunos encontronazos con él anteriormente, y puede ser un tío de cuidado.

—Ni que lo digas. —Neelah se había quedado a bordo del *Esclavo I*, observando mientras Dengar operaba los controles del puerto de trasbordo entre las dos naves. Desde la cámara de visión remota del puerto, había vislumbrado a Bossk cuando salió corriendo de la aparición de su enemigo supuestamente muerto, repentinamente materializado a bordo del *Diente*. Hasta había obtenido una medida de regocijo macabro de presenciar el pánico del trandoshano. Pero también había reconocido su escamosa imagen con colmillos de su tiempo en el palacio de Jabba. Bossk había sido uno de los muchos delincuentes y comerciantes de violencia lucrativa que entraban y salían del empleo del difunto hutt. Cada vez que Neelah lo reconocía, un escalofrío enfermizo se establecía en su tripa; la mirada reptiliana que dirigía hacia ella y las otras bailarinas hablaba mudamente de apetitos que dejarían mezcolanzas de sangre y huesos astillados como señales de su realización.

—He tenido mucha más experiencia con Bossk que tú —la voz de Boba Fett permaneció nivelada e impávida—. Él y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Y créeme, no me preocupa ningún desquite en sus manos.

—Bien por ti —refunfuñó Dengar—. Quizá *tú* puedas ocuparte de él. Sólo estoy inquieto por lo que suceda cuando venga detrás de *mí*. Ese tío no es conocido exactamente por ser capaz de perdonar y olvidar. Se despierta listo para arrancar de un mordisco las cabezas de otras criaturas.

—Puedo ocuparme de él; así lo he hecho en el pasado —una nota de diversión sonó en la voz de Boba Fett—. Así que mientras te quedes conmigo, mientras sigamos adelante con esta asociación que hemos acordado, entonces realmente no tienes nada por lo que inquietarte en absoluto, ¿no?

La expresión en la cara de Dengar indicó a Neelah que el final de las preocupaciones del cazarrecompensas aún estaba muy lejos.

Ella tenía que admitir, sin embargo, que las afirmaciones de Boba Fett parecían objetivas y no sólo jactancia. Había estado muy por delante de Bossk, incluso en cuanto todos hubieron subido a bordo del *Esclavo I* y sellado la escotilla de entrada.

—Esta nave va a explotar —había anunciado Fett—. Alguien ha metido una carga de explosivos a bordo.

—¿Qué? —de pie en la bodega de carga, Dengar había mirado boquiabierto al otro cazarrecompensas—. ¿Cómo sabes eso?

Boba Fett había dado golpes suaves en el lateral de su casco mientras explicaba.

—Tengo un relé de alarma, directamente desde los sistemas de seguridad que conecté en la red perimetral de la nave. Nadie entra ni sale del *Esclavo I*, ni siquiera cuando está en espera autónoma, sin que yo obtenga los detalles. El ordenador de la nave ya ha hecho una lectura espectral de las moléculas trocadas en el aire; hay unos explosivos altamente

térmicos, chapuceros pero efectivos, en alguna parte alrededor de nosotros, con una carga de disparador remoto ligada.

No había llevado mucho tiempo encontrar los explosivos: los circuitos detectores del *Esclavo I* ya habían hecho una búsqueda preliminar por toda la nave, reduciendo el posible sitio de una masa no autorizada a algún lugar detrás de la jaula de retención principal. Boba Fett había localizado rápidamente los explosivos, los había extraído y los había metido a bordo de un módulo de carga. Neelah había sostenido una lámpara de trabajo por encima de la cabeza, dirigiendo su haz al espacio entre las cuadernas de duracero del mamparo, mientras Boba Fett y Dengar desenvolvían el voluminoso objeto y lo arrastraban al centro del suelo del compartimento.

Antes de tirar por la borda el módulo, Boba Fett había cableado en sus circuitos de energía un pequeño dispositivo que había bajado desde el área de la cabina.

—¿Qué es eso? —Neelah había señalado el dispositivo.

—Un transmisor de superposición de identificación —había respondido Fett mientras cerraba la escotilla del módulo de carga y se ponía de pie—. Programado con los códigos de identificación del *Esclavo I*. Estrictamente corto alcance, y sin los niveles de encriptación fuerte que lo harían pasar un examen real de identificación. Pero debería bastar para engañar, sólo el tiempo suficiente, al visitante no invitado que dejó aquí este pequeño paquete.

El resto había sido fácil. Una vez el módulo de carga hubo salido disparado del *Esclavo I*, sus circuitos de navegación lo habían enviado buscando la otra nave que acechaba. Boba Fett había parado los motores propulsores de su propia nave, refrenándose y manteniéndose directamente detrás del módulo de carga, que todavía viajaba por delante. La explosión, cuando Bossk hubo pulsado el botón, había otorgado cobertura suficiente para que Boba Fett diese a los propulsores plena potencia y se lanzase junto al *Diente de Perro*. Estaba dentro de la nave del otro cazarrecompensas, con sus propias sorpresas preparadas para funcionar, antes de que Bossk supiese lo que sucedía.

Toda esa estrategia rápida había sido lo bastante fácil para que Neelah la siguiese. Sin embargo, eso había sido entonces; esto era ahora.

—Aún no entiendo —dijo en voz alta— por qué no has matado a ese Bossk o como sea su nombre, en vez de sólo darle un susto como ése.

—Es sencillo —Boba Fett no la miró, sino que continuó haciendo ajustes a las coordenadas de navegación del *Esclavo I*—. Ahora mismo, todo el universo cree que estoy muerto. O por lo menos, esas partes de él que se preocupan por el destino de los cazarrecompensas.

—Es cierto —dijo Dengar—. Cuando fui a Mos Eisley, la historia sobre ti cayendo por la garganta del sarlacc estaba por todo el espaciopuerto.

—Esperaba que fuese el caso. —Fett tecleó algunos números más—. A veces puede ser una situación productiva estar muerto. O al menos, hacer que las criaturas *piensen* que lo estás.

—¿De modo que dejas escapar a Bossk? ¿Después de que viese que aún estás vivo? —Neelah no podía comprender lo que estaba escuchando—. ¿Eso no anula todo el propósito de esta farsa? Una vez se abra camino hasta Mos Eisley, revelará la verdad a todo el que lo escuche.

—No, no lo hará —Boba Fett dio una única sacudida de su cabeza con casco—. No tienes experiencia con la psicología trandoshana básica. Son una especie ególatra; la única criatura peor en ese aspecto es un hutt. Pero los hutts tienen más razón de ser; son considerablemente más astutos que los trandoshanos. Bossk es al menos lo bastante inteligente para entender que una creencia universal en mi muerte lo beneficia. Con mi ausencia de la escena, muchos lo considerarán el cazarrecompensas número uno todavía trabajando el oficio. La mercancía que localizar y asegurar vendrá en su dirección, y también están las ventajas para el ego; éstas siempre han sido una motivación más grande para él. Si no son créditos en mi bolsillo, a mí no me interesa.

Obviamente, pensó Neelah. Decidió mantener la boca cerrada, al menos esta vez.

—Para Bossk, es una cuestión de orgullo —continuó Fett—. Disfruta siendo halagado y lisonjeado; mucha de la animosidad que me tiene se debe a su convicción de que de alguna manera lo engañé para no heredar el liderazgo del viejo Gremio de Cazarrecompensas. Eso es algo difícil de perdonar para él. Quizá me odie hasta las entrañas, pero no va a relatar ninguna historia sobre que yo estoy vivo que lo haga parecer un tonto. Cuando llegue a Mos Eisley, va a pasar por un momento bastante duro contando a los parroquianos de la cantina por qué ya no tiene el *Diente de Perro*; ha sido su nave durante mucho tiempo. No va a reconocer a nadie que lo espantaron de ella como a una liebre biituiana.

—Vale… —Dengar asintió despacio mientras lo reflexionaba, apoyando el hombro contra un lado de la escotilla de la cabina—. De manera que no pierdes nada dejando ir a Bossk. ¿Pero qué *ganas* con eso? ¿Vale la pena tener un enemigo como ése apuntando aún contra ti?

—Simple: gano un portavoz efectivo para la historia de mi muerte. Quizá haya sectores aislados del universo que todavía no hayan oído de ese desafortunado evento; algunas criaturas quizá estén muy interesadas en averiguarlo. Al mismo tiempo, algunas de las cosas de mis planes inmediatos podrían dar lugar inadvertidamente a especulaciones de que aún *estoy* vivo. Mejor que tengamos a Bossk en una madriguera de chismorreo como Mos Eisley, con cada canalla de los mundos habitados pasando por allí y escuchando mientras él hace lo que puede para convencer a todo el mundo de lo muerto que estoy.

Neelah estaba impresionada, a su pesar. *Piensa en todo*, admitió a regañadientes. No era de extrañar que hubiese arañado su camino hasta la cima de la profesión de cazarrecompensas. La cantidad de cadáveres ensangrentados que había dejado tras él debía de ser igualmente impresionante.

—Has olvidado una cosa —una expresión presuntuosa se mostró en la cara de Dengar—. Estamos, ahora mismo, a bordo de algo que estropea todo el juego. El *Esclavo*

I es conocido en toda la galaxia por ser la nave de Boba Fett; en cuanto otras criaturas lo reconozcan navegando a sus sistemas, van a sospechar (o *sabrán*) que estás vivo. Y otra vez a tu antiguo oficio.

—Me alegro de ver que no tengo a un tonto por asociado —cualquier rastro de sarcasmo fue filtrado de la voz de Boba Fett.

—Por tanto, ¿qué vas a hacer al respecto? —Neelah estaba segura de que el cazarrecompensas ya había calculado la respuesta.

—Eso también es un asunto sencillo —Boba Fett levantó una de sus manos enguantadas de los controles de la cabina e hizo un gesto hacia los mamparos que los rodeaban—. Dengar es correcto en su apreciación de que esta nave revela que sigo vivo, pero sólo si estoy realmente en ella. Un *Esclavo I* abandonado ofrece la lectura de un mensaje considerablemente diferente. Si es encontrado a la deriva y vacío, entonces la mayoría de las criaturas sensibles hará la asunción lógica de que de hecho estoy muerto; la nave confirmará las historias que ya han oído. Para algo tan valioso para mí como el *Esclavo I*, la única manera de que cayese de mi control sería si yo ya no estuviese entre los vivos. O así lo creerán la mayoría de las criaturas.

Neelah dio un asentimiento; tenía sentido para ella.

—Pero con todo, necesitarás una nave —advirtió—. Difícilmente puedes caminar desde aquí hasta donde quieras ir.

—Entonces, qué afortunado que tengamos otra nave disponible para nosotros —con un simple ademán, Boba Fett indicó la luna delantera de la cabina. Fuera en la distancia, enmarcado por las estrellas y la negrura del espacio, flotaba el *Diente de Perro*—. Concedido, no tiene las capacidades de ésta, ninguna nave las tiene; pero bastará. Bossk no era tal fracaso en el oficio de cazarrecompensas como para no tener los fondos disponibles para armar un sistema lo suficientemente decente —Fett hizo un leve encogimiento de hombros—. Con algunas modificaciones menores, debería servir a nuestros propios propósitos bastante bien. Una vez su perfil de identificación esté roto y anulado, con una nueva identificación programada, la nave ni siquiera será reconocible como la de Bossk; de modo que nadie captará la discrepancia de que el propietario original del *Diente* esté en algún lugar en Tatooine, mientras su nave está a años luz de allí. Eso debería proporcionarnos todo el anonimato que requerimos.

—Supongo que eso explica por qué no hiciste explotar la nave de Bossk con él aún a bordo. —Una cosa todavía desconcertaba a Neelah, adicionalmente a todos los otros misterios que ya existían—. ¿Pero por qué una necesidad tan grande de clandestinidad?

—Sí —tañó Dengar—. Tu reputación es lo más grande que tienes a tu favor. Hay muchas criaturas que darán la vuelta y abandonarán si oyen que estás implicado en algo cercano a ellas. Si renuncias a todo eso, si renuncias a tu identidad, a tu nombre, entonces comienzas desde cero. Todo tendrá que hacerse de la manera difícil, cada vez.

Boba Fett giró el asiento del piloto desde los controles; su mirada con casco, oculta tras el oscuro visor estrecho, abarcó a cada uno de ellos por turnos.

—Deberíais consideraros extraordinariamente privilegiados —dijo lentamente— por que haya explicado tanto como ya he explicado. No tengo el hábito de justificar mis métodos a nadie. Pero ahora tengo un asociado, así que eso requiere cierta paciencia por mi parte. Y en cuanto a ti —señaló a Neelah y después asintió, como en pensamiento profundo—, no tengo ninguna objeción a que escuches lo que pasa entre Dengar y yo. Pero no albergues ilusiones: te he salvado, y te he traído con nosotros, por una razón.

Neelah le devolvió la mirada, sintiendo la ira dentro de ella subiendo otra muesca.

—¿Cuál es?

—Lo averiguarás pronto. Pero por ahora, tienes valor para mí. Consuélate con eso.

Claro, pensó ella para sí misma. *Hasta que no tenga ningún valor para ti. ¿Entonces qué?*

Ese instante podría llegar en cualquier momento. Neelah ya había decidido que estaría preparada para ello cuando llegase. Boba Fett podía ser el cazarrecompensas más peligroso en la galaxia (creyesen las criaturas que estaba muerto o supiesen que aún estaba vivo), pero si pensaba que ella sólo iba a esperar a que él dispusiera de ella de la manera que conviniese a sus planes…

Entonces él había cometido un error fatal. Neelah mantuvo la cara como una máscara tan inexpresiva como aquélla que miraba. No sabía cómo iba a causar esa pequeña sorpresa para Boba Fett, pero los funcionamientos ocultos de su cerebro ya estaban en movimiento.

—Y en cuanto a la necesidad de discreción…

Por un momento ella pensó que él se había asomado de alguna manera a su mente y había leído una parte de lo que había encontrado ahí dentro. Entonces Neelah comprendió que continuaba contestando la pregunta que Dengar había hecho.

—Algunas cosas se realizan mejor en la oscuridad —la voz de Boba Fett se había tornado baja y melancólica al volverse hacia los controles de la cabina. En la luna delantera, la imagen silenciosa del *Diente de Perro* se acercaba—. Hay muchos que me deseaban muerto, y que hicieron todo lo posible por ocasionarlo.

Era cierto. En la mente de Neelah se mantenía fresco el recuerdo de cómo el Mar de las Dunas de Tatooine había sido machacado por el bombardeo, la furia de fuerzas desconocidas (desconocidas para ella) que buscaban destruir a Boba Fett, sin importar lo que costase. Esas fuerzas todavía estaban ahí fuera, en algún lugar entre las estrellas.

—Veamos cómo les gusta… —la voz de Boba Fett ahora era un susurro oscuro—. Cuando los muertos regresan…

3

Las noticias habían llegado lejos. De un lado de la galaxia al otro; desde el frío vacío del espacio, justo por encima de uno de los planetas apartados más remotos conocidos por cualquier criatura sensible, hasta uno de los centros de poder y riqueza más brillantes del Imperio. Y donde existían poder y riqueza, también estaban los irreducibles e inevitables elementos de intriga, conspiración y engaño.

—Vivimos en un universo de mentiras —dijo el Kuat de Kuat. Una de sus manos acarició el pelo sedoso del felinx acunado contra su pecho. El animal cerró los ojos, contento en su ignorancia. Las palabras de su dueño no contenían ningún significado para él. *Afortunado*, pensó el Kuat—. Respiramos mentiras y exhalamos traición, como si fuesen una parte esencial de la atmósfera.

—¿Señor? —Fenald, el jefe de seguridad del Kuat, estaba junto a él, cerca de las grandes ventanas segmentadas del área de recepción privada. Desde allí, podían verse los muelles de construcción e instalaciones de ingeniería de Astilleros de Propulsores Kuat, extendiéndose hacia la serie de estrellas en espiral en la distancia sin límites. Generaciones del linaje Kuat habían creado primero y después transformado la corporación en la apoteosis de la producción industrial; en los márgenes de Astilleros de Propulsores Kuat, inmensos cargueros desembuchaban las materias primas despojadas de otros sistemas estelares, todas para ser forjadas en naves y armas de la Armada Imperial. Incluso mientras el disco multinivel de la planta física de la corporación giraba lentamente sobre su eje, cruceros de batalla y destructores se erizaban con armamentos todavía no disparados, las placas reforzadas de los cascos soldadas a los armazones estructurales por sopletes láser articulados, el brillo más luminoso que el sol agotado en el centro de la órbita del antiguo planeta.

Era consciente de la perplejidad del jefe de seguridad; el comentario había llegado después de un largo silencio rumiando. Todos los empleados de alto nivel de Astilleros de Propulsores Kuat, el círculo más interno de asociados confiables (y bien pagados), sabían que no debían interrumpir esas meditaciones profundas. Pero, a veces, ayudaba decir los pensamientos de uno en voz alta. A un oyente de confianza; la lealtad instintiva del jefe de seguridad estaba reforzada con un salario generoso. Nada hablado iría más allá de las paredes de ese santuario, cuidadosamente protegidas y dragadas como estaban de dispositivos de escucha.

—La poca genialidad que tengo —dijo el Kuat de Kuat al fin—, es heredada de mi padre y de todos mis ancestros antes que él.

Fenald dio una leve sonrisa; había oído palabras similares anteriormente.

—El Técnico es demasiado modesto.

—Mejor eso que demasiado vanaglorioso. —Sabía que el orgullo desmesurado sería la eventual ruina de sus enemigos. Había habido cierto príncipe falleen, con ambiciones y ego casi iguales a los del Emperador Palpatine, cuyo ardiente arco a través de las estrellas había terminado en un choque fatal—. Pero como decía: hay más en esa genialidad

hereditaria que el mero diseño y elaboración de naves de guerra. Si eso fuese todo lo que tengo que hacer —reflexionó el Kuat de Kuat—, entonces la vida sería un placer sin fin. Pero la vida para mí, al igual que para mis progenitores, no es tan sencilla.

—¿Señor?

—Incluso bajo la vieja República, había intrigas políticas con las que contender. —El Kuat frotó detrás de las orejas puntiagudas del felinx mientras miraba por la hilera curva de ventanas—. Y empresas de ingeniería rivales que deseaban suplantar la posición de Astilleros de Propulsores Kuat como el contratista militar preeminente en la galaxia. Siempre ha sido así —asintió lentamente—. Pero ahora, bajo el dominio del Emperador Palpatine, las apuestas implicadas en esos intrincados juegos interminables han alcanzado un cénit de seriedad mortal. Cada movimiento nuestro, en este tablero que abarca los mundos habitados, podría tener consecuencias funestas; no sólo para un hombre, sino hasta para las corporaciones más poderosas. Tengo poca consideración por mi propio destino, pero la idea del Emperador agarrando todo de Astilleros de Propulsores Kuat en su puño, como se ha hecho con tantos otros mundos y entidades en la galaxia… —calló un momento mientras ese pensamiento evocaba la renovación de una fría promesa dentro de él.

Eso nunca sucederá, juró el Kuat de Kuat.

—Preferiría ver Astilleros de Propulsores Kuat, mi herencia y el trabajo de generaciones de Kuats antes que yo, absolutamente destruidos y en ruinas antes que dejar que caigan en el control del Imperio —echó un vistazo a su jefe de seguridad—. Ésa tampoco es una promesa vacía.

—De lo que soy muy consciente, Técnico —Fenald dio un único asentimiento de reconocimiento—. He supervisado personalmente los arreglos necesarios para asegurar otro desenlace. Si alguna vez llega esa ocasión, no habrá Astilleros de Propulsores Kuat de la que el Emperador se apodere.

Había cierta comodidad desolada en la sentencia de Fenald. *Lo que puede ser erigido*, pensó el Kuat, *puede ser arrasado*. Las mismas habilidades de ingeniería y diseño que se dedicaban a la construcción de las naves de guerra del Imperio se habían convertido en los métodos de aniquilar los muelles en los que eran construidas. Una visión vino al Kuat de Kuat, no de las explosiones altamente térmicas programadas en tandas que derretirían todo de Astilleros de Propulsores Kuat en chatarra ardiente; sino de las secuelas, cuando el duracero retorcido, los restos de las grúas y de las inmensas torres de sujeción, estuviesen tan fríos como los átomos errantes en la vacuidad circundante. Los sistemas de soporte de vida de APK, los cuales mantenían a raya el vacío y la fuerte radiación de los reactores de suministro de energía, también estarían hechos añicos; no quedarían criaturas vivas entre los escombros. El apocalipsis los encontraría, a los trabajadores y sirvientes de Astilleros de Propulsores Kuat y a su señor heredero también, con furia veloz; todos morirían en sus estaciones, el maquinista más humilde a los controles del torno de una torre, el mismo Kuat reducido a un cadáver en cenizas tras la parrilla destrozada de las ventanas que habían mirado fuera a su dominio. Entonces aquello sería su monumento y

el memorial por sus ancestros, aquéllos que también habían llevado el título de Kuat de Kuat. Los observadores vivos en los mundos más cercanos volverían sus miradas a los cielos nocturnos y verían la sombra de la destrucción pasando por delante de las estrellas, escribiendo un glifo negro hacia el horizonte, un emblema de glorias pretéritas que no necesitaría ninguna traducción a una lengua alienígena.

—Le agradezco su leal servicio —dijo el Kuat de Kuat—. Significa mucho para mí.

—Si alivia la mente del Técnico, entonces vale la pena. —El jefe de seguridad de Astilleros de Propulsores Kuat estaba de pie con las manos apretadas detrás de su espalda. El calor de la verdadera fe, tan heredada como el título de su superior, era evidente en sus ojos—. Pero el momento de su uso nunca llegará; eso es lo que creo. Nuestros enemigos conspiran en vano; Astilleros de Propulsores Kuat aún perdurará.

—Su confianza también es apreciada. —El Kuat deseó poder estar igual de seguro. Pues había más de lo que preocuparse que sólo el Emperador y sus maquinaciones interminables. La Rebelión lo había complicado todo, como si el tablero de juego se hubiese transformado de dos dimensiones a tres. Astilleros de Propulsores Kuat no debía fidelidad a nada salvo a sí misma, no albergaba otros grandes ideales que su propia supervivencia e independencia, un estado dentro del estado más grande que prevaleciese más allá de la corporación. Si ese otro estado que la rodeaba era la antigua República, el Imperio que la había derrocado o la visión de la libertad universal que la Alianza Rebelde desease producir, eso no significaba nada para el Kuat de Kuat. Eventualmente, un bando u otro ganaría; si era el Emperador Palpatine, o Leia Organa y Luke Skywalker y las fuerzas para las que se habían convertido tanto en símbolos como en líderes, todo de lo que el Kuat quería asegurarse era de que Astilleros de Propulsores Kuat tuviese una base amistosa (o al menos neutral) con los vencedores. Ganase quien ganase, después habría una necesidad de cruceros y destructores, y todo el otro equipaje temible de la guerra interplanetaria.

—La Rebelión… —reflexionó en voz alta el Kuat de Kuat una vez más, expresando las corrientes profundas de sus pensamientos—. Incluso si la Alianza Rebelde puede establecer una nueva República, una con mayor justicia y armonía entre las criaturas sensibles de la galaxia que las que prevalecían anteriormente, ciertos aspectos de la naturaleza humana y no humana no cambiarían a pesar de todo.

—Tal es la sabiduría, Técnico.

Él y su jefe de seguridad habían discutido esas cosas en el pasado. La sola codicia y todas las capas en cascada de desavenencias bastarían para dictar la presencia de alguna clase de fuerza de mantenimiento del orden. Y eso suponía armamentos, y la capacidad de lanzar su potencia de fuego a través de vastas distancias. La muy alardeada Estrella de la Muerte no había sido un proyecto de Astilleros de Propulsores Kuat (el mismo Kuat de Kuat había prohibido a la organización incluso pujar por cualquiera de sus subsistemas), pero el razonamiento tras ello había sido comprensible.

—No sólo sabiduría —dijo el Kuat—. Sino también astucia. —Repitió una de las lecciones que había recibido de su propio padre, el Kuat de Kuat anterior a él—. *La fuerza y el terror consiguen lo que la razón y el entendimiento no pueden.*

La familia Kuat había estado en ese negocio mucho tiempo, suministrando los instrumentos de la fuerza y el terror. Su reticencia a implicarse en cualquier aspecto de la construcción de la Estrella de la Muerte no se había basado en una objeción moral, sino puramente práctica. La riqueza y el poder de Astilleros de Propulsores Kuat venían de fabricar naves de guerra, y la Estrella de la Muerte, si hubiese tenido éxito en los propósitos de los almirantes imperiales, habría borrado mucha de la necesidad de un arte tan caro y lucrativo. Una criatura estúpida obstruye su propio nido; sólo una suicida ayuda a destruirlo. Con alivio, y una medida de vindicación, el Kuat de Kuat había oído sobre la propia destrucción de la Estrella de la Muerte en la Batalla de Yavin. Que el Imperio empezase a construir una Estrella de la Muerte aún más grande sólo significaba que los almirantes no habían aprendido la lección. La *velocidad* no era tan importante como la *maniobrabilidad*; las capacidades hiperespaciales de la Estrella de la Muerte no habían sido suficientes para tener mayor peso que otros elementos de la fuerza militar, como la *superioridad numérica*. Ninguna Estrella de la Muerte podía hacerse tan poderosa e impenetrable de atacar como para superar la pérdida de esos factores.

El jefe de seguridad exhibió una fina sonrisa conocedora.

—La astucia predomina, Técnico, donde la sabiduría es impotente.

—Exactamente. —Ese principio antiguo era lo que evitaba que pusiese los servicios de Astilleros de Propulsores Kuat a disposición de la Alianza Rebelde. La verdadera astucia requería sangre fría más allá de cualquier cosa que circulase por las venas de cualquiera de las especies reptilianas de la galaxia. El Kuat había visto amplia evidencia de esa crueldad en el Emperador, pero ¿qué había de los rebeldes? Había revisado los informes proporcionados por los propios equipos de inteligencia de Astilleros de Propulsores Kuat, las compilaciones de detalles, hechos, rumores, mitos, cualquier cosa que se pudiese encontrar sobre los líderes de la Alianza, particularmente ese Luke Skywalker con el que tanto el Emperador como su lugarteniente más importante, Lord Vader, parecían tan obsesionados. Pero el Kuat todavía tenía que poder tomar una determinación sobre su naturaleza interior. Todo ese idealismo lo consternaba; precisamente eso había derribado la antigua República y permitido a Palpatine llegar al poder. Y ahora, con todas esas habladurías sobre Luke Skywalker siendo un caballero jedi, ¿qué podría ser más tonto? Los ancestros del Kuat habían visto todo ese desfile brillante de honor y dedicación, de creencia en cosas más grandes que aquellas que podían ser asidas por manos mortales, desvanecerse gradualmente mientras el poder del Emperador crecía, un eclipse engullendo enteros los soles que ponía en sombra. La misteriosa Fuerza que había dado forma a las creencias jedi no parecía poder prevalecer sobre aquéllos como Vader, quien podía volverla a un uso más oscuro, un uso que consumía el espíritu incluso mientras el agarre de uno sobre el destino de la galaxia se apretaba. *Mejor confiar en las máquinas*, reflexionó el Kuat, *y en las energías que se*

pueden ver y sentir y medir. Esa simple sagacidad había asegurado la supervivencia de Astilleros de Propulsores Kuat. Hasta el momento…

—Y aun así —murmuró el Kuat de Kuat—. Y aun así, yo creería. Si pudiese.

—¿Técnico?

Era consciente del otro hombre mirándolo fijamente, intentando descifrar el significado de las palabras apenas audibles.

—No me preste atención. —El felinx se movió en la cuna de los brazos del Kuat, sus lustrosos ojos verdes cerrados, sus sueños sin palabras de apetito saciado y calor interminable a salvo de momento. Eso era todo lo que importaba, para esa pequeña criatura al menos. *Tiene las cosas fáciles*, pensó el Kuat tristemente. Si sólo tuviese que considerar sus propios deseos, sus propias esperanzas y miedos, entonces tomar las decisiones necesarias sería considerablemente más fácil. Pero con toda Astilleros de Propulsores Kuat pesando sobre sus hombros, con su destino pesando sobre sus hombros, las vidas de tantos dependiendo de los movimientos que hiciese en ese juego, las alianzas que forjase entre él mismo y aliados no probados, el odio aniquilador de enemigos cuyos poderes, revelados o en las sombras, abarcaban la galaxia…

El felinx dormido se revolvió en los brazos del Kuat, como percibiendo alguna medida sin palabras de sus problemas. Acarició su cabeza, tranquilizando a la criatura de vuelta al sector despreocupado de sus sueños. *Cuidaré de ti*, le prometió el Kuat. *De un modo u otro. Gane o pierda.*

Junto a él, Fenald se volvió un momento. El jefe de seguridad presionó las puntas de los dedos contra sus oídos, escuchando atentamente el susurro oculto de su implante coclear.

—El informe ha sido descifrado y analizado, Técnico —Fenald bajó la mano del lateral de su mandíbula—. Las estaciones de inteligencia perimetrales tienen confirmación de sus fuentes, con un factor de fiabilidad en el rango porcentual de los noventa y muchos.

—Muy bien. —El Kuat de Kuat no había esperado menos. Había repartido órdenes constantes de que no se le debía molestar con rumores y especulación sin fundamento. En ese punto, sólo los fríos hechos firmes (los informes precisos de los movimientos hechos por los otros jugadores en el juego) lo ayudarían a formular sus propias estrategias y tácticas—. ¿Y los detalles?

—La nave conocida como *Esclavo I*, registrada a nombre del cazarrecompensas Boba Fett, fue encontrada a la deriva en órbita sobre el planeta Tatooine…

—¿Encontrada por quién? —ésa era la parte importante. El Kuat estaba al corriente de que recientemente había habido una gran flota imperial en órbita sobre la atmósfera de Tatooine; aparentemente, había estado acechando por una esperada operación de rescate de la Alianza Rebelde. La flota imperial ya no estaba en el sector; si hubiese estado, el propio bombardeo del Kuat sobre el Mar de las Dunas de Tatooine habría tenido que ser abortado. Aún había una posibilidad, sin embargo, de que la Armada Imperial hubiese dejado atrás algunas naves de reconocimiento.

—El *Esclavo I* fue encontrado por una patrulla de seguridad rutinaria de la Alianza Rebelde. —La memoria del jefe de seguridad de Astilleros de Propulsores Kuat estaba mejorada por un módulo organizador de datos de recuerdo en bucle, controlado por la tensión apenas perceptible de sus músculos faciales—. Por un tiempo, el Imperio ha cedido el control de ese sector a la Alianza, ya que tiene poco valor estratégico aparente. Eso puede cambiar, por supuesto, cuando entreguemos las nuevas adiciones a la Flota Imperial.

Ése era el propio análisis del Kuat de la situación. Tatooine estaba en el borde de la galaxia, lejos de los sectores importantes y altamente desarrollados que formaban el núcleo del Imperio. Palpatine podría borrar la zona entera y resultaría en poca pérdida real, económica y militarmente. Al menos a corto plazo; pero dejar el sector en las manos de la Alianza ciertamente daría a los enemigos de Palpatine un área de desarrollo y ensayo para el resto de su campaña contra el Imperio. Tarde o temprano, naves y tropas imperiales tendrían que barrer el sector y restablecer el control; el Imperio no podía tolerar esa herida ulcerándose, y expandiéndose rápidamente, en su costado.

El Kuat sabía que más que eso dictaría la eventual ofensiva, para la cual las herramientas letales estaban siendo construidas incluso entonces en los muelles de Astilleros de Propulsores Kuat. También estaba la propia personalidad del Emperador, si ese término podía aplicarse a algo que había sido tan completamente consumido por la egomanía desenfrenada y los poderes oscuros que comandaba. En algunos aspectos, podía discutirse (y por cierto el Kuat así lo había hecho, en conversaciones de madrugada con su jefe de seguridad) que el Emperador Palpatine, como tal, ya había dejado de existir. El Kuat había oído las historias de la dedicación de Palpatine a lo que él llamaba el lado oscuro de la Fuerza; a un ingeniero y científico como él no le interesaba si tal campo de energía misterioso, debajo del mismo tejido del universo, existía realmente o no. Pero para el psicólogo autodidacta que era el Kuat, y para el intrigante político en que había sido forzado a convertirse, importaba mucho. La Fuerza podría existir sólo en las mentes del Emperador y otros pocos creyentes acérrimos de la vieja religión, como Darth Vader; eso la hacía lo bastante real para reclamar la atención del Kuat. Había tenido algunos encuentros cara a cara con el Emperador y el Señor Oscuro de los Sith, representando a su corporación heredada en las negociaciones comerciales de las que dependía Astilleros de Propulsores Kuat. En la última de tales reuniones, el Kuat de Kuat había recibido la impresión de que el cuerpo físico del Emperador, esa forma encapuchada y arrugada, no era más que una cáscara, vaciada desde dentro por la Fuerza en la que Palpatine había puesto tanta de su propia energía física. Los ojos pequeños, enterrados en sus cuencas de tejido como de crepe, le habían parecido al Kuat como agujeros hechos a través de una máscara llevada por una entidad ya no humana, algo de lo que toda vida había sido drenada, dejando sólo hambre voraz y el deseo de control sobre aquellas criaturas que aún respiraban y se movían por su propia voluntad. Algo todavía se llamaba a sí mismo Emperador Palpatine, y hablaba con la misma astuta

lengua burlona; pero las palabras eran las de una entidad no sólo muerta, sino encarnando la misma muerte, una fuerza que consumía las energías de la vida como su comida.

El Kuat recordaba algo más de su último encuentro con el Emperador: una profunda sensación de ser ofendido, no tanto como criatura viviente sino como empresario, la inteligencia guía de una de las corporaciones más grandes y más poderosas de la galaxia. *¿De dónde van a venir los clientes?* El problema con la visión del futuro de Palpatine, un Imperio donde su palabra y su voluntad eran las únicas que importaban, era que simplemente no era un entorno comercialmente viable. ¿Qué sentido tendría para Astilleros de Propulsores Kuat, o para cualquier otra de las grandes empresas fabricantes de la galaxia, diseñar y crear productos para vender en un planeta o en mil, si no había nadie en esos mundos para comprarlos? Más que nadie, el Kuat de Kuat era consciente de la capacidad destructiva de las naves de guerra que su firma estaba construyendo para la Armada Imperial. Para que el Emperador tuviese éxito en sus ambiciones, su manía por el control universal (y para que hiciese retroceder la amenaza de la Alianza Rebelde), todo eso significaría la destrucción de cualquier mundo inofensivo y próspero. *Clientes potenciales*, reflexionó el Kuat; si no directamente de los productos de su corporación, entonces de otras compañías con las que ya había hecho negocios. El Emperador ya había mostrado su indiferencia por mantener la base de clientes de la galaxia autorizando la destrucción del planeta Alderaan por parte del difunto Gobernador Tarkin con el enorme poder de fuego de la Estrella de la Muerte original. Eso había afligido personalmente al Kuat; había habido un contrato excepcional con el gobierno local de Alderaan por una flota utilitaria de exploradoras de observación perimetrales y estaciones de aduanas orbitales, todo a ser suministrado a cambio de un beneficio considerable para Astilleros de Propulsores Kuat. Las unidades estaban casi listas para dejar los muelles de construcción de APK y salir en una flotilla de entrega hacia Alderaan cuando la noticia de su destino siendo reducido a unas cenizas carbonizadas a la deriva en el espacio navegable había llegado al Kuat de Kuat. Una ruina casi total para la corporación, salvable sólo en parte, desarticulando las naves no entregadas y reciclando algunos de sus componentes en el siguiente pedido de cruceros de batalla imperiales. Por un tiempo, había considerado presentar una factura al Emperador Palpatine por las pérdidas sostenidas por Astilleros de Propulsores Kuat, pero finalmente había decidido no reclamar. *Mejor dejar tinta roja en los libros*, había calculado el Kuat, *que hacer un enemigo de uno de tus mayores clientes restantes.* Hasta con el Príncipe Xizor ido, las cosas aún eran bastante peligrosas en la corte de Palpatine, con todos los diversos niveles de intriga sucediendo constantemente, sin entregar otra arma a los enemigos de la corporación.

—Así que la Alianza Rebelde tiene la nave de Boba Fett. —El Kuat volvió a la situación a mano. Las preocupaciones más profundas sobre las que reflexionaba tendrían que esperar un tiempo más para su resolución final—. ¿Y se ha confirmado que es en efecto el *Esclavo I*?

Era una buena pregunta. La historia personal de Boba Fett estaba sembrada de ocasiones en las que el cazarrecompensas había hecho pasar un vehículo doble por su característica nave. Para alguien cuyas habilidades consistían en gran parte en repartir la muerte a otras criaturas, Fett tenía un talento extraordinario para fingir su propio fallecimiento. O quizá ese talento debía esperarse; el Kuat no estaba seguro. La vida y la muerte eran lo mismo para un cazarrecompensas; era todo mercancía con diferentes valores adjuntos dependiendo del mercado. Boba Fett o cualquiera de sus colegas eran todos igual de felices entregando un cadáver o un rehén vivo, si se podía obtener el mismo pago por ello. Con esa clase de actitud, no era de extrañar que la propia muerte de uno se convirtiese en sólo una cuestión de estrategia y negociación.

El jefe de seguridad dio un solo asentimiento.

—Nuestras fuentes en la Alianza han concluido que no hay ningún engaño implicado, al menos en lo que concierne a la identidad de la nave interceptada. Los números de subcódigo en los dispositivos reguladores del escudo han sido leídos… —se dio un golpe ligero en el lateral de la cabeza, donde los implantes cocleares estaban ocultos—. Estaban en el mensaje que se ha recibido justo ahora. Los he reenviado a nuestro departamento de registros; los números coinciden con el manifiesto de construcción original para el *Esclavo I*.

—Eso resuelve la cuestión, entonces. —El Kuat de Kuat había supervisado personalmente el diseño y ensamblaje de la nave de Boba Fett; había algunas características personalizadas que todavía distinguían al *Esclavo I* como un trabajo de vanguardia. Un perfil de identificación, la señal que era transmitida de una nave a otra con el nombre y los datos de afiliación críticos, podía ser falsificado; no fácilmente, pero con suficiente determinación y pericia técnica podía hacerse. Sin saberlo el Imperio ni cualquier otro cliente de Astilleros de Propulsores Kuat, cada nave que dejaba los muelles de construcción tenía una rutina de acceso instalada en sus ordenadores de a bordo, justamente para ese propósito. Que Boba Fett hubiese invalidado los subcódigos reguladores del *Esclavo I*, sin embargo, habría supuesto arriesgarse a una fusión del núcleo catastrófica; no quedaría una nave flotando para ser identificada erróneamente. *Ergo*, esa nave era la de Fett y ninguna otra—. ¿Tenían nuestras fuentes alguna otra información sobre la nave? ¿El contenido, quizá?

Una sacudida de cabeza.

—Aparte de que estaba desocupada, nada. Las fuerzas de la Alianza Rebelde que encontraron la nave aún están examinándola.

—No encontrarán nada —dijo el Kuat de Kuat.

—¿Qué lo hace estar tan seguro, Técnico? Boba Fett estaba implicado en una gran cantidad de actividades que dependían de mantener la clandestinidad. —El jefe de seguridad apretó las manos detrás del bajo de su espalda—. Habría pensado que era lógico que pudiese haber algunas… huellas *intrigantes* del pasado de Fett a bordo de su nave.

—Oh, muy bien podría haberlas —el Kuat hizo un encogimiento de hombros mientras acariciaba al animal anidado en sus brazos—. Y si usted supiese dónde mirar, y si tuviese al menos una idea de lo que estuviese buscando (*y* estuviese suficientemente motivado, para empezar), quizá podría encontrarlas. Pero no hay nadie asociado con la Alianza Rebelde capaz de esa clase de investigación. Los rebeldes están en una etapa crítica en su campaña contra el Imperio, y la crisis no es probable que termine pronto. No van a malgastar su precioso tiempo revisando la nave de un cazarrecompensas muerto, como posiblemente crean que está Boba Fett, con un peine de púas finas. Será un problema moral para ellos —el Kuat sacudió la cabeza con lástima—. Tanto desdén como tiene la Armada Imperial por los cazarrecompensas y otros tipos semicriminales, es aún peor con los rebeldes. Cuando crees que eres mejor y más justo y más virtuoso que tus oponentes, es muy fácil caer en una hipocresía cegadora. —Eso nunca había sido un problema para el mismo Kuat; estaba cómodo en cualquier nivel moral, desde las estrellas hasta las cunetas, siempre que ayudase a asegurar la supervivencia de Astilleros de Propulsores Kuat. Podía tratar con cualquiera; hacer negocios con el Emperador Palpatine y sus almirantes lo demostraba—. La Alianza Rebelde dará a la nave de Fett un repaso superficial —dijo el Kuat—, y después intentarán disponer de ella lo más rápido posible.

—Por supuesto —el jefe de seguridad asintió lentamente, digiriendo la sabiduría superior del otro—. Imagino que podrán obtener un precio bastante bueno por el *Esclavo I*. Considerando la muestra de bienes tan cara que era al empezarlo, el valor de lo salvado debería ser alto. Cualquier otro cazarrecompensas la querría como su propia nave personal.

—Posiblemente —coincidió el Kuat. Su jefe de seguridad sabía de lo que hablaba. Cuando Boba Fett encargó la construcción y equipamiento de la nave, el cazarrecompensas estipuló algunos caros detalles personalizados. Los contables de Astilleros de Propulsores Kuat exigieron el pago completo por adelantado antes incluso de que el casco básico de la nave hubiese sido soldado. Los parámetros de diseño que Fett había estipulado llevaron la ciencia (y el arte) del desarrollo de naves pequeñas a un nuevo nivel, uno con el que el mismo Kuat había estado soñando sólo vanamente, emprendiendo algunos esquemas conceptuales en sus horas libres, antes de que el trabajo verdadero se manifestase en la realidad. El pago adelantado había sido por dos razones que habían pesado más que el deseo innato del Kuat de construir tal nave: dada la cantidad de tiempo y recursos que se requeriría para hacer prototipos, probar y finalizar algunos de los componentes del motor y de maniobrabilidad de la unidad, completamente desde cero hasta el producto final, y dada la naturaleza arriesgada de la línea de trabajo del cliente, dicho cliente bien podría estar muerto para cuando el *Esclavo I* estuviese listo para dejar los muelles. Ésa habría sido razón suficiente para reclamar el pago al comienzo del proceso; la otra razón estribaba en la naturaleza de la misma nave, cuando estuviese terminada. Algo tan extremo en diseño era totalmente capaz de matar al piloto en su primera marcha sacudida, si los motores sobrepotenciados se alejaban de él y destrozaban

la estructura de duracero como una colección de ramitas de madera. Mejor cobrar el dinero bien antes de que el cliente tuviese éxito en aniquilarse a sí mismo.

Eso no había sucedido. La combinación de las habilidades de pilotaje de Boba Fett y el genio diseñador del Kuat de Kuat había resultado en que el *Esclavo I* era reconocido (y temido) a través de la galaxia. Una nave no tenía que ser tan grande y abrumadora como un crucero de batalla imperial, o una Estrella de la Muerte, para tener el efecto psicológico necesario.

De pie junto al Kuat, el jefe de seguridad alzó una ceja.

—Habría pensado que era una certeza —dijo— que las ofertas por un objeto tan deseado serían más bien intensas.

—Lo serían, si los eventuales compradores pensasen que no había nada malo en la nave —el Kuat desplegó una fina sonrisa—. Por supuesto, las criaturas sensibles tienen con frecuencia ideas *interesantes* plantadas en sus cabezas. Especialmente cuando alguien como Boba Fett está relacionado; quizá incluso más ahora que se piensa en él como el *difunto* Boba Fett. Los cazarrecompensas y entidades similares tienen sus pequeñas supersticiones, sus miedos y suspicacias, no todas de las cuales son infundadas, tampoco. Es bien sabido que Boba Fett tenía un grado considerable de sistemas de seguridad conectados en el *Esclavo I*; sólo un necio asumiría que éstos hayan sido desactivados por el fallecimiento de su propietario original. Una cosa es comprar una nave usada; otra es comprar una trampa mortal.

—Ah —el jefe de seguridad asintió—. Y si los rumores, las pequeñas insinuaciones sobre las sorpresas desagradables que puedan ser encontradas por el nuevo dueño del *Esclavo I*, comenzasen a circular en los territorios apropiados…

—Entonces el precio podría caer considerablemente. —El felinx en los brazos del Kuat ronroneó, como si también estuviese contento por ese concepto—. Y si el precio baja, también lo hace la atención prestada a la eventual venta; así funciona la psicología para todas las criaturas sensibles. Si ya no están interesados en cierto objeto, entonces no les importa mucho quién lo está.

—Lo cual significaría —dijo Fenald— que cuando al Alianza Rebelde finalmente ponga el *Esclavo I* a la venta, cuando hayan finalizado su examen superficial, entonces la nave podría no sólo comprarse a precio de ganga, sino también con una considerable discreción.

—Exactamente. —El Kuat de Kuat continuó observando las preparaciones de lanzamiento en el muelle de construcción principal—. Haga que una de nuestras corporaciones subsidiarias lo investigue: un proveedor de componentes, quizá, pero asegúrese de que no haya una pista de propiedad obvia de vuelta a Astilleros de Propulsores Kuat. Transfiera fondos suficientes desde una de mis cuentas de operaciones personales, de modo que puedan hacer la compra cuando suceda. Dé instrucciones a su jefe negociador para contactar con la Alianza Rebelde lo antes posible, y ver si aceptarán una oferta previa; de ese modo, la nave ni siquiera saldrá al mercado abierto y no tendremos que tratar con ningún otro grupo interesado.

—¿Y la campaña de rumores concerniente a los peligros de comprar la nave de Boba Fett?

—Eso debería ir a inmediata propagación de alta velocidad, a todos los puntos de la galaxia, irradiando hacia fuera desde Tatooine; allí fue donde se vio por última vez el *Esclavo I*. Asegúrese de que los rumores penetren en todos los sectores controlados por la Alianza Rebelde. Cuanto antes se convenzan de que el *Esclavo I* es mercancía devaluada, más probablemente estarán listos para escuchar el acuerdo de precompra. Ya tenemos algunos agentes en puestos de escucha plantados en Mos Eisley, ¿no?

El jefe de seguridad dio un rápido asentimiento afirmativo.

—Sólo rotamos un equipo fresco en el espaciopuerto.

—Bien —dijo el Kuat—. Pueden empezar a difundir la voz. Haga que el departamento de operaciones encubiertas en nuestra rama de relaciones públicas salga con algunos detalles de impacto negativo sobre los sistemas de seguridad de a bordo del *Esclavo I*; quizá alguna historia sobre uno de los equipos investigadores de la Alianza Rebelde siendo reventado en cuanto abrieron la escotilla principal. De esa manera, cuando y si la Alianza Rebelde indica que la nave va a ser puesta a la venta, las sospechas de la mayoría de criaturas sensibles sobre ella se confirmarán, sean ciertas o no.

—Para cuando la campaña de rumores esté terminada, Técnico, la Alianza estará lista para *entregar* la nave a la primera persona que llegue.

—No me interesa la naturaleza de la negociación. —Más allá del arco de las ventanas segmentadas, las últimas preparaciones para el lanzamiento estaban casi completas. El Kuat pudo ver el equipo de revisión final y despeje saliendo del crucero de batalla, aún envuelto en sus líneas de red y sus doseles de construcción presurizados—. Lo único importante a ese respecto es que adquiramos el *Esclavo I*, y su contenido, lo más discretamente posible. Cuando nuestra corporación subsidiaria haya ganado el título de la nave, debe ser traída aquí a Astilleros de Propulsores Kuat en un transporte de carga blindado, y nadie fuera de las operaciones de seguridad de APK debe saberlo.

—Eso puede ser difícil de conseguir, Técnico —Fenald inhaló a través de dientes apretados—. La Armada Imperial ha reforzado las patrullas de intercepción de contrabando en la mayoría de los sectores navegables entre Tatooine y aquí. Hasta han estado revisando nuestros envíos de suministros regulares con un peine de púas finas. Pasar un transporte entero por delante de ellos, con su contenido oculto, costará algo de trabajo.

La declaración del jefe de seguridad no vino como una sorpresa al Kuat de Kuat. Ya era consciente de atrasos en los muelles de construcción, debidos a la interferencia de la Armada Imperial con la entrega a tiempo de materiales necesarios. Astilleros de Propulsores Kuat había tenido que retrasar la fecha de entrega en un número de los propios encargos del Imperio. Como era culpa de los almirantes demasiado entusiastas de Palpatine, el Kuat había podido evitar cualquier reembolso de penalización; por el momento, al menos. Pero no había habido ningún cambio en la situación actual, lo cual indicaba que los registros que perdían tiempo debían, a algún nivel, tener la aprobación

del Emperador. Otra táctica psicológica: el Emperador era plenamente consciente de que Astilleros de Propulsores Kuat no estaba haciendo ningún negocio con la Alianza Rebelde, pero ordenar que los registros continuasen indicaría a los subordinados de Palpatine, y a cualquiera fuera de la corte en Coruscant, que la corporación estaba bajo sospecha.

Difícil decir lo que el Emperador intentaba conseguir con una táctica como ésa, especialmente a un coste para él mismo de retrasar esas adiciones muy necesitadas a su armada. Con cada unidad de tiempo que pasaba, la Alianza Rebelde incrementaba sus números y fuerza. ¿Empañar la reputación de Astilleros de Propulsores Kuat y refutar su lealtad al Imperio valía tal desventaja? El Kuat respondió su propia pregunta: *Sí, si Palpatine desea destruir (o tomar el control de) la corporación.* Eso era completamente consistente con la codicia del Emperador por el poder y el control. No era suficiente ser un aliado fiel de un energúmeno como ése; quizá finalmente había llegado el momento, en los planes cuidadosamente calculados del Emperador, en que encontraría satisfactorio consumir a aquellos más cercanos a él. El Emperador no quería aliados; quería esclavos.

Quizá debería ir a la Alianza Rebelde. Y llevar Astilleros de Propulsores Kuat con él; la idea, y la tentación, habían golpeado al Kuat anteriormente. ¿Había alguna otra opción? Incluso si Astilleros de Propulsores Kuat permanecía como el contratista militar principal del Imperio y era instrumental en lograr las ambiciones de Palpatine, ¿qué recompensa habría por tal servicio? La misma que muy probablemente habría para todos los soldados de asalto y almirantes del Emperador: aniquilación, absorción, reducción a instrumento sin voluntad del ego de Palpatine. Muerte, sin el consuelo de la no existencia; vida, donde cada átomo del propio ser fuese parte de la prisión en la que el universo se habría transformado.

Sólo una cosa impedía que el Kuat de Kuat siguiese adelante con esa idea de llevar Astilleros de Propulsores Kuat a los enemigos jurados del Imperio. Lo que lo detenía era la sospecha de que eso era exactamente lo que el Emperador Palpatine quería que hiciese. Todas las acciones del Emperador con respecto a la corporación podrían estar diseñadas para empujar al Kuat a los brazos de la Alianza Rebelde. Todavía había fuerzas en la corte de Palpatine que buscaban la destrucción de Astilleros de Propulsores Kuat como entidad independiente. Mientras el Príncipe Xizor estuvo vivo, susurró mentiras al oído del Emperador; quizá Palpatine había sido finalmente convencido por ellas. Si el Kuat hacía cualquier movimiento en absoluto hacia la Alianza Rebelde, eso podría ser justificación suficiente para que el Emperador lanzase un asalto a escala completa contra Kuat, colocando los enormes recursos técnicos y muelles de construcción de la corporación bajo control militar directo. No habría Astilleros de Propulsores Kuat después de eso; generaciones de habilidad ingeniera, la sangre en las venas del Kuat, al fin habrían llegado a término, siseando en vapor rojo bajo el caliente rayo de fuego desintegrador de un soldado de asalto.

—Puede que tenga usted razón en eso…

—¿Técnico?

—En traer el *Esclavo I* aquí a Astilleros de Propulsores Kuat, una vez nuestra subsidiaria lo haya adquirido de la Alianza. —La reflexión profunda del Kuat sobre los peligros implicados en sus tratos con el Imperio habían conectado con asuntos más inmediatos. Tan delicada y rodeada de peligro como era la situación, podría ser un error fatal ser pillado con una prueba tan concreta de estar en contacto con los rebeldes; los enemigos de Astilleros de Propulsores Kuat se asegurarían de poner el peor efecto posible en ello—. Quizá sería mejor si reservásemos algún local remoto al que se pudiese llevar el *Esclavo I*, y un equipo de inspección pudiese ir allí y examinar la nave. Tendríamos que asegurarnos, sin embargo, de que no pudiesen ser identificados como empelados de Astilleros de Propulsores Kuat.

El jefe de seguridad asintió.

—Eso podría organizarse, Técnico.

—Encárguese de ello. —El Kuat acarició debajo de la barbilla del felinx, percibiendo en las puntas de sus dedos el murmullo contento del animal—. Eso será todo por ahora.

En las oficinas ejecutivas de Astilleros de Propulsores Kuat no había necesidad de los elaborados y obsequiosos rituales encontrados en la corte de Palpatine. Fenald se volvió y se alejó a zancadas, los pasos resonando en el suelo de metal de superficie mate.

El Kuat permaneció mirando por las ventanas segmentadas. Expresar sus pensamientos había ayudado a solucionarlos, como examinar un conjunto de planos desplazándose por una pantalla de diseño asistido por computadora de alta resolución. El jefe de seguridad de Astilleros de Propulsores Kuat era una personalidad poco imaginativa pero minuciosa; el Kuat lo había elegido y ascendido precisamente por esas razones, además de la lealtad incansable a la corporación que lo había alimentado. No había habido ninguna necesidad de recordar a Fenald la importancia de adquirir la nave de Boba Fett; readquirirla, en realidad, pues la nave había sido construida allí en APK. No por cualquier valor intrínseco de la nave, sino por lo que todavía podría contener. No importaba si Boba Fett estaba vivo o no; y el Kuat tenía la misma sensación en el estómago, que había experimentado después del bombardeo en el Mar de las Dunas de Tatooine, de que Fett había eludido cada fuerza que habría ocasionado la destrucción de una criatura inferior. Incluso si el evento más improbable había ocurrido, y Fett realmente estaba muerto, había rastros muy verosímiles a bordo del *Esclavo I*, pruebas de una de las conspiraciones más profundas y más peligrosas con las que el cazarrecompensas se había involucrado. Pruebas que conducían de nuevo a Astilleros de Propulsores Kuat; ése era el verdadero peligro que tenía que evitarse a toda costa.

Si Fett destruyó el droide de carga, rumió el Kuat. *O se deshizo de él de alguna manera… entonces podríamos estar a salvo.* Por toda su astucia, Boba Fett casi indudablemente había sido consciente del valor del material que había caído en sus manos; podría haberlo eliminado antes de dejar el *Esclavo I* en órbita sobre Tatooine. Pero si el gran droide desgarbado aún existía, con sus tripas como una caja llenas de equipo de espionaje y datos incriminadores esperando a ser descifrados y analizados, entonces todo un nuevo nivel de problemas empezaría para Astilleros de Propulsores

Kuat. Todo por un holovídeo de una redada de tropas de asalto imperiales en una granja de humedad aislada en Tatooine, y el olor a feromonas del criminal más poderoso de la galaxia, el líder de la organización Sol Negro…

Dentro de las meditaciones del Kuat llegó la imagen de la cara del Príncipe Xizor, con sus ojos violeta y su fría sonrisa despectiva. Incluso más que el Emperador Palpatine, ése había sido el enemigo que toda Astilleros de Propulsores Kuat tenía que temer. La muerte de Xizor no había eliminado los peligros que la corporación tenía que confrontar.

Una bengala de señalización, una racha rápida de luz blanca levantándose desde los muelles de construcción, cortó la reflexión del Kuat.

Quitó brevemente una mano del felinx y tocó un teclado en miniatura en su muñeca opuesta. Los circuitos que controlaban el filtrado de apertura temporal de las ventanas se pusieron en modo activado, sincronizándose con la señal de corto alcance de los micro obturadores implantados en sus córneas. Por una fracción de segundo, las pantallas parpadearon opacas; luego se volvieron transparentes otra vez cuando los dos sistemas ópticos se ajustaron uno con otro.

Ningún sonido viajaría a través del vacío entre los muelles y las ventanas arqueadas de las oficinas del Kuat. Pero el deslumbramiento de luz ardiente, si se dejaba sin bloquear, sería suficiente para despertar de un sobresalto al felinx durmiente. La criatura se asustaba fácilmente; el Kuat no tenía ningún deseo de que saliese de sus brazos a arañazos de pánico. Todavía había una blanca cicatriz como un filamento bajo su propia barbilla, de la última vez que eso había sucedido.

La bengala señalizadora final, roja esta vez, transcurrió a través del campo de estrellas por encima de Astilleros de Propulsores Kuat. Eso significaba que todo el personal de APK había sido despejado del muelle donde el crucero de batalla imperial terminado esperaba, aún envuelto en líneas de servicio y pabellones de acceso.

No había necesidad de una señal de él; todo ocurría automáticamente desde ese punto. Una simple espoleta incrustada catalizó los componentes pirogénicos entrelazados en el material envolvente; el oxígeno todavía capturado dentro de los pliegues del dosel era suficiente para el bautismo de fuego, la purga de todo lo que no fuese duracero solidificado.

En segundos, el crucero de batalla había sido cubierto en llamas, agitándose sobre sí mismas, ausentes los efectos ascendentes de convección que habrían sido causados por una atmósfera circundante. Los doseles de alrededor ya se habían ennegrecido y habían sido convertidos en grandes láminas de ceniza de bordes rotos, disolviéndose en la nada mientras la última incandescencia ardiente se disipaba. Desde el muelle de construcción, el crucero de batalla se alzaba ligeramente, un arma perfecta, limpia y templada.

Algunos trozos de ceniza, empujados hacia fuera por la fuerza de la llama desvanecida, flotó contra el grueso cristal de las ventanas segmentadas. El Kuat de Kuat se quedó de pie con el felinx aún dormido acunado en sus brazos, la imagen remanente del fuego cambiando su espectro detrás de los filtros de sus ojos.

4

—¿Sabes cómo pilotar esta cosa?

Boba Fett miró por encima del hombro al otro cazarrecompensas de pie en la escotilla de la cabina del *Diente de Perro*.

—Hay ciertas dificultades —dijo llanamente, sin emoción aparente—. Pero pueden ser superadas —levantó sus propias manos enguantadas de los surcos de antebrazo distintivos del panel de control—. Las interfaces operativas trandoshanas están en el lado bruto e incómodo, pero la configuración de la nave es por lo demás estándar. Cualquier cosa de la que sean capaces esas grandes garras, os aseguro que está igualmente a mi alcance.

Apuesto a que sí, pensó Dengar. Se apoyó contra el lateral de la escotilla, observando a Boba Fett hacer unos ajustes de navegación finales. Había tenido sus propios encuentros con trandoshanos, incluyendo al anterior propietario de esa nave, y todos habían sido desagradables. Bossk había tenido una reputación de mal genio incluso en los días del viejo Gremio de Cazarrecompensas, cuando presumiblemente tenía menos de lo que quejarse. Si lo enfadabas, probablemente tu cabeza sería destornillada de tus hombros como la tapa de un bote de raciones de emergencia. Eso era para lo que esas garras eran apropiadas, no los precisos saltos estelares a alta velocidad. Mientras que alguien como Boba Fett podía apalizar a un enemigo con igual conclusión *y* manejar equipo intimidantemente complejo, desde cualquier clase de nave interplanetaria hasta esa armadura de batalla mandaloriana que Fett vestía.

Dengar señaló el equipo de comunicación de la cabina.

—¿Qué sucede cuando alguien reconozca esta nave, y quiera hablar con Bossk? Quizá nos topemos con algún viejo amigo suyo, alguien que pueda decir que esto es el *Diente*.

—Cierto —dijo Fett. Había devuelto la mirada a los controles de la nave—. Pero adonde vamos no es probable que nos encontremos con muchos conocidos de Bossk. Se confinó a un número relativamente restringido de sectores, los mundos y sistemas donde era lo bastante conocido para disponer de cierta medida de respeto. Es lo que le gustaba. Bossk nunca mostró mucha iniciativa sobre expandir sus operaciones a nuevos territorios.

—Si tú lo dices —Dengar se encogió de hombros—. Supongo que él se lo perdía, ¿eh?

—Quizá. —Boba Fett tecleó otra serie de coordenadas en la computadora de navegación—. O podría ser por lo que sigue vivo. A veces, para las criaturas como él, es mejor jugar sobre seguro.

¿Sí? ¿Y qué pasa con las criaturas como nosotros? Se encontró mirando la parte trasera del casco de Boba Fett, preguntándose qué sucedía dentro de él, qué maquinaciones y agendas ocultas podrían estar marchando en el cráneo del otro cazarrecompensas. No era ninguna ayuda haber visto a Fett sin el característico casco mandaloriano; suponía que era uno de los pocos, junto con la exbailarina Neelah, que

podían hacer esa afirmación. Todo aquel tiempo abajo en Tatooine, cuando los dos habían estado cuidando a Boba Fett hasta que recuperase la salud, evitando que muriese después de que hubiese conseguido explotar su salida de la tripa del sarlacc, y Dengar todavía no estaba más cerca de descifrar a la criatura cuya vida había salvado. Y eso eran malas noticias, considerando que ahora era supuestamente compañero del cazarrecompensas más letal y temido en la galaxia; una sociedad que Boba Fett había propuesto y que Dengar había aceptado, quizá un poco demasiado deprisa, ahora que había tenido la oportunidad de pensarlo. *¿Por qué estuve de acuerdo con aquello?* La razón aparente era que el arreglo había parecido la forma más rápida de hacer mucho dinero, saldar la enorme carga de deuda que había estado arrastrando durante años y casarse con su amada Manaroo, *si* ella aún lo estaba esperando, y *si* él regresaba con ella como algo diferente a un cadáver frito por desintegrador.

Estar fuera de contacto con ella era puro tormento para Dengar; la profundidad de su amor por Manaroo no había sido completamente evidente para él hasta justo antes de que dejase Tatooine en el *Esclavo I* de Boba Fett. Dengar había contactado con Manaroo y le había dado instrucciones para tomar su nave, el *Castigador*, y esconderse. Había hecho bien ese trabajo; ahora mismo, no tenía ni idea de dónde en la galaxia estaba Manaroo, ni ninguna forma de comunicarse con ella. Habían acordado juntos que, mientras Dengar fuese socio del célebre cazarrecompensas Boba Fett, sería demasiado peligroso para ellos permanecer en contacto el uno con el otro. Había demasiadas criaturas con quejas bien fundamentadas contra Boba Fett, o quienes verían alguna manera de beneficiarse de su muerte; si esas criaturas descubrían que el compañero de Fett había comprometido su corazón y espíritu y fortuna a una mujer sola, entonces ella sería vista como el punto débil en la armadura de Fett, el modo de llegar hasta él a través de su asociado de negocios. Manaroo se convertiría en el objetivo de cada escoria de mala vida en la galaxia; era lo bastante inteligente y fuerte para eludirlos y rechazarlos, pero no para siempre; y Dengar no estaría allí para protegerla. Ese factor había atormentado su mente e influido en su decisión más que cualquier otra cosa.

Pero hasta esa pequeña medida de seguridad para su amada había venido con un precio. Un día estarían juntos de nuevo, pero sólo si ambos sobrevivían, y si se encontraban el uno al otro una vez más.

Eran grandes hipótesis, y volviéndose cada vez más grandes en la mente de Dengar cuanto más tiempo pasaba enganchado a Boba Fett. La vida como cazarrecompensas había sido bastante arriesgada antes de entonces, lo cual era una de las razones principales por las que quería salir de esa línea de trabajo. *Y ahora*, pensó pesimista, *he ido de los límites de todo ese peligro justo al centro.* Si su suerte (y sus habilidades) no habían sido nada de lo que alardear anteriormente, al menos había conseguido mantenerse vivo. Pero no había habido misteriosas fuerzas no identificadas llevando un bombardeo a escala completa sobre su cabeza, como había sucedido de vuelta en Tatooine. El bombardeo no estaba destinado a matarlo a él; su muerte ni siquiera habría sido advertida por quien estuviese apuntando a Boba Fett. Ése era el problema de

conectarse con alguien así. Fett tenía lo que hiciese falta para sobrevivir bajo las condiciones más crueles; ni el sarlacc había podido matarlo. *Una pena*, pensó Dengar, *para cualquier otro.* Si no estabas a ese nivel, eras carne muerta.

¿Y para qué?

—De modo que… —intentó otra vez obtener alguna información útil—. Si no nos dirigimos a ningún lugar donde Bossk soliese pasar el tiempo… ¿adónde *vamos* exactamente?

Boba Fett no se volvió para mirarlo.

—Prefiero guardar eso según un fundamento de necesidad de saber. Y ahora mismo, no lo necesitas.

Una chispa de resentimiento llameó dentro de Dengar.

—Pensaba que se suponía que éramos socios.

—Lo somos. —Las manos enguantadas de Fett se movieron por los controles de la cabina—. Me considero obligado por el acuerdo en el que ambos entramos.

—No parece mucho una sociedad, si tú tomas todas las decisiones —la voz de Dengar se apretó dentro de su garganta—. Tenía la impresión de que de alguna manera íbamos a estar en igualdad de condiciones. Supongo que lo entendí mal, ¿eh?

Esta vez, Boba Fett sí giró la silla del piloto. La fría mirada vacía del visor estrecho de su casco se fijó en Dengar. La roca que se había formado en la garganta de Dengar entonces se convirtió en un peso de plomo, cayendo más allá de su corazón y en el pozo de su estómago.

—Puede que hayas tenido algún error de concepto en esa línea —la llaneza de las palabras de Boba Fett era más temible que cualquier muestra de emoción—. Pero si continúas creyendo que de alguna manera podríamos ser iguales, entonces me veo forzado a discrepar con mi socio. No hay ningún modo de que tú y yo seamos considerados iguales. No en lo que concierne a ser cazarrecompensas.

—Bueno… —El peso en su tripa se había enfriado, drenando todo el calor de la sangre de Dengar. La mirada encubierta de Boba Fett parecía presionarlo hacia abajo, como a un bicho bajo la bota del otro—. No quería decir exactamente eso…

—Bien. Odiaría pensar que he estimado erróneamente el valor para mí de mi socio —continuó la voz de Boba Fett, tan templada y amenazante como antes—. Sí tenemos un valor el uno para el otro, Dengar. Incluso además de haberme salvado la vida cuando me encontraste allí en el Mar de las Dunas. Pero no pienses que estás aquí, y siendo mi socio, simplemente por gratitud. Te aseguro que no siento esa clase de emoción.

Ni ninguna, pensó Dengar. Podía sentirse sudando dentro de su propio traje. Ya había ido más allá de desear no haber empezado nunca ese tema con el otro cazarrecompensas.

—Podemos —dijo Boba Fett— ser muy útiles el uno para el otro. Es el único fundamento que conozco para una sociedad. Por supuesto, si consideras que es otro el caso…

Dengar devolvió la mirada al visor del casco, como hipnotizado por los ojos ocultos tras él. Todas las palabras y pensamientos habían escapado de su propio cráneo.

—Entonces quizá deberíamos pensar en disolver la sociedad. ¿Es eso lo que quieres?

Le costó un momento a Dengar forzar una respuesta a pasar su lengua.

—No… —sacudió la cabeza—. Eso no es lo que pretendía en absoluto…

—Te aconsejaría que pienses en lo que quieres, entonces —Boba Fett se inclinó ligeramente hacia delante en el asiento del piloto, acercando a Dengar la presión de su mirada con visor—. Porque si no vamos a ser socios, nuestra relación comercial será muy diferente.

Está jugando conmigo, pensó Dengar. No llegó como un alivio descubrir que Boba Fett era capaz de sentir emoción, o al menos crueldad. Alzó las manos, las palmas hacia fuera, como en rendición.

—No —dijo Dengar precipitadamente—, está bien. Estoy perfectamente… satisfecho con cómo están las cosas. Tú llevas las operaciones como quieras, y eso está bien para mí.

Boba Fett guardó silencio un momento; después su casco se inclinó en el más escueto asentimiento de reconocimiento.

—Muy bien —dijo sobriamente—. Ahora no hay confusión.

—Ni en lo más mínimo —coincidió Dengar. Descubrió que podía respirar otra vez.

Boba Fett giró el asiento del piloto de vuelta hacia los controles de la cabina.

—Tomaré las decisiones, y *tú* las cumplirás.

El último comentario desconcertó a Dengar.

—¿Qué es… lo que quieres que haga?

—Cuando el momento llegue, habrá mucho. No te preocupes por mantener tu parte de la sociedad. Pero mientras tanto, ¿por qué no te lo tomas con calma? Sólo relájate.

Claro, pensó Dengar para sí mismo. *Como si eso fuese a suceder pronto.*

—Disfruta de la paz y tranquilidad —dijo Boba Fett mientras continuaba sus ajustes de navegación—, mientras puedas. Podrían escasear adonde nos dirigimos.

—Muy bien. —Dengar dio un paso atrás desde la escotilla de la cabina—. Tú eres el jefe.

—Casi —dijo Boba Fett—. Ve abajo y dile a Neelah que se abroche; tú también, por cierto. Haremos un salto al hiperespacio en unos minutos.

Sabía que no debía preguntar el destino. Cualesquiera que fuesen las coordenadas que Boba Fett había introducido en el ordenador de navegación, no parecían estar abiertas a discusión. *Eso es una auténtica sociedad, muy bien*; Dengar se alejó de la cabina y asió la escalera que bajaba al mínimo espacio para pasajeros del *Diente de Perro*. No pasaría mucho tiempo antes de que la nave emergiera en algún sector de la galaxia tan poco atrayente que un trandoshano como Bossk nunca lo había frecuentado. Eso lo hacía sentirse tan cómodo como aquello en lo que se había convertido ser socio de Boba Fett.

Volvió la cabeza mientras empezaba a bajar los peldaños de metal de la escalera, mirando atrás hacia la cabina. El otro cazarrecompensas se ocupaba de sus tareas autofijadas, como si ya hubiese olvidado la presencia de Dengar.

Bien, pensó Dengar. Si antes había tenido dudas sobre la naturaleza exacta de la sociedad entre él mismo y Boba Fett, ahora estaban aclaradas. *De una manera u otra…*

Las suelas de sus botas sonaron en los peldaños de metal bajando toda la escalera.

Apenas podía creer lo que acababa de oír. A escondidas, en realidad: Neelah había pinchado el sistema de comunicaciones internas del *Diente de Perro* a través de un panel de acceso en el alojamiento principal de personal a bordo de la nave. El estrecho espacio estaba amueblado con gusto trandoshano, todo tapices oscuros sobre los mamparos y un revoltijo de jergones poco acolchados para dormir. Los tapices estaban pegados por las esquinas para evitar que flotasen y se enredasen en caso de que la gravedad artificial de la nave fallase; representaban varios grandes momentos en la historia y leyenda trandoshanas, todos ellos violentos. Incluso mientras estaba manipulando el equipo de comunicaciones, con la intención específica de escuchar a escondidas a Dengar y Boba Fett, había agradecido que el piloto original del *Diente* ya no estuviese a bordo.

Su gratitud se apagó un poco cuando por fin consiguió escuchar la conversación arriba en el área de la cabina. La consternó la manera en que Boba Fett pasó por encima de Dengar, por ninguna otra razón que una simple pregunta sobre adónde se dirigían todos. *Es alguien*, pensó Neelah disgustada, *que no me va a ser de mucha utilidad.* Si las cosas se reducían a una división entre ella misma y Boba Fett (y ya podía ver cómo eso se estaba volviendo cada vez más probable), entonces tener al otro cazarrecompensas de su lado no haría mucha diferencia. Fett podría eliminarlos a ambos sin ninguna molestia en absoluto.

Si antes no había estado claro para ella, ahora era obvio por qué Dengar quería tanto salir del ramo de la caza de recompensas. *Simplemente no tiene las agallas para ello*, pensó con una triste sacudida de la cabeza. La clase de agallas y la sobresaliente carencia de nervios que Boba Fett poseía. Mejor que Dengar colgase sus armas y desechase su menguante reserva de ambición y se estableciese en un apartado mundo seguro con su prometida Manaroo, antes de que lo matasen o implosionase de pánico.

Neelah tenía su propia creencia, reforzada ahora que había escuchado a Dengar y a Boba Fett, sobre cómo terminarían yendo las cosas. *Tendré que hacerlo todo yo misma.* Donde fuera que se dirigiese el *Diente de Perro*, y fuera lo que fuese lo que los estaba esperando allí. Tendría que hacerlo todo, incluyendo salvar su propia vida y la de Dengar; la fría ausencia de emoción en la voz de Boba Fett le aseguró que él no tenía una gran consideración por la supervivencia de ellos. Dengar podía haberse dejado engañar por esa estafa de sociedad, pero ella no. Neelah tampoco había estado de acuerdo con ello; en lo que a ella respectaba, era una operadora independiente, sin el pellejo de nadie que cuidar salvo el suyo.

El único problema con eso era que todavía no sabía de quién era realmente ese pellejo. *Ni siquiera sé mi verdadero nombre*, reflexionó Neelah amargamente. Su

nombre, y todo lo que iba con él: historia, amigos, enemigos; a quién podría pedir ayuda y recibirla; quién le cortaría la garganta en cualquier momento, si supiese que estaba viva y fuera de la superficie del planeta Tatooine. Tenía sus sospechas, reconstruidas de la lógica más que de información real. *Quien me arrojase al palacio de Jabba*, quien hubiese sido, era la criatura con la que tenía que tener cuidado. O criaturas en plural; podía haber sido toda una conspiración, cualquiera de las fuerzas siniestras de la galaxia en unión contra ella. Debían de tener sus razones para lavar su memoria, todo su pasado eliminado de dentro de su cráneo, disfrazarla como una simple bailarina y plantarla dentro del cuartel fortificado de uno de los señores del crimen más poderosos que encontrar en cualquier mundo. Quizá Jabba el Hutt conocía la historia completa detrás de que ella estuviese en su palacio; pero eso no le hacía ningún bien ahora. Jabba estaba muerto, y todos los secretos que la repugnante babosa se había guardado para sí misma se habían ido también.

Casi lo único que quedaba de su pasado, una pizca de recuerdo que había sido dejada atrás por el proceso de borrado, era una imagen. Sin voz, sin palabras, sin otros datos, no obstante fragmentaria. Quien se lo hubiese hecho había sido meticulosamente exhaustivo. Quizá hubiese sido mejor para ella, empero, si también hubiesen erradicado esa última pequeña parte. La imagen que quedaba en la memoria borrada de Neelah era la de un rostro. O más bien un no-rostro; una máscara. La imagen del casco de visor estrecho de Boba Fett, ocultando la cara viva bajo su dura mirada inhumana…

Había visto ese rostro enmascarado en el palacio de Jabba, y entonces la había llenado de miedo e ira. Neelah había percibido que el cazarrecompensas no sólo estaba protegiendo al hutt como había sido contratado para hacer (Jabba era una de las pocas criaturas en la galaxia lo bastante ricas para alquilar así los servicios de Boba Fett), sino que además estaba segura de que Fett también estaba siguiendo su propia agenda privada. Iba y venía de la corte de Jabba en recados misteriosos, aunque había mostrado un instinto seguro para estar siempre a mano en un momento de crisis, como cuando la Princesa Leia Organa, disfrazada como un cazarrecompensas ubese reclamando la recompensa por un wookiee capturado, había esgrimido un detonador térmico activado justo delante de Jabba. Boba Fett había colocado su rifle desintegrador en posición de disparo en menos de un latido, mientras la mayoría de los otros guardias de Jabba habían saltado a cubierto.

Nadie había muerto esa vez, pero no había sido por una falta de preparación por parte de Boba Fett. Jabba había pagado la recompensa y la princesa disfrazada había desactivado el dispositivo explosivo; de otra manera, no habrían quedado ni ruinas del palacio de Jabba. Neelah estaba segura, sin embargo, de que Boba Fett habría sobrevivido de alguna manera; siempre lo hacía, sin importar cuántas otras criaturas muriesen alrededor de él.

Y, extrañamente, también sabía que ella habría seguido viva, sin importar lo que sucediese. *Deja que el fuego caiga*, pensó Neelah; habría emergido ilesa, llevada a un lugar seguro por… Boba Fett. ¿Quién si no?

Tenía pocas dudas de que ése era el sentido del interés que Fett había mostrado en su bienestar, de vuelta en el palacio de Jabba. No le había llevado mucho tiempo captar que, cada vez que el cazarrecompensas regresaba de uno de sus recados misteriosos, su mirada con casco se volvía en su dirección, asegurándose de que ella aún estaba ahí, viva e ilesa.

Lo cual llevaba algo de trabajo en una madriguera de violencia como el palacio de Jabba, donde todos los matones y canallas se inspiraban en los gustos propios de su jefe por el sufrimiento de otras criaturas. Un hutt como Jabba no contaba su riqueza sólo en cuántos créditos guardaba amontonados en sus cámaras del tesoro, sino también en cuánto dolor y muerte podía infligir… y saborear, como uno de los pequeños manjares retorciéndose que sus diminutas manos metían en el abismo sin labios de su boca. Un buen número de los mercenarios de Jabba trabajaban barato (su acuerdo salarial favorito) con el entendimiento de que también podían satisfacer sus apetitos crueles.

La pobre Oola era una de las bailarinas más bonitas del palacio, y por ello estaba reservada para el placer de Jabba; eso fue simbolizado por la cadena de eslabones finos con que él la retenía. *No para mí*, pensó Neelah. Se tocó la cara con una mano, las puntas de los dedos siguiendo la cicatriz curada de la herida que había recibido de la pica de uno de los guardias de palacio gamorreanos cuando hizo su propia evasión. Incluso antes de que el metal afilado hubiese acuchillado a través de su mandíbula y su mejilla, no era de la misma frágil hermosura que Oola. Dados los gustos sádicos de Jabba, el placer que había obtenido de ver la belleza cruelmente despedazada en trozos sangrientos, no ser tan bella era una bendición; durante su tiempo en el palacio, Neelah había visto a mujeres más bonitas que ella misma lanzadas al rancor mascota de Jabba, y había oído sus breves gritos desde las profundidades del foso mientras los matones de Jabba riéndose se agrupaban alrededor del borde, disfrutando de la vista casi tanto como su jefe.

Pero había habido otra razón para la esperanza de vida más larga de Neelah dentro de los gruesos muros de piedra del palacio de Jabba. Los primeros destellos de sus sospechas habían crecido en absoluta certeza. *Fue él*, pensó Neelah. *Fue Boba Fett.* Levantó la mirada otra vez hacia el área de la cabina del *Diente de Perro*. Una conexión invisible se extendía entre ella misma y el cazarrecompensas con casco que pilotaba la nave. La misma conexión misteriosa que había existido entre ellos en el palacio de Jabba. Sin haber pasado nunca una palabra entre una mera bailarina y el cazarrecompensas más temido de la galaxia (al menos, ninguna palabra que su memoria devastada pudiese recordar), sabía incluso entonces que Boba Fett la vigilaba. De modo que ningún daño le llegaría; esto es, ninguno de clase fatal. La vida en el palacio había tenido sus numerosas e imaginativas inconveniencias, la mayoría de las cuales había causado que Neelah y las otras bailarinas se preguntasen si una salida rápida vía foso del rancor no sería preferible. Pero Neelah se había dado cuenta en cierto punto de que esa opción no estaba abierta para ella. Había tenido una especie de guardián; la observación cuidadosa y silenciosa de Boba Fett no estaba enfocada sólo en su patrón huttés.

¿Qué habría sucedido, se preguntó Neelah vanamente, *si Jabba hubiese llegado a tirarme al rancor?* Una buena pregunta, aunque fuese controvertida por la muerte de

Jabba. La respuesta dependía, suponía, de la naturaleza exacta de su importancia para el cazarrecompensas. ¿Era tan grande que Boba Fett habría interferido con los placeres de Jabba? ¿Tanto que, si hubiese surgido la necesidad, Fett habría levantado su rifle desintegrador y lo habría apuntado a la enorme cara con papada de Jabba, y la profunda voz sepulcral de dentro del casco habría ordenado al hutt dejarla ir?

No estaba segura, incluso entonces; Boba Fett jugaba un juego complicado, con el valor de las piezas sobre el tablero cambiando tan rápidamente como sus estratagemas. Cualquier preocupación que hubiese mostrado por su bienestar en el palacio de Jabba no se había basado en ningún gran amor por ella. Fett ya le había asegurado (*y yo lo creo,* pensó sombríamente) que la preocupación por las vidas de otras criaturas era una noción extraña para su mente. Hasta cuando estaba transportando una pieza de mercancía difícil, como los rehenes con precios sobre sus cabezas eran llamados en el negocio de la caza de recompensas, la única consideración que mantenía aliento en sus pulmones era que la presa viva normalmente valía más que las muertas para aquellos que desembolsaban los créditos por su captura.

¿Y qué valgo yo? Esa pregunta aún rondaba sus pensamientos. *Lo que cualquier clase de mercancía.* Su valor, su importancia para Boba Fett; las razones por las que había estado tan atento a su supervivencia en su tiempo en el palacio de Jabba: ésas eran cosas que todavía no había podido descifrar. Si tenía un interés en mantenerla viva, entonces indudablemente tenía sus razones para ello, y esas razones podrían no ser para ventaja de ella.

Había una pregunta más que era aún más inquietante. *¿Qué sucede,* se preguntaba Neelah, *cuando esas razones lleguen a su fin?* Cuando su vida no tuviese más valor para Boba Fett, difícilmente podía esperar que una criatura como él la mantuviese cerca por mero sentimiento. No había sido nada más que una bailarina para Jabba; estaba segura de eso, habiendo visto las pupilas verticales de los ojos del hutt estrechándose al verla, con las mismas malignas lascivias destructivas que todas las cosas bellas evocaban en su corazón burbujeante. Boba Fett no dispondría de ella sólo por el placer enfermizo que se pudiese encontrar en el sufrimiento de otra criatura, sino por fríos créditos sólidos. Neelah no encontraba que eso fuese un arreglo mejor. *Termino muerta,* reflexionó amargamente, *de cualquier manera.*

Aunque había otro resultado posible. Improbable, pero mejor que ninguna posibilidad en absoluto. Y mucho más de su gusto. *Alguien termina muerto, está bien.* Asintió lentamente para sí misma. *Pero no seré yo…*

Todo lo que tendría que hacer (si y cuando esa confrontación final llegase) sería enfrentarse al cazarrecompensas número uno de la galaxia, una máquina de matar con la que otros asesinos temían encontrarse. *Enfrentarme a él,* pensó Neelah, *y eliminarlo.*

No sería fácil.

Pero extrañamente, pudiendo ser tan pocas sus opciones, se encontró casi esperando ese encuentro final.

El curso de los pensamientos de Neelah fue interrumpido por el sonido metálico de suelas de botas sobre los peldaños de la escalera que se extendía desde el área de carga hasta la cabina del propio *Diente de Perro*. Neelah empezó deprisa a cerrar el panel de acceso a los circuitos de comunicación; después se relajó cuando vio que sólo era Dengar descendiendo la escalera.

—Buen trabajo —dijo Neelah. Cruzó los brazos delante del pecho y lo observó—. Prácticamente le has dejado envolverte en un pulcro paquetito, ¿no?

Dengar bajó del pie de la escalera.

—¿De qué estás hablando?

—Venga. —No le importaba que Dengar supiese que había estado escuchando las conversaciones de la cabina. Con el pulgar señaló el cableado expuesto y el pequeño dispositivo de escucha que había encontrado en el armario de repuestos de la nave y que había conectado—. He oído todo lo que has dicho. Y todo lo que Boba Fett te ha respondido —Neelah sacudió lentamente la cabeza—. No puedo decir que me haya impresionado mucho. Al menos, no contigo.

Con un suspiro de aliento reprimido, Dengar se sentó sobre un banco de metal desnudo a un lado del área de carga.

—Es un tipo duro —los hombros del cazarrecompensas se hundieron hacia delante en una manifestación cinética completa de derrota—. Ese cazador bien podría estar hecho de duracero, desde la piel hasta el corazón. Si lo tiene.

—¿Qué esperabas?

Dengar se encogió de hombros.

—Más o menos lo que he obtenido de él.

—Idiota —dijo Neelah—. Quiero decir, ¿qué intentabas conseguir? ¿Cuáles eran tus planes cuando has empezado a hablar con Fett?

—¿«Planes»? —una mirada en blanco cruzó la cara de Dengar—. Ahora mismo no podría decirte.

—Genial —la voz de Neelah se amargó de disgusto—. Ambos viajamos posiblemente a nuestra muerte, justo en este momento, y el único aliado que podría tener está completamente en muerte cerebral.

—Ey… —el cazarrecompensas se enderezó desde su depresión—. Eso no es justo. Si crees que es tan fácil sacar algo de Boba Fett, entonces inténtalo *tú*. Esperaré aquí mismo a que vuelvas arrastrándote escalera abajo.

—Cálmate. Lo siento, ¿vale? —Como si sus problemas no fuesen bastante malos, ahora tenía que preocuparse por los sentimientos blandos de esa criatura estresada. Acababa de estar recordándose a sí misma que Boba Fett no tenía ninguna sensibilidad frágil como ésa; ¿por qué no podía Dengar ser igual?—. Mira —dijo Neelah—, tú y yo vamos a tener que permanecer juntos…

—¿Por qué? —Dengar la miró receloso—. ¿Qué hay en eso para mí? Esto es, en unirme a ti. Ya tengo una asociación en marcha con Boba Fett. Eso vale mucho más que ser compañero de alguien como tú.

—¿De verdad? —ella no pudo evitar que una expresión de diversión burlesca se mostrase en su cara—. Y por eso ahora mismo estabas ahí arriba en la cabina, discutiendo cosas con Fett, como compañeros —Neelah dio otra sacudida de cabeza—. Supongo que eso lo demuestra: hay compañeros, y después hay compañeros. Y tú eres definitivamente uno de la última clase.

—¿Sí? ¿Y qué clase es ésa?

—La clase desechable —dijo Neelah—. Tan desechable como yo, excepto que yo no tengo ilusiones al respecto —con una mano, hizo un ademán a las diversas piezas de equipo que adornaban los mamparos del área de carga de la nave—. ¿Ves todas estas cosas? Solían pertenecer a otro. Ese otro cazarrecompensas…

—Bossk. Ése es su nombre —asintió Dengar—. Y tienes razón; ésta era su nave.

Todos los controles y manijas del equipo estaban calibrados para una criatura con garras más que con dígitos humanoides; Neelah podría haber envuelto con ambas manos algunas de las piezas que probablemente habrían sido engullidas por uno solo de los puños de Bossk.

—Y mira lo que le ha sucedido —Neelah señaló la cabina arriba con una inclinación de cabeza—. Lo que Boba Fett le ha hecho. Ha sido fácil, también; al menos para Fett. Y ese Bossk, por todo lo que he oído de él, también era un tipo duro. —El cazarrecompensas trandoshano había hecho algunas apariciones en el palacio de Jabba el Hutt durante su periodo allí como bailarina, y había escuchado algunas de las historias susurradas sobre él. Los relatos podían indicar que Bossk no era un genio, pero su pura crueldad y tenacidad compensaban cualquier defecto en el departamento cerebral—. Y Fett aún se las ha arreglado para darle la vuelta y ponerlo del revés, y mandarlo a seguir su camino sin esta nave.

—Eso llevó algo de trabajo, está bien —Dengar apoyó la palma de la mano contra el frío duracero del mamparo tras él—. El *Diente de Perro* era el orgullo y alegría de Bossk. Más que eso: sus armas, su forma de ganarse la vida. No se le podría haber comprado esta nave por ninguna suma de dinero.

—Obviamente, Boba Fett tiene otra manera de hacer negocios —un rincón de la boca de Neelah se elevó en una sonrisa sin humor—. Lástima para la persona al otro lado del trato. Y lástima para *ti*.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Venga —dijo Neelah—. No seas más tonto de lo que tengas que ser. ¿No es evidente? Tu pequeña conferencia justo ahora en la cabina debería haberte aclarado cuál es tu relación con Boba Fett. Si has caído en ese sinsentido de socios, eres aún más idiota de lo que pareces.

Un fruncimiento de ceño oscureció la cara de Dengar.

—Son palabras duras, viniendo de alguien sin un amigo en toda la galaxia.

Eso todavía está por verse, pensó Neelah. Por todo lo que sabía, con el estado devastado en que estaba su memoria, podría tener amigos (unos poderosos, que harían cualquier cosa por ella) contándose por legiones. Podrían estar buscándola en ese mismo

momento. *Si piensan que sigo viva.* Todo dependía de qué circunstancias la habían llevado a estar atascada en un lejano agujero como el planeta Tatooine.

Era un concepto que resurgía continuamente en sus pensamientos. Pero no uno al que pudiese dedicar tiempo para explayarse justo entonces. Tenía otros asuntos más acuciantes que atender.

—No eres idiota; mis disculpas. —Hasta decir eso rechinaba contra una fibra profundamente incrustada en el carácter de Neelah, un rasgo de personalidad que había sobrevivido al borrado de memoria que se le había realizado. Se suponía que otras criaturas debían disculparse con ella, estuviesen equivocadas o no; sentía como cierto que ése era el estado adecuado de las cosas. Pero por el momento, en esa situación en la que se encontraba, tendría que actuar de otra manera—. Pero hay algo que tienes que entender —Neelah se sentó junto a Dengar en el estrecho borde del banco del área de carga. Apenas había sitio para los dos en el espacio parecido a una balda; el hombro y el muslo de ella estaban presionados contra los de él, con un intercambio de calor corporal pasando a través de sus toscos ropajes funcionales—. Es importante —dijo Neelah mientras bajaba la mirada para encontrar la suya—. Tú y yo *tenemos* que permanecer juntos. Si vamos a sobrevivir.

Dengar retrocedió, mirándola con sospecha.

—Yo sobreviviré —dijo tras un momento de silencio—. Puedo cuidar de mí mismo; lo he hecho hasta ahora, por lo menos.

—Ahora es diferente —dijo Neelah, su voz tranquila y apremiante—. Diferente de cualquier cosa en la que hayas estado implicado antes.

—Quizá —el cazarrecompensas se encogió de hombros—. Pero si tienes dudas sobre qué te va a suceder, es tu problema. Yo ya tengo suficiente.

El ansia de golpear al bruto cabezón, de dar con el puño o con alguna pieza pesada de chatarra contra el lateral de su cabeza, brotó en el pecho de Neelah. Con los músculos tensos, reprimió el impulso.

—Mira —dijo. Inclinándose más cerca, colocó una mano sobre la rodilla de Dengar—. No es sólo tu supervivencia la que está en juego. ¿Correcto? Si todo lo que te preocupase fuese mantener tu pellejo intacto, encontrarías una manera de salir de aquí, y tan lejos de Boba Fett (y de mí) como fuese posible. Eso sería lo más inteligente.

La sospecha en la mirada de Dengar no había menguado. Pero tampoco se había apartado de su contacto; se estaba haciendo progreso de alguna clase. O eso esperaba Neelah.

—Bastante lista —concedió Dengar.

—Pero hay cosas que estás intentando lograr. Todo lo que quieres hacer posible para ti y Manaroo. —Había habido suficiente tiempo (en Tatooine, mientras ella y Dengar guardaban vigilia por el inconsciente Boba Fett, sanando lentamente de las heridas casi fatales que había recibido de las tripas de la bestia sarlacc) para que Neelah escuchase todo sobre las esperanzas y sueños de Dengar para el futuro. Un futuro que incluiría matrimonio con su amada Manaroo, y el abandono de su peligrosa profesión de

cazarrecompensas, pero sólo si podía conseguir el género de cuenta financiera que liquidaría su carga de deuda y los establecería a él y a Manaroo en una nueva vida. El único modo de hacerlo era colocarse a sí mismo en el camino del peligro más grande, permanecer no sólo como cazarrecompensas sino como uno aliado con el cazarrecompensas más temido (y traicionero) de la galaxia. Neelah había visto de una vez el dilema en que Dengar estaba atrapado: Boba Fett podía ser desde luego su salida del oficio de cazarrecompensas y al brillante futuro luminoso que deseaba formar para sí mismo y Manaroo. Boba Fett también podía ser la trampa sin salida, una red de trama e intriga que sólo podría ser evadida a través de la muerte. La muerte de Dengar; podría no regresar a su amada excepto como cadáver—. No puedes confiar en Boba Fett —dijo Neelah acercando su cara aún más a la de Dengar—. No le preocupa tu felicidad ni la de Manaroo.

—No espero que lo haga —habló Dengar rígida y cautelosamente—. Es un hombre de negocios.

—Si eso fuese todo lo que es, estaríamos a salvo. Pero es un poco más que eso —Neelah dio un toque con el índice en la rodilla de Dengar—. Con los hombres de negocios de verdad, en cualquier planeta, las sociedades se forman todo el tiempo; así es como se hacen negocios…

—¿Oh? —Dengar parecía divertido por sus palabras—. Pareces saber un montón sobre estas cosas. Para alguien que no tiene otro recuerdo que el de ser una bailarina en el palacio de Jabba el Hutt.

—No se necesita un recuerdo —dijo Neelah— para ser capaz de descifrar cómo funcionan las cosas. —En el caso de Dengar, parecía que un recuerdo intacto era mucho exceso de equipaje—. Sólo se necesita ser lo suficientemente inteligente para observar y escuchar. Venga, afrontémoslo: si Boba Fett estuviese interesado en tener un socio, se habría relacionado con algún otro cazarrecompensas.

—¿Cómo cuál?

—Prácticamente cualquiera —Neelah se encogió de hombros—. Podría haberle hecho una oferta a Bossk. Podrían haber resuelto sus diferencias, si supusiese un buen negocio para ellos. Tú mismo has dicho que eso es todo lo que interesa a Boba Fett. Y se supone que Bossk es el cazarrecompensas más fuerte y duro de la galaxia, después del mismo Boba Fett. Esos dos habrían hecho una asociación imparable —los ojos de Neelah se redujeron a hendiduras mientras veía la reacción de Dengar a sus palabras—. ¿De qué te ríes?

—Lo siento… —una sonrisa burlona permanecía en la cara de Dengar—. Pero encuentro divertida tu ignorancia. Puede que tu memoria inexistente no te parezca una desventaja, pero puede que a otros sí. Hay muchas criaturas sensibles, especialmente en la industria de la caza de recompensas, que son sólo un poco más entendidas en la historia personal de Boba Fett de lo que tú pareces.

Una cólera que había llegado a ser demasiado familiar estalló en llamas en torno al corazón de Neelah. Tan inteligente como pudiera ser (definitivamente más inteligente que

ese Dengar, posiblemente también en lo que respectaba a Boba Fett), aún se encontraba en desventaja. *Tengo que resolver cosas que ya saben.* Era una galaxia grande la que los rodeaba, en esa pequeña burbuja de nave robada; Neelah tenía muchas lagunas que rellenar antes de estar en igualdad de condiciones incluso con el habitante más ignorante de un mundo atrasado.

No sólo me robaron la memoria, reflexionó Neelah amargamente. *Me robaron mi capacidad, mis oportunidades, para sobrevivir.*

Era una razón más para poner a Dengar de su lado, al menos de momento. Podría utilizarlo, tanto de aliado como de fuente de información, hasta que hubiese podido encontrar y encajar suficientes piezas faltantes, como ensamblando un primitivo rompecabezas bidimensional dentro de su cráneo.

Sabía que habría sido más fácil (otra cosa que no se necesitaba ser un genio para descifrar) si Dengar aún no hubiese estado comprometido con su futura esposa Manaroo. Eso complicaba las cosas, especialmente cualquier estrategia que de otro modo Neelah podría haber tenido para pasarlo a su lado. *Debe de ser amor verdadero*, había decidido Neelah; cuanto más oía de los planes de Dengar para su vida futura juntos, cuando de alguna manera hubiese encontrado su salida tanto de la deuda como de la profesión de cazarrecompensas, más se convencía de ello. La obvia devoción de Dengar por la mujer (la había enviado lejos a propósito para mantenerla fuera de peligro) despertaba chispas tanto de envidia como de frustración dentro de Neelah.

Pero en el palacio de Jabba había descubierto formas (se había visto forzada a ello) de hacer la vida más tolerable, formas que dependían de sus atributos físicos. No todas las criaturas masculinas en aquel pozo negro de depravación habían respondido a la belleza femenina con el ansia de destruirla de una manera lo más sangrienta posible. Algunos de los subordinados de Jabba habían sido casi patéticos en su afán de ser recompensados con una mera sonrisa de ella o de cualquiera de las otras bailarinas, evocada por el regalo de unos bocados comestibles sisados de las cocinas subterráneas del palacio. Un regalo aún mejor había sido la protección de las atenciones de las clases más depredadoras de escoria que habían encontrado empleo con el difunto Jabba. Aunque Neelah se había dado cuenta de que estaba bajo la atenta mirada de Boba Fett mientras estaba en el palacio, aún había agradecido cualquier seguridad extra que ella y las otras bailarinas hubiesen podido obtener del personal multiespecies de la casa.

Nada de eso era posible ahora, cuando lo necesitaba más que nunca. Ésa era la parte frustrante. Neelah ya había entendido que no había ninguna esperanza de que reemplazase a la ausente Manaroo en los afectos de Dengar. Si acaso, estaba entonces más enamorado de su prometida que cuando la nave *Esclavo I* de Boba Fett había ascendido de la superficie del Mar de las Dunas de Tatooine. Y más dedicado a su misión de formar una vida futura para los dos en algún rincón pacífico de la galaxia, lejos de las guaridas criminales y abrevaderos a los que anteriormente estaba acostumbrado. Manaroo ya le había cambiado la vida, de una manera o de otra; Neelah podía verlo. Sin siquiera estar allí a bordo del *Diente de Perro*, Manaroo era un elemento crítico en todos los

cálculos de Neelah. Lo peor de todo era que, a pesar de la promesa de Dengar de retirarse del oficio de cazarrecompensas, todavía tenía justo lo suficiente de la dureza mercenaria de un cazarrecompensas para complicar las cosas. *Se libraría de mí en un segundo*, pensó Neelah, *si calculase que es lo mejor para él y Manaroo.*

El truco sería convencer a Dengar de que el camino a esa vida futura que visualizaba con su novia era el que llevaba por los planes de Neelah. Ya tenía sus nociones de cómo inculcar esa idea en su cabeza. La cólera que había crecido dentro de ella, como una chispa lanzada sobre astillas secas, estaba cuidadosamente bajo control por el momento.

—Ahí me has pillado —dijo Neelah, su voz esmeradamente modulada—. Por supuesto, hay cosas que sabes que yo no sé. Incluso antes, antes de que me hiciesen esto —se puso las puntas de los dedos contra el lateral de la cabeza—. Probablemente había todo tipo de cosas que sabías sobre Boba Fett de las que yo nunca habría oído. Ése es el universo en el que has vivido. *Su* universo.

—Correcto —Dengar asintió de acuerdo—. Es suyo más que de nadie. Boba Fett lo hizo así, pedazo a pedazo. Si hubiese querido, si se hubiese ajustado a su agenda personal, podría haber tomado el control de la industria entera de la caza de recompensas en vez de sólo de las partes más lucrativas de la misma, los trabajos que le ponen más créditos en los bolsillos. Todavía hay un remanente o dos del viejo Gremio de Cazarrecompensas ahí fuera, pero no es nada comparado con lo que una vez fue. Antes de que lo destruyese, lo destrozase como un dispositivo astrogador barato. Boba Fett podría haberse establecido a la cabeza del Gremio, si hubiese querido molestarse en ello.

—Antes me has contado algo sobre el Gremio de Cazarrecompensas. Hace sólo un rato, justo después de que Fett se librase de Bossk. —Neelah buscó en su memoria reciente; había sido sólo una referencia de pasada al Gremio, algo que apenas valía la pena el esfuerzo de recordarlo, al menos hasta entonces—. Has dicho… algo sobre Bossk. Y el Gremio. Que el problema entre él y Fett se remonta a mucho tiempo atrás.

—Claro —dijo Dengar, reclinándose contra el mamparo. Parecía entretenido por sus esfuerzos por ensamblar el pasado—. Pero no es ningún gran secreto. Todo el mundo lo sabe, o al menos todo el que tenga alguna razón para estar interesado en la prosperidad de los cazarrecompensas —la sonrisa de Dengar se ensanchó—. No todo el mundo lo está, ya sabes. Los cazarrecompensas no son las criaturas más populares en la galaxia. Ésa es otra buena razón para salir del negocio. Se hace difícil reunir mucha buena voluntad cuando todos los demás tienen ese ferviente deseo de que toda tu categoría sea sacada de la existencia a base de láser.

No tienes que contármelo, pensó Neelah. Entonces había estado con cazarrecompensas sólo un poco de tiempo, y ya tenía serios motivos de queja contra ellos.

—Así que hay algún tipo de historia entre Boba Fett y Bossk —Neelah miró intencionadamente a Dengar, sentado junto a ella, como si pudiese leer algunas pistas adicionales en su cara—. Algo personal.

Dengar se rio.

—Podría decirse. Podría decirse mucho de los dos, y todo sería verdad. Al menos, las partes más violentas lo serían. Bossk tiene un resentimiento contra Boba Fett de un pársec de ancho, y este último bochorno, siendo expulsado de su propia nave, no va a mejorarlo. Si Bossk odiaba a Fett antes, ahora *realmente* va a estar buscándolo —Dengar sacudió la cabeza—. Sólo va a mostrar qué cazarrecompensas tan duro es Boba Fett. Es un juego peligroso que jugar, dejar escapar a un enemigo tan fuerte y resuelto como Bossk. Tienes que tener auténtica confianza en tus propias habilidades para no ponerte un poco nervioso por que un asesino como ése todavía esté flotando por la galaxia, con tu nombre en lo alto de su lista de cosas que hacer.

—Bueno, ése es su problema, no el nuestro. —La frente de Neelah se arrugó mientras intentaba vincular un atormentador fragmento de información con otro. Era imposible; todavía faltaban demasiadas piezas. Piezas de las que sus propios planes (y su vida) podrían depender—. Mira, tienes que contarme…

Una de las cejas de Dengar se alzó cuando le devolvió la mirada.

—¿Contarte qué?

—Cuéntamelo *todo* —Neelah no pudo ocultar un tono suplicante de su voz—. Todo lo que no sé.

—Eso podría llevar un tiempo.

—Muy bien; sólo sobre Bossk y Boba Fett, entonces. —Se estaba agarrando a cualquier cosa, cualquier llave al pasado. Si su propia vida, todo lo que le había sucedido antes del palacio de Jabba, era un misterio, al menos podía desenterrar las verdaderas historias de aquellos que la rodeaban. Una llave que desbloquease todos los secretos oscuros, o incluso unos pocos, que Boba Fett guardaba detrás de la fría y dura mirada de su casco, podría valer mucho para ella. *Quizá todo*, pensó Neelah.

—Algo de eso ya lo sabes —Dengar hizo un ademán con una mano, lo bastante vago para indicar un punto en el tiempo más que en el espacio—. Cuando aún estábamos en Tatooine.

Era cierto. Había habido suficientes horas vacías, mientras esperaban la resurrección de Boba Fett, para rellenar algunas de las lagunas. O al menos aquéllas que pertenecían a la historia de Boba Fett y el Gremio de Cazarrecompensas. Boba Fett aún era el mismo, como si fuese una inmortal construcción inmutable, pero el Gremio había pasado por cambios. Lo que existía ahora era sólo lo que quedaba después de que las diversas conspiraciones e intrigas entrelazadas hubiesen acabado con él. Conspiraciones, todas las cuales habían tenido a Boba Fett en el centro. Toda una guerra había estallado entre los cazarrecompensas, y no todos ellos habían sobrevivido. Y si se pudiese decir que alguien había ganado aquella guerra, sería el mismo Boba Fett.

Dengar había disfrutado contando esas historias de guerra; ella había percibido la admiración en su voz. Admiración por Boba Fett, por la pura eficiencia implacable de sus planes y acciones. Una eficiencia y una implacabilidad que Dengar ciertamente sabía que nunca podría alcanzar; sólo podría participar de ellas indirectamente. *No es de extrañar*, pensó Neelah, *que cayese en esa táctica de la asociación.* Incluso cercano a la muerte,

yaciendo medio digerido por el sarlacc en las rocas áridas del Mar de las Dunas de Tatooine, Boba Fett había sido capaz de evaluar la psicología básica de su objetivo. Evaluarla, y después utilizarla toda para su propia ventaja.

Eso era un poco más difícil para ella. Al menos hasta el momento. Pero Neelah sabía que, le contase lo que le contase Dengar sobre Fett, sobre las maniobras pasadas en esa guerra entre los cazarrecompensas, los detalles le dirían tanto sobre Dengar como cualquier otro. Lo cual estaba bien para ella. *De esa manera*, pensó, *averiguaré sobre ambos.* En alguna parte encontraría algo que pudiese utilizar…

—Tienes razón —dijo Neelah en voz alta—. Sé algo de eso. Gracias a ti. Ahora, ¿qué hay del resto?

Dengar la miró en silencio un momento; después asintió lentamente.

—Vale —se reclinó contra el mamparo—. Supongo que tenemos tiempo. Aunque todo eso depende de adónde vamos, ¿no?

—Boba Fett no nos lo ha dicho a ninguno —Neelah se relajó, los brazos cruzados en el pecho—. Así que bien puedes empezar, y ya veremos hasta dónde llegamos.

Una media sonrisa se formó en la cara de Dengar.

—Quizá vayamos sólo a las partes buenas.

Todas son buenas, pensó Neelah. *Con tal de que obtenga lo que quiero.*

Escuchó mientras la figura junto a ella empezaba a hablar…

5

Y ENTONCES…
(JUSTO DESPUÉS DE LOS EVENTOS DE STAR WARS: UNA NUEVA ESPERANZA)

—Nunca antes he estado aquí —dijo el emisario del Gremio de Cazarrecompensas—. Aunque, por supuesto, me lo han descrito muchas veces.

—Cuán halagüeño me es ser el receptor auditivo de tal noticia —Kud'ar Mub'at plegó otro par de sus peludas patas quitinosas a su alrededor—. Que hablen de uno en los pasillos y rincones de las intrigas y poderes de la galaxia, ¡es un placer! ¡Siempre!

Las lentes compuestas de los ojos del ensamblador aracnoide observaban con diversión mientras el emisario del Gremio intentaba evitar tocar de verdad cualquier parte de la estructura fibrosa (y viva) de la red. *Criatura mentecata*, pensó Kud'ar Mub'at; la diversión que sentía estaba fácilmente escondida detrás de su propia estrecha cara triangular. Era una de las ventajas que el ensamblador tenía sobre los miembros de casi todas las especies sensibles de la galaxia: podía leerlos tan fácilmente como una primitiva hoja de datos de tinta y papel, mientras sus propias emociones y cálculos permanecían como un enigma enmascarado para ellos.

Kud'ar Mub'at suponía que por eso siempre había disfrutado tratando con el cazarrecompensas Boba Fett. Con esa máscara con visor puesta, el casco de la armadura mandaloriana que llevaba, Fett era un desafío constante que descifrar y manipular. *Un oponente digno*, reflexionó el ensamblador. Aunque ya estuviese destinado a perder, enredado en una telaraña más grande, invisible e ineludible…

—Tendrá que perdonarme si parezco un poco… incómodo. —El nombre del emisario era Gleed Otondon; su anfitrión no podía decir de qué mundo periférico miserablemente severo era originario, pero obviamente era uno que producía residentes impresionantemente voluminosos y bien equipados en la cima de su cadena trófica: el emisario era todo músculos revestidos de cuero con un cráneo con púas y probóscide encima. Sus manos con garras se sacudían contra sus rodillas mientras aplastaba el asiento del invitado cerca del nido parecido a un trono de Kud'ar Mub'at. Miró otra vez hacia las fibras densamente entretejidas que formaban bóvedas por encima de su cabeza—. ¿Está seguro de que este lugar es hermético?

—Mi querido y muy apreciado Gleed, alivie sus miedos —si la risa rotunda hubiese estado en el repertorio de las respuestas emocionales del ensamblador, Kud'ar Mub'at podría no haber sido capaz de contenerse—. Razonables como puedan ser esas aprensiones, le aseguro que son muy innecesarias. —Quizá hasta un poco insultantes, aunque el ensamblador se guardó esa reacción para sí mismo. Señaló a uno de sus subnodos de mantenimiento corporal, una versión en miniatura de su propia forma arácnida. El movimiento de una punta de pata alzada realmente era innecesario; el

pequeño nodo estaba ligado al propio sistema nervioso central del ensamblador, como lo estaban todos los trozos y pedazos vivos de la red, los habitantes parcialmente diferenciados que Kud'ar Mub'at había hilado de su propio ser más íntimo—. Pero lo comprobaré, sólo para estar seguro para mi visitante más estimado.

Gleed Otondon se echó atrás, como intentando esconderse dentro de su propia armadura corporal, cuando el nodo llamado se escabulló más allá de sus hombros, siguiendo un filamento blancamente reluciente de tejido conector neural detrás de él. El nodo se encaramó alerta al ángulo de la pata extendida de Kud'ar Mub'at.

—¿Sí-sí? —El nodo era todo ansiedad; había sido una de las creaciones favoritas del ensamblador, aunque ahora los activos manierismos empezaban a perder la gracia—. ¿Qué puedo hace-ce-cer por ti-ti? —Y el tartamudeo resonante en sus circuitos vocales era *definitivamente* molesto. Kud'ar Mub'at hizo una nota mental personal, en el segmento no compartido de su propio córtex cerebral, para eliminar esa imperfección con el sucesor del subnodo, después de que éste hubiese sido reingerido—. ¿Alguna co-cosa?

Las paredes curvas de la cámara central de la red parecieron moverse y cambiar, todos los subnodos reunidos volviendo los diversos niveles de su consciencia hacia la discusión que tenía lugar en medio de ellos. Por las fibras neurales de la red había salido una alerta general sobre lo importante que eran esas reuniones. Por debajo de algunos nodos colgantes, Gleed Otondon se encogió a la vista de la bulliciosa actividad envolvente.

—Un informe de estado, por favor —Kud'ar Mub'at hizo una muestra de dar órdenes al subnodo que colgaba de su pata extendida. Todo era también para el beneficio de su vistante; no había ninguna necesidad auténtica de ofrecer cortesías a cosas que eran tan parte del ensamblador como su propio abdomen y tórax segmentados—. Respecto a la presión atmosférica de nuestro querido y pequeño hogar, dime, por favor, ¿está todo como debería?

El subnodo estuvo en silencio unos segundos mientras cambiaba su sistema nervioso mínimo a comunicación con el resto de los nodos de bioingeniería y mantenimiento de homeostasis de la red. Su conferencia de ida y vuelta sin palabras evocó una sensación hormigueante dentro de los procesadores táctiles del córtex central de Kud'ar Mub'at. Por un momento pudo sentir la red entrelazada de la envoltura exterior de la telaraña, como si su cuerpo de abdomen blando se hubiese expandido hasta los límites de sus percepciones sensoriales.

A la deriva entre los fríos puntos de luz de las estrellas, las hebras como cuerdas de la red estaban tachonadas de descartes funcionales de diversas máquinas y naves espaciales. Esos trozos y piezas eran los únicos que el ensamblador no había hilado él mismo, sino que los había incorporado en su ser extendido, normalmente como los pagos finales debidos por una intriga extorsionadora u otra. Los deudores embargados generalmente eran expulsados a través de uno de los puertos de salida anulares de la red, para que tratasen con el vacío lo mejor que pudiesen. El interés de Kud'ar Mub'at en ellos cesaba

en ese punto; el ensamblador creía que era morbosamente grosero coleccionar trozos de cadáveres como trofeos, de la manera en que hacían esos trandoshanos reptilianos.

—Se ha experimentado pérdida de presión normal… —en la dirección de Kud'ar Mub'at, uno de los subnodos cajas de voz que se deslizaban tomó el relevo de su primo de red de mantenimiento exterior, aún sentado en la pata articulada de araña de su padre. La caja de voz sin tartamudeos colgaba a pulgadas de la cabeza de Gleed Otondon; el emisario la miró con evidente consternación—. Durante la recepción de visitantes y el trasbordo desde las naves que atracaban, la generación atmosférica aumentó dos niveles durante el período de tiempo subsiguiente, por órdenes permanentes para procedimientos de brecha del perímetro —el nodo caja de voz calló unos segundos mientras recibía más datos de los sensores exteriores. Los nodos cajas de voz eran poco más que bocas articuladas y cuerdas vocales incrustadas; no poseían suficiente memoria separada para retener más de unas pocas frases a la vez—. Presión interna de la red actualmente a un noventa y cinco por ciento del volumen óptimo; cien por cien óptimo durante la próxima hora.

—Ahí. ¿Ve? —Kud'ar Mub'at hizo un ademán con su pata extendida. El ensamblador habló deprisa para impedir que su visitante pensase y comentase sobre la palabra («naves», en plural) que al nodo caja de voz se le había ido de la lengua. *Ése es el problema*, pensó Kud'ar Mub'at, *cuando no les das a tus subordinados suficiente seso con el que discurrir*—. Nada de lo que preocuparse en absoluto.

—Si usted lo dice —el emisario del Gremio de Cazarrecompensas parecía tranquilizado sólo ligeramente.

Las verdaderas preocupaciones, como siempre, pertenecían a Kud'ar Mub'at. *La vida misma*, reflexionó el ensamblador, *es una carga.* Era una tentación constante diseñar y crear a los subnodos de la red con suficiente materia cortical para hacerlos capaces de pensamiento y acción independientes; quitaría mucho peso de los múltiples hombros del ensamblador. *También podría*, se recordó Kud'ar Mub'at, *quitarme la cabeza de esos hombros.* La red le había llegado a Kud'ar Mub'at como su herencia, por la muerte (asesinato, realmente) del ensamblador aracnoide que lo había engendrado. Eso podía haber sido correcto y apropiado (Kud'ar Mub'at nunca había sentido ninguna culpa sobre ese asunto), pero al propio tiempo, no tenía intención de cometer idéntico error él mismo, como había hecho su creador.

—Ah, pero sí que lo digo —Kud'ar Mub'at representó una suerte de graciosa reverencia humanoide, extendiendo dos de sus patas articuladas e inclinándose hacia delante, la cabeza baja, tachonada de ojos. El cambio del peso del ensamblador elevó momentáneamente su pálido abdomen bamboleante del nido viviente de debajo; el subnodo cóncavo suspiró y puso su inteligencia mínima en la tarea de reinflar sus partes de vejigas como cojines—. Hago todos los esfuerzos para la comodidad de mis muy estimados invitados. Como usted mismo. Incluso si no facilitase la gestión fluida de los negocios, aún sentiría como obligatorio para mí hacerlo así, honrado como estoy por su presencia.

—No se moleste —la inquietud del emisario cambió a enojo. Con un visible despliegue de voluntad, Gleed Otondon recuperó el control de sí mismo—. He sido informado de todo su lenguaje adulador —sus ojos se estrecharon en un enfoque de desconfianza—. No funcionará conmigo.

Ah, pensó Kud'ar Mub'at para sí mismo, manteniendo oculta su satisfacción. *Pero ya lo ha hecho.* De un modo u otro…

—Estoy seguro —apaciguó Kud'ar Mub'at— de que no quiere decirlo de una manera hostil. Pero por supuesto, si usted quisiera, también estaría bien por mí. Intento ser complaciente, como espero que haya visto —el ensamblador volvió a instalarse abajo, en el suave abrazo del subnodo nido—. ¿Podría convencerle para un muy pequeño favor inconsecuente? Si me disculpa un momento, debo conferenciar con algunos de mis diminutos secuaces. Nimiedades, meros detalles; esa molestia.

Ninguno de los múltiples ojos de Kud'ar Mub'at tenía párpados, sino una leve opacidad velando sus brillantes superficies como perlas cuando el ensamblador relajaba su enfoque. Plegó sus patas a su alrededor como una indicación adicional de haber retirado su atención. Una de sus creaciones más minúsculas, un subnodo óptico apenas más grande que un pulgar humanoide, asomó desde detrás de un nudo de las fibras estructurales de la red. Una hebra neural desenvainada, blanca como seda de araña, transmitía una imagen nítida del emisario del Gremio al córtex del ensamblador padre. Gleed Otondon parecía malhumorado e incómodo, obviamente irritado hasta por el más leve retraso en atender los negocios.

Dejémoslo cocer un rato, decidió Kud'ar Mub'at. La consciencia plena del ensamblador ya se había desviado a lo largo de las fibras neurales conectoras a otra parte de la red.

Y a otro visitante.

—Te ves diferente —dijo el cazarrecompensas trandoshano—. Desde la última vez que estuve aquí en la red.

—Ah, mi querido y muy estimado Bossk —el propietario y creador de la red, el ensamblador aracnoide Kud'ar Mub'at, trazó un gesto con una pata alzada, indicando el valor de una galaxia en sabiduría y pesar duramente ganados—. Aún estás en la flor de una vigorosa juventud. ¿No es así? Mientras yo mismo… —las puntas de las pequeñas garras en el extremo de la pata golpearon contra un segmento quitinoso de caparazón exoesquelético, justo por debajo de la cara triangular del ensamblador, y donde habría estado un corazón si su anatomía estuviese más cerca de la humanoide o reptiliana—. Me hago viejo y cansado. Al igual que hizo tu amado padre Cradossk, que su memoria sea consagrada entre las estrellas.

—Sí, bueno, el viejo lagarto ya no va a hacerse más viejo. Eso seguro. —Un brillo de satisfacción se encendió en el propio pecho cubierto de escamas de Bossk. Los huesos de

su padre, roídos y limpiados, descansaban en la cámara de trofeos de Bossk, donde podía relamerse y meditar sobre ellos cuando quisiera. *Le serví bien*, pensó Bossk, rechinando los colmillos como volviendo a saborear los recuerdos de su predecesor. Con los trandoshanos, la muerte era el castigo, no sólo por hacerse viejo y cansado, sino también por ponerse en el camino de la siguiente generación; de Bossk, específicamente. Si su padre Cradossk no hubiese intentado aferrarse tan estrechamente al liderazgo del Gremio de Cazarrecompensas, las cosas podrían no haber ido tan horriblemente para él. O quizá sí: reciclar las proteínas y otros constituyentes de los mayores de uno era una tradición entre su especie; habría parecido una lástima no haberla continuado, aun cuando Cradossk hubiese rendido indulgentemente el liderazgo del Gremio a su heredero Bossk—. Era un viejo lagarto duro —reflexionó Bossk en voz alta. Su lengua delineó la punta rota de uno de sus propios colmillos—. En *muchos* sentidos…

—Profunda es la medida de mis propios recuerdos —dijo el ensamblador—, cuando rememoro a tu padre Cradossk. Muchos fueron los tratos que tuve con él; muchos negocios hicimos juntos. Y la mayoría fueron suma y mutuamente beneficiosos, te lo aseguro.

—Créeme: lo sé todo sobre eso —Bossk cruzó los brazos delante del pecho; su codo empujó una de sus pistolas desintegradoras enfundadas—. Estuve en muchos de esos negocios. Las cosas beneficiosas *y* las infructuosas.

—Ah. ¿Qué puedo decir? —dos de las patas de Kud'ar Mub'at se elevaron en una aproximación de encogimiento de hombros—. Es una galaxia peligrosa en la que vivimos. Pobres criaturas que luchan, lo que somos. No todo se resuelve según lo planeado, ¿cierto?

Ésa es la verdad, rumió Bossk. Había albergado mucho tiempo la idea (más que eso, un sueño querido) de que cuando tomase el control del Gremio de Cazarrecompensas de las garras desfallecidas de su padre, heredaría una organización poderosa y unida, una que podría reconstruir en la fuerza semilegal dominante entre los mundos habitados. Podría haber sido más importante que el gran sindicato criminal Sol Negro, ya que el Gremio tenía la capacidad de operar en ambos lados de las leyes del Imperio. Los señores del crimen como Jabba el Hutt contrataban cazarrecompensas, como hacía el Emperador Palpatine, por medio de sus diversos subordinados. En ese sentido, los cazarrecompensas siempre habían operado como infractores de la ley autorizados, hasta el grado de que sus clientes o no se interesaban o hacían la vista gorda por los métodos que fuesen utilizados para traer la mercancía. *Con tal de que el trabajo se haga*, pensó Bossk. Era un acuerdo dulce… o lo había sido.

Las reflexiones del trandoshano se volvieron más amargas. *Realmente dulce…* asintió Bossk lentamente. *Hasta que Boba Fett lo arruinó.* No para sí mismo, sino para el Gremio de Cazarrecompensas. Y lo peor de todo: para Bossk.

—Pareces pensativo —comentó Kud'ar Mub'at, anidando frente a donde se sentaba Bossk—. Y muy desgraciadamente melancólico. ¡Cómo me aflige eso! Quizá sería mejor

si dejásemos que el pasado sea el pasado. Y dejar ir esos recuerdos pantanosos que afectan la tierna carne de nuestro pecho.

—Para ti es fácil decirlo —gruñó Bossk. Por lo que podía decir, nada estaba atizando el abdomen globular del ensamblador lo bastante fuerte para hacer sangre. Mientras que él casi podía saborear la suya, llenando su boca. Estaba en la naturaleza de Kud'ar Mub'at haber sacado provecho de la debacle que había acontecido al Gremio de Cazarrecompensas; Bossk no estaba seguro exactamente de cómo podía haberse beneficiado de ello el ensamblador, pero estaba seguro de que había sucedido. No era de extrañar que la criatura arácnida pudiese ser tan afable; siempre estaba bien, como siempre había estado. Pero él mismo y el Gremio…

Propiamente hablando, ni siquiera era «el» Gremio de Cazarrecompensas; ya no, al menos. Eso era más de la obra de Boba Fett, el resultado trágico de haberle dejado entrar en el Gremio en primer lugar; un ejemplo perfecto de lo senil que se había vuelto el viejo Cradossk, que hubiese caído en esa táctica. Bossk había sospechado de las intenciones de Boba Fett desde el principio. Y sus sospechas habían resultado ser precisas: el resultado de que Fett se uniese al Gremio de Cazarrecompensas había sido partir la organización en dos, ninguna de ellas tan poderosa como la original, y ambas facciones trabadas en combate una con otra. Una facción (el Gremio Verdadero, como se llamaba a sí mismo) estaba dirigido por los dignatarios que fueron el consejo gobernante del Gremio original bajo el padre de Bossk, Cradossk. La otra facción estaba constituida ante todo por los miembros del Gremio más jóvenes, quienes se habían irritado mucho tiempo bajo el liderazgo cada vez más lento e inepto de los cazarrecompensas fuertes, y que se habían valido del desorden intestino creado por Boba Fett como su oportunidad para separarse y formar una nueva organización.

Bossk había echado su suerte con el último grupo, la Comisión de Reforma del Gremio. Era una comisión sólo en nombre: el liderazgo del grupo había cesado al asumir el trandoshano su puesto de presidente; ahora era más una dictadura eficiente y brutal de una criatura, la imagen exacta de lo que siempre tuvo intención de que el Gremio de Cazarrecompensas original llegase a ser cuando su padre Cradossk muriese. *Y lo será*, había jurado Bossk. No había sitio en la galaxia para dos organizaciones de cazarrecompensas rivales; una de ellas tendría que ser exterminada. Cuando eso estuviese atendido (y Bossk ya había puesto en marcha sus planes para realizar esa tarea en particular), entonces la Comisión retomaría el nombre del Gremio de Cazarrecompensas. El único…

Ya había retirado algunos obstáculos personales a su control de la comisión; si los cuerpos de algunos de los cazarrecompensas más jóvenes aparecían en lugares deliberadamente conspicuos, sólo servía para ilustrar las consecuencias de oponerse al estilo de administración de Bossk de una criatura en la cima de la cadena alimentaria. Y si algunas (un buen número, en realidad) de las masas de la Comisión de Reforma del Gremio decidían que era más seguro pasarse al viejo y pesado Gremio Verdadero, entonces Bossk no lo consideraba una gran pérdida para su organización. O para sus

planes. *¿Quién los necesita?* Bossk había decidido hacía mucho tiempo que sería mejor tener menos cazarrecompensas en su bando, siempre que también fuesen los más duros y sanguinarios y hambrientos de créditos.

Ése había sido el problema con el Gremio de Cazarrecompensas, uno que no iba a repetir cuando hubiese terminado su campaña para tomar el control e instalarse como el jefe de lo que debería haber sido su herencia legítima todo el tiempo. Había habido demasiados cazarrecompensas en el Gremio original; los meros números habían mantenido bajos los beneficios individuales, además de hacer a toda la organización lenta e ineficiente. Era poco de extrañar que un operador privado no del Gremio como Boba Fett hubiese sido capaz de robarles toda la acción. Y aún menos de extrañar que, cuando Boba Fett solicitó afiliación en el Gremio de Cazarrecompensas (y fue aceptado por ese tonto Cradossk y su concilio de asesores), hubiese podido partir la organización en fragmentos en casi nada de tiempo en absoluto. *Aquellos otros miembros del Gremio*, rumió Bossk, *simplemente no estaban a la altura de Boba Fett.* Se habían dejado engañar por la línea blanda de plática de Boba Fett (todo aquel asunto sobre cómo iba a ser el futuro, y cómo todos tenían que trabajar juntos) y habían sufrido las consecuencias. El viejo Gremio de Cazarrecompensas había sido el único lugar donde algunos (o hasta la mayoría) de esos tipos habían podido sobrevivir… y sin él, eran carne muerta.

No había muchos, de los que se habían pasado a la facción del Gremio Verdadero, a los que Bossk fuese a dejar volver al reconstituido Gremio de Cazarrecompensas. Tenía otros planes para ellos, y sus nombres en una lista que guardaba encerrada de forma segura dentro de su cabeza. Antes de que todo estuviese hecho, habría bastantes cadáveres apareciendo en sitios donde las criaturas adecuadas averiguarían sobre ellas. Algunos podrían ser arrojados por la puerta sin iluminar de la cantina de Mos Eisley, de vuelta en aquel agujero de planeta, Tatooine. Los cuerpos silenciosos de los que una vez fueron cazarrecompensas servirían como un mensaje efectivo a todos los interesados: que Bossk estaba en el negocio, y a cargo de ese negocio. Todas las criaturas de la galaxia, fuesen subordinados del Emperador Palpatine o criminales asociados a Sol Negro, operadores independientes hutteses o miembros de la Alianza Rebelde, si querían hacer negocios con el Gremio de Cazarrecompensas, tendrían que tratar con Bossk, y según sus términos. Y esos términos serían duros para ellos, para todos ellos, y dulces, y beneficiosos, para Bossk. Ya lo había decidido.

Pero en aquel momento tenía otros asuntos de los que ocuparse. Con un empujón interno de voluntad, Bossk terminó sus imaginaciones ociosas (pero agradables). *Habrá tiempo más tarde*, pensó, *para todo eso.* Cuando sus propios planes e intrigas hubiesen llegado a glorioso cumplimiento. Habría muchos huesos sumados a la cámara de recuerdos de Bossk, incluyendo los de su archirrival Boba Fett. Esa calavera cortada sería un trofeo particularmente bueno, revestida en su casco con visor oscuro de una armadura mandaloriana. Pero ahora mismo, si todos esos planes debían dar fruto, Bossk tenía que atender sus negocios presentes, sin importar lo desagradable que fuese el ambiente. Ni lo repelente que fuese la criatura con la que tenía que hablar.

La voz aguda de Kud'ar Mub'at cortó a través de los últimos fragmentos del ensimismamiento de Bossk.

—Por favor —habló el ensamblador—, no te consideres bajo ninguna obligación impropia de prisa. Al menos, no lo hagas por mi beneficio. Como tu humilde siervo, espero según tu conveniencia.

—Sí, bien. —Bossk enfocó su mirada de pupilas verticales en el aracnoide en cuclillas frente a él, sus patas arácnidas plegadas alrededor del globo pálido de su abdomen. Ya se preguntaba si había alguna manera de incluir a Kud'ar Mub'at en sus planes, de modo que el exoesqueleto ahuecado del ensamblador acabase entre sus otros trofeos.

Kud'ar Mub'at observó… y aprobó.

La creación de más confianza del ensamblador, el subnodo contable llamado Hoja de Balance, estaba haciendo un buen trabajo manejando al cazarrecompensas trandoshano Bossk. Hoja de Balance se ocupaba de muchas cosas ahora; las responsabilidades del subnodo se habían expandido mucho más allá de aquellas para las que Kud'ar Mub'at lo había diseñado. Simple cálculo de números y seguir el flujo y reflujo de créditos en los cofres de la red… Kud'ar Mub'at debería haber sabido desde el principio, cuando acababa de hilar la materia cerebral esencial de Hoja de Balance del propio neurocórtex del ensamblador, que el subnodo resultaría eventualmente así. *Es igual que yo,* pensó Kud'ar Mub'at con un rastro inevitable de orgullo paternal. *Frío y calculador, y muy taimado.*

Lo taimado era requerido cuando uno tenía dos veces más visitantes en la red (y dos veces más asuntos que conducir) de los que una sola entidad podría atender. Hasta una criatura tan versátil y multitarea como el ensamblador aracnoide tenía sus límites. Además había dificultades adicionales con ese par de visitantes en particular: sobrevendrían muchos problemas si cualquiera descubría que Kud'ar Mub'at estaba comprometido en conversaciones con el otro. Gleed Otondon estaba allí representando los intereses del Gremio Verdadero, la facción lealista del ahora astillado Gremio de Cazarrecompensas, y Bossk…

Bossk se representa a sí mismo, pensó Kud'ar Mub'at con una apreciativa sonrisa interior. Cualquier otra pretensión era una ficción útil, tanto para el trandoshano como para cualquier otra criatura que hiciese negocios con él. Los miembros de la Comisión de Reforma del Gremio podían haber sido engañados, pero Kud'ar Mub'at no. Bossk era un individuo ambicioso y despiadado, tanto como su padre Cradossk lo fue antes de que la edad avanzada hiciese al anciano trandoshano lento y creído; y muerto, en las garras de su propio descendiente.

Utilizando la transmisión neural del subnodo óptico colocado en una de las cámaras más pequeñas de la red, Kud'ar Mub'at veía a Bossk, y a sí mismo. El último también era

una ficción útil, aunque ciertamente Bossk no era consciente de ello. Hacía un tiempo, años o incluso décadas en unidades de tiempo estándar, el ensamblador había mudado su caparazón externo pero no había desechado la réplica hueca de sí mismo. Kud'ar Mub'at había decidido que podría haber otros usos para el exoesqueleto vacío, y hasta había hilado suficiente neurofibra y tejido muscular simple para convertir su anterior armazón en un retrato controlable de su propia forma física. La farsa fue completada cuando el inteligente subnodo contable Hoja de Balance demostró ser capaz de arrastrarse dentro del caparazón, conectarse a los puntos receptores sinápticos de las neurofibras y ejecutar una imitación pasable de su creador, el Kud'ar Mub'at original. *Hasta mi lenguaje vistoso*, juzgó Kud'ar Mub'at. *¡Qué pupilo tan apto!* La propia naturaleza calculadora del ensamblador fue teñida un momento por un cálido brillo emocional, un fenómeno por lo demás desconocido para él.

El Kud'ar Mub'at simulado, el caparazón con el subnodo Hoja de Balance dentro, le presentaba sus excusas al trandoshano que rezongaba. Un momento después, el Kud'ar Mub'at real sintió un cosquilleo de la consciencia del subnodo, como un tirón en la neurofibra que los conectaba.

Bien hecho. Kud'ar Mub'at dirigió sus propios pensamientos hacia el subnodo. *Tienes a este cazarrecompensas completamente engañado.*

Hoja de Balance respondió con apropiada modestia. *Tu alabanza es inmerecida. Ha sido fácil. Desea creer las cosas que escucha. Mi plática no es sino tus palabras en otra boca.*

Pero sin embargo, ejecutadas con agudeza meritoria. Kud'ar Mub'at nunca había prodigado palabras o pensamientos semejantes a ninguno de sus otros subnodos; habría sido como elogiar a uno de los ojos compuestos en el triángulo invertido de su cabeza o a una de sus patas multi-articuladas, o a cualquier otra mera parte de sí mismo. Pues eso era todo lo que eran los subnodos, meras extensiones creadas del mismo ensamblador. Hacer tales declaraciones sobre el pequeño subnodo contable sólo indicaba lo diferente que era Hoja de Balance de los otros en la red, y cuánto había llegado a depender Kud'ar Mub'at de él.

Otra emoción, la del remordimiento anticipado, se acumulaba dentro del pecho envuelto en quitina de Kud'ar Mub'at. *Lo echaré de menos cuando se haya ido.* Ese pensamiento fue cuidadosamente ocultado al subnodo. Kud'ar Mub'at no tenía ninguna intención de dejar que Hoja de Balance descubriese el destino planeado para él. El ensamblador ya había decidido que los días del subnodo contable estaban contados, sin importar lo útil e importante que había llegado a ser. El mero hecho de que Hoja de Balance hubiese evolucionado y tomado tal importancia, convirtiéndose en la creación más valiosa de Kud'ar Mub'at, sellaba su perdición. Hoja de Balance ya había desarrollado más inteligencia y voluntad independiente que todos los otros subnodos de la red combinados; por eso podía manejar tal tarea como imitar a Kud'ar Mub'at desde dentro del caparazón por lo demás vacío.

En las extensiones lejanas de la memoria de Kud'ar Mub'at, antes de que se hubiese convertido en el principal apañador, organizador e intermediario de la galaxia para los elementos criminales y semicriminales de diversos mundos, podía recordar haber llegado a ser igual de valioso para los asuntos de su predecesor, el ensamblador aracnoide que lo había engendrado como mero subnodo. Ese predecesor había acabado cometiendo el error que Kud'ar Mub'at había jurado no repetir, el de dejar que una de sus creaciones se hiciese demasiado inteligente e independiente. Por valiosos y convenientes que pudiesen ser los servicios de semejante nodo, no valían el precio de la eventual rebelión, motín y asesinato. El parricidio podía estar en el orden natural para algunas especies, un segmento inevitable del paso de una generación a la siguiente; era la manera de ser para los trandoshanos como Bossk, según todos los informes. Si era igual para los ensambladores como él mismo, Kud'ar Mub'at no tenía ni idea. El único miembro de su especie que Kud'ar Mub'at había conocido fue el que lo creó y al que había asesinado y consumido sucesivamente.

Aquellos actos parecieron bastante naturales, o al menos fáciles y satisfactorios, cuando Kud'ar Mub'at los cometió. Sin embargo a veces, en la oscuridad y la deriva silenciosa de la red entre las estrellas, en esos breves intervalos en que no había negocios que dirigir, el ensamblador se permitía preguntarse si sería la excepción, una aberración del orden natural. Quizá su predecesor de milenios de edad se había hecho viejo y cansado, y había creado y cuidado a su sucesor elegido con una capacidad innata para rebelarse, matar, consumir y usurpar. Quizá no había sido tanto rebelión como cumplimiento. El concepto no molestaba a Kud'ar Mub'at; de hecho, daba al ensamblador una pequeña luz tenue de esperanza, muy dentro de él. Quizá Kud'ar Mub'at *podía* confiar en el pequeño subnodo contable llamado Hoja de Balance, sin importar lo inteligente e independiente que había evolucionado para ser; quizá Kud'ar Mub'at no tendría que destruir la más preciada y meritoria de sus creaciones, ingerir su materia e hilar un nuevo subnodo contable, pero uno que nunca podría reemplazar al querido y pequeño Hoja de Balance…

Kud'ar Mub'at apartó esos pensamientos, como había hecho tantas veces antes. *No puedo permitírmelo.* Pensamientos como aquéllos no eran los cálculos fríos y precisos por los cuales había alcanzado su posición presente de poder e influencia reales si bien ocultos. Kud'ar Mub'at sabía que cualquier emoción, incluso aquellas dirigidas hacia sus subnodos más leales, constituían una trampa. Una trampa con la muerte del propio Kud'ar Mub'at cargada en la presa de su resorte.

Mejor él que yo, ya había decidido Kud'ar Mub'at. Aun cuando el ensamblador estaba conectado por filamentos neurales a todos los subnodos de la red, no los consideraba a todos ellos como idénticos a su propio ser precioso. Con el punto de vista del nodo óptico colgante, Kud'ar Mub'at observó su propio exoesqueleto mudado; la forma más pequeña de Hoja de Balance, como una versión en miniatura de su creador, era apenas visible, si uno sabía mirar, detrás de la transparencia lustrosa de los ojos compuestos del caparazón. *Qué triste*, pensó Kud'ar Mub'at. Con la inteligencia venía el

engaño. Era siempre así, supuso Kud'ar Mub'at, dentro de la red y por toda esa galaxia más grande más allá.

Sin embargo, la resolución de eliminar al subnodo contable debía ser aplazada, al menos un tiempo. Necesariamente, y no por mero sentimiento debilitante; en esa etapa de los complicados planes concernientes a Boba Fett y los restos del antiguo Gremio de Cazarrecompensas, la ayuda del pequeño Hoja de Balance todavía era requerida. Kud'ar Mub'at conocía los peligros del juego que estaba jugando. Cuando los peones sobre el tablero eran como el trandoshano Bossk, los resultados de que las maniobras engañosas de uno fuesen descubiertas eran inevitablemente fatales, y de la manera más desagradable posible. Bossk aún no sabía (y Kud'ar Mub'at estaba decidido a que nunca lo hiciese) que Boba Fett no era la única criatura implicada en la desintegración del viejo Gremio de Cazarrecompensas. La intriga tampoco se había originado con Kud'ar Mub'at, sino que había sido llevada al ensamblador por esa verdadera eminencia entre los conspiradores y traidores, el Príncipe Xizor.

El noble falleen era un tipo de criatura completamente diferente del tan fácilmente engañado Bossk. Tanto los falleens como los trandoshanos eran especies reptilianas, e igualmente insensibles. Pero una vena irascible diluía el frío de la sangre trandoshana; dada la elección entre la intriga exitosa y la violencia desastrosa, una criatura como Bossk siempre iría a por la última opción. Con el Príncipe Xizor, como con todos los falleens, nada subía la temperatura de sus ánimos; las emociones que corrían calientes en otras criaturas, ya fuesen lascivia u otra violencia, eran meras herramientas de la mente precisa y despiadada de Xizor. Eso era lo que Kud'ar Mub'at apreciaba más de hacer negocios con él. Cuando Xizor estuvo allí en la red, disponiendo la intriga contra el Gremio de Cazarrecompensas, Kud'ar Mub'at percibió más que un simple asociado de negocios en el falleen. Xizor al menos era un oponente digno al otro lado del tablero de juego.

Éste, sin embargo…

Otro pensamiento se filtró en el córtex central de Kud'ar Mub'at. Pasó un momento antes de que el ensamblador se diese cuenta de que el pensamiento no era suyo.

Éste, llegaron las palabras no dichas de Hoja de Balance, *es demasiado fácil.*

Otro momento, mientras Kud'ar Mub'at se recuperaba de su sorpresa. Los pensamientos del subnodo contable habían irrumpido en los de Kud'ar Mub'at, totalmente sin querer. Nunca antes había sucedido. Y había sido en respuesta a la reflexión interior de Kud'ar Mub'at sobre las diferencias entre los trandoshanos y los falleens. Esos pensamientos, el contraste entre Bossk y el Príncipe Xizor, no habían sido dirigidos afuera por los caminos neurales de la red, hacia el subnodo escondido dentro del exoesqueleto desechado de Kud'ar Mub'at.

Estaba escuchando, pensó Kud'ar Mub'at. *A mí.* Y entonces Kud'ar Mub'at fue incapaz de evitar preguntarse si el subnodo había oído ese pensamiento también.

Kud'ar Mub'at acalló todos sus pensamientos, creando un silencio perfecto dentro de él. Durante unos momentos, todo lo que hizo fue esperar y observar, dejando que la imagen del nodo óptico llenase el vacío momentáneo de su consciencia.

¿Qué quieres que haga ahora?

Hoja de Balance había hablado otra vez, las palabras formándose dentro del córtex de Kud'ar Mub'at, tan reales como los propios pensamientos del ensamblador. Enfrente del caparazón protector, el cazarrecompensas Bossk se sentó en la cámara de la red, inconsciente de la conversación silenciosa que tenía lugar.

Sólo habían pasado unos segundos desde que el subnodo contable, fingiendo ser Kud'ar Mub'at, había presentado sus excusas al cazarrecompensas Bossk. Dada la naturaleza impaciente de todos los trandoshanos, probablemente no era una buena idea hacerle esperar mucho más. Kud'ar Mub'at recobró suficiente de su compostura interna para dirigirse a Hoja de Balance, que aguardaba.

Procede con las negociaciones, habló Kud'ar Mub'at por las neurofibras que lo conectaban al subnodo. *La confianza del trandoshano obviamente ha sido conseguida, gracias a la excelencia de tu ejecución de la farsa.* Kud'ar Mub'at conservó el tono de sus pensamientos cuidadosamente impasible y controlado, suprimiendo cualquier muestra de ansiedad o sospecha por su parte. *Si es fácil para ti, mucho mejor.*

La respuesta del subnodo contenía la misma aparente carencia de emoción. *Como desees*, pensó Hoja de Balance, *y como tan sabiamente me has instruido.*

Durante unos segundos más, Kud'ar Mub'at observó por el nodo óptico en la cámara más pequeña mientras el disfrazado Hoja de Balance reanudaba su adulación engatusadora al trandoshano Bossk. El ensamblador mantuvo sus propios pensamientos ocultos, desconectado de las hebras que podrían haberlos transmitido al subnodo contable o a cualquier otro que Kud'ar Mub'at hubiese creado. Su resolución, que ya había sido tomada en lo concerniente al destino de Hoja de Balance, ahora era incluso más fuerte.

En cuanto este asunto con el Gremio de Cazarrecompensas esté terminado, se aseguró a sí mismo Kud'ar Mub'at. *Definitivamente.* El ensamblador dejó que su consciencia fluyese de vuelta desde las fibras neurales de su red y se recondensase en su propio cuerpo. Kud'ar Mub'at era consciente una vez más de la cámara principal de la red rodeándolo, donde había dejado esperando a Gleed Otondon, el emisario del Gremio Verdadero. *Más vale prevenir que curar…*

—Ya era hora —se quejó Gleed Otondon cuando el ensamblador levantó la cabeza y parpadeó con sus ojos múltiples—. No tengo unidades de tiempo estándar ilimitadas para perder en este asunto.

—Una infinidad de disculpas. Mis más profundas excusas. —Kud'ar Mub'at se recolocó en el adaptable nido dulcemente suspirante. El ensamblador ejecutó otra imitación de una reverencia humanoide, bajando el triángulo estrecho de su cabeza ante su visitante—. Está lo más lejos de mi mente cualquier deseo de parecer otra cosa que no sea completamente honrado por su presencia; créame.

—Sólo intentemos terminar esto —el lenguaje florido del ensamblador produjo una expresión agria en el hocico pronunciadamente anguloso de Otondon—. En realidad sólo hay un asunto básico que necesita ser resuelto. Y es uno sencillo. ¿Está usted con nosotros o no?

—¿Perdón? —Kud'ar Mub'at extendió dos de sus patas delanteras—. ¿Cuál es el significado preciso de… «con»? No quiero insinuar que sus palabras no son de claridad prístina, pero…

—Guárdeselo —la irritación de Gleed Otondon era obvia—. Usted sabe a qué me refiero. Hay dos facciones que salieron del Gremio de Cazarrecompensas, y sólo va a quedar una, eventualmente. Y el Gremio Verdadero planea asegurarse de ser el que sobrevive.

—Pero por supuesto —dijo Kud'ar Mub'at con la apariencia de una sonrisa en su cara triangular—. La supervivencia es una virtud encantadora. La he practicado a lo largo de toda mi existencia.

—Entonces apuesto a que querrá seguir practicándola —Gleed Otondon se inclinó hacia delante, su dura mirada reflejada en los ojos múltiples del ensamblador—. Y la mejor manera de hacerlo es asegurarse de que está de nuestro lado. El Gremio Verdadero no se va a sentir muy amistoso hacia cualquiera que no lo haya ayudado a volver a montar el Gremio de Cazarrecompensas. Esos renegados en la llamada Comisión de Reforma del Gremio son carne muerta. Y eso es lo que le sucederá a cualquier otro que se ponga demasiado acogedor con ellos —Otondon giró la cabeza a un lado, mirando más de cerca al ensamblador enfrente de él—. ¿Cómo de acogedor es usted con Bossk y ese grupo suyo?

—Mi querido Gleed —con sus patas delanteras alzadas, Kud'ar Mub'at hizo un gesto aleteante—. Entiendo la naturaleza oportuna de su pregunta, pero no obstante *estoy* algo sorprendido por ella. La sospecha está muy bien (en su industria es ciertamente una necesidad), pero nunca antes he sido sospechoso de ser un idiota. *Sí* que sé cómo funcionan las cosas en esta galaxia.

—Pensé que podría serlo —la sonrisa de Otondon se hizo aún más fea con su insinuación de conspiración fraternal—. En verdad usted no es un idiota, ¿lo es?

Pero tú muy bien podrías serlo. Kud'ar Mub'at se guardó su respuesta sin decir.

—No he alcanzado la edad avanzada y la posición influyente que poseo tomando decisiones pobres en cuanto a amigos y alianzas —el ensamblador juntó las garras en los extremos de sus patas delanteras—. Así que usted y los otros en el Gremio Verdadero (y por supuesto lamento no tener la oportunidad y el placer de dirigirme directamente a todos y cada uno de ellos) pueden descansar en la mayor seguridad de que estoy, como dice usted, «con» ellos en este aspecto. Y si bien los vínculos de amistad y la gran admiración que tengo por cazarrecompensas tan eminentes y respetados como los miembros del Gremio Verdadero dictarían naturalmente tal respuesta por mi parte, me gustaría tranquilizar y reasegurar su mente aún más. También es buen negocio, mi querido Gleed —el ensamblador replegó sus patas alrededor de su abdomen acolchado—.

Negocio que deseo continuar realizando en el futuro, tan mutuamente beneficioso como ha sido en el pasado.

—No sé sobre «mutuo» —gruñó el emisario del Gremio Verdadero—. Siempre ha parecido poner más créditos en sus arcas que en las muestras.

—Cuán gravemente me hiere oírle decir tal cosa —Kud'ar Mub'at se dejó hundir en el abrazo blando de su nido, para indicar mejor su mortificación—. Quizá, en esa feliz ocasión por llegar, cuando los advenedizos hayan sido tan justa e inevitablemente vencidos y el Gremio de Cazarrecompensas original haya sido restaurado en toda su gloria, entonces podamos revisar juntos nuestros libros de contabilidad y llegar a una conciliación financiera —la voz del ensamblador se volvió aún más tranquilizadora—. Si usted mismo sintiese haber sufrido alguna dificultad *personal*, usted y yo podríamos hablar de ello… en privado. ¿Sí?

Otondon rascó su barbilla alargada.

—¿Habla de soborno?

—¡Oh! Ésa es una palabra muy *tosca*, ¿no cree? —Kud'ar Mub'at sacudió la cabeza—. Prefiero considerar prácticas semejantes como meramente una cuestión de hacer nuestra amistad (la que hay entre sólo usted y yo) incluso más satisfactoria de lo que ya ha sido. Y por supuesto, como una cuestión de amistad, si usted tuviese que regresar con los otros miembros del Gremio Verdadero, cuyos intereses usted expone tan hábilmente, y tuviese que asegurarles la avidez con la que deseo mantener intereses comerciales con ellos…

—Sí, sí; entiendo adónde quiere llegar —Otondon dio un lento asentimiento—. Pero no voy a hacer nada de eso si no es cierto. La parte de que usted quiere permanecer conectado con el Gremio Verdadero, y no tener nada que ver con Bossk y ese grupo de la Comisión de Reforma del Gremio.

—Pero, mi querido Gleed, ésa *es* la verdad —el ensamblador alzó una de sus patas delanteras en el aire con una floritura dramática—. Lo juro. Absoluta e incondicionalmente —Kud'ar Mub'at acomodó la pata con las otras a su alrededor—. No es la clase de cosa sobre la que sería siquiera *capaz* de mentir.

—Sería mejor que fuese cierto —dijo Otondon sombríamente—. Porque mi vida no valdría nada si contase a los otros miembros del Gremio Verdadero que usted está con nosotros, y después dejase que descubriesen que nos ha engañado. Nuestra clase de cazarrecompensas no premia la estupidez.

Lástima para ti, pensó Kud'ar Mub'at irónicamente. El visitante del ensamblador podría haberlo hecho bien por sí mismo, si ése hubiera sido el caso.

—Tenga la seguridad, mi muy apreciado Gleed, de que la relación entre yo mismo y el Gremio Verdadero (y el Gremio de Cazarrecompensas, cuando una vez más haya llegado a la existencia) será una de exclusividad y beneficio mutuo. Tiene mi palabra.

—Bien —Otondon dio un asentimiento satisfecho—. ¿Sabe…? Todo el tiempo sentía un poco que podríamos hacer negocios juntos.

Necio. Ése era el tipo de negociación más fácil: decirle a alguien exactamente lo que quería oír. Parte de Kud'ar Mub'at deseaba que todas pudiesen ser así de fáciles; y de hecho, la mayoría lo eran. Era sólo cuando el ensamblador aracnoide enfrentaba su ingenio con el de criaturas como el Príncipe Xizor o Boba Fett cuando el juego se ponía tan peligroso como interesante. Eso era lo que la otra parte de Kud'ar Mub'at apreciaba, lo que hacía que su propia existencia valiese la pena. El ensamblador había vivido mucho tiempo en la red a la deriva que había heredado de su predecesor asesinado. Kud'ar Mub'at estaba formando tratos complicados e intrincadas maquinaciones egoístas antes de que cualquiera de las criaturas con las que ahora se encontraba hubiese nacido. Cuando pasa tanto tiempo, la búsqueda de un oponente digno se convierte en una obsesión.

Por eso había sido inevitable que Kud'ar Mub'at se dejase involucrar en la intriga para desarticular el Gremio de Cazarrecompensas. No tanto por los beneficios que se acumularían en los cofres del ensamblador (aunque los créditos serían de hecho sustanciales), sino por la emoción del juego. *Y* la calidad de los oponentes. Kud'ar Mub'at había sido capaz de ver más allá del Príncipe Xizor, quien había traído la intriga allí a la red y la había expuesto ante los ojos múltiples del ensamblador, hasta el Emperador Palpatine, tan lejos en el planeta Coruscant. Se estaban manejando cuerdas tan delicadas e intrincadamente conectadas como cualquiera en la red, y no todas ellas estaban en las manos de Xizor. El noble falleen también disfrutaba jugando a juegos peligrosos; Xizor no había ascendido a la cima del sindicato del crimen que abarcaba la galaxia, Sol Negro, sin tener un gusto por el riesgo y las habilidades para ganar esa clase de tácticas. Kud'ar Mub'at era muy consciente de cuán profundamente Lord Vader, el puño de capa negra del Emperador, detestaba y desconfiaba de Xizor; el falleen sólo tenía que hacer un movimiento erróneo, y toda sospecha que Vader hubiese plantado en los pensamientos de Palpatine sería confirmada, fatalmente para Xizor. *Cuando juegas a ese género de juegos*, reflexionó Kud'ar Mub'at, *para ese tipo de apuestas… no puedes quejarte de lo que sucede cuando pierdes.*

En el minúsculo corazón dentro de su caparazón, Kud'ar Mub'at lo sentía por el pequeño subnodo contable Hoja de Balance. Nunca había jugado a ese nivel, nunca había desarrollado esa especie de habilidades de juego fuertes y duras. Si Hoja de Balance tenía alguna idea de amotinarse contra su creador, como Kud'ar Mub'at se había rebelado contra su predecesor, también tenía poca idea de lo que estaba arriesgando. Quizá nunca lo supiese; el juego, y su existencia, habrían terminado antes de que se diese cuenta.

Tales pensamientos eran agradables, pero había negocios que concluir. Kud'ar Mub'at devolvió su atención al emisario del Gremio Verdadero sentado ante él.

—Estoy seguro de que su tiempo es valioso, mi querido Gleed —el ensamblador extendió dos de sus patas hacia delante—. Mucho más que el mío, el cual sólo es bien invertido cuando está dedicado a esperar a visitantes como usted. Con eso en mente, ¿estamos por fin en perfecto acuerdo y armonía? Los intereses suyos y de los miembros del Gremio Verdadero son idénticos a los míos, por lo que a mí respecta.

—Puede que no sean idénticos —dijo Gleed Otondon—, pero supongo que están suficientemente cerca. Por ahora.

—Ah. Qué sabiamente dicho. ¿Confío en que no tendrá problema en volver a sus compañeros cazarrecompensas del Gremio Verdadero y asegurarles que su amigo y asociado de negocios Kud'ar Mub'at está en efecto, como usted dice, «con» ellos?

—Quizá —Otondon se encogió de hombros—. Habría aún menos problema si liquidásemos también ese otro asunto. Ya sabe, la parte del soborno.

—Esa desagradable palabra otra vez —desde lo profundo de las mandíbulas plumosas de sus aperturas de exhalación, Kud'ar Mub'at suspiró—. Pero sí sé a qué se refiere. Después de todo, yo he sacado el tema. Un poco más delicadamente, empero.

La avaricia se mostró en la sonrisa de Gleed Otondon.

—Si pudiésemos resolverlo ahora mismo, de modo que hubiese alguna evidencia *tangible* en ese sentido… entonces creo que estaríamos funcionando de verdad. ¿Entiende?

—Oh, sí. Por supuesto —con una punta de garra, Kud'ar Mub'at se rascó el punto más bajo de la cara triangular. La petición del emisario de una transferencia de créditos, de los cofres de la red a su bolsillo, realmente causaba algunas dificultades para el ensamblador. Su subnodo contable Hoja de Balance manejaba normalmente toda esa clase de detalles financieros; pero justo entonces, Hoja de Balance estaba ocupado personificando a Kud'ar Mub'at desde dentro del exoesqueleto desechado del ensamblador. El cazarrecompensas trandoshano Bossk no era consciente de que el Kud'ar Mub'at real había estado en negociaciones simultáneas todo el tiempo, con uno de los enemigos de Bossk del Gremio Verdadero. Y Kud'ar Mub'at no tenía ninguna intención de terminar la farsa; hacerlo así provocaría tanto en Bossk como en Gleed Otondon ira asesina, no dirigida del uno al otro, sino primero a Kud'ar Mub'at—. En realidad —dijo el ensamblador tras un momento de silencio—, estoy muy avergonzado, puesto que ahora no puedo satisfacer su eminentemente razonable solicitud.

—¿Qué? —Gleed Otondon ladró una áspera risa escéptica—. Debe de estar bromeando. Todo el mundo sabe que está forrado de créditos aquí fuera. Después de todos los negocios que ha hecho, debe de estar sentado sobre pilas de ellos.

—Tristemente, no es el caso —Kud'ar Mub'at dio una lenta sacudida de cabeza. Alrededor de él, los diferentes subnodos del ensamblador se acercaron, como huérfanos lastimosos buscando refugio contra fríos vientos de tormenta. Sus diversos ojos se volvieron hacia la cara de Otondon—. No todas mis empresas comerciales salen tan bien como aquellas en las que he unido mis endebles capacidades con los de su profesión. Por eso estoy tan impaciente por renovar los lazos de lealtad mutuamente beneficiosa entre yo mismo y los verdaderos herederos del manto del Gremio de Cazarrecompensas. Hay muchísimas criaturas taimadas e indignas de confianza en la galaxia, y yo soy un humilde intermediario, un mero organizador de negocios entre diferentes grupos… y soy fácilmente estafado de lo que legítimamente me es debido —el ensamblador se frotó algunos de sus ojos como perlas con la punta de una garra, aunque las muestras húmedas

de emoción eran fisiológicamente imposibles para él—. Y tengo muchos gastos —la punta de la garra señaló a los subndos agrupándose—. Verdaderamente… el mantenimiento en un lugar como éste… es prácticamente más un gasto médico que comercial…

—Ahórremelo —el emisario del Gremio Verdadero miró a la criatura aracnoide con aversión—. Si quiere alegar pobreza, gaste el tiempo de otro —Otondon empezó a abrocharse los enganches de latón de su capa exterior—. No quiero escucharlo. Pero no se olvide… —se levantó de donde había estado sentado, y después se inclinó amenazadoramente sobre el ensamblador— …de que me debe.

—Una deuda de honor —chirrió Kud'ar Mub'at, retrocediendo desde el índice punzante de Otondon—. Cada unidad de tiempo estándar comenzará con mi recuerdo de este asunto exactamente.

—Sí, apuesto a que sí. —Con sus enormes hombros casi raspando los fibrosos muros curvos de la cámara, Otondon miró a su alrededor—. ¿Cómo salgo de aquí? Tengo que volver al Gremio. Me estarán esperando.

Kud'ar Mub'at dejó que uno de los subnodos de guía interna se escabullese y dirigiese a Otondon al área de atraque principal de la red. Había otro muelle más pequeño al otro lado de la red; allí era donde la nave del cazarrecompensas trandoshano Bossk, el *Diente de Perro*, estaba amarrada, a salvo fuera de la vista de Gleed Otondon. Cuando Bossk había contactado a Kud'ar Mub'at sobre venir a la red, para tener juntos sus discusiones de negocios, el ensamblador lo había convencido de que había una necesidad de discreción: fuerzas poderosas, insinuadas pero no nombradas, estaban observando la red y haciendo un seguimiento de las idas y venidas de sus visitantes. Eso había sido suficiente para convencer a Bossk de ir adelante con las disposiciones de aproximación y atraque que lo habían mantenido inconsciente del emisario del Gremio Verdadero que entraba en la red al mismo tiempo. Gleed Otondon había sido embaucado similarmente, e igual de fácilmente.

Sin dejar su nido en la cámara principal de la red, Kud'ar Mub'at se reconectó con la entrada neural del nodo óptico que había utilizado sólo un rato antes. La cara profundamente suspicaz del trandoshano Bossk apareció inmediatamente, tan clara como si el ensamblador estuviese en la otra cámara con él, en vez del subnodo contable Hoja de Balance disfrazado.

—¿Qué es eso? —Bossk volvió la cabeza, escuchando algún sonido distante.

A través de la hebra de neurofibra sedosa que los conectaba, Kud'ar Mub'at dirigió el nodo óptico para reenfocarse, de modo que el exoesqueleto desechado del ensamblador también pudiera verse.

—¿Perdón? —habló una voz idéntica a la de Kud'ar Mub'at desde dentro del caparazón. El subnodo contable Hoja de Balance separó dos de las patas delanteras del exoesqueleto en un gesto de desconcierto—. ¿A qué te refieres?

—A lo que he oído… justo ahora. —Las fosas nasales en el hocico cubierto de escamas de Bossk se ensancharon, como si pudiese aspirar algunas moléculas indicadoras de la atmósfera reciclada de la red—. Sonaba como una nave despegando.

En el vacío del espacio fuera de la red a la deriva, la acometida de los motores de atraque de baja potencia de la nave de Gleed Otondon habría sido inaudible. Pero suficientes vibraciones del desacople de los subnodos de atraque habían viajado a través de las fibras estructurales del exterior de la red para que el oído sensible de Bossk las captase.

Un temblor más pequeño, uno de aprensión, se movió dentro del cuerpo quitinoso de Kud’ar Mub’at. Si Hoja de Balance, dentro del caparazón mudado del ensamblador, fallaba su respuesta, entonces Bossk muy bien podría llegar a la conclusión (bastante precisa) de que la red había tenido otro visitante mientras él estaba allí.

—Sí, sí que sonaba así, ¿no?

Todas las patas arácnidas de Kud’ar Mub’at apretaron su nido cuando escuchó las palabras del subnodo distante.

—Pero —continuó la voz de Hoja de Balance— por supuesto no lo era. ¿Cómo podría?

En la vista del nodo óptico que colgaba del techo de la cámara más pequeña, la mirada de ojos como rendijas de Bossk se volvió hacia el caparazón con Hoja de Balance dentro.

—Cuéntame —dijo Bossk— por qué no era una nave yéndose de aquí.

—Es bastante simple —dijo Hoja de Balance apaciblemente—. Mi querido Bossk, la única razón por la que cualquier criatura sensible viene a mi humilde red es para dirigir negocios conmigo. Y muy agradecido estoy por sus visitas. Pero ahora mismo me ves delante de ti, ¿no lo haces? Y durante todo este tiempo que hemos estado juntos, y que he disfrutado hasta tal grado, ¿no es así? Muy bien no habría podido estar discutiendo asuntos comerciales con cualquier otra criatura, ya que has tenido mi atención íntegra todo el rato —un conjunto de hombros del exoesqueleto se levantaron en una parodia de un encogimiento humanoide—. Así que, ¿por qué habría estado nadie más aquí? De verdad, no me engaño con que mi hogar tenga suficiente encanto para atraer invitados por cualquier otra razón.

Los ojos de Bossk se entrecerraron aún más, señalando profunda desconfianza. Las escamas de su frente se apretaron mientras el cerebro tras ellas escarbaba en el problema.

—¿Pues qué era, entonces?

—Sólo la función de eliminación de desechos aquí a bordo de mi red —el caparazón manejado por Hoja de Balance sacudió lentamente la cabeza—. ¡Qué embarazoso hablar de cosas semejantes, fontanería ordinaria y todo eso! Pero tengo los mismos dilemas de limpieza que cualquier otra nave que se mueva a través de un espacio tan vacío como el que nos rodea. Ciertos productos de desecho deben ser tirados por la borda, y por el bien de la higiene, es mejor expulsarlos con velocidad suficiente para dejar la zona navegacional alrededor de uno mismo libre de, podríamos decir, obstáculos

desagradables —la cara triangular del caparazón, una réplica de la de Kud'ar Mub'at, exhibió una leve sonrisa—. En realidad, mi querido Bossk, hasta las naves de la Armada Imperial de Palpatine hacen casi lo mismo.

—Oh. Sí… —Bossk asintió despacio—. Supongo que tienes razón.

Realmente no, pensó Kud'ar Mub'at para sí mismo. Aunque el ensamblador admiró la invención que acababa de oír pronunciar al subnodo contable, la verdad era que la red reciclaba completamente su materia constituyente. Kud'ar Mub'at tenía una aversión instintiva a dejar ir cualquier partícula, sin importar cuán pequeña o insignificante, que alguna vez hubiese entrado en la construcción viviente de la red. Hacer eso habría sido como perder una parte del propio cuerpo del ensamblador. *Pero*, admitió, *mientras este trandoshano sea engañado, la verdad apenas importa…*

Cuando Bossk por fin se hubo marchado de la red, el *Diente de Perro* liberado de los subnodos de atraque un intervalo de tiempo prudente después del desembarco de la otra nave, Kud'ar Mub'at elogió a su creación por el manejo rápido y firme de las sospechas del cazarrecompensas.

—Bien hecho —dijo Kud'ar Mub'at. Protegido en el abrazo de su nido neumático, el ensamblador dejó que el subnodo contable se encaramase a la punta de la garra de una pata delantera levantada. En la cámara distante y más pequeña, el exoesqueleto mudado era otra vez una semejanza hueca de la forma física del ensamblador—. Has manipulado al trandoshano de una manera para inspirar orgullo entre los órganos internos de tu creador.

—Meramente un asunto de negocios —Hoja de Balance no manifestó vergüenza por recibir tal alabanza—. Si demuestro una facilidad a ese respecto, es porque todas las interacciones entre criaturas sensibles pueden reducirse a una cuestión de créditos, gastos y débitos —una de las patas del subnodo contable trazó el contorno de un cero en el aire—. Suma y divide.

—Y divide y conquista. —Aunque, por supuesto, «conquista» era retórica un poco más imponente de lo absolutamente necesario. Kud'ar Mub'at estaba perfectamente satisfecho con una proporción de beneficio más alta que la media—. Es siempre el mejor consejo.

Kud'ar Mub'at dejó que el subnodo contable volviera a meterse en su lugar de descanso habitual, en lo profundo de los pasillos internos de la red. Si el ensamblador no tenía cuidado, su corazón rudimentario podría ablandarse otra vez hacia la réplica más pequeña de sí mismo. Se había logrado mucho con la ayuda del subnodo; el cazarrecompensas trandoshano Bossk se había ido convencido de lo mismo que su oponente Gleed Otondon: que Kud'ar Mub'at y todas sus tortuosas maquinaciones estaban aliados con los intereses de su fragmento del viejo Gremio de Cazarrecompensas. *Dejemos que sigan creyéndolo*, pensó Kud'ar Mub'at. Cuando descubriesen que era de otra manera, sería demasiado tarde para que hiciesen nada al respecto. Si el Gremio Verdadero o la Comisión de Reforma del Gremio ganaba su batalla contra el otro, eso importaba poco. Siempre que ganase Kud'ar Mub'at…

El ensamblador plegó las patas a su alrededor, y meditó cuáles deberían ser los siguientes pasos en su intriga.

6

—Aquí está el informe, Su Excelencia.

Encorvado en el sillón de su alojamiento privado, el Príncipe Xizor extendió la mano y tomó la única hoja de plastifino que el lacayo reverente le ofrecía. El lacayo puso la bandeja plateada bajo su brazo y se retiró, todavía inclinado. La existencia de la criatura ya estaba desterrada de la mente del príncipe falleen antes incluso de que las altas puertas ornamentadas se cerrasen otra vez.

Xizor prefería la soledad en momentos como ése. No tanto para mantener la discreción (la sala del trono estaba rodeada por secuaces que estaban, por miedo o lealtad, tan dedicados como él a la organización Sol Negro), sino para tener el transcurso de sus pensamientos sin perturbar por el estrépito de las palabras de otras criaturas. Aquéllos de planetas y genética diferentes eran para el entretenimiento o el beneficio. Xizor había tenido razones amplias para felicitarse en el pasado por haber encontrado maneras de combinar esas metas. Las feromonas falleen tenían un efecto poderoso en los miembros femeninos de la mayoría de las especies sensibles de la galaxia; y bastantes de ellas eran suficientemente satisfactorias para los gustos de Xizor como para que pudiese darse placer con esas conquistas fáciles. Si, al mismo tiempo, podía avanzar su agenda y la de Sol Negro dominando a una mujer diplomática o enviada de alto rango, fuese de la antigua República o de esa nueva Alianza Rebelde arribista, entonces mucho mejor. Pero cuando todo lo que deseaba se hubiese cumplido, la misma sonrisa fría cruzaría los ángulos afilados de su cara, el violeta profundo de sus ojos reptilianos desapareciendo detrás de rendijas burlonas, mientras con un simple gesto de despedida dejaría claro que las obsesiones desesperadas de la mujer ya no eran asunto suyo. Para un falleen, la conquista sexual se saboreaba mejor en el recuerdo, como un trofeo instalado en los pasillos laberínticos fortificados dentro de su cráneo de color verde.

Tan de sangre fría como era la fisiología reptiliana de los falleen, en realidad había un elemento de sangre caliente en su psique. En éste, la especie era similar a los trandoshanos, no obstante lo asquerosamente fea que era la apariencia escamosa y de grandes colmillos de esas criaturas. En contraste con un trandoshano, un fallen como Xizor exhibía una altiva elegancia de huesos finos que era tanto factor en su legendaria habilidad sexual como las poderosas feromonas exudadas de su piel cristalizada de seda. Lo que las dos especies compartían, sin embargo, era la velocidad con que sus apetitos saciados regresaban, tan hambrientos como siempre. Para los trandoshanos, el hambre estaba centrada en su tripa; sus cerebros, lo que había de ellos, eran sirvientes de una naturaleza carnívora básicamente primitiva. Vencer a un enemigo era comérselo. *Nosotros los falleens,* pensó Xizor, *somos un poco más sutiles que eso…*

La anticipación de sus siguientes placeres tendría que esperar, había asuntos más inmediatos a mano. Las palabras ya se estaban formando sobre la superficie del plastifino, oscureciéndose hasta la legibilidad.

Si bien eran una característica de la especie, las feromonas exudadas diferían de un individuo falleen al otro lo suficiente para que pudiesen funcionar como un activador codificado para dispositivos de seguridad. La reacción química que tenía lugar en las fibras del fino sólo podían haberse iniciado por el contacto físico con las puntas de los dedos del Príncipe Xizor. Levantó la hoja en la mano, sujetándola a una distancia cómoda de su mirada.

Era un informe de uno de sus lugartenientes jefes en la organización Sol Negro, el kian'thar llamado Kreet'ah. El *vigo* Kreet'ah, para usar el título de honor que había ganado a través de su leal servicio; siempre leal, ocasionalmente ladino, y a menudo violento. Kreet'ah tenía algunas fuentes de información excelentes plantadas por toda la galaxia; la familia y las relaciones de vasallaje kian'tharanas eran tan intrincadas (sus procesos reproductivos requerían que los huevos fertilizados fuesen transmitidos a través de tres generaciones de clanes afiliados no consanguíneos antes del nacimiento), que los forasteros tenían pocas posibilidades de clasificar a través de todos los niveles de estados de primos y hermanos en el planeta natal de los kian'tharanos. Al mismo tiempo, la especie entera tenía caras engañosamente honestas, lo que les hacía fácil abrirse camino en la confianza de otras criaturas sensibles. Como había hecho más de uno de la parentela sub-α de Kreet'ah en diversas instituciones financieras extensas que servían a las empresas de negocios perversas de la galaxia. Esos negocios incluían las actividades del ensamblador aracnoide Kud'ar Mub'at como intermediario entre los cazarrecompensas y sus clientes. Los agentes de Kreet'ah le informaban regularmente sobre cada fragmento significativo de información que pasaba por sus ojos de múltiples lentes.

Este dato en particular era uno que el Príncipe Xizor había estado esperando. Había ordenado específicamente que la información fuese determinada por las fuentes de Kreet'ah. Le complacía saber lo que otras criaturas sensibles se disponían a hacer, especialmente cuando los datos eran robados de debajo de sus narices, si las tenían.

AMBAS FACCIONES RESTANTES DEL GREMIO DE CAZARRECOMPENSAS EN COMUNICACIÓN CON KUD'AR MUB'AT. Xizor apreciaba la brevedad y concisión en tales informes. OTONDON DEL GREMIO VERDADERO Y BOSSK DE LA COMISIÓN DE REFORMA DEL GREMIO AVISTADOS A BORDO DE LA RED.

Qué intrigante, pensó el Príncipe Xizor. No es que las noticias lo sorprendieran. Más que nada, confirmaban tanto la excelencia de sus propios planes como su capacidad para predecir lo que harían los otros jugadores en ese juego. Todo lo que quedaba era que decidiese su propio próximo movimiento.

Sólo habían pasado unos segundos desde el examen de Xizor del informe del vigo Kreet'ah hasta su comprensión completa de todo lo que significaba. Las sutiles feromonas exudadas por su cuerpo tenían otro efecto en los químicos codificados incrustados en el plastifino. De repente todas las palabras fueron ocultas por una ráfaga de llamas, cuando las fibras del fino se autoincendiaron. En un momento, el informe era una flor de rosa de ceniza negra, rizándose en la palma de Xizor. El calor momentáneo fue una nimiedad, apenas una prueba de su autocontrol rigurosamente mantenido; su

entrenamiento marcial lo había acostumbrado a un dolor mucho más grande que ése. Antes incluso de que las llamas se hubiesen extinguido, aplastó los restos del fino ardiente en una mancha de polvo dentro de su puño. El mensaje que había contenido ahora estaba extinguido sin peligro del universo.

O casi. Las palabras aún residían en la memoria del Príncipe Xizor, y en la de su lugarteniente de confianza, el vigo Kreet'ah. Había poder en el conocimiento, especialmente el conocimiento de cosas secretas. Secretos de otras criaturas; y cuando la información era algo de interés e importancia para el Emperador Palpatine, entonces el secreto era en efecto muy poderoso. *Lástima*, reflexionó Xizor, *que sea disminuido si alguien más es parte de él.* Los secretos tenían energía finita; cada criatura sensible sumada al conocimiento diluía esa fuerza. Hasta un vigo de Sol Negro como Kreet'ah, quien supuestamente tenía los intereses de la organización en el corazón tanto como su señor; Xizor tendría que tomar una decisión estratégica sobre eso. Una decisión de personal; concedido, la lealtad de Kreet'ah era proverbial dentro de las filas de Sol Negro… pero había prometedores soldados de a pie más jóvenes que recibirían la oportunidad de una promoción. *Si* algún día apareciese una vacante en la cima…

Xizor se frotó las cenizas del informe desaparecido de la mano; los copos negros flotaron, casi ingrávidos, contra los pliegues de su capa. Durante unos segundos más, pesó la existencia del vigo Kreet'ah en las escalas delicadamente equilibradas de sus pensamientos, y tomó su decisión. Kreet'ah viviría, al menos un tiempo más. La lealtad inquebrantable de un subordinado merecía alguna consideración, después de todo; por lo menos suficiente para comprarle a alguien como Kreet'ah un poco más de vida y espacio para respirar.

Además, había otros asuntos en los que pensar, incluso sólo en conexión con lo que le había contado el informe de Kreet'ah. Los párpados de los ojos violeta de Xizor se redujeron a meras hendiduras mientras daba vueltas al dato en su mente, como si estuviese examinando cada faceta de una gema poco común pero tóxica. En sus propias bóvedas privadas, separados de los cofres cargados de tesoros de Sol Negro, había cilindros de metal inerte que dentro contenían a salvo los diamantes verdes más raros. Había otras piedras preciosas en la galaxia que eran todavía más raras, más valiosas y más bellas; un diamante, después de todo, no era más que carbono. Pero sostener uno de ésos en la palma de la mano incluso durante treinta segundos era recibir una dosis letal de emisiones radiactivas. Eso era lo que los hacía tan preciosos en la estimación de Xizor.

En algunas ocasiones, había otorgado uno como un regalo a una de sus queridas, cuando la aventura había terminado en su mente pero no en la de ella. A una distancia segura, por supuesto: la pequeña caja sería transmitida por un mensajero reemplazable, quien también desempeñaría el servicio de colgar la gema en su cadena de platinita alrededor del cuello elegantemente formado de la mujer. Y después, en el momento apropiado, un miembro más valioso de Sol Negro, un ladrón sigiloso con pericia con materiales peligrosos, recuperaría el diamante verde, cuando hubiese hecho su tarea de crear un cadáver tan bonito.

Al Príncipe Xizor se le había ocurrido que algunos tipos de conocimiento valioso eran exactamente como esas gemas tóxicas de su colección. Mucho que desear, y con sus innegables usos; pero a veces mortales para aquellos que los tenían. Una perogrullada por toda la galaxia: los cadáveres eran los mejores partícipes de los secretos.

Xizor asintió lentamente para sí mismo, sus manos sin nervios todavía sobre los brazos del sillón. Había un riesgo para él que venía con un conocimiento tan valioso. El Emperador Palpatine aún parecía no ser consciente de que uno de sus propios lugartenientes de mayor confianza también era jefe de la organización criminal suprema de la galaxia, incluso aunque Lord Vader hubiese expresado sus propias sospechas a ese respecto al Emperador, y más de una vez. *Pero Palpatine debe de saberlo*, rumió Xizor. Era imposible creer que el Emperador, con su casi omnisciencia sobre todo lo que sucedía en la galaxia, *no* supiese algo como eso. *De modo que*, pensó Xizor, *debe de tener sus propias razones para querer que parezca de otra manera.* El Emperador Palpatine era un maestro de la estrategia sutil; quizá conceder una mano libre a Sol Negro convenía a sus propósitos, por el momento. Si Palpatine fuese a hacer un movimiento contra la organización criminal en un tiempo como ése, se hallaría en la peor de las posibles situaciones militares y políticas, una guerra en dos frentes; hasta el Imperio, con todos sus recursos, podría encontrarse gravemente forzado al combatir simultáneamente contra la Alianza Rebelde y Sol Negro. Y Palpatine no podía eliminar al Príncipe Xizor de su corte, ni al menos de la comparecencia de sus confidencias, sin provocar hostilidades con Sol Negro.

Obviamente, para el Emperador Palpatine sería mejor dejar a Xizor intacto, por ahora. Pero Xizor no era tan tonto como para creerse así inmune a todo peligro. Cualquier indiscreción por su parte (si la galaxia en general averiguase que era el jefe de Sol Negro), y la mano del Emperador sería forzada, sin importar el coste. El control de Palpatine sobre sus dominios todavía no era tan fuerte como para que pudiese arriesgarse a que el Imperio pareciese tener traidores en su mismo corazón.

Él lo sabe, pensó Xizor, *pero otros no.* Eso era lo importante. No era por engañar a Palpatine, sino por mantener la ignorancia de la galaxia, que era crucial que no se pudiese hacer ninguna conexión entre la red de espías del vigo Kreet'ah y el destinatario último de su información, el mismo Príncipe Xizor.

Si el rastro de datos podía ser determinado, desde las fuentes de Kreet'ah y después hasta la organización Sol Negro, entonces sería muy difícil evitar tener hecha la conexión, incluso sin ninguna prueba fuerte, entre Sol Negro y el mismo Xizor. El Emperador podría ignorarla, como había ignorado otras evidencias anteriormente. Pero otros, como la Alianza Rebelde, quizá no. Y ése podría ser el punto en que el Emperador Palpatine actuaría finalmente, con resultados rápidos y fatales.

Xizor sabía que había más dificultades implicadas en mantener esos asuntos en secreto que sólo guardar su propio silencio. Un eslabón en la cadena que conducía a él tenía que ser destruido, vaporizado como percutido por un rayo de desintegrador. Ya había decidido que Kreet'ah todavía valía más para él vivo que muerto. Así que algún

otro eslabón tendría que ser eliminado. El mismo Kreet'ah podría ocuparse de eso; un vigo de Sol Negro podía organizar fácilmente la desaparición repentina de algunas de sus propias fuentes de información. Después sería sólo cuestión de que Kreet'ah reconstruyese su red de espías dentro de la Alianza Rebelde, con unas pocas barreras más entre ellos y Sol Negro; dificultoso, pero no imposible.

Xizor ya había hecho una nota mental en cuanto a qué instrucciones daría a Kreet'ah. No esperaba ninguna objeción del kian'tharano; era más una cuestión de procedimiento operativo estándar que cualquier otra cosa. Estándar… y familiar. Una sonrisa se movió en la esquina de su boca. *Incluso,* pensó Xizor para sí mismo, *algo divertido.*

Ése era su único pesar sobre perdonar la vida de Kreet'ah. Ahora no tendría el placer de tomarla.

7

Llega un momento en que un objetivo es avistado y fijado, y todo lo que uno tiene que hacer es presionar el botón disparador debajo del pulgar. Boba Fett había tenido muchos momentos así en su carrera, suficientes para que ya no hubiese ninguna respuesta fisiológica, ninguna aceleración del pulso, ninguna respiración más fuerte por debajo de su casco de visor oscuro, ningún goteo de adrenalina en las venas del cuerpo que llevaba la armadura de batalla mandaloriana…

Pero todavía había una profunda sensación de satisfacción, un brillo casi espiritual en el núcleo de su ser. Era para lo que vivía, incluso más que los créditos que traía todo su duro trabajo.

En la cabina del *Esclavo I*, las manos enguantadas de Boba Fett se movían rápidamente por los controles de navegación. La velocidad de la nave ya estaba al máximo, subida hasta la sobrecarga la propulsión de las máquinas de Motores Mandal de diseño personalizado (y caras). Una vibración trémula viajó a través del armazón estructural del *Esclavo I*, desdibujando los indicadores y lecturas bajo los dedos de Boba Fett. En la luna de la cabina, contra un fondo de estrellas inquebrantables, podían verse las estelas de la nave que perseguía Fett. *Es bueno*, pensó Boba Fett a regañadientes. *Pero no lo bastante bueno.*

La otra nave, un cazacabezas Z-95 de Corporación Incom, era perfectamente adecuada para tales maniobras de persecución y evasión a alta velocidad. Ésa en particular había sido modificada con un área de pasajero adicional, abarcando desde una cabina extendida y a lo largo del fuselaje principal. La desgarbada adición estructural crearía una resistencia aerodinámica negativa dentro de la atmósfera de un planeta, pero en el vacío del espacio había poco efecto en la velocidad de la nave. Boba Fett sabía quién era el piloto, un saboteador de cacerías independiente llamado N'dru Suhlak; un niño que había sido expulsado de la base de cazas de la Alianza Rebelde en Tierfon no por carencia de habilidades de vuelo, sino por un exceso de insubordinación. La pericia y entrenamiento que Suhlak había adquirido mientras pasó tiempo con ases del pilotaje como Jek Porkins y Wes Janson, más sus propias habilidades naturales (había algunas cosas en la galaxia con las que uno tenía que haber nacido), lo habían llevado rápidamente a la cima de su especialidad escogida. Era una para la que pedía el máximo de créditos: el oficio de un saboteador de cacerías era esencialmente el transporte y entrega seguros de mercancía difícil, una criatura cada vez. Suhlak hacía la afirmación de que podía llevar a cualquier criatura sensible con una recompensa puesta por su cabeza (eso era lo que significaba «mercancía difícil» en la jerga de los cazarrecompensas) desde el punto A al punto B sin ser interceptado, sin importar quién estuviese apuntando a la carga.

Fanfarronadas, pensó Boba Fett mientras introducía otra micro-corrección de curso para permanecer en la cola del Z-95. Pero el chico había demostrado que tenía los redaños de un piloto, superando incluso a los otros pocos cazarrecompensas por los que

Fett tenía algún respeto en absoluto. IG-88, el cazarrecompensas droide, había sido aturdido tan deprisa que los procesadores ópticos dentro de su cabeza de duracero ni habían visto a Suhlak pasando por su punto interceptor de vigilancia. La mayoría de los otros cazarrecompensas, aun antes de que el Gremio de Cazarrecompensas se hubiese dividido en sus dos facciones principales, había hecho una regla general de no perseguir la nave de Suhlak, siendo la persecución una pérdida de tiempo y de combustible… y de la vida de uno. No todas las maniobras de evasión de Suhlak estaban basadas sólo en la velocidad.

Boba Fett tecleó una orden de anulación, desviando el exceso de funciones de mantenimiento atmosférico del *Esclavo I* al sistema refrigerador para el motor de impulso principal. Si hubiese habido alguien en las jaulas de retención debajo del área de cabina, se habría asfixiado en unas pocas unidades de tiempo estándar. Pero el *Esclavo I* no llevaba pasajeros, voluntarios o involuntarios, en aquel momento. La nave de Fett había estado al acecho en la nube de escombros emitida por un anillo de cargueros estelares destrozados y desmontados sobre la atmósfera tóxica del planeta Uhltenden; había estado esperando, con todos los sistemas de propulsión en modo suspensión-activación, a que el Z-95 de Suhlak apareciese. Cuando lo hizo, la persecución estuvo en marcha.

Hasta entonces, N’dru Suhlak había sido afortunado o listo de no cruzarse en el camino de Boba Fett. La mercancía que Suhlak había transportado había estado toda por debajo del umbral de interés de Fett. Permitir al chaval salir impune, mientras no hubiese ningún impacto en los intereses comerciales de Fett, había sido una buena manera de dejar que Suhlak se confiase demasiado. Cualquier estimación equivocada de las habilidades de uno (o la suerte de uno) era un error fatal cuando Boba Fett estaba implicado. *Ahora has cometido tu error*, le dijo silenciosamente Fett a la nave que aceleraba a través del vacío por delante.

Mantuvo una mano enguantada suspendida cerca de los controles del hiperimpulsor del *Esclavo I*. Ninguna coordenada de astrogación había sido leída desde el ordenador de navegación ni fijada todavía, pero los dispositivos de rastreo y la computadora de objetivos estaban listos para funcionar. Si Suhlak hubiese cometido un error más, el de llevar el pequeño Z-95 al hiperespacio, habría encontrado el *Esclavo I* justo encima de él cuando emergiese de vuelta al espacio real. Nadie escapaba de Boba Fett tan fácilmente. *Debe de saber que soy yo*, pensó Fett, *el que está justo detrás de él.* El casco de la armadura mandaloriana asintió lentamente cuando su portador miró por la luna de la cabina. Su asentimiento indicaba tanta satisfacción como anticipación; la persecución y la inevitable captura serían mucho mejores ahora.

El Z-95 desapareció repentinamente de la vista.

La mano de Fett se acercó a los controles del hiperimpulsor, deteniéndose una fracción de centímetro antes de golpearlos. Las señales de localización rastreadora aún no se habían encendido en rojo. *Todavía está aquí.* Boba Fett se inclinó hacia delante en el asiento del piloto, aproximando su mira con visor a la luna delantera de la cabina. Su valoración de las habilidades de Suhlak subió un nivel. Había sido una maniobra suave, y

una con la que Fett no se había encontrado antes. Si hubiese sido engañado para saltar al hiperespacio, aun por un momento, para cuando hubiese devuelto el *Esclavo I* a ese sector de navegación Suhlak podría haber obtenido fácilmente una ventaja insuperable. O si no insuperable (Fett no admitía esa posibilidad; todavía no había sucedido), entonces una que habría llevado mucho más trabajo y tiempo superar. Eso cortaba sus beneficios, un concepto que era el único que podía evocar su enfado.

Echó un vistazo rápido a la fila de indicadores de rastreo, mientras empujaba el control de apertura lineal de región cercana a lejana. Los rastreadores térmicos y de radiación no mostraban ningún golpe repentino en el perfil de emisión del Z-95 de Suhlak; si hubiese tomado un vector agudo desde su curso previo, esos rastreadores habrían captado el impulso adicional necesario, aunque Suhlak hubiese podido ocultar la llamarada visual de los motores de su nave.

El enigma de la súbita desaparición de N'dru Suhlak, junto con la mercancía difícil que llevaba a bordo de su nave, intrigaba a Boba Fett sobre un fundamento fríamente racional. No le preocupaba (todavía) si averiguaría la respuesta a tiempo para atrapar al saboteador de cacerías huido. *Si está aquí* (y Suhlak tenía que estar), *entonces lo encontraré…*

No sería bueno pasarse del escondite que el Z-95 hubiese encontrado. Boba Fett se estiró y moderó el motor de impulso principal. La leve vibración en la estructura del *Esclavo I* cesó cuando la nave perdió velocidad inmediatamente.

Eso fue lo que lo salvó.

En el borde superior de la luna, Boba Fett vio una de las estrellas visibles brillar momentáneamente, desaparecer y luego reaparecer en la misma localización. Sin pensamiento consciente, sino sólo pura reacción, su mano voló desde los controles de motor a los propulsores inversos. Su palma presionó los controles de impulsión, dándoles máxima potencia.

Una fracción de segundo más tarde, el *Esclavo I* chocó con el objeto invisible cuya presencia Fett apenas había logrado detectar.

El impacto lo arrancó del asiento del piloto, lanzándolo a través del teclado curvo de los controles de cabina. Su espinazo pegó contra el claro transpareacero de la luna, un golpetazo lo bastante duro para mandar una sacudida de dolor al centro de su cráneo, cegándolo. Si todavía hubiese cargado con las armas montadas en la espalda que llevaba cuando estaba fuera de la nave, sus bordes afilados habrían triturado sus vértebras cervicales y lo habrían dejado paralizado, indefenso contra lo que sucediese a continuación.

El dolor menguó una fracción, suficiente para que la visión enrojecida por la sangre de Boba Fett se aclarase. En los límites de su consciencia, pudo oír las alarmas de ruptura del perímetro sonando con agudos llantos ululantes. La posición de vuelo vertical con la cola hacia abajo de su nave (los puertos de impulso de los motores estaban todos montados en el lado del casco opuesto a la curva redonda de la cabina) había resultado en que la luna principal fuese la parte que recibió lo más fuerte de la colisión con el

obstáculo no visto. O visto demasiado tarde para evitar el choque; el recuerdo del breve vistazo que Boba Fett había captado, el brillo y reaparición indicadores de una estrella en el borde de la ventana, aún era vívido.

Al menos, había podido presionar los propulsores inversos a tiempo. Había un límite inherente a la dureza del transpareacero; tenía que haberlo, para que poseyese suficiente índice refractivo como de vidrio para utilizarse en miradores. Si el *Esclavo I* hubiese estado viajando más deprisa, la forma exterior redondeada de la cabina se habría destrozado como un huevo de cristal. Boba Fett se habría encontrado respirando vacuidad, rodeado de fragmentos relucientes.

La gravedad artificial de la nave aún funcionaba; se las arregló para arrastrarse de vuelta al asiento del piloto desde el que había sido lanzado. Las señales de alarma todavía eran agudas y estridentes en sus oídos. Eso significaba que el *Esclavo I* seguía perdiendo presión atmosférica interna. Boba Fett hizo una exploración visual rápida del arco de la ventana delante de los paneles de control. No había ninguna grieta en el transpareacero, pero el choque había sido lo bastante fuerte para aflojar una sección de enlace intersticial entre el material transparente y el duracero circundante del casco.

—Activar secuencia de soldadura de emergencia. —El procedimiento era uno de los pocos codificados con un comando de voz para el ordenador de a bordo. Fett había previsto que, si alguna vez llegase a ser necesario, quizá no podría alcanzar los controles de cabina en una ocasión en que la rapidez sería esencial. Dio deprisa las coordenadas estructurales de la sección de fuga del enlace de la luna; cada milímetro del *Esclavo I* estaba trazado de forma precisa en la memoria de Boba Fett, tan claro como si estuviese mirando los planos y parámetros de diseño originales—. Iniciar compensación térmica, *ahora*.

Pudo sentir el ardor de la calefacción a través del oscuro visor con forma de T de su casco cuando los circuitos establecidos en el mamparo circundante de la cabina se encendieron. Un momento más tarde, el duracero junto a la fuga de la luna se puso rojo, después blanco del calor; la estructura cristalina del metal se volvió dúctil, justo lo suficiente para que el sello se reformase alrededor del transpareacero. Las alarmas perimetrales callaron cuando la pérdida de atmósfera disminuyó a sólo unas pocas moléculas que salían silbando al espacio; después ninguna en absoluto.

Todo el proceso de reparación de emergencia había llevado sólo unos segundos. El *Esclavo I* era como un organismo vivo, diseñado en su esencia para curarse. Boba Fett podía sentir en sus propias terminaciones nerviosas cuándo sucedía, del mismo modo que cualquier herida al tejido de la nave era sentida como una herida para él mismo. Las únicas cosas más cercanas a él, incluso más una extensión percibida de su espíritu, eran las armas que llevaba. Éstas eran tan parte de él como sus propias manos, instrumentos de su voluntad.

Perder siquiera unos segundos en la persecución de N'dru Suhlak y su cargamento era molesto. Y que fuese causado por una trampa como ésa volvió la resolución de duracero de Boba Fett aún más firme y fría.

La mecánica de la trampa ahora estaba bastante cerca para que pudiese discernirla fácilmente. Flotando en el espacio delante del *Esclavo I* había una hoja de transpareacero ópticamente filtrable de masa alterada, sus bordes dentados abarcando más amplitud que el casco de la nave. Suhlak debía de haberla obtenido del anillo de ruinas en órbita alrededor de Uhltenden; Boba Fett recordó que algunos de los cargueros naufragados habían sido naves de suministros secuestradas destinadas a los muelles de construcción de Astilleros de Propulsores Kuat. Eran muchas las posibilidades de que hubiesen estado transportando suministros de tecnología armamentística avanzada, y que Suhlak les hubiese dado uso para su propio proyecto de ruta de huida.

El transpareacero ópticamente filtrable no había sido desarrollado para propósitos de observación, sino para blindaje de destructores y cruceros pesados en la Armada Imperial, así como camuflaje táctico. La luz transmitida a través de él realmente podía ser encaminada, mediante enlaces de datos interiores de cuerpo cilíndrico, de un lado de una nave al otro, pasando efectivamente las percepciones visuales a un observador externo. Una forma tosca de invisibilidad simulada, pero con una ventaja estratégica importante. Los enlaces nanotecnológicos de datos también podían programarse para *filtrar* cualquier dato visual específico, tal como la presencia de cualquier otra nave de la armada… o el rastro de un cazacabezas Z-95 acelerando. La imagen óptica enviada a través del transpareacero filtrable mostraría las estrellas distantes al otro lado de la barrera, y nada más. Boba Fett se dio cuenta de que así había sido como Suhlak se las había arreglado para desaparecer de la vista, mientras los perfiles térmicos y radiactivos de su pequeña nave habían continuado registrándose en los sistemas de rastreo del *Esclavo I*. Una trampa perfecta… o casi. Lo único que había salvado a Boba Fett de un choque fatal contra la barrera flotante habían sido sus reacciones veloces como un relámpago y la respuesta rápida de los propulsores inversos del *Esclavo I*.

Eso todavía dejaba el pequeño asunto de capturar el Z-95 de Suhlak, que tenía una ventaja aún más grande que antes.

¿O la tenía? La preeminencia de Boba Fett en la industria de la caza de recompensas se basaba en más que en meras habilidades con las armas. La psicología también jugaba una parte significativa. Sin haberse encontrado nunca con él cara a cara, tenía una buena noción de cómo trabajaba el cerebro de Suhlak. *Gallito,* pensó Fett mientras se estiraba hacia el panel de control de la cabina. *Y no lo bastante listo para jugar sobre seguro, y simplemente huir cuando tiene la oportunidad.*

Con algunos ajustes rápidos, Boba Fett extendió el gancho de atraque del *Esclavo I*; las puntas afiladas de la extensión como una pinza agarraron la enorme pieza de transpareacero ópticamente filtrable. Fett dio un golpe fuerte a la palanca de control a un lado, soltando simultáneamente el apretón del gancho. A través de la luna delantera, vio las estrellas distantes brillar trémulas y después volverse claras y enfocadas otra vez, cuando la hoja de bordes dentados de material del grosor del blindaje y transparente como el cristal volteó hacia un lado de la nave.

Ahí está. Directamente delante a través de la luna delantera de la cabina, Boba Fett vio el Z-95 de Suhlak. Más cerca que cuando había estado persiguiendo la nave más pequeña, y con sus potentes motores impulsores amortiguados a nivel de espera. Suhlak había dado la vuelta a su nave, inclinándola hacia el vector por el que había viajado previamente, de modo que pudiese obtener una vista clara del *Esclavo I* chocando contra la trampa de barrera que había colocado en su lugar. Y un plano perfecto de Boba Fett muriendo en ese choque. *Sólo que*, pensó Fett, *no ha resultado así.*

Y ahora no había lugar para que Suhlak huyese. Tan cerca, nunca sería capaz de maniobrar su nave para darle la vuelta, acelerar sus motores impulsores y llegar a velocidad máxima antes de que el *Esclavo I* pudiese alcanzarlo.

Boba Fett bajó la palma sobre los controles de impulso de su propia nave. En su ventana, el Z-95 se vislumbraba más cerca y más grande, como un objetivo bajo alto aumento.

El primer choque había sido bastante satisfactorio de ver. N'dru Suhlak se había sonreído, imaginando al famoso cazarrecompensas cayendo de cabeza dentro de la cabina de su nave, pillado por una trampa invisible.

El segundo choque fue glorioso.

—¿Ves? —Suhlak se apartó de la luna del cazacabezas y exhibió su sonrisa autosatisfecha a su único pasajero—. Vaya con tu imparable perseguidor implacable, el gran Boba Fett.

Junto a él, el twi'lek Ob Fortuna, antiguo mayordomo en la sede del Gremio de Cazarrecompensas, se inclinó más cerca de la curva transparente del parabrisas. Los ojos del twi'lek, como los de todos los varones de su especie, estaban normalmente medio cerrados detrás de sus párpados, perfectamente adaptados a su penetrante mirada furtiva. Pero ahora esos ojos estaban abiertos de par en par del asombro.

—Yo… nunca habría pensado posible tal cosa —una de las pálidas manos de dedos largos de Ob Fortuna se estiró, llegando a una fracción de pulgada de tocar la superficie cóncava de la luna—. Se ha ido. Absolutamente…

La sonrisa de Suhlak se abrió, emitiendo una risa áspera.

—Puedes decirlo otra vez.

Devolvió su propia mirada hacia la ventana. La luz agitada de la explosión empezaba a apagarse, pero todavía era suficientemente brillante para hacer echar los escudos de brillo protectores que revestían el transpareacero curvo. Sin esos escudos, tanto él como su carga de pago habrían sido cegados. *Habría merecido la pena*, pensó Suhlak. *Casi.* El deslumbramiento de lo que había sido la nave de Boba Fett, el *Esclavo I*, ahora siendo consumido por la fusión desatada de sus motores destrozados por el impacto, era casi tangible, una incandescencia térmica de calor a través del vacío que se interponía y sobre la cara sonriente de Suhlak.

—¿Cómo lo has hecho? —la admiración también se había filtrado en la voz de Ob Fortuna—. Es imposible…

—Nada es imposible —dijo N'dru Suhlak. Dejó que su sonrisa cuajase en una burla—. A no ser que empieces a creer en tu propia mitología. Entonces todo comienza a ponerse un poco difícil, al menos si yo estoy cerca —cabeceó hacia la ventana—. Tenía a este personaje de Boba Fett descifrado desde el principio. Alguien así siempre se figura que es el único con cerebro. Esto es, auténtico cerebro. Así que si cae en una trampa y sale de ella, se imagina que es el único truco que tenías en la manga.

—Pero… —la frente de Ob Fortuna se arrugó mientras trataba de comprender. Las pesadas masas carnosas de las colas cefálicas dobles de un twi'lek macho rodaron por su hombro cuando inclinó la cabeza—. Ha golpeado ese transpareacero ópticamente filtrable que has preparado. Y se las ha arreglado para alcanzar sus propulsores inversos a tiempo, de modo que su nave no fuese dañada…

—Exacto —Suhlak sacudió su propia cabeza con disgusto. Esos twi'leks tenían maña para la falsedad de mente simple y para adular a criaturas sensibles más poderosas, pero cualquier cosa más era un esfuerzo para ellos—. No lo entiendes, ¿verdad? Ésa no era la única pieza de transpareacero de calidad de blindaje que he colocado ahí fuera para que él se choque. Mira, ahora Boba Fett está muerto, pero eso no significa que lo haya subestimado. Sabía que tenía la clase de picardía y reflejos que le evitarían un choque fatal; esto es, la primera vez. Así que he sacado una *segunda* pieza de transpareacero, sólo que no he instalado ningún filtro óptico en ella; de esa manera, Fett nos vería sólo sentados aquí, esperando que viniese y nos prendiese. No sería capaz de resistirse a acelerar sus motores y venir directamente a por nosotros, y no lo ha sido. A esa clase de velocidad, la masa de la segunda pieza de transpareacero ha sido más que suficiente para estrujar esa nave suya en metal de desguace y fundir sus núcleos de impulso en sobrecarga de fusión. Probablemente ya no queden dos átomos del gran Boba Fett conectados uno a otro.

—Eso es… eso es muy inteligente —Ob Fortuna lo miró con los ojos muy abiertos—. Yo nunca habría propuesto algo tan… definitivo.

—Sí, bien —lo último que Suhlak quería era oír cualquier empalagosa lisonja twi'lek hacia él—. Sólo sigue recordándolo. Entonces no te importará pagarme.

—Ah, pero es un placer hacerlo. Aun cuando todo por lo que negocié fue sólo superar a Boba Fett. No eliminarlo totalmente.

—Lo que funcione —Suhlak se encogió de hombros—. A veces la velocidad hace el trabajo… y a veces tienes que hacer un poco más. Además… acabar con alguien como Boba Fett es buena publicidad para una persona en mi profesión. Nunca hace daño que las criaturas sepan que eres el mejor. —En la ventana, el ardiente brillo turbio del choque casi se había ido. No era visible nada de las ruinas de la nave del difunto Boba Fett; la explosión había vaporizado cada fragmento—. Suficiente de esto —dijo Suhlak, alcanzando los controles del Z-95—. Salgamos de aquí. Tengo otros asuntos de los que ocuparme.

En ocasiones como ésa, deseaba que su nave fuese tan grande como la de Boba Fett, algo con bastante espacio a bordo para poder meter a su mercancía de pago en algún otro lugar. La mayoría de los cazarrecompensas tenían jaulas en las áreas de carga de sus naves, donde retenían sus mercancías difíciles de manera segura fuera del camino hasta la entrega. Correr más que la nave de un cazarrecompensas, sin embargo, requería algo mucho más ligero y rápido. Los viejos Z-95 estaban diseñados tan ajustadamente como los cazas estelares T-65 ala-X que los habían reemplazado, y en consecuencia tenían más posibilidades de modificación. Para sus propósitos de sabotaje de cacerías, lo había despojado de todo el armamento pesado y los sistemas de armas, y había conseguido el espacio de pasajeros: no toda la mercancía difícil era tan compacta como las formas de vida humanoides.

Hasta con el espacio extra ganado con esas modificaciones, el resultado neto era que los pasajeros (o la mercancía; Suhlak empezaba a utilizar el mismo lenguaje que los cazarrecompensas) aún acababan justo en la ya estrecha área de cabina del Z-95. *Y este twi'lek,* pensó Suhlak, *me está poniendo verdaderamente de los nervios.* Todos esos empalagosos manierismos untuosos, más la sonrisa como de rata y las palabras de comadreja de Ob Fortuna, estaban justo en su cara. Suhlak sintió el impulso de tomar las colas de cabeza colgantes del twi'lek y pegarlas con cinta de presión en el mamparo del fondo, sólo para evitar verlas todo el tiempo que intentaba navegar. *Bueno, no estará en mis manos mucho tiempo más…*

Suhlak preparó el motor principal de impulso del Z-95; después alargó la mano hacia los controles de alineamiento de vector. Una vez el cazacabezas estuviese a salvo lejos de ese sector, con todos sus escombros de transportes a la deriva, podría hacer un salto limpio al hiperespacio.

Su mano se congeló encima de los controles cuando levantó la vista a la ventana. Dentro de la garganta de Suhlak, su respiración también se aquietó.

—¿Qué es eso? —desde detrás de él, la voz de Ob Fortuna era un chillido aterrorizado. La mano pálida del twi'lek se alargó más allá del lateral de la cara de Suhlak, señalando lo que entonces se revelaba flotando en el espacio delante del Z-95.

—Es… la nave de Boba Fett —Suhlak dijo las palabras, una simple exposición de hechos. Pero una que envió su corazón cayendo en picado hacia las suelas de sus botas, al mismo tiempo que su espinazo se contraía de aprensión—. No está muerto.

Hubo más evidencia de ello cuando la imagen del *Esclavo I*, la nave que era un emblema de Boba Fett tanto como el yelmo mandaloriano con visor oscuro que llevaba, giró levemente en el mirador. Parecía vislumbrarse vertical en el vacío, la gran curva de su cabina centrada en el oval alargado de su casco. Y entre sus dos cañones láser principales, sus oscuras aperturas amenazantes osciladas directamente hacia el Z-95, y fijadas en su objetivo.

Dos rayos de energía chispeante golpearon el cazacabezas. El parabrisas se llenó con el brillo blanco de su impacto; su fuerza mandó la nave más pequeña dando vueltas.

Cegado, N'dru Suhlak se sintió caer hacia atrás, fuera del asiento del piloto y aterrizando pesadamente contra la amortiguación insuficiente de su pasajero.

—No hagas ninguna estupidez —habló otra voz desde la unidad de comunicación montada en el panel de control de la cabina. La voz de Boba Fett, inconfundible incluso en una retransmisión de onda corta desde su nave—. Tienes algo que quiero. Voy a ir a buscarlo —la carencia de emoción perceptible de la voz la hacía aún más intimidante—. Ahora mismo.

Deslumbrado, pero con la visión volviendo lentamente, Suhlak puso una mano contra el pecho sin músculos de Ob Fortuna y se enderezó. Se agarró al respaldo del asiento del piloto y se arrastró hacia los controles del Z-95.

—¿Qué… qué vas a hacer? —el twi'lek sonaba cercano al pánico.

—Como ha dicho el hombre. —Suhlak moderó el motor de impulsión principal. Y se preparó para un visitante—. Ninguna estupidez.

El saboteador de cacerías tenía exactamente la apariencia que Boba Fett había esperado. Tirando a oscuro y flaco, vistiendo uniforme de la Base de Cazas de Tierfon con todas las insignias identificativas arrancadas. La cara angulosa de Suhlak era tan codiciosa como (de momento) hosca.

—Tengo por norma —dijo Boba Fett— no interferir con los negocios de otras criaturas. Excepto —estaba de pie en la apertura de la escotilla de trasbordo que se extendía desde su propio *Esclavo I*, no queriendo entrar en el alojamiento ya atestado del Z-95 de Suhlak— cuando interfieren con los míos.

—De verdad —N'dru Suhlak dio un suspiro ostentosamente hastiado—. No necesito un sermón sobre prácticas operativas de ti.

—Tampoco necesitas que te mate. Pero me alegraría hacerlo. —Boba Fett se había puesto su arsenal habitual antes de cruzar desde su nave. No se molestó en sacar su desintegrador o en alcanzar por encima del hombro alguna de las armas de potencia más alta; su mera presencia, silenciosa e intimidante, bastaba—. Y créeme: sólo serían negocios. Nada personal.

El chico no dio una respuesta. Un cinturón de armas, con una pistola desintegradora de la Armada Imperial de edición estándar en su pistolera, estaba colgado de un ángulo saliente del armazón estructural del Z-95. Estaba fácilmente al alcance de Suhlak, pero continuó de pie con los brazos cruzados frente al pecho, barbilla bajada y ojos feroces.

Bien, pensó Boba Fett. *Eso demuestra que no es completamente estúpido.*

—Y ya que hablamos de negocios… —el cazarrecompensas se volvió hacia la otra criatura sensible en la cabina del Z-95. El twi'lek Ob Fortuna se encogió contra el mamparo, las manos alzadas hacia la cara en súplica sumisa—. Tú y yo tenemos algunos asuntos inconclusos de los que ocuparnos.

—Yo… no sé qué quieres decir —las manos de Ob Fortuna se arrastraron una sobre otra como animales ciegos sin pelo—. No soy sino polvo entre las suelas de tus botas, Boba Fett. Nada más que un pobre sirviente (y actualmente sin empleo) de aquellos con auténtico poder. Desde que el estimado Cradossk murió…

—Corrección. Cradossk no *murió*; su hijo Bossk lo mató. Y después se hizo cargo de los restos de la manera en que los trandoshanos hacen esas cosas.

Un escalofrío visible recorrió al twi'lek. Hasta el ceñudo Suhlak pareció un poco enfermizo por la mención de las prácticas dinásticas de los trandoshanos. Por entonces, los huesos del difunto Cradossk, completos y roídos con marcas de dientes, eran objetos atesorados en la cámara de trofeos personal de Bossk.

—Bien, entonces… —lo que pretendía ser una sonrisa congraciadora apareció en la cara de Ob Fortuna. Alzó sus manos vacías, palmas hacia arriba; su encogimiento de hombros elevó los pesos colgantes de sus colas de cabeza—. Difícilmente puedes culparme por querer buscar otro empleo. Fui el mayordomo de Cradossk mucho tiempo; habría sido demasiado traumático para mí acometer esos mismos servicios para su hijo Bossk.

—Me parece razonable —el encogimiento de hombros de Suhlak no fue tan sobrecargado—. Dale al tipo un respiro, ¿por qué no lo haces?

La mirada del visor con forma de T del casco fue tan dura y fría como las leyendas medio olvidadas describían a los guerreros mandalorianos, vencidos hacía tiempo por los caballeros jedi. Boba Fett era muy consciente del efecto que esa mirada oscura tenía en otras criaturas; era un arma tanto como cualquier otra colgada a su espalda.

—Ya te he dado a ti un respiro —dijo sobriamente al saboteador de cacerías—. No estás muerto. Aún.

Suhlak se apoyó contra el asiento del piloto. Miró por encima a Ob Fortuna; después sacudió lentamente la cabeza.

—Era mi mejor oportunidad.

—Pero… —el pánico borró cualquier otra emoción en los ojos del twi'lek cuando volvió a mirar hacia Boba Fett—. Tienes que entender…

—Entiendo mucho —dijo Boba Fett—. Ése no es el problema. Ni lo es que no quieras trabajar para Bossk. Ni siquiera me importa trabajar con una criatura como ésa. El problema es para quién más trabajabas cuando estabas empleado por Cradossk.

La piel de las colas de cabeza de Ob Fortuna tomó una traslucidez sudorosa cuando cualquier color restante se drenó de su cara.

—Pero eso… eso es una locura. ¡Es mentira! —su mirada desesperada barrió al saboteador de cacerías, como si ahí pudiese encontrarse un aliado—. ¡Fui completamente leal a Cradossk! ¡Lo juro!

—Leal a tu manera. Tan leal como cualquier twi'lek. —Boba Fett no necesitó dar un paso adelante desde la escotilla de trasbordo para mantener a Ob Fortuna empujado contra el mamparo del Z-95—. Y ésa es casi tanta lealtad como los créditos pueden comprar. Los créditos de cualquiera —volvió su mirada con visor hacia Suhlak—.

¿Cuánto te pagaban por la entrega a salvo de esta mercancía? —usó la terminología de los cazarrecompensas, aun cuando era técnicamente incorrecta en este caso; no se había publicado ninguna recompensa por Ob Fortuna.

Suhlak le devolvió fríamente la mirada.

—Suficiente.

Esta vez, Boba Fett sí dio un paso adelante. Buscó en un pequeño morral montado en su cinturón y extrajo algunos créditos; después los puso en la palma de Suhlak.

—Ahí —dijo—. Considérala entregada.

El saboteador de cacerías inspeccionó los créditos.

—Parece un poco escaso —levantó la mirada—. ¿Sabes lo que quiero decir?

Pasaron unos segundos antes de que Boba Fett contestase.

—Tienes un exceso de descaro —dijo despacio—. No es algo malo, dado cómo intentas ganarte la vida. Hasta puedo admirarlo. Pero déjame darte un consejo. —Fett había regresado a la escotilla de trasbordo que conducía de vuelta al *Esclavo I*, que esperaba—. No lo pruebes conmigo…

—¡No! —cortó un chillido estridente a través de las palabras de Boba Fett. Las pocas pizcas de control restantes de Ob Fortuna se habían evaporado de repente; con la cara distorsionada y abigarrada por el miedo, se arrojó por el estrecho espacio del área de cabina del Z-95. El peso de las colas cefálicas del twi'lek se levantó de sus hombros vestidos. Sus manos como garras se estiraron, no hacia la garganta de Boba Fett, sino a por el desintegrador enfundado que colgaba cerca del asiento del piloto. El vuelo precipitado de Ob Fortuna lo impulsó al pecho de Suhlak, mandando a ambos tumbados al suelo de la cabina rallado por metal. El cazarrecompensas se liberó de Ob Fortuna; después se revolvió lo más lejos posible, escudándose la cara con un brazo alzado.

Ob Fortuna se puso de rodillas, manoseando el desconocido desintegrador. Ambas manos de dedos largos envolvían la empuñadura; el cañón oscilaba, apuntando a lo loco en todas direcciones. Antes de que pudiese encontrar el botón activador del arma, un agudo sonido silbante pegó contra los mamparos, seguido del jadeo de dolor del twi'lek cuando el desintegrador fue arrancado de su asimiento.

El desintegrador estaba atrapado en la fina cuerda de filamento mono-enlazado que corría desde la muñeca de la armadura de batalla de Boba Fett hasta el pequeño proyectil no explosivo que había disparado. Echó hacia atrás su brazo extendido, retrayendo al mismo tiempo la cuerda a su bobina fuente; el desintegrador voló tan rápidamente como la acometida con pánico de Ob Fortuna. Boba Fett agarró hábilmente el arma.

—No ha sido un movimiento inteligente —dijo Fett. Aunque por la manera en que el twi'lek había estado sudando y agitándose, fue exactamente lo que esperaba. Liberó el desintegrador del nudo de la cuerda; después lo lanzó hacia Suhlak. El saboteador de cacerías se había desenrollado en una posición sentada, y ahora atrapó el desintegrador con ambas manos—. Guárdalo —mandó Boba Fett. Sabía que Suhlak era al menos lo bastante inteligente para estarse quieto y no provocar ninguna demostración adicional de sus habilidades.

Acurrucado en una pelota lloriqueante, Ob Fortuna se encogió contra el mamparo opuesto de la cabina. Su cara pálida estaba luminosa de sudor, sus colas cefálicas dibujando húmedos rastros como babosas por la parte delantera de su túnica. Chilló e intentó inútilmente comprimirse en una masa aún más pequeña cuando Boba Fett dio un paso al frente y bajó. Agarrando el cuello de la túnica, puso de pie al twi'lek sin resistencia.

—Vamos —dijo Boba Fett. Dio un paso atrás hacia la escotilla de trasbordo, arrastrando a Ob Fortuna con él.

—¿Adónde…? —las manos de Ob Fortuna se aferraron al antebrazo de su captor—. ¿Adónde vamos…?

—En realidad ya no es asunto tuyo. —Se volvió y empujó al twi'lek por la escotilla, hacia la otra nave que esperaba en el otro extremo del pasaje conector. Ob Fortuna tropezó y aterrizó sobre sus manos y rodillas.

—Para.

Boba Fett oyó la sencilla orden desde detrás de él. Giró su mirada con visor oscuro, observando atrás por encima del hombro. Vio a N'dru Suhlak de pie en medio del área de cabina del Z-95, el desintegrador sostenido firmemente hacia la escotilla de trasbordo. El arma apuntaba directamente a Fett.

—¿Ahora qué? —Boba Fett se mantuvo inmóvil.

—¿No es obvio? —apareció la sonrisa ladeada de Suhlak—. La has fastidiado. Ahora vas a hacer lo que *yo* diga.

—Oh. ¿Por qué debería?

—Porque… —la sonrisa mostró cuánto disfrutaba Suhlak de la explicación—. Si no lo haces, voy a perforar un agujero forrado de humo justo a través de tu tripa.

Boba Fett sacudió la cabeza.

—No vas a hacerlo con esa pieza —levantó una mano enguantada, presentando la célula de energía que había escamoteado hábilmente del desintegrador antes de tirarlo—. Si no soy un tonto la primera vez, no es probable que también lo sea la siguiente.

—Supongo que no. —Suhlak miró el arma inútil en su mano, y después la bajó. Volvió a levantar la vista hacia el cazarrecompensas—. De modo que contéstame algo.

—Hazlo breve. Ya he gastado demasiado tiempo aquí.

—¿Cómo lo has hecho? —Suhlak parecía genuinamente perplejo—. Quiero decir, ¿cómo es que no estás muerto?

—Simple —dijo Fett—. Sabía que habría otra pieza de transpareacero de calidad de blindaje flotando ahí fuera. Las mejores trampas (del tipo que dejaría un pájaro listo como tú) siempre tienen dos juegos de dientes en ellas. Así que justo antes de que golpease el transpareacero, he dado a mi nave un giro fuerte de ciento ochenta grados, de manera que mis motores de impulsión principales apuntasen directamente a él. He puesto los motores al máximo, he soltado una carga explosiva altamente térmica y he saltado al hiperespacio antes de que estallase —la voz sin emociones de Boba Fett hacía que sonase

fácil—. Mientras aún mirabas lo que quedaba, mi nave saltaba de vuelta al espacio real justo al otro lado de ti. Entonces todo lo que tenía que hacer era esperar.

—Ah —en el área de cabina de su propia nave, Suhlak asintió con admiración—. Debe de ser eso por lo que me dejas ir, entonces. Para que cuente a todo el que me encuentre lo duro que eres.

—Cuéntales lo que quieras. No necesito la publicidad. Te dejo seguir tu camino sólo por una razón.

—¿Cuál es?

Boba Fett tiró la célula de energía en la cabina del Z-95; el pequeño objeto traqueteó por su suelo.

—Eres el mejor saboteador de cacerías con el que me he cruzado, al menos recientemente. Y si eres el mejor que hay ahora mismo… entonces no tengo que preocuparme por que interfieras en mis negocios.

—Quizá —dijo Suhlak sobriamente— la próxima vez sea aún mejor.

—Me preocuparé por ello entonces.

Con un dedo, Boba Fett tecleó el panel de control montado en la manga de su armadura de batalla. La escotilla de trasbordo se levantó, separándose herméticamente del Z-95. Se volvió mientras la escotilla se desacoplaba y empezaba a retraerse la corta distancia de vuelta al casco del *Esclavo I*.

El twi'lek Ob Fortuna le había guardado algunos problemas. Boba Fett lo encontró con un tramo de cable fino, parte de la cuerda que había atrapado el desintegrador, rodeando su garganta y apretado con sus propias manos. La mirada de miedo congelada en los ojos de la criatura muerta era testimonio mudo de que la autoasfixia era preferible a cualquier destino que hubiese imaginado que sería llevado por su captor.

A Boba Fett no le importó. Era una de las pocas ocasiones en que algo que había perseguido valía más muerto que vivo. *Sabía demasiado*, pensó Fett. Específicamente, sobre lo que había pasado entre bastidores con la división del antiguo Gremio de Cazarrecompensas. Y, como un twi'lek, siempre había hablado demasiado. *Ahora no lo hará.*

Quedaba una tarea de la que ocuparse, en lo que respectaba al difunto Ob Fortuna. A otras criaturas sensibles, mucho más importantes y poderosas de lo que nunca habría podido ser un lloriqueante mayordomo twi'lek oportunista, les interesaba que se mantuviese silencio sobre ciertas materias. Querrían una prueba de ese silencio. Boba Fett extrajo algunas herramientas afiladas de uno de los bolsillos de su uniforme; luego se arrodilló junto al cadáver todavía caliente.

Dejó el cuerpo rígido de Ob Fortuna en la escotilla de trasbordo. Una vez de vuelta en el *Esclavo I*, colgó la bolsa sellada que llevaba dentro de un armario de almacenamiento; después subió la escalera a la cabina de la nave. Sentado en el asiento del piloto, Boba Fett golpeó el botón de purga atmosférica de la escotilla; la rápida ráfaga de presión de aire fue suficiente para expulsar el cadáver al vacío, flotando lo bastante cerca de la nave de Suhlak que el saboteador de cacerías podría echarle un buen último vistazo.

Fett alcanzó el control de los motores de impulsión principales, dirigiéndose fuera del sector mientras simultáneamente introducía las coordenadas para su siguiente salto. Había muchos más negocios de los que ocuparse antes de que hubiese terminado.

Siempre había más negocios.

8

Algún día, pensó el Príncipe Xizor. *Algún día él y yo nos enfrentaremos cara a cara.* Allí en Corscant, en la misma sala del trono imperial, o en algún desolado rincón remoto de la galaxia, ese momento ciertamente llegaría. *Por última vez.* Y entonces la pequeña guerra, mortal y personal, entre él mismo y Darth Vader, el Señor Oscuro de los Sith, tendría su final.

De una manera u otra.

Caminaba a trancos por los pasillos abovedados del palacio, el crepúsculo rojo del sol de Coruscant emitiendo ángulos de luz del color de la sangre a través del suelo ricamente incrustado por delante de él. Un único cabo sin trenzar del pelo negro como la noche de Xizor, arrastrado hacia atrás desde su cráneo pelado como una víbora brillante, se balanceaba a través de los hombros resplandecientes de su túnica con cada zancada.

Xizor concentró sus pensamientos cuando se acercó a las grandes puertas de la sala del trono del Emperador Palpatine. Las preocupaciones del dominio (tanto el Imperio de Palpatine como la propia organización criminal Sol Negro de Xizor) eran múltiples y urgentes, más aún por el alzamiento de la insolente Alianza Rebelde. Y ahora, era convocado para esa audiencia con el poder regente de la galaxia, un poder en la forma de un anciano marchito.

Si no fuese por los ojos situados en esa arrugada cara demacrada (ojos que eran tan fríos y dominantes como los propios de color violeta de Xizor), nunca habría pensado que el Emperador era más que un mendigo con capa, si se hubiese topado con él en algún pasaje oscuro de la capital del Imperio en Coruscant. Pero una vez habiendo visto esa mirada, tan despojada de cualquiera de las emociones blandas de las que las criaturas sensibles eran presa, Xizor pudo entender cómo el antiguo Senador Palpatine había subido a horcajadas sobre un Imperio construido a partir de las ruinas de la antigua República. Si había habido alguna última barrera para las propias ambiciones despiadadas de Xizor (cualquier debilidad o sentimentalismo dentro de él), había sido inspirado por el ejemplo del Emperador para desarraigarla. Si era real la Fuerza mística que se extendía sobre la galaxia, de la que Palpatine y Lord Vader hablaban, Xizor no tenía ni idea; o al menos, no la suficiente para creer en ella por encima de sus propias fortalezas y astucia. Pero el lado oscuro de esa Fuerza era algo que podía atestiguar. Lo había visto por debajo de la capucha de la capa del Emperador, como pozos gravitacionales gemelos que podían absorber y aplastar el espíritu de una criatura más débil.

La alta puerta intrincadamente estampada se abrió ante Xizor. Una vez más, se encontró en presencia de esa fuerza oscura.

—Xizor… —El trono sencillo del Emperador se volvió, llevando su mirada encapuchada y su fina sonrisa sin humor hacia el centro del frío espacio vacío. La figura de apariencia anciana se sentaba profundamente en el trono, como si el peso de sus pensamientos y maquinaciones lo estuviese estrujando hacia el núcleo del planeta—.

Tanto placer como puede encontrarse en los huidizos subordinados de uno, lo encuentro en vos.

La sala del trono estaba tan vacía como ocupada por otro. Sin girar la cabeza, sino con sólo un vistazo por el rabillo del ojo, Xizor vio una oscura aparición. La holoimagen de Lord Vader, insustancial pero opresiva, estaba de pie a un lado de la sala del trono.

Devolvió la mirada al Emperador.

—Me honráis con vuestro elogio, mi señor.

Un rincón de los labios anémicos de Palpatine se torcieron en una burla.

—No os elogio, Xizor. Como todos mis sirvientes, ni me sorprendéis ni me decepcionáis. Espero necedad e incompetencia, y encuentro que soy ricamente recompensado en esas cosas.

Los azotes de la lengua del Emperador eran en su manera habitual. Xizor se había acostumbrado a ello, aunque las palabras aún le dolían a su espíritu orgulloso. *Algún día, anciano.* Sus pensamientos eran una promesa silenciosa y cuidadosamente guardada dentro de las cámaras de su cráneo pelado. *Tu preciosa Fuerza y todos tus sirvientes no podrán salvarte.*

Mientras tanto, empero, la muestra de servilismo debía mantenerse.

—Si os fallo, mi señor… —Xizor bajó la cabeza—. Entonces el pesar ciertamente es mío.

La holoimagen de Lord Vader habló.

—No seáis engañado por éste —bandas de estática visual parpadearon a través de la negra figura cuando un brazo reproducido holográficamente se alzó, su mano señalando hacia el Príncipe Xizor—. Su discurso es elegante, mi señor, como siempre; pero es tan hueco como sus promesas incumplidas.

—Atrevidas palabras, Lord Vader —Xizor se permitió un destello de ira—. Especialmente de alguien que aseguró a nuestro Emperador que la Alianza Rebelde sería aplastada hace tiempo. Los rebeldes parecen haber hecho una burla de las garantías que usted dio a su maestro.

Si Darth Vader hubiese estado presente físicamente en la sala del trono, esas palabras podrían haberle costado la vida a Xizor. Sabía lo peligroso que era el juego que estaba jugando; podía notar la reacción visible en la imagen de Vader, las túnicas negras hinchándose como las nubes de un frente tormentoso avanzando que oscurecen el sol, la mirada de las lentes oscuras debajo del casco destellando tan intensas como rayos.

—Advertiría al príncipe… —el trueno, ominoso y profundo, sonó en el habla de Vader. El raspado áspero de su respiración era igual de audible, transmitido desde el puente del *Ejecutor*. Sólo recientemente había tomado posesión de su nuevo buque insignia, que había reemplazado al previo *Devastador*. Si acaso, la amenaza de sus poderes parecía aumentada por el arsenal más grande que lo rodeaba—. Su desaconsejada precipitación podría ser excusable en alguien tan joven e inexperto como él. Pero mi paciencia con él se agota.

Xizor sintió una presión en la garganta, como una mano invisible apretándose contra su tráquea, cortando el flujo de sangre y aire a su cerebro. No sabía si lo estaba imaginando, si alguna debilidad aún no extirpada del núcleo de su ser había permitido un asomo de miedo irracional sin palabras en sus pensamientos, o si los poderes de Vader podían llegar tan lejos. Había tenido encuentros previos con la fuerza innegable del señor oscuro, la capacidad de alcanzar y aplastar la vida de aquellas criaturas que Vader consideraba inferiores a él. Molestarlo, fracasar llevando a cabo instrucciones o frustrar sus planes de cualquier manera, era cortejar una muerte desagradable por asfixia.

Puntos negros, las primeras señales de anoxemia, ya empezaban a formarse y juntarse en la visión de Xizor. El apretón invisible ahora parecía innegablemente real, como un puño bajo su garganta, empujando su cabeza hacia atrás, levantándolo sobre las borlas de sus pies. El paso del tiempo, medido por el propio pulso de Xizor, se redujo a una marcha lenta y después se detuvo.

El Emperador siempre había intervenido antes de ese punto, como si estuviese mandando a una bestia de guardia que se pusiese de pie. Quizá esta vez dejaría que el proceso alcanzase su fatal conclusión.

Un único pensamiento emergió a través de la oscuridad que brotaba dentro del cráneo de Xizor. *No fui convocado aquí para una audiencia con el Emperador… sino para una ejecución. La mía…*

La oscuridad fue rasgada por una oleada roja de ira, desde lo profundo de Xizor. Ira, y la necesidad de sobrevivir.

—Paciencia… —el Príncipe Xizor apenas consiguió exprimir la palabra más allá de la constricción que rodeaba su garganta. El esfuerzo lo mareó; la sala del trono alrededor se disolvió fuera de foco—. La paciencia es una virtud… cuyas recompensas… —Estaba cerca de perder el conocimiento, de perder totalmente la consciencia. Pero sabía que eso sería seguido por su muerte—. Son para el Imperio…

—Bien dicho, Xizor —un asomo de diversión sonó en la voz del Emperador Palpatine, apenas audible en algún lugar en la neblina teñida de negro—. Claro que encuentro a otros a mi servicio más pesados que vos. Sus pequeños entretenimientos me cansan, Vader; libérelo.

Como si el nudo de una cuerda de horca primitiva se hubiese roto, la presión sobre la garganta de Xizor (imaginada o real) de pronto se soltó. Apenas consiguió evitar caer de rodillas, ahora ido el puño invisible que suspendía su peso. Con un esfuerzo de pura voluntad, el Príncipe Xizor se sostuvo erguido, tomando una respiración que llenó sus pulmones y echó sus hombros hacia atrás.

También mantuvo su cara como una máscara, para disimular el odio furioso que sentía tanto por Vader como por el Emperador. Que jugasen con uno, ya fuese con juegos mentales o esa Fuerza mística de la que ejercían maestría, era bastante exasperante. Pero ser humillado por Vader, el instigador del experimento con armas biológicas que había matado a tantos cientos de miles de falleens en su planeta natal (una matanza que había

incluido a la propia familia de Xizor, sus padres y tíos y queridos hermanos), eso hacía que el aire filtrado de la sala del trono imperial quemase como ácido con cada inhalación.

—Como deseéis, mi señor —habló Vader otra vez, su holoimagen de pie con los brazos cruzados delante del pecho—. Aunque haría un servicio al Imperio si retirase permanentemente al Príncipe Xizor de esta corte.

—Podría ser así, Vader —el Emperador hizo un gesto desdeñoso con una mano lánguida—. Pero yo seré quien lo determine. Y decidiré cuándo sucede. Hasta entonces, deseo que haya un cese de estas riñas entre mis sirvientes. Pelean entre ustedes mientras la Rebelión se encona y crece —la expresión en la cara arrugada se oscureció—. ¿Debo ocuparme de todos esos asuntos yo mismo?

—Sólo si me prohibís luchar en vuestro favor, mi señor —Xizor extendió las manos con las palmas hacia arriba—. Cada átomo de mi ser está a vuestras órdenes.

—Qué agradable sería, Xizor, creer eso. Pero no soy tan tonto —el Emperador hizo un gesto rápido, interrumpiendo a la holoimagen de Darth Vader antes de que pudiese expresar su aprobación—. Para alguien de vuestra naturaleza taimada (y elevadas ambiciones), ser totalmente leal sería un milagro más allá del alcance de la misma Fuerza. Hasta sin la Fuerza, podría ver bastante bien en vuestro corazón. No estáis tan desprovisto de egoísmo, Xizor, como me haríais creer. Si deseáis ver al Imperio conseguir su gloria predestinada, para que su dominio a través de la galaxia sea total, entonces tal deseo es debido a vuestra propia codicia de gloria y poder. Atáis vuestras ambiciones al Imperio, porque sabéis que es el mejor camino para alcanzarlas.

Xizor devolvió la mirada directamente a los ojos del Emperador.

—No lo negaré, mi señor. ¿Pero no debería un sirviente fiel ser recompensado por todo lo que hace en nombre de su amo?

El Emperador había girado su trono mientras Xizor hablaba. Por un momento más, Palpatine contempló las ventanas de arcos altos que miraban pasada la Ciudad Imperial y más allá, a los cielos llenos de estrellas. Después se volvió otra vez hacia Xizor y la holoimagen de Vader.

—Oh, seréis bien recompensado; no tengáis miedo de eso. —Sus manos descansaban como cosas muertas sobre los brazos del trono—. Cuando la Rebelión sea aplastada y todo lo que resiste mi voluntad sea aniquilado, aquellos que me hayan servido tendrán la recompensa más grande de todas: la oportunidad de continuar sirviéndome a mí y al Imperio. Hasta que estéis quebrado por la edad y los rigores de ese servicio, y no tenga más uso para vos. Tal es la naturaleza de mi lealtad para aquellos que se la han ganado.

Una vez más, Xizor bajó la cabeza.

—No deseo nada más que eso, mi señor.

—Si lo hacéis o no, importa poco. Nada importa, salvo *mi* voluntad.

Por el rabillo del ojo, con la cabeza aún bajada, Xizor miró por encima la holoimagen de Darth Vader. Hasta en ese aparte, con su enemigo ni siquiera presente físicamente en la sala del trono, aún podía sentir el desdén y la sospecha del señor oscuro. *Lo sabe*, pensó Xizor, *pero no puede demostrarlo. Todavía.* Y quizá no importase, incluso si

Vader podía demostrarlo. Todas las acusaciones de traición de Vader no contaban para nada contra las propias estrategias complejas del Emperador, que daban la apariencia de confianza en el príncipe falleen. Las palabras concretas *Sol Negro* habían sido dichas por Vader en otras ocasiones (los espías de Xizor en la corte así le habían informado), y el Emperador las había rechazado con un ademán de su mano huesuda, como si las palabras no fuesen más que fragmentos de rumores y mentiras.

¿Pero sabe Palpatine, se preguntó Xizor, *que lo sé?* Si el Emperador creía que Xizor era embaucado por su farsa, entonces el Emperador era el necio más grande. Era sólo cuestión de quién era pillado primero. La organización criminal Sol Negro, controlada por el Príncipe Xizor, tenía su propia agenda, sus propios planes para la expansión y el dominio por toda la galaxia, como si fuese una sombra envolvente del Imperio; donde se extendiese el alcance de Palpatine, así lo haría el de Sol Negro. Y el Emperador era visiblemente viejo; esa alardeada Fuerza, cualquiera que fuese su naturaleza, no podía mantenerlo vivo para siempre. Incluso antes, Sol Negro podría emerger de la oscuridad, un poder por derecho propio, y reclamar el imperio más grande para sí, un tesoro arrancado de la mano marchita de Palpatine.

Si hay algo que he aprendido del viejo, pensó el Príncipe Xizor, *es que la ambición es tan infinita como el mismo universo.*

Era una lección muy del propio gusto de Xizor. Podía soportar muchas humillaciones mezquinas a manos de Palpatine y Vader, a fin de ver el día en que pondría esa educación en uso.

La paciencia, el control de la ira y de la sed de venganza, era una de las habilidades marciales más grandes. Y la más difícil de dominar: no tenía más que mirar la holoimagen de Lord Vader de pie en la sala del trono del Emperador para que sus propias manos se apretasen en puños.

Algún día, volvió a decirse a sí mismo Xizor. *Hasta entonces, observar y esperar.*

—Como deseéis, mi señor —Xizor levantó la mirada para encontrar la del Emperador.

—Quizá —habló la holoimagen de Darth Vader— el Emperador debería cuidar de determinar la calidad del servicio del Príncipe Xizor. No fue hace tanto tiempo que Xizor nos habló de sus grandes planes para destruir el Gremio de Cazarrecompensas, y de todos los beneficios que así fluirían hacia el Imperio —la imagen de Vader miró desdeñosamente hacia el príncipe falleen—. Ciertamente, esos planes ya habrían mostrado algunos resultados. ¿O eran tan insustanciales como la lealtad del príncipe?

—Excelente, Vader —asintió el Emperador con aprobación—. Usted se anticipa a mis deseos; tal es la verdadera seña de un sirviente valioso —la mirada de Palpatine se afiló cuando observó a Xizor—. ¿Y bien? Pues vuestro discurso, Xizor, fue muy… entretenido. En virtud de sus grandes presunciones, os concedí mi permiso para llevar a cabo vuestra intriga. Me decepcionaría escuchar que no ha habido ningún progreso en ese asunto de desvertebrar la organización de los cazarrecompensas. Y aun así… —los ojos del Emperador se estrecharon en rendijas, como pequeñas heridas de cuchillo en la carne

arrugada—. Ya he recibido informes contradictorios referentes a lo que ha venido de todos vuestros planes —se volvió hacia la otra figura en la sala del trono—. ¿No es así, Lord Vader?

—Ése es exactamente el caso, mi señor —una nota de triunfo sonó en la voz áspera de Vader—. Previamente aconsejé en contra de invertir nada de vuestro tiempo en esas vanas ocupaciones sin sentido. La Rebelión debe ser nuestra primera prioridad; crece en fuerza mientras el Príncipe Xizor malgasta nuestros recursos en una persecución que, incluso si fuese exitosa, no nos daría nada.

—Controle su ira, Vader. Se acerca peligrosamente a cuestionar mi sabiduría cuando continúa atacando los méritos de la maquinación de Xizor. La vi suficientemente intrigante, cuando nos la presentó por primera vez, para encontrar sus protestas más fundadas en el despecho y los celos que en el verdadero análisis estratégico.

Vader no respondió, pero Xizor pudo detectar en la holoimagen una rigidez en el espinazo dentro de las túnicas negras, un indicador de que las palabras del Emperador habían dado en el blanco.

—Quizá —dijo Xizor apaciblemente— la diferencia entre Lord Vader y yo es que no tengo ninguna duda de la inminente victoria del Imperio sobre la Alianza Rebelde. Por eso encuentro que vale la pena volver nuestra atención al gobierno del Imperio después de que su dominio haya sido establecido como un hecho irrefutable.

Podía decir que sus palabras complacieron al Emperador; una fina sonrisa alzó un rincón de la boca de Palpatine.

—¿Ve, Vader? —el Emperador hizo un ademán con una mano hacia el Príncipe Xizor—. Por eso mi maestría con la Fuerza es más grande que la suya. No puede haber verdadero poder sin certeza. No basta con *intentar* suprimir la Rebelión, debemos *hacerlo*.

La holoimagen de Vader se mantuvo firme contra el azote verbal del Emperador.

—Habláis de la diferencia, mi señor, entre el Príncipe Xizor y yo. Pero hay otra diferencia que debe considerarse. Y es la diferencia entre una fe pueril y la preparación sabia. Hasta los almirantes de la Armada Imperial, con su confianza en artefactos tecnológicos como la Estrella de la Muerte, aún saben que deben luchar y destruir a los rebeldes antes de que la victoria del Imperio sea consumada.

Ése, pensó Xizor con una mezcla de incredulidad y satisfacción, *no ha sido un buen movimiento*. Siempre había estado claro para él que Darth Vader consideraba estar por encima de las sutilezas del lenguaje diplomático. Por toda su lealtad al Emperador, todavía era capaz de enfadar a su maestro. Y ciertamente así había hecho ahora Vader: la cara del Emperador se oscureció con furia.

—Hasta un niño —dijo Palpatine con una ominosa voz baja— debería saber lo imprudente que es contradecir a alguien como yo. Se considera más sabio que eso, Vader, ¿no lo hace? Pero persiste en otorgarme su consejo no deseado, incluso después de que le haya advertido de las consecuencias.

—Así hago, mi señor, no para contradecir, sino para…

—¡Silencio! —la sola voz de mando chasqueó a través del aire de la sala del trono como la punta cortante de un latigazo—. Sé mejor que usted mismo cuáles son sus intenciones —las manos del Emperador se apretaron sobre los brazos de su trono—. Sus pensamientos son un libro abierto para mí, con las palabras escritas lo bastante grandes para que las perciba un idiota. Ha dejado que su odio por el Príncipe Xizor lo lleve a territorio peligroso, donde la vida de un sirviente indomable como usted es mía para que la aplaste en mi puño —el Emperador levantó una mano, sus dedos parecidos a garras comprimidos en una rígida bola de nudillos blancos—. Su utilidad para mí, Vader, no es tanta que pueda tolerar su insubordinación.

Mientras Xizor observaba, su propio corazón se llenó del gusto de regodearse que acompaña la humillación de un enemigo. La holoimagen de Darth Vader permanecía como una roca negra en la orilla de un mar azotado por la tormenta, soportando silenciosamente las olas que se estrellaban contra ella. Pero cuando las palabras coléricas del Emperador cesaron, la imagen de Vader se agachó sobre una rodilla, su cabeza con casco negro inclinada en sumisión.

—Como deseéis, mi señor —toda emoción estaba drenada de la voz retransmitida de la imagen—. Haced con vuestro sirviente lo que queráis.

—Todo a su tiempo —la voz de Palpatine realmente sonaba hosca, como si apenas estuviese satisfecho con la conformidad de Vader—. Hasta entonces, todavía tiene alguna medida de valor para mí.

He ganado, pensó Xizor. *Este asalto, al menos.* Ni siquiera había tenido que hacer mucho para que sucediese así, solamente dejar que el arrogante Lord Vader cavase su propia tumba. El Señor Oscuro de los Sith estaba tan acostumbrado a que otras criaturas sensibles, a todas las cuales consideraba inferiores a él, dejasen paso ante sus indudables poderes, que la menor resistencia lo desequilibraba. Eso era lo que lo había llevado a decir tales cosas precipitadas y desconsideradas al Emperador. *Su único modo es atacar*, había juzgado correctamente Xizor. Que un combatiente no tuviese ninguna capacidad para la retirada estratégica, para esperar su momento, era un riesgo más que una fortaleza. Mientras el Emperador fuese tanto más fuerte que él, Vader podría ser fácilmente manipulado para sufrir esa ira mordaz. *Lo que la desvía de mí*, pensó Xizor con placer. Una caída en desgracia, por muy temporal que pudiese ser para Vader, era una elevación comparativa para sus oponentes.

Lo único que Xizor tenía que recordar, que nunca podría permitirse olvidar, era que una ventaja tan momentánea llegaba a un precio considerable. Cualquier enemistad que Darth Vader le hubiese tenido antes estaba ahora magnificada muchas veces. Que Xizor hubiese presenciado la humillación de Vader, ese espíritu orgulloso aplastado bajo la suela de la bota del Emperador, era tener su propia garantía de muerte sellada, si Vader podía efectuarla. Y Xizor sabía ahora, aún más que antes, que Vader desviaría a esa tarea tanto de sus poderes como fuese posible. Lo único que podía distraer a Vader de su compromiso con la destrucción de Xizor era la amenaza creciente de la Alianza Rebelde al Imperio. Si la Rebelión fuese aplastada (y Xizor sentía que las posibilidades de que así

fuese eran muchas), después, en las secuelas que siguiesen, Xizor tendría en efecto un formidable enemigo enfrentándose a él.

La perspectiva no lo alarmaba.

Estaré preparado, pensó Xizor mirando por encima a la figura medio arrodillada de Vader. La idea de ese encuentro final (tanto tiempo aplazado, tanto tiempo esperado) hacía que la sangre latiese en sus venas.

La voz del Emperador Palpatine interrumpió los pensamientos de Xizor.

—Basta de estos dimes y diretes —el Emperador apuntó un dedo huesudo hacia Xizor—. No os engañéis con que vuestros pensamientos están ocultos para mí. Os aduláis si creéis que me embaucan todas vuestras maniobras, Xizor; o si creéis que no encuentro ningún mérito en absoluto en las críticas de Lord Vader a vuestras intrigas y acciones. Prometisteis mucho de vuestro plan para desarticular el viejo Gremio de Cazarrecompensas: un suministro aparentemente interminable del tipo de sirvientes que el Imperio requiere, mercenarios fuertes y ágiles, para ocupar el lugar de las torpes ineficiencias con las que estoy afligido —Palpatine se inclinó hacia delante en su trono, fijando su fría mirada incisiva en la figura de pie ante él—. He hecho que me lleguen varios informes del progreso de vuestra intriga contra el Gremio. Pero el resultado de esa intriga parece bastante… nublado. ¿Qué decís, Príncipe Xizor?

Una inclinación de su cabeza; después volvió a mirar esos ojos aparentemente muertos.

—La explicación es bastante sencilla, mi señor —Xizor separó las manos—. La campaña contra el Gremio de Cazarrecompensas todavía no está completa. Aún hay mucho que hacer…

—Como siempre lo habrá —habló la holoimagen de Vader—. Esos planes están condenados al fracaso vergonzoso.

El Emperador disparó a Vader una severa mirada de advertencia; después volvió a mirar hacia Xizor.

—No recuerdo —dijo Palpatine— que dijerais nada de que la intriga se desarrollase en etapas. Cuando me la propusisteis, hicisteis que sonase como si fuese una cuestión relativamente sencilla. Simplemente insertar al destacado cazarrecompensas Boba Fett en el Gremio de Cazarrecompensas, y entonces se disolvería por su propia cuenta.

—Vuestra memoria es precisa, mi señor —Xizor dio un asentimiento de reconocimiento—. Y ahora confieso mi error: no preví el estado actual de los asuntos con el Gremio de Cazarrecompensas.

—¿Cuál es?

Ya lo sabes, anciano. Xizor estaba seguro de ello, y de que el Emperador se divertía a su costa.

—El Gremio de Cazarrecompensas aún no ha desaparecido completamente. Se ha quebrado en dos facciones rivales, el Gremio Verdadero y la Comisión de Reforma del Gremio. La última está efectivamente bajo control del cazarrecompensas Bossk, el hijo del líder del Gremio original, Cradossk.

—Ya veo. —Las manos del Emperador descansaban inmóviles sobre los brazos del trono—. Me han llegado informes de que, de hecho, el viejo Cradossk fue asesinado por ese Bossk.

—En efecto, ése es el caso, mi señor.

El Emperador exhibió una sonrisa desagradable.

—Suena como si el cazarrecompensas Bossk fuese exactamente la clase de criatura que pensasteis que sería del mayor servicio para el Imperio. Despiadado y ambicioso, ¿no lo es?

—Ésos son rasgos hereditarios, mi señor —los hombros resplandecientes de las túnicas de Xizor se elevaron en un encogimiento—. Pero también se requiere astucia para ser un instrumento perfecto de vuestra voluntad.

—Astucia como la vuestra, supongo.

Xizor devolvió la sonrisa.

—No puedo negar una verdad tan evidente.

—Al igual que —dijo el Emperador— no podéis negar que el viejo Gremio de Cazarrecompensas no se ha disuelto en una miríada de agentes independientes, de los que podríamos seleccionar y elegir como mejor sirviese a nuestros propósitos. Os mostráis capaz de admitir vuestros errores; ¿por qué no confesar también que vuestra intriga ha sido un fracaso? No veo ninguna gran ventaja en que haya dos gremios donde antes sólo había uno. Si algo, simplemente complica nuestras dificultades en tratar con esas criaturas.

—No hay ningún fracaso, mi señor —Xizor dejó que su respuesta se volviese acalorada—. Surgen dificultades imprevistas; debe tratarse con ellas. —Estuvo cerca de decir que el mismo Emperador no había previsto la Rebelión, pero se refrenó a tiempo. ¿Por qué arriesgarse a enfadar a alguien que poseía el poder de la vida y la muerte?—. Como pretendo tratar con éstas.

—Así que debemos escuchar otra gran intriga —habló con desprecio la holoimagen de Darth Vader—. Intrigas encima de excusas, cubriendo fracasos. Con vos esas cosas no tienen fin.

—Mida sus propios fracasos, Lord Vader. —No había nada que perder disparando una réplica al señor oscuro. Era imposible que la malicia de Vader llegase a ser mayor—. Yo al menos tengo los medios para transformar un fracaso temporal en una victoria duradera. ¿Usted?

La holoimagen de Vader permaneció de pie con los brazos cruzados delante del pecho. Consciente de la corta correa (ahora aún más corta) que el Emperador mantenía sobre él, Vader no dio ninguna respuesta a la pulla.

—¿Y cuáles son esos medios, Xizor?

Él volvió a mirar hacia el Emperador.

—Son bastante sencillos, mi señor. El Gremio de Cazarrecompensas no es lo que era; con un golpe, lo hemos partido en dos segmentos opuestos, facciones llenas de odio asesino la una por la otra. Cualquier pretensión de hermandad que los cazarrecompensas

hubiesen mantenido alguna vez, ese engaño al menos ha sido arrancado. Ahora debemos completar el proceso de fragmentación. Cada cazarrecompensas individual debe ser vuelto en contra de todos los demás en la facción en la que residan actualmente. No deben tener ningún interés en común, sino sólo enemistad unos con otros.

—Ése puede ser el objetivo —dijo el Emperador—, pero no es el método. No habéis respondido mi pregunta, y me impaciento. Decidme ahora cómo proponéis romper esas dos facciones en sus átomos constituyentes.

Sin arredrarse, Xizor devolvió la dura mirada fría del Emperador.

—Por el mismo elemento que motiva a esas criaturas, que les hace decidir convertirse en cazarrecompensas en primer lugar. Una poderosa fuerza por derecho propio que abarca la galaxia —Xizor vaciló un momento, con un efecto dramático intencionado—. La codicia —dijo—. Eso lo hará.

La sonrisa del Emperador se hizo aún menos agradable que antes.

—Hay una sabiduría, incluso una cierta justicia, en volver la propia naturaleza de una criatura contra ella. Mucho de mi propio dominio depende exactamente de esa táctica —Palpatine asintió lentamente—. Dejadme oír los detalles precisos que habéis visualizado, Xizor.

Entonces fue cuando supo que había ganado otro asalto en ese juego. Antes incluso de que Xizor hubiese terminado de relatar el plan al Emperador, estuvo seguro de que sería aprobado. Sería autorizado a llevar a cabo el siguiente paso en sus planes.

Y mientras el Emperador pensase que esos planes eran íntegramente para su beneficio, y para beneficio del Imperio… mucho mejor. *Pronto,* pensó Xizor, *descubrirá la verdad.* Pero para entonces sería demasiado tarde.

—¿Y usted qué dice, Lord Vader? —el Emperador volvió la mirada hacia la holoimagen al otro lado de la sala del trono—. Espero que su silencio no indique un entusiasmo desenfrenado por el plan sugerido por el Príncipe Xizor.

—Conocéis mis pensamientos, mi señor —la imagen de Vader permaneció rígida e inflexible—. No veo ningún sentido en repetir mis palabras. Pero si deseáis oírlas, así sea. Esta intriga del Príncipe Xizor, al igual que su fracaso previo, es un desperdicio de tiempo y energía. Vuestra atención estaría mejor puesta en otra parte, en los verdaderos asuntos del Imperio.

—Justo como esperaba —dijo cansado Palpatine—. Confirma mi estimación de los celos que tiene de cualquier otro sirviente mío —el Emperador levantó la mano en un gesto dirigido hacia Xizor—. Proceded con vuestros planes contra los restos del Gremio de Cazarrecompensas. Pero tenedlo en mente, Xizor: el fracaso ya no es una opción para vos. Sólo está el éxito… o la muerte.

Xizor inclinó la cabeza.

—Así es como lo prefiero, mi señor.

Los dobladillos de sus pesadas túnicas se arremolinaron contra sus botas cuando se alejó de la demacrada figura anciana en el trono. Caminó a zancadas hacia las altas puertas que conducían fuera de la sala en la que se sentaba el gobernante de la galaxia.

Todo el camino, e incluso hasta los pasillos abovedados más allá, fue consciente de la mirada de Vader en su espalda, como la punta afilada de una vibrocuchilla esperando la oportunidad de una estocada fatal.

9

AHORA

—Haces que suene como si hubieses estado allí —en el espacio reducido a bordo del *Diente de Perro,* Neelah cruzó los brazos delante del pecho. Miró escépticamente a la otra figura con ella—. ¿Cómo sabrías tanto de lo que ocurrió en la sala del trono del Emperador Palpatine?

—Hay maneras —dijo Dengar. Estaba sentado sobre la reja de metal del suelo, la espalda contra el mamparo—. ¿Cómo sabes que yo *no estaba* allí con el Emperador, y Darth Vader y el Príncipe Xizor?

—No te habrían dejado entrar —Neelah se apoyó contra la viga estructural detrás de ella—. Al menos eso lo sé. —Había habido muchas otras cosas que no sabía, que Dengar había tenido que explicarle; la historia que le había estado relatando, sobre toda la mala sangre en el pasado entre el cazarrecompensas trandoshano Bossk y Boba Fett, no habría tenido sentido de otro modo. Quién era el Emperador Palpatine, y hasta Darth Vader, la entidad conocida como el Señor Oscuro de los Sith; esas cosas de las que tenía una idea aproximada antes de que Dengar empezase con la historia. Neelah había mantenido los oídos abiertos mientras era una de las bailarinas en el palacio de Jabba el Hutt; en un lugar como aquél, con su implacable atmósfera de tedio y malicia, las habladurías sobre la política y las personalidades dominantes de la galaxia eran igualmente interminables. La mayoría de las criaturas sensibles en el palacio, desde las manos de fregadero más humildes hasta los mercenarios de nivel superior, estaban constantemente al acecho de alguna forma de trepar las cadenas de créditos y poder que parecían enlazar juntas las estrellas como una red invisible. La lealtad a cualquier patrón era estrictamente un producto mercantil, para comprarse y venderse como todos los demás servicios temporales.

Así que el tema A de conversación, en todos los cuarteles y pasillos y hoyos, siempre era sobre quién estaba arriba y quién estaba abajo, quién había conseguido agenciarse un camino más cerca del centro de la corte imperial, quién se había pasado a la Alianza Rebelde, quién estaba en venta al mejor postor; y quién estaba muerto, todas las intrigas y manipulaciones habiendo alcanzado el final con un rayo de desintegrador en la cabeza. La deslealtad podía ser más lucrativa en este universo, pero también tenía su precio.

—Muy bien —dijo Dengar—. No estaba allí. Pero otras criaturas estaban; la corte imperial está llena de espías y fisgones. Igual que el palacio de Jabba. —Neelah le había contado sobre cuánto había aprendido en aquella fortaleza sin vistas en Tatooine—. Si no escuchas, no sobrevives: así es como esos lugares están montados. No es tanto una cuestión de espías (aunque siempre hay muchos de éstos, algunos de ellos hablando con los rebeldes, algunos informando a Sol Negro), como simplemente la naturaleza de las criaturas sensibles. Y también sé cómo mantener mi oído abierto, ya sabes —Dengar señaló con el pulgar hacia la cubierta de cabina encima de ellos—. Puede que yo no sea el cazarrecompensas que es Boba Fett, pero al menos tengo algunas de las habilidades

necesarias. No puedes llegar a ninguna parte en este negocio sin poder trabajar tus fuentes de información. Tengo algunas líneas en la corte imperial *y* Sol Negro; algunas de ellas oficiales, las cosas que *quieren* que sepas, y algunas de ellas por la puerta de atrás.

Neelah alzó una ceja.

—¿Y confías en ellas?

—No más de lo que debo —Dengar hizo un encogimiento de hombros—. Pagué por alguna información (eh, es un gasto profesional), y eso normalmente tiene al menos un pequeño factor de fiabilidad. Si te matan porque confiaste en algo que te contaron, no vas a volver para comprarles más. Y algunas cosas puedes confirmarlas por más de una fuente, hasta cuando tiene algo que ver con alguien muerto, como el Príncipe Xizor. El problema con manejar una organización criminal es que siempre tienes a muchas criaturas menos que honorables trabajando para ti, y conociéndolo todo sobre tus negocios. Así que cuando te has ido, siempre hablarán por un crédito o dos —una media sonrisa se mostró en la cara de Dengar—. ¿Por qué crees que las criaturas como yo pasamos tanto tiempo en tugurios como esa cantina en Mos Eisley? No es la comida, y *seguro* que no es la torpe música que tienen ahí. No, lo que las criaturas van a escuchar a un sitio como ése es información pura y simple. Mantén los oídos abiertos y puedes descubrir todo tipo de cosas.

—Si tú lo dices. —Neelah estaba menos que impresionada. Por lo que podía ver, Dengar era completamente confiado. *Probablemente sea bueno,* pensó, *que vaya a dejar la profesión.* Con todo, tenía la extraña convicción de que la historia (o al menos tanto como le había contado hasta entonces) era auténtica. Le llegó una inquietante idea repentina: *Quizá ya sabía algunas de esas cosas.* De antes, de esa vida que le habían robado, que había sido suya antes de que su memoria fuese borrada y a ella la esclavizasen en el palacio de Jabba el Hutt. Si eso era cierto, significaba que fue algo bastante diferente de una simple bailarina y potencial forraje para rancor.

Pero eso también lo sabía: en lo profundo de su espíritu, en algún lugar donde una insaciable chispa de fuego había seguido ardiendo en la oscuridad circundante, estaba absolutamente segura de que su verdadera identidad era algo más alto y más grande que las mentiras en las que había estado atrapada. Antes incluso de que discerniese que Boba Fett la había estado cuidando en el palacio, asegurándose de que no le sucediese nada demasiado horrible, o al menos fatal. Un extraño destino retorcido la había llevado a aquel lugar; y otro destino se extendía más allá, si podía encontrarlo y agarrarlo fuerte. Todo lo que le habían quitado, la misma personalidad que había sido eliminada, como un nombre escrito en un trozo de plastifino e incendiado, reducido a cenizas desmenuzadas; lo encontraría o moriría en el intento. En ciertos aspectos, no importaba cuál; eso era lo que la dejaba sin miedo a la figura con casco arriba en la cabina del *Diente de Perro*. Lo peor que Boba Fett podía hacer era matarla; la otra muerte, en la que su identidad había sido destruida, ya le había sucedido hacía mucho tiempo.

—Puedes creerlo o no —dijo Dengar—. No me importa. Pero podrías recibir la misma historia de muchas otras criaturas en esta galaxia; ahora que se han acabado todas

esas cosas, toda la guerra entre los cazarrecompensas, la mayor parte de ello no es exactamente un secreto —con una inclinación de cabeza hacia arriba, Dengar volvió a señalar la cabina encima de ellos—. Boba Fett se aseguró de eso.

—Ayudó a difundir esas historias, ¿eso es lo que quieres decir? ¿Por qué haría eso?

—Cualquier cosa que sume a su reputación, él calcula que es una buena idea. Ganó mucho de toda esa guerra de los cazarrecompensas, y contra algunos oponentes bastante feroces. Ey —Dengar se puso una mano en el pecho—, *estoy* bastante impresionado. Es el tipo de cosas que hace que cuando muchas otras criaturas, cazarrecompensas o no, se encuentran con Boba Fett, simplemente se den la vuelta y finjan estar muertos desde el principio. No tiene sentido acabar realmente muerto. Así que le ahorra mucho tiempo y esfuerzo ser precedido por esa clase de historia bien conocida.

Neelah supuso que tenía sentido. Aunque también planteaba otras preguntas. Si Boba Fett veía alguna ventaja en cuidar su reputación, usando los mitos y leyendas sobre él como un arma contra otras criaturas, ¿entonces dónde se detenía el proceso? Una mentira o exageración conveniente serviría a sus propósitos igual de bien que la verdad. Y una vez se admitía esa posibilidad, entonces nada sobre él podía ser fiable. Nada que no pudiese respaldar con sus propias acciones. *Ahí está el problema,* admitió Neelah. *Supón mal y te costará la vida.*

—¿Qué pasó entonces? —Neelah volvió a sentarse en la base de la viga estructural de la nave, al otro lado del espacio enfrente de Dengar—. Venga, la historia no termina ahí. —Todo el tiempo que el *Diente de Perro* había estado viajando por el espacio hacia su destino no revelado, lo había estado escuchando. Había perdido la noción del tiempo, de cuántas horas estándar habían transcurrido—. ¿Qué pasó a continuación con Boba Fett y todos los demás cazarrecompensas?

—No sé si debería molestarme en contártelo. —Dengar había buscado en el área de almacenamiento del *Diente* y había encontrado un saco de carga vacío. Lo había convertido en una almohada improvisada—. No si vas a ser escéptica con todo. ¿Para qué serviría?

Ahórramelo, pensó Neelah. Hizo rodar los ojos hacia arriba con exasperación. Algún día, si él vivía tanto, esa criatura supuestamente sensible estaría en manos de otra mujer, su prometida Manaroo. Neelah no la envidiaba.

—Muy bien. —Apenas logró controlar su enfado—. Tienes mis disculpas. —A Neelah le habría gustado darle más que eso, y lo suficientemente fuerte para hacer daño—. No dudo una sola cosa que me cuentas. —*De momento*, se prometió a sí misma. Pero antes de que el *Diente de Perro* llegase a donde Boba Fett los estuviese llevando, necesitaba tener más información firme. No estaba segura de si descubriría lo que necesitaba de esa complicada historia de la guerra entre los cazarrecompensas, pero en ese momento era su única pista—. De modo que, ¿por qué no sigues y me cuentas el resto de lo que sucedió?

—Quizá más tarde —Dengar se echó sobre el suelo, plegando el saco enrollado detrás de su cabeza—. Estoy agotado —sus ojos se cerraron—. Además, no tengo ganas de

desgastar mi garganta contando viejas historias a mocosas poco apreciativas. Especialmente a las sarcásticas.

El ansia de violencia casi la abrumó. Sus ojos se estrecharon mientras miraba a Dengar, ya dormido o fingiendo estarlo. Una patada rápida en la cabeza lo despertaría o lo dejaría fuera de combate para siempre. *Es tentador*, pensó Neelah.

Con el último vestigio de autocontrol, se decidió por otro curso de acción. Con una mirada fulminante final a la figura acostada de Dengar, Neelah se volvió y empezó a subir la escalera a la cabina de la nave.

• • •

Oyó a alguien subiendo desde la bodega principal de la nave. Para Boba Fett no había necesidad de apartarse de los controles de navegación del *Diente de Perro*; el simple sonido de los pasos sobre los peldaños de la escalera, más ligeros de lo que habrían sido del otro cazarrecompensas Dengar, indicaba cuál de los pasajeros de la nave era.

—Entonces, ¿dónde estamos? —Justo como había imaginado: la voz de la mujer Neelah habló desde detrás de él—. ¿Todavía en medio de la nada? ¿O nos estamos acercando a ese destino misterioso hacia el que se supone que nos dirigimos?

Había un nivel obvio de irritación en su voz. Boba Fett giró su mirada con visor de la luna de la cabina y la miró por encima del hombro.

—Es buena cosa —dijo con suavidad deliberada— que no planees meterte pronto en la profesión de cazarrecompensas. Para nosotros, la paciencia no es sólo una virtud: es una necesidad. Si precipitas tu disparo, puedes acabar en una galaxia de problemas.

—Intentaré recordarlo —Neelah estaba de pie en la escotilla de la cabina; una ira hirviente, apenas controlada, se mostraba en sus ojos oscuros—. Lo guardaré con todos los otros consejos gratis que todo el mundo me está dando. Ya que parece ser *todo* lo que consigo por aquí —su expresión se ensombreció—. O en cualquier otro lado, por cierto.

El mal humor de la mujer recordó a Boba Fett que había ventajas claras en transportar mercancía difícil, la clase de criaturas sensibles por las que se habían puesto recompensas. *A ésos*, pensó Fett, *siempre puedes lanzarlos a una jaula de retención.* Nunca había una pregunta de quién estaba al mando, no sólo en las cosas grandes sino hasta en los detalles más pequeños. La situación era un poco más confusa con Neelah; en cierto punto, era probable que fuese a necesitar su cooperación. Hasta cuando era una bailarina en el palacio de Jabba el Hutt, aún retenía algunos de los rasgos altivos de personalidad que habían sido parte de su antigua posición social alta. Éstos corrían tan profundamente que ni siquiera el borrado de memoria más minucioso podía extirparlos. Así que ahora, si ella iba a desarrollar un resentimiento contra él, devolverla a su bando podría costar un trabajo considerable. *Eso descarta la jaula*, decidió Fett.

También había otras consideraciones que tenía que tener en cuenta. Neelah ya empezaba a juntar los exasperantes fragmentos de memoria que le habían quedado. Dengar le había contado todo de lo que ella había hablado en el escondite de la caverna en Tatooine; cosas de las que el mismo Dengar no conocía el significado, pero Fett sí.

Nil Posondum, pensó Boba Fett. Ella había recordado ese nombre. Fett no estaba sorprendido. Aquel ex-contable, que después se había convertido en mercancía difícil en la jaula de retención del *Esclavo I*, era la clave de todo lo que le había sucedido a Neelah. Si iba a conectar ese fragmento de memoria con el enigmático mensaje que Posondum había rascado en el suelo de metal de la jaula de retención, muchos misterios se resolverían para ella.

Boba Fett no estaba preparado para que eso sucediese; aún no, al menos. El mensaje arañado ya no existía, excepto como una imagen que había estado en los bancos de datos a bordo del *Esclavo I*, que ahora había sido transferida allí al *Diente de Perro.* La imagen y la información en el mensaje rayado todavía estaban bloqueadas de forma segura. Y así es como iban a permanecer.

Pero, mientras tanto, tenía a una mujer seriamente irritada delante de él.

—Es una pena —dijo Boba Fett— que te hayas hartado de buenos consejos. Porque estaba a punto de darte alguno más.

—¿Sí? —apoyándose contra un lado de la escotilla, Neelah alzó una ceja escéptica—. ¿Cuál es?

—Es simple. Tómatelo con calma. Todavía tenemos un largo camino por recorrer, y pueden suceder muchas cosas en el otro extremo. Así que deberías relajarte mientras puedas.

—Oh —Neelah dio un lento asentimiento, como pensándolo—. ¿De veras? ¿Eso es lo que haces? ¿«Relajarte»? —el siguiente sonido que hizo fue una desdeñosa risa corta—. La única vez que te vi relajarte fue cuando estabas inconsciente, justo después de ser vomitado por esa bestia sarlacc. Si eso es lo que quieres decir con relajarse, no parece tan buena idea.

Si él hubiese sido capaz de divertirse, el comentario de la mujer podría haber hecho el trabajo.

—Eso no era relajarse —dijo Boba Fett—. Eso era morirse. —Y habría concluido con su muerte, yaciendo allí medio digerido sobre las arenas calientes del Mar de las Dunas de Tatooine, si no hubiese sido por ella y por Dengar. Deber cualquier cosa, no digamos la vida, a otra criatura, era una experiencia nueva para él. Cómo pagar deudas como ésa era un problema en el que todavía estaba pensando. Sin esa consideración, indudablemente habría sido más duro con los otros pasajeros a bordo del *Diente de Perro*.

—Quizá —reflexionó Neelah— simplemente no sé qué considera «relajarse» una criatura como tú. Supongo que matar a otras criaturas es algo que te gusta.

—No tanto como que me paguen por ello.

Neelah calló por unos momentos. Apartándose de ella de vuelta hacia el panel de control de la cabina, Boba Fett hizo algunos cálculos de navegación más. Como había previsto, la antigua nave de Bossk ni era tan avanzada tecnológicamente ni estaba tan bien mantenida como su propia nave, el *Esclavo I*. Le había llevado un tiempo acostumbrarse a ese descuido, y todavía lo irritaba. No encontraba de extrañar que Bossk

nunca hubiese podido alcanzar la cima de la profesión de cazarrecompensas; el trandoshano había intentado sustituir la planificación cuidadosa y la inversión en equipo por la pura crueldad y violencia. *Nunca funciona*, se dijo Boba Fett. La crueldad y violencia eran necesarias, muy bien; sólo que no eran suficiente.

La voz de la mujer irrumpió en sus pensamientos.

—Quizá sería capaz de relajarme si pudiese abrirte la cabeza.

Boba Fett no se volvió a mirarla.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Ya me has oído. Desearía poder romper ese casco tuyo como si fuese un huevo —la voz de Neelah se hizo vehemente—. Lamento no haber aprovechado mi oportunidad cuando yacías allí en tu lecho de muerte. Entonces podía haber abierto también tu cráneo, y podría haberme enterado de lo que necesito saber. Sobre mí.

—Eso puede no ser lo que quieres en absoluto. Especialmente cuando sí lo halles —Fett levantó los hombros en un encogimiento mínimo—. Podría no ser de tu gusto.

—Ese riesgo —dijo Neelah— prefiero correrlo. A no averiguarlo.

—No te preocupes por eso. Pronto lo descubrirás.

La voz de Neelah se tornó ominosamente tranquila.

—Preferiría no esperar.

Consiguió pillarlo por sorpresa. Boba Fett se había estirado a través de los controles para acceder al monitor del ordenador de navegación posicionado incómodamente alto en el panel de la cabina. Sintió un leve tirón, casi imperceptible, en el cinturón de equipo de su armadura de batalla mandaloriana. Eso solo fue suficiente señal para provocar que girase bruscamente en el asiento del piloto para encarar a Neelah.

Pero la mujer ya se había lanzado de vuelta a la escotilla de la cabina. Neelah alzó la pistola desintegradora que había logrado levantar de su funda en la cintura de Boba Fett. Sujetando el arma con ambas manos, la apuntó directamente al centro del casco de visor oscuro de Fett.

—No bromeaba —dijo Neelah. La fina sonrisa en un rincón de su boca era un grave indicador de su intención—. Cuando he dicho que abriría tu cabeza. Me pregunto… ¿cuántos rayos de esta cosa crees que harán falta?

Boba Fett se reclinó en el asiento del piloto.

—Enhorabuena —dijo. Había guardado la mayor parte de su armamento para evitar que las diversas piezas de su arsenal portátil interfiriesen con sus actividades en la cabina. La pequeña pistola desintegradora era la única arma que había mantenido con él. Hizo un ademán hacia ésta mientras permanecía firme en el agarre de Neelah—. No muchas criaturas han hecho con éxito un truco como ése. Que me ganen por la mano es un acontecimiento bastante raro.

Una burla torció la esquina de la boca de Neelah.

—Ha sido fácil.

Tenía que admitir que ella había apartado el arma de él con una sorprendente muestra de destreza. O quizá no tan sorprendente; con lo que sabía de su pasado, su identidad

antes de que acabase como una bailarina con la memoria borrada en el palacio de Jabba el Hutt, habilidades como ésa eran más bien comunes. Ella era mucho más que una simple niña de la aristocracia; si él no recordaba eso, era bajo su propio riesgo.

—Quizá sí —dijo Boba Fett—. Eso no significa que haya sido una buena idea. Puede que tengas algunos movimientos bastante rápidos, pero créeme: no son nada comparados con los míos. Antes de que pudieses presionar el botón de disparo de esa pieza, yo estaría fuera de este asiento, y mi antebrazo estaría contra tu garganta. Y después de eso, las cosas se pondrían aún más desagradables para ti.

—Estoy dispuesta a arriesgarme —Neelah se encogió de hombros—. ¿Qué tengo que perder? No me dices lo que quiero saber. Lo que *necesito* saber. Al menos de esta manera, si suelto un buen disparo, tendré la satisfacción de tener una buena razón para que estés callado sobre mí. Piénsalo de este modo: estar muerto es la excusa perfecta.

Boba Fett ya había calculado la distancia precisa entre él y la mujer, el ángulo, la velocidad y la dirección exactos de los movimientos necesarios para alejar el arma de ella. Podía hacerlo sin que ni siquiera le diese muerte el rayo desintegrador que ella podría disparar en ese intervalo de un microsegundo. *Mejor*, se dijo a sí mismo, *si no tengo que hacer eso.* Por una sencilla razón: un tiro perdido dentro de los confines de la cabina de la nave podría tener consecuencias serias. Incluso entonces, el *Diente de Perro* no estaba en la condición operacional que habría preferido; la dejadez de su antiguo dueño se había encargado de ello. Podría reparar cualquier daño estructural que el rayo causase (el arma no tenía potencia suficiente para agujerear el casco), pero si eliminaba algo del panel de control, comprender y parchear los desconocidos circuitos llevaría tiempo. Y el tiempo era un artículo escaso en ese momento. Había asuntos de los que ocuparse, lejos de allí.

—He estado tan cerca de la muerte —dijo Boba Fett—, que no estoy ansioso por repetir la experiencia.

Neelah levantó más el desintegrador, observando por encima de su cañón a su objetivo.

—Entonces mejor que empieces a hablar.

—No… —Boba Fett dio una única sacudida de cabeza—. Creo que no.

—¿Qué? —la frente de la mujer se arrugó—. ¿Qué quieres decir?

—Es simple —Boba Fett hizo un ademán hacia ella—. Tienes tanto que perder como yo. Mátame y nunca descubrirás lo que quieres saber.

Inclinando la cabeza a un lado, ella lo miró más de cerca.

—Quizá contigo fuera del camino, podré enterarme de la verdad por otro.

—Quizá —Boba Fett hizo otro encogimiento de hombros—. Pero si te equivocas en eso, si soy el único que conoce el percal sobre quién eres realmente, entonces habrás acabado con la única persona con las respuestas. ¿Seguro que es un riesgo que quieres correr?

Durante unos segundos más, Neelah pareció considerar sus opciones. Luego bajó el desintegrador.

—Supongo que no —su expresión enojada no se había desvanecido—. Parece que has salido de ésta hablando.

—Me lo agradecerás más tarde —extendió la mano—. Recuperaré la pieza, si no te importa.

Neelah sacudió la cabeza.

—Todavía tengo un uso para ella.

Él la observó mientras ella se volvía en la escotilla. Con el arma a un lado, empezó a bajar la escalera a la bodega principal de la nave.

Al menos, pensó Fett, *sabe lo que quiere.* Conseguirlo era el único problema.

Giró el asiento del piloto otra vez hacia los controles. Tenía sus propios asuntos de los que ocuparse.

Una bota en sus costillas despertó a Dengar. Pestañeó y después llegó rápidamente a la sobresaltada consciencia completa cuando se encontró mirando el extremo de uso de una pistola desintegradora.

—Hora de empezar a hablar —dijo Neelah. Tenía el arma apuntada directamente a su frente—. Quiero escuchar el resto de la historia.

10

ENTONCES

—Tienes que admitir —dijo Bossk— que es un buen sitio para una reunión.

Le divertía su propio humor macabro. Manteniendo las garras de una mano apoyadas en la empuñadura de su desintegrador enfundado, Bossk observaba mientras Boba Fett miraba alrededor de las grietas llenas de polvo y los acantilados secos de la antigua falla marina. Los océanos de Gholondreine-β habían sido aspirados hasta la última molécula de líquido salino y después transportados por una flota de enormes cargueros imperiales a una planta orbital de catálisis cerca de Coruscant. El factor motivador no había sido la economía (era más caro enviar esa cantidad de agua que sintetizarla), sino el castigo. Las democracias costeras y del interior de las masas de tierra del planeta habían sido irritantemente lentas, a los ojos del Emperador Palpatine, en desprenderse de los últimos vestigios de fidelidad a la antigua República. Ahora, bajo el resplandor plano de los cielos purgados de nubes, el polvo vagaba por las calles quebradas y vacías de las ciudades desiertas. Los mundos vecinos en ese sector habían recibido un valioso ejemplo práctico de cómo responder a las órdenes del Emperador.

El caparazón de un animal marino muerto hacía mucho tiempo crujió bajo la suela de la bota de Boba Fett. Su nave, el *Esclavo I*, estaba a varios metros, la cúpula redondeada del transpareacero de su cabina destellando en el ángulo de luz que lograba penetrar la falla marina. La hendidura en la superficie desecada del planeta era tan profunda que en menos de una unidad de tempo estándar estaría en oscuridad casi total. Eso estaba bien para Bossk; el asunto que tenía que tramitar con su rival Boba Fett no llevaría mucho tiempo.

—Está bien. —Boba Fett había completado su inspección visual del lugar, en tándem con las diversas lecturas de datos en un antebrazo de su armadura de batalla mandaloriana. Las luces indicadoras habían cambiado gradualmente de rojo a amarillo, y después finalmente a verde cuando los sistemas multisensores de alerta de amenazas del *Esclavo I* terminaron de explorar el área por trampas ocultas y dispositivos de emboscada. Bossk había dejado su propia nave en una condición disminuida de espera al otro lado de la falla, de modo que su arsenal de a bordo no disparase las sospechas del otro cazarrecompensas—. Aunque no es tan privado como podrías pensar —dijo Fett. Una mano enguantada señaló hacia los acantilados circundantes, sus caras desmenuzadas elevándose por encima de las figuras humanoides de abajo—. Capto señales de bastantes formas de vida orgánicas ahí arriba.

Bossk emitió una áspera risa corta.

—No creo que tengamos que preocuparnos por ellas —alzó el rifle desintegrador de su espalda; apuntalando el arma contra su cadera, disparó un rayo de máxima potencia al

acantilado directamente por encima de donde estaban él y Boba Fett. El rayo destrozó la piedra seca, enviando una lluvia de polvo y fragmentos blancos pulverizados al fondo de la falla—. Echa un vistazo —dijo Bossk. Usando la punta de su propia bota, hurgó a través de los escombros. Un ruido siseante vino de la boca con colmillos como agujas de una criatura parecida a un ciempiés que se retorcía y se desenrollaba hasta casi un metro de longitud; sus ojos amarillos brillaron con una malicia feroz cuando se enroscó en el tobillo de Bossk. Antes de que pudiese hundir las puntas de los colmillos en su espinilla, él la había apartado de sí con la culata del rifle desintegrador. Otro golpe partió la criatura en dos; las mitades separadas salpicaron un icor negro verdoso por el suelo de la falla mientras daban vueltas anudándose en contorsiones—. Simpáticas cosillas, ¿eh? Ni siquiera son buenas para comer. Saben a aceite de brida reciclado.

Ninguna respuesta llegó de Boba Fett. Había levantado la mirada de su casco con visor oscuro hacia la cara del acantilado. Lo que antes había estado silencioso y aparentemente sin vida ahora brillaba en el destello plano de la luz del sol con movimientos entrelazados, como gusanos en carne podrida. El rayo del rifle desintegrador había despertado nidos llenos de las criaturas de muchas patas, rezumando de agujeros mascados en la blanda roca desmigada. El impacto sónico había sido suficiente para asustar también a las criaturas al otro lado de la falla; por un momento, los muros a ambos lados de Bossk y Boba Fett se arrastraron con formas insectoides enroscadas y hambrientos ojos amarillos.

—Procedimiento operativo estándar para el Imperio —Boba Fett no mostró ninguna señal de inquietud mientras las pequeñas sombras de las criaturas oscilaban en el destello reflejado desde el visor de su casco—. Especialmente cuando el Emperador está en su modo punitivo. Esas cosas no son nativas de este planeta; son un híbrido de laboratorio de origen ithoriano, mejorado genéticamente para un entorno de humedad cero.

La criatura muerta había dejado una mancha negra en la bota de Bossk. Se inclinó y se la limpió con la garra pulgar.

—¿El Imperio las sembró aquí? —se irguió, mirando arriba hacia la piedra batida por encima de él—. ¿De qué sirven?

—No «sirven» para nada en absoluto —dijo Boba Fett—. Exudan biotoxinas con un ritmo de descomposición molecular que puede medirse en siglos. Eventualmente los niveles suben lo bastante para exterminarlas también. Pero para entonces la corteza superficial entera de este planeta estará acribillada por sus agujeros taladrados llenos de veneno. Hay algunas colonias de refugiados nativos de Gholondreine-β en los mundos del sistema circundante, pero no volverán a su mundo natal en mucho tiempo. Palpatine se ha encargado de eso.

Bossk se sintió ligeramente enfermo; se figuró que sería por los efectos de haber tomado un bocado exploratorio de una de las criaturas ciempiés. *Eso me enseñará*, pensó sombríamente. La idea de alguien confeccionando deliberadamente una forma de vida no sabrosa lo irritaba; en la filosofía trandoshana, comerse a otras criaturas, incluyendo la propia especie, era todo el sentido de la existencia, al menos uno que valía la pena vivir.

El frío espíritu vengativo, como de la clase a la que el Emperador se entregaba, tampoco le sentaba bien a Bossk. Hasta los reptiles tenían más capacidad para la ira apasionada, noble y aniquiladora.

—¿Todavía quieres hablar de negocios? —Boba Fett sonaba divertido por las aparentes náuseas de Bossk—. Parece que estás casi listo para perder tu comida.

—No te preocupes por mí —gruñó Bossk—. Te he hecho venir aquí por una razón. Tenemos una oportunidad de hacer muchos créditos. Algo grande.

No había visto a Boba Fett en persona desde que ambos estuvieron en el cuartel general del antiguo Gremio de Cazarrecompensas. El Gremio acababa de empezar su proceso de desmoronarse, justo después de que Bossk matase a su propio padre, Cradossk. Había estado demasiado ocupado desde entonces, impidiendo que su propia facción de cazarrecompensas más jóvenes, la Comisión de Reforma del Gremio, se astillase más, para prestar mucha atención a las idas y venidas de Boba Fett. Aun así, sus sospechas habían despertado cuando Fett se esfumó de la sede del viejo Gremio, justo como si hubiese terminado el trabajo que le habían enviado a hacer allí. Bossk había oído muchos rumores desde entonces. Los informes susurrados daban por hecho que Boba Fett había sido realmente el responsable (intencionadamente) de dividir el Gremio de Cazarrecompensas. Bossk no podía entender por qué Boba Fett habría querido hacer eso. *Pero si lo hizo,* decidió Bossk, *entonces me hizo un favor*. De otra manera, su padre Cradossk aún estaría vivo y dirigiendo la función, y él seguiría esperando su oportunidad.

—¿De qué «nosotros» hablas? —Boba Fett cruzó los brazos delante del pecho—. Ya trabajé contigo una vez. Es más de lo que tengo el hábito de hacer.

La reputación de lobo solitario de Boba Fett era bien merecida; era la razón principal por la que Bossk había estado tan asombrado y desconfiado cuando Boba Fett apareció en la sede del Gremio de Cazarrecompensas y solicitó la admisión en la organización. Pero Boba Fett había entrado con Bossk y un par de otros miembros del Gremio (Zuckuss y el droide IG-88) en una operación en equipo. Fett hasta había traído a una criatura más a la operación, el cañón láser animado andante llamado D'harhan. Había sido mercancía genuinamente difícil, fuera en el mundo de los Hutts con Caparazón de Circunferencia; la mayor parte del equipo había sido afortunado de salir vivo.

Como fue, para D'harhan había sido el final de la línea. Lo cual demostraba que formar equipo con Boba Fett no era necesariamente una buena idea; Bossk se había jurado a sí mismo no volver ni a considerarlo jamás. Había algunas situaciones en las que Boba Fett estaba dispuesto a meterse, sólo porque ese pájaro confiaba en que eventualmente volvería a salir de ellas. Y si eso suponía la muerte de un asociado de hacía mucho tiempo, como D'harhan, entonces para Boba Fett era un precio que estaba más que dispuesto a pagar.

Sin embargo, el tiempo (y la codicia) había erosionado la resolución de Bossk. *Demasiados créditos para dejarlos pasar*, se dijo a sí mismo. Había aprendido su lección sobre ponerse con Boba Fett en una operación como ésa: *Vigila tus espaldas.* Bossk imaginaba que aquello sería más fácil con sólo ellos dos, en vez de un equipo entero.

—Venga —dijo Bossk—. ¿Por qué no intentamos hablar sobre una base amistosa? — Los hocicos escamosos de las caras trandoshanas no estaban diseñados para ninguna clase de sonrisa, por no hablar de las congraciadoras. En expresar emociones positivas, Bossk estaba tan discapacitado como si llevase el casco con visor oscuro de Boba Fett—. Las cosas se resolvieron bastante bien la última vez.

—No pensaste así entonces —la voz de Fett era llana y sin emoción—. Por la forma en que alborotaste durante todo aquel trabajo de Circunferencia, habría pensado que fue la última de tus operaciones en equipo.

—Cambié de opinión. —Intentar convencer de algo a otra criatura estaba fuera de lugar para Bossk; prefería las amenazas y/o la violencia. Pero las posibilidades de que cualquiera de éstas funcionase con Boba Fett estaban muy por debajo de cero—. Además, algunos trabajos simplemente son demasiado grandes para un cazarrecompensas.

—Habla por ti.

Tenía una buena idea de que Boba Fett sabía a qué se refería. La noticia de esa pieza de mercancía difícil en particular había atravesado los mentideros de los cazarrecompensas a velocidades cercanas a las del hiperespacio.

—Muy bien —dijo Bossk. Decidió abandonar cualquier pretensión de amistad. Obviamente esa aproximación no estaba funcionando. *Debería haberlo sabido,* pensó sombríamente. *Este tío siempre ha estado chapado en duracero*—. Sólo enfoquémoslo como un trato comercial. Tengo una buena idea de que tú y yo podemos concluir éste con éxito, *si* lo trabajamos juntos. O podemos ir solos, y acabar ambos muertos.

—Como he dicho antes… —Boba Fett ni siquiera se molestó en hacer un encogimiento de hombros—. Habla por ti.

Bossk pudo sentir sus propios ojos estrechándose en rendijas mientras su espinazo se tensaba con ira. El impulso de lanzarse contra el otro cazarrecompensas, con las manos con garras yendo a por la garganta de Boba Fett, era casi abrumador. Lo único que lo detuvo fue la certeza de que, mientras aún estuviese en el aire entre ellos, ya tendría un agujero quemado por el rifle desintegrador de Fett a través del pecho y saliendo por la espalda. Aterrizaría ante las botas de Fett como cadáver.

—Basta. —*¿Por qué me molesto siquiera?*, pensó Bossk. Toda esa reunión era una pérdida de tiempo. Boba Fett no seguía las reglas de ninguna criatura salvo las suyas—. Sigues tu camino y yo seguiré el mío. Veremos a quién matan antes.

Dio la vuelta sobre su talón y empezó a volver hacia el *Diente de Perro*, que esperaba. La sombra había comenzado a llenar la fosa marina seca, al tiempo que el sol pálido de Gholondreine-β se movía de su cénit en lo alto. En el muro oscurecido de la fosa, los ojos amarillos de las criaturas como ciempiés destellaban desde sus agujeros taladrados.

—Espera un minuto —lo llamó la voz de Boba Fett.

Bossk miró ferozmente al otro cazarrecompensas por encima del hombro.

—¿Qué?

—No he dicho que no iría contigo en éste. —La afilada sombra cortaba diagonalmente a través de Boba Fett. Estaba inmóvil entre los caparazones muertos y huecos de los habitantes desaparecidos del océano—. Sólo te estaba dando los hechos del acuerdo.

Un viento frío había empezado a rodar a lo largo de la falla, cortando a través de las escamas de la carne de Bossk y hasta los huesos de debajo.

Las palabras del otro cazarrecompensas provocaron un lento asentimiento de Bossk.

—Mejor que establezcamos el resto, entonces —cabeceó hacia el *Diente de Perro*—. Bien podríamos hablarlo a bordo de mi nave.

Boba Fett sacudió la cabeza.

—Ésa no es una buena idea.

—¿Qué pasa? —El rechazo a su invitación ofendió a Bossk—. No intento ponerte una trampa. Sólo quiero hablar de negocios.

—Oh, confío perfectamente en ti —Boba Fett ya había comenzado a caminar de vuelta hacia su propia nave—. Sólo que no lo suficiente. Además —se detuvo y volvió la mirada con visor de su casco por encima del hombro—, tengo algo que mostrarte. Algo que encontrarás interesante.

Lo que sea, pensó Bossk. Siguió a Fett. Tratar con él era una continua educación innecesaria en hostilidad.

El interior del *Esclavo I* estaba exactamente como Bossk lo recordaba de la operación en equipo en Circunferencia. Echó un vistazo a los mamparos y las jaulas de retención con disgusto visceral; Boba Fett mantenía su nave en un estado de mantenimiento que Bossk personalmente encontraba ofensivo. Era como hacer una visita a la sala de cirugía de un equipo médico de la Armada Imperial, con cada superficie desnuda hasta el metal descubierto y esterilizada. Por lo que respectaba a Bossk, la nave de un cazarrecompensas debería ser una extensión de su personalidad, con cada aspecto de su espíritu habiéndose filtrado en la estructura, hasta los puertos del motor y los controles de la cabina. Estaba orgulloso de que caminar por dentro del *Diente de Perro* fuese como caminar dentro de los límites óseos de su propio cráneo.

Sin embargo, pensó Bossk con desprecio, *quizá ésta* sea *la personalidad de Boba Fett.* Todo negocio (créditos y mercancía) y nada de pasión, ningún disfrute real de la violencia y el terror que venían con la profesión de cazarrecompensas. *Qué desperdicio…*

—Toma asiento —Boba Fett señaló un banco cerca de una de las jaulas de retención. Se sentó en uno en el lado opuesto del espacio—. Así que quieres ir tras ese soldado de asalto renegado. ¿Cierto?

Al menos, con un tipo que era todo negocios como Boba Fett no había pérdida de tiempo.

—Así es —dijo Bossk—. Es el trabajo de una vida.

Eso era una atenuación. Cuando la recompensa había sido anunciada, en una retransmisión de banda ancha oficial desde el palacio del Emperador en Coruscant, se había pensado que la cantidad de créditos ofrecida era alguna clase de error de

transmisión, demasiados ceros añadidos a la que fuese la suma real. Bossk recordaba pensar: *podría comprar un pequeño planeta no industrializado con tantos créditos, si el Imperio fuese a poner alguno a la venta*. Ambas facciones del viejo Gremio de Cazarrecompensas, la Comisión de Reforma y aquellas criaturas seniles que se llamaban a sí mismos el Gremio Verdadero, habían contactado con el centro de comunicaciones del Emperador y habían solicitado una aclaración sobre la suma real de la recompensa ofrecida.

Y se les había dicho que no había habido ningún error de transmisión. La cantidad dada en el mensaje original era de verdad.

El efecto sobre los cazarrecompensas por toda la galaxia, en cada antro sórdido de espaciopuerto y en los cuarteles generales de las dos facciones del Gremio, había sido electrizante. La codicia hacía milagros cuando se trataba de llamar la atención de las criaturas sensibles. Para Bossk había sido como colocar las garras desnudas directamente sobre un generador de energía desprotegido, uno lo bastante grande para empujar una nave de batalla imperial a través del hiperespacio; cada escama de su cuerpo parecía cargada.

Esto lo resolvería todo: ése era el pensamiento dominante que había brotado dentro de la cabeza de Bossk. Capturar al soldado de asalto renegado por el que el Emperador Palpatine había anunciado una recompensa tan colosal determinaría de una vez por todas, a los ojos de Bossk y de cualquier otra criatura sensible en la galaxia, quién era el cazarrecompensas número uno. El Emperador no estaba ofreciendo esa cantidad de créditos porque fuese a ser un trabajo fácil. Ese soldado de asalto en particular no era uno de las tropas de gatillo fácil, bueno para poco más que el simple terrorismo y cumplir las órdenes de sus comandantes. Trhin Voss'on't *era* uno de los comandantes, justo en el nivel más alto de la jerarquía de las tropas de asalto imperiales, un líder de fuerza de ataque en uno de los batallones de élite de Inserción Estratégica; o lo fue hasta que se deshizo del personal de un destructor estelar a punta de desintegrador, expropiando la nave con un personal reducido de cómplices cuidadosamente escogidos.

La especulación inicial sobre cuáles podían ser los motivos de Voss'on't se centraba alrededor de la posibilidad de que hubiese desertado a la Alianza Rebelde, llevándose el destructor y su complemento de armas, bases de datos de códigos y tecnología imperial cripto-protegida como una adición al creciente arsenal de la Alianza. Esa teoría había sido abandonada en gran parte cuando el destructor apareció a la deriva en un sector de navegación inhabitado entre sistemas estelares, con los cadáveres de los cómplices de Voss'on't a bordo. Habían sido eficientemente ejecutados a la manera disciplinaria estándar de las tropas de asalto imperiales, un solo agujero de láser en la parte trasera del cráneo de cada uno. El destructor había sido despojado de las piezas más fácil y provechosamente rescatadas; partes de motor de impulsión con los números de código correspondientes a nivel molecular empezaron a aparecer casi inmediatamente en diversas operaciones de objetos salvados en el mercado negro, habiéndose filtrado a través de una cadena intrazable de carroñeros y comerciantes de chatarra entre sistemas.

Los créditos que se hubiesen pagado habían permitido a Voss'on't lograr un acto de desaparición completa.

—Lo que opino —Bossk se inclinó hacia delante desde donde estaba sentado en la bodega principal del *Esclavo I*— es que ese Voss'on't estuvo planeando este movimiento mucho tiempo. Y entonces, cuando lo tuvo todo bien dispuesto, se puso a ello.

—Eso es obvio —contestó Boba Fett—. Nadie se escapa con un destructor imperial entero sin hacer preparativos.

—Hay que preguntarse, sin embargo, por qué lo hizo —Bossk se rascó el hocico con una de sus garras—. Los créditos que hiciese por desguazar la nave, probablemente haya tenido que invertirlos directamente en escapar. Hay muchos sobornos que pagar, y muchas criaturas cuyas muertes organizar, antes de poder simplemente desaparecer así. Y Voss'on't tuvo que deshacerse del destructor a un precio de diez decicréditos por crédito, valor real; no es como si estuviese obteniendo beneficio de todo el asunto y estableciéndose con estilo para el resto de su vida.

Boba Fett hizo un encogimiento de hombros desdeñoso.

—¿Qué importa por qué lo hizo? Quizá se cansó de estar bajo el control de Palpatine. Muchas otras criaturas en esta galaxia se sienten de la misma manera. De otro modo, no estaría sucediendo una rebelión. Lo único que importa es que lo hizo, y que el Emperador pagará por traerlo de vuelta.

—Sí, pero tienes que meterte dentro de la cabeza de ese soldado si vas a tener alguna oportunidad de localizarlo. —Bossk puso toda la fuerza de sus poderes intelectuales en el problema. Podía sentir su frente cubierta de escamas arrugándose del esfuerzo—. Quiero decir, su motivo tiene que ser un factor importante.

—Para ti, quizá —Fett siguió sin impresionarse—. Pero no para mí. Lo único que importa con la mercancía difícil es el precio que se paga. Todo lo demás, todos los otros factores, ésos siempre permanecen igual. Toda la cuestión es localizar la mercancía, después entregarla y cobrar la recompensa. Si empiezas a preocuparte por lo que piensa la mercancía, entonces sólo te estás perjudicando —la oscura mirada del otro cazarrecompensas, el visor de casco que era una parte tan inconfundible de la armadura mandaloriana, cayó inquebrantable sobre Bossk—. Por eso tú estás a cierto nivel en la profesión de cazarrecompensas… y yo estoy a un nivel diferente.

Dado el temperamento irascible de Bossk, hasta a él le pareció raro que el comentario despectivo de Boba Fett no evocase una reacción colérica. *Quizá*, reflexionó, *pueda aprender algo de este cazador*. Quizá Fett tuviese razón; quizá sí pensaba demasiado. Toda esa racionalización se interponía en el camino de ser un cazador efectivo. *Ése es mi problema*, pensó Bossk. *Soy demasiado intelectual.*

—Así que, ¿tenemos un trato en marcha? —Bossk se reclinó contra el mamparo detrás del asiento—. De otra manera no me estarías hablando. ¿Correcto? —Se sintió orgulloso de sí mismo por haberse dado cuenta de eso—. Tú y yo vamos a formar un equipo, una sociedad, para ir tras ese soldado de asalto renegado. ¿Cuál es su nombre…? Trhin Voss'on't. ¿Ése es el trato? —Bossk miró esperanzado al otro cazarrecompensas.

Boba Fett dio un único asentimiento.

—Estrictamente una operación única. No esperes nada permanente. He tenido suficiente de unirme a otras criaturas. Por eso no se me rompió el corazón cuando el viejo Gremio de Cazarrecompensas se desmoronó.

Eso era completamente otra cuestión; Bossk calculó que, si ahora tocaba el tema, sólo reventaría la relación laboral. Además, aunque Boba Fett se hubiese propuesto disolver el Gremio deliberadamente, ¿importaba cuáles pudieron ser sus razones? No más que las de Voss'on't para salir de las tropas de asalto imperiales. *Ya he aprendido algo*, pensó Bossk. Esa actitud minimalista que había adquirido de Boba Fett simplificaba las cosas enormemente, cortándolas hasta lo esencial como una vibrocuchilla a través de carne desprotegida.

—Espera un minuto. —Una sospecha se había formado en el cerebro de Bossk—. No te gusta ir con otros cazarrecompensas, acabas de decirlo —miró más de cerca a Boba Fett—. Así que, ¿por qué formar equipo ahora conmigo? ¿Tan asustado estás de ese pájaro, Voss'on't?

—En absoluto —dijo Boba Fett—. El miedo es una emoción por la que tengo cierto aprecio; puedo verla en otras criaturas. Y es algo útil para utilizar contra ellas; enturbia sus procesos de razonamiento, de modo que caen presa del pánico y de caóticos patrones de comportamiento aleatorios. Entonces puedes dirigirlos delante de ti como a bestias de rebaño —la voz de Fett había disminuido en tono, como si estuviese leyendo las inscripciones de la tumba de su presa. Asintió lentamente, y después continuó hablando—. Pero aparte de eso, no tengo ningún conocimiento *personal* de tal cosa; no existe dentro de mí.

—No has contestado la pregunta —Bossk no iba a dejarse distraer por un discurso elaborado—. ¿Por qué estás de acuerdo en hacer equipo conmigo?

—La respuesta es simple —Fett apuntó un único dedo enguantado hacia él—. Ahora mismo me eres útil. Este trabajo está a un nivel completamente nuevo; nunca antes ha surgido nada como esto. Es mercancía difícil que puede hacer mucho más que sólo correr y esconderse; puede protegerse. Voss'on't tiene todas las habilidades militares que vienen con haber sido un miembro de un equipo de Inserción Estratégica. Tiene los recursos (el entrenamiento, la experiencia, las armas) para presentar una buena lucha. No es un pequeño contable asustado acurrucándose en un agujero en un planeta apartado.

—Así que me *necesitas*. —Bossk se maravilló con el concepto, y con que el célebre Boba Fett, el cazarrecompensas más temido en la galaxia, admitiese tal cosa—. Uf.

—No he dicho eso; he dicho que eres *útil* para mí —Boba Fett retiró la mano; después cruzó los brazos delante del pecho de su armadura de batalla—. Podría traer a ese Voss'on't por mí mismo; eso no es un problema. Hasta podría disfrutarlo; no se me presenta con frecuencia tal desafío. Pero sería más fácil con un socio. Cuestión de estrategia: dondequiera que Voss'on't se esté escondiendo, estará esperando que vengan tras él cazarrecompensas. Indudablemente es consciente del precio que Palpatine ha puesto por su cabeza. Y estará esperando que los cazarrecompensas formen asociaciones

y equipos para esta operación —la voz de Boba Fett se volvió tranquila otra vez—. Estará esperando eso de todos los cazarrecompensas, excepto uno. Y ése soy yo.

—¿Así que imaginas que éste es el único modo de tomar a Voss'on't por sorpresa?

—No… —Boba Fett sacudió la cabeza—. Habría otros métodos. Pero ninguno que lo lleve a bajar la guardia de la misma manera. Tiene que estar hecho para pensar que es el que dirige el juego, que controla la situación. Ése es su punto débil: está acostumbrado a estar al mando. Y la autoridad en las tropas de asalto imperiales es una cuestión tan absoluta como adictiva; se esperaba que los otros soldados de asalto a los que daba órdenes diesen sus vidas, si era necesario. Esa clase de lealtad de los subordinados tiene un efecto corrosivo en el pensamiento de una criatura sensible. Le hace creer, en el fondo, que todo el universo es suyo para que lo dirija. Cuando las criaturas sabias dicen que el poder absoluto corrompe, quieren decir más que sólo una cuestión moral. También interfiere con tu inteligencia.

—Espera —Bossk frunció el ceño, tratando de incorporar las palabras del otro en el funcionamiento dentro de su propio cráneo—. Pensaba que decías que no creías en intentar descifrar lo que pasaba en las cabezas de las mercancías tras las que ibas.

—No lo hago —respondió Boba Fett—. Esto no es psicología; sólo es caza. Eso es todo. No me importa *por qué* la mercancía hace lo que hace; sólo tomo nota de su comportamiento, cómo reacciona y se mueve. He pasado mucho más tiempo en la corte imperial, y en lugares como el palacio de Jabba el Hutt, que tú; mis habilidades son apreciadas y pagadas allí —la voz que venía de la figura con casco contenía una oscura certeza ominosa en su tono—. He visto lo mismo en los almirantes de la Armada Imperial, y en Jabba el Hutt y el Emperador Palpatine. Lo que empieza como una herramienta, un arma en sus manos, acaba como un cáncer en sus mentes. Y entonces… —Fett asintió lentamente—. Entonces los domina. Y se convierten en presa fácil.

Bossk retrocedió en el banco, manteniendo un ojo cauteloso en el otro cazarrecompensas. El miedo podía ser una emoción desconocida para Boba Fett, pero sus palabras habían conseguido evocar una inquietud perturbadora dentro de Bossk.

—Quizá tengas razón —dijo Bossk—. Pero no creo que nadie vaya a derribar pronto al Emperador.

—¿Es así? —la voz de Boba Fett había regresado a su tono inexpresivo normal—. No es algo sobre lo que haría apuestas, en un sentido o en otro. La Alianza Rebelde tiene tantos optimistas irremediables en ella como para ser una gran amenaza para Palpatine.

—De todos modos, quizá por eso Voss'on't se hizo un renegado. Para que a él no le sucediese lo mismo.

—Si ése es el caso —dijo Boba Fett—, entonces es más inteligente, y más peligroso, de lo que yo había reconocido.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? —Toda aquella extraña conversación había puesto nervioso a Bossk; por un momento se sintió como si los mamparos de duracero descubierto del *Esclavo I* de Boba Fett se estuviesen acercando a él—. Quiero decir, aparte de formar un equipo cuando no espera que lo hagas.

—Sencillo, como lo son todos los mejores planes. *No* formamos un equipo.

—No lo entiendo —ahora Bossk estaba genuinamente confundido—. ¿Pues de qué hemos estado hablando?

—De lo que estamos hablando —dijo Boba Fett— es de lo que queremos que Voss'on't piense que vamos a hacer. Oh, formaremos un equipo, muy bien, iremos juntos a este trabajo, está bien; pero lo primero que haremos que hagas es traicionarme. Cuando entremos en contacto con Voss'on't, cuando descubramos dónde se oculta, entonces me apuñalarás por la espalda.

—Bromeas —Bossk miró atentamente al otro cazarrecompensas—. ¿No?

—No quiero decir literalmente apuñalarme por la espalda. Quiero decir que te comunicarás con Voss'on't a hurtadillas. Y te ofrecerás a pasarte a su lado, a trabajar para él. Es un viejo truco entre los tipos criminales: la mejor manera de superar las defensas de tu objetivo es hacerle creer que estás traicionando a otros.

Bossk sacudió la cabeza.

—Puedo ver algunos problemas con ese ardid desde el principio. —Había esperado más; ¿era ése el límite del pensamiento estratégico de Fett?—. Primero, ¿cómo voy a convencerlo de que *querría* siquiera trabajar en su bando? Del último grupo que fue junto a él acabaron todos muertos. A menos que me sintiese suicida, tendría que ser un idiota para ir con alguien con un historial así.

—No digo que le cuentes a Voss'on't que *confías* en él. Por supuesto que no confías en él; ¿por qué deberías? —la voz de Boba Fett permaneció uniforme y paciente hasta el grado en que era posible—. Sabrá que estás vigilando tus espaldas todo el tiempo que estés tratando con él. Al igual que sabrá que deberías poder cuidarte solo; eres un cazarrecompensas experimentado y has estado en situaciones peligrosas anteriormente. Mientras que el equipo que ayudó a Voss'on't a robar el destructor imperial obviamente sí confiaba en él; por eso él pudo sacarles ventaja, y pagaron el precio con sus vidas. Así que tú y Voss'on't sabréis dónde estáis cada uno; podréis hacer tratos como verdaderas criaturas de negocios.

—Entonces ahí está el otro problema —dijo Bossk—. Puedo ver qué querría él de mí: mayormente, que te engañe de alguna manera para que acabes muerto y él no acabe como mercancía difícil en una de tus jaulas de retención —Bossk señaló con su garra pulgar hacia las estructuras con barrotes de metal al otro lado de la bodega—. Voss'on't no quiere terminar en el camino de regreso al Emperador. ¿Pero qué hay en ello para mí? ¿Qué tiene Voss'on't que hace que me merezca la pena tratar con él? Como decías, probablemente ya haya gastado la mayoría de los créditos que obtuvo de las operaciones de carroñero para las que desguazó el destructor.

—A Voss'on't le queda mucho con lo que negociar. Quizá no créditos en la mano, pero sí en su propia clase de mercancía. ¿Realmente crees que el Emperador Palpatine lo quiere de vuelta, y ha anunciado esa clase de recompensa por él, sólo por orgullo herido, o algo así? El Emperador no tiene ese tipo de implicación emocional en sus soldados de asalto; sólo son herramientas para él, y si uno se vuelve malo, no es un gran problema.

Hay muchos más para rellenar los huecos en sus filas. Si Palpatine quiere tanto a Voss'on't atrapado y llevado de vuelta a Coruscant, hay una buena razón para ello. Voss'on't robó más que un destructor estelar imperial. Robó las bases de datos de códigos para todos los equipos de Inserción Estratégica de las tropas de asalto; eso es lo que el Emperador quiere otra vez en su posesión.

—¿Códigos? —Bossk devolvió la mirada a Boba Fett con incredulidad y decepción—. ¿Eso es todo? ¿Qué es tan importante de los códigos operacionales? Es la clase de cosa que puede cambiarse casi instantáneamente si caen en manos del otro bando. Las brechas de seguridad suceden todo el tiempo en el Imperio —Bossk sacudió la cabeza—. Para ese nivel de código, todo lo que tiene que hacer el Imperio es emitir una señal de cancelar y anular a sus unidades militares, y luego emitir una transmisión segura y encriptada con los códigos de reemplazo. Puede ser un procedimiento complicado, pero es más barato que la recompensa que Palpatine ha establecido por el regreso de Voss'on't.

—Ése es el procedimiento, muy bien —Boba Fett se inclinó levemente hacia delante—. Para todas las unidades militares del Imperio, *excepto* los equipos de Inserción Estratégica. Esas unidades, como aquélla de la que era parte Voss'on't, no están en comunicación constante con los centros de comunicaciones del Imperio. Los equipos de Inserción Estratégica están profundamente cubiertos; para eso fueron diseñados. Cuando están en una misión, especialmente en algún sector remoto de la galaxia, pueden pasar mucho tiempo sin estar en contacto con ninguna parte de la cadena de mando por encima de ellos. Son operativos virtualmente independientes; por eso hay tan pocos en el Imperio. Así que no pueden recibir una señal de cancelar y anular de sus superiores, al menos no a tiempo para hacer algún bien. Tienen que permanecer con los códigos originales con los que los mandaron, y ésos fueron los que Trhin Voss'on't se llevó. Y *eso es* lo que el Imperio necesita recuperar, tanto como para que Palpatine haya puesto esa clase de recompensa.

—Ya lo entiendo. —La situación había empezado a volverse más clara para Bossk—. Desguazar el destructor fue sólo para obtener los créditos que Voss'on't necesitaba para esconderse; los verdaderos créditos están en las bases de datos de códigos.

—Exacto —dijo Boba Fett—. Voss'on't intentará sacar provecho de esos códigos. Puede volver a vendérselos al Imperio, o puede ver si la Alianza Rebelde le pagará lo que quiere por ellos. Está bajo una presión de tiempo bastante severa; cuanto más tiempo pasa sin hacer un trato por las bases de datos de códigos, menos valiosos son. Cuando los diferentes equipos de Inserción Estratégica finalizan sus operaciones y regresan a sus bases de origen, entonces pueden equiparse con nuevos códigos operacionales. Pero mientras tanto, Voss'on't tiene una mercancía bastante valiosa en su posesión. Si puede evitar que lo maten, y puede hacer el trato que está intentando, estará establecido. Con ese género de créditos, puede comprar mucha protección. Pero todavía tiene que hacer el trato. Tiene que sobrevivir lo suficiente para hacerlo.

Bossk asintió, un poco más emocionado.

—Y ahí es donde entramos nosotros.

—Exacto. Yo soy su mayor preocupación. Soy el único cazarrecompensas por el que Voss'on't está realmente inquieto…

—Espera un minuto —protestó Bossk indignado—. ¿Qué pasa conmigo?

—Venga. Afrontemos la realidad —Boba Fett alzó una mano enguantada, como intentando aplacar a su socio—. Yo tengo la reputación, y tengo las habilidades para respaldarla. Tú no.

Hoscamente, Bossk refunfuñó algunas palabras trandoshanas en voz baja.

—Tienes suficiente reputación —continuó Fett— para que sea casi plausible que yo estuviese dispuesto a hacer equipo contigo. Podremos convencer a Voss'on't de eso. Y una vez lo tengamos creyendo el plan, entonces estaremos en marcha. Si supuestamente has hecho equipo conmigo, entonces estás en la posición de traicionarme. Todos esos tipos militares imperiales tienen una baja opinión de los cazarrecompensas; Voss'on't caerá en esta historia en una fracción de parte de tiempo estándar. Por una tajada de sus eventuales beneficios por vender las bases de datos de códigos, puedes asegurarte de que no podré interferir en sus planes. O al menos eso es lo que le contarás. Y eso es lo que creerá.

Asintiendo lenta y pensativamente, Bossk reflexionó sobre los detalles del plan.

—¿Cómo voy a convencerlo de que puedo hacer eso? ¿De que puedo evitar que lo captures?

—Ésa es la parte más simple de todas —Boba Fett separó sus manos enguantadas—. Me matarás.

—¿Qué? —Bossk miró al cazarrecompensas enfrente de él—. ¿Es alguna clase de chiste?

—No cuento chistes —dijo Boba Fett—, ni siquiera cuando no estoy trabajando. Ése es el plan. Vas a ocuparte del problema número uno de Trhin Voss'on't por él. Vas a eliminarme, o al menos eso es lo que él va a creer. Y ahí es cuando se relajará; es cuando su guardia bajará. Y en ese momento será vulnerable. Será una recogida fácil, entonces.

Bossk se apartó de la figura con casco, como en una reacción instintiva por haberse paseado demasiado cerca de un precipicio muy abierto. Su espinazo presionó contra el frío duracero del mamparo tras él, mientras sospechas profundas y ominosas se formaban dentro de su mente. *¿Qué sabe?* El cerebro dentro del casco de la armadura mandaloriana, y todos sus ladinos funcionamientos intrincados, estaban tan ocultos para él como si estuviesen escondidos al otro lado de ese planeta estéril. Pero, al mismo tiempo, podía sentir la mirada de Boba Fett penetrándolo, inspeccionando todos sus secretos, uno a uno.

Con fuerza de voluntad, se sacudió la sensación. *Estás siendo paranoico*, se dijo Bossk a sí mismo. No había manera de que Boba Fett hubiese podido determinar cuál era la propia agenda de Bossk. *Es una criatura mortal ordinaria como tú.* Como girando la llave en una cerradura oculta, Bossk llegó al núcleo de su ser y dejó que emergiera su furia trandoshana innata. Su padre, Cradossk, si hubiese seguido vivo, se habría

avergonzado de ver a su propio vástago siendo intimidado por cualquier otra cosa viviente, incluido el célebre Boba Fett. Las pupilas rasgadas de los ojos de Bossk se estrecharon aún más cuando las hormonas de su ira se filtraron a través de sus venas, apretando los fuertes músculos que rodeaban. No importaba, decidió Bossk, si Boba Fett sabía algo sobre sus planes auténticos, sobre sus intenciones después de que el asunto de detener a Trhin Voss'on't fuese atendido. Cuando ese momento llegase, tendría algunas sorpresas para Boba Fett. El otro cazarrecompensas podía pensar que era inteligente, pero esta vez, Bossk estaba seguro de que finalmente se le había adelantado.

—Entonces, ¿cómo empezamos? —La oleada de enfado trajo consigo una cantidad igual de impaciencia. Bossk estaba cansado de hablar; quería acción—. ¿Cómo vamos a demostrar todo esto a Voss'on't?

—En primer lugar —dijo Boba Fett—, necesitaremos alguna prueba concreta de que estás dispuesto a matar a tus socios. Alguna clase de prueba que Voss'on't considere impresionante. Nunca podrás alcanzar su confianza a menos que tengamos eso.

Por qué alguien dudaría de la crueldad de un trandoshano estaba más allá de la comprensión de Bossk. Su especie había demostrado concluyentemente sus tendencias violentas por toda la galaxia. *Y orgullosos de ello,* pensó. ¿Quién no lo estaría?

—¿Qué tenías en mente? A menos que… —un rincón de la boca alineada de colmillos de Bossk se alzó en una versión fea de una sonrisa— estuvieses planeando hacerme matarte ahora mismo —Asintió, como complacido con la idea—. Eso probablemente funcionaría.

—Te lo he dicho: no bromeo —una mirada como un láser pareció surgir de detrás del oscuro visor—. Apreciaría que también te tomases esto en serio.

—Vale, vale; lo siento —Bossk extendió ambas manos, como defendiéndose de un golpe—. ¿Y qué vamos a hacer?

—Necesitamos una prueba, una auténtica prueba sólida, de que vas en serio en lo de traicionar a tus socios. Así que necesitamos un socio más, sólo para el propósito de darnos esa prueba.

—¿Otro socio? —Bossk frunció el ceño—. No tengo ganas de repartir con nadie más en este trato.

—No repartiremos con nadie más. Eso ya ha sido resuelto —Boba Fett se levantó del banco en el que había estado sentado—. Ven aquí. Fuera te he dicho que tenía algo que mostrarte. Algo que encontrarías interesante.

Bossk siguió al otro cazarrecompensas hasta los armarios de almacenamiento al otro lado de la bodega. Observó silenciosamente mientras Boba Fett tecleaba una secuencia en el panel junto a una de las puertas de los armarios cuadrados. Una luz roja brilló y el cajón se abrió.

—Echa un vistazo a esto —Boba Fett agarró el borde de una sábana de tela que cubría un gran objeto irregular—. Ésta es toda la prueba que necesitarás —tiró a un lado la tela, revelando lo que había debajo.

—¿Qué…? —sorprendido, Bossk miró boquiabierto la figura que yacía boca arriba en el cajón—. ¡Zuckuss! —La cara insectoide, con sus inmensos ojos salidos y sus tubos respiratorios entrelazados, era tan familiar para él como la suya. Bossk miró por encima a Boba Fett—. ¿Qué le sucedió?

El sonido del nombre de Zuckuss siendo dicho en voz alta no había causado que la figura en el cajón se moviese. Los redondos ojos vidriosos continuaron mirando hacia arriba, al techo de metal de la bodega.

—Sencillo —dijo Fett—. Es todo parte del plan. Necesitábamos un cazarrecompensas muerto, alguien que puedas decir a Trhin Voss'on't que era parte de nuestro equipo. Así que proporcioné uno.

La impasible frialdad de la explicación de Boba Fett asombró a Bossk. *En verdad todo son negocios con este pájaro*, pensó. *No es de extrañar que esté en la cima de la profesión de cazarrecompensas.*

—¿Está muerto? —Bossk señaló a la figura inmóvil—. ¿Realmente muerto?

—Míralo tú mismo.

Bossk se inclinó más cerca del objeto inmóvil en el cajón. No lo sentía por Zuckuss (la lástima era otra emoción extraña para los trandoshanos), pero al mismo tiempo, había un raro rastro de pesar en verlo así. No había ningún sentido de amistad u otros vanos sentimientos blandos entre cazarrecompensas, pero Zuckuss fue parte del equipo en el trabajo de Circunferencia. Entonces las cosas habían ido lo bastante mal para que Bossk tuviese ganas de matar a Zuckuss… pero no lo hizo. Y saber que Boba Fett lo había hecho, como una cuestión de fría e hiperracional práctica de negocios, parte de su maquinación para detener a ese soldado de asalto renegado… eso no le parecía correcto a Bossk. Matar enfurecido era una cosa, incluso algo hermoso y noble. Pero la manera de Boba Fett de hacerlo sin emoción le pareció esencialmente… perversa. *Ya está*, se dio cuenta Bossk. Raramente, si alguna vez, había meditado tan profundamente sobre una cuestión moral. *Ya está, efectivamente.* Y ahí estaba ahora, haciendo equipo con Boba Fett. Las implicaciones de ello eran algo en lo que no quería pensar, ni entonces ni nunca.

Automáticamente, para mantener sus pensamientos sumergidos de forma segura, Bossk siguió verificando la muerte de Zuckuss. Comprobando el cuello del cuerpo, donde estaban localizados los vasos sanguíneos más visibles, no encontró pulso; en las aperturas filtradas del aparato respiratorio, donde los tubos exteriores serpenteaban hacia el pecho, no eran detectables señales de respiración. Lo último convenció a Bossk más que cualquier otra cosa; una de las cosas más irritantes de Zuckuss, cuando estaba vivo, era el leve ruido constante que iba con su inhalar y exhalar. *Ya no tendré que oír eso*, pensó Bossk.

—Está muerto, muy bien —Bossk se irguió desde su examen del cadáver—. Si lo que querías era una prueba para demostrar a Voss'on't que están matando a los cazarrecompensas, entonces seguro que la has obtenido. —El único problema era que la historia de cobertura que iba con el cadáver suponía que el mismo Bossk había matado a Zuckuss. Él prefería llevarse sólo el mérito por su propia violencia. Eso producía otra

pregunta en su mente—. ¿Cómo se supone que lo he matado? Parece en bastante buena forma. Quiero decir… considerándolo todo. Generalmente, si uno de nosotros los trandoshanos acaba con alguien, lo muestra de verdad.

—Dile a Voss'on't que lo asfixiaste —Boba Fett señaló la cara del cadáver—. Con esos tubos respiratorios exteriores, es algo relativamente fácil de hacer.

Bossk miró por encima a Boba Fett. *Así debe de ser*, pensó Bossk, *como lo hizo*. Así de simple; frío y efectivo.

—¿Y por qué lo hice? ¿Cuál va a ser la línea en eso?

—Justo como has dicho antes: no tenías ganas de dividir los créditos con más socios de los necesarios. Ya he puesto en circulación la historia de Zuckuss haciendo equipo contigo y conmigo; probablemente ya ha alcanzado los oídos de Voss'on't. De modo que cuando lo localicemos y le hables, puedes transmitirle el resto de la línea.

—¿Cuál es?

—Que tampoco tienes ganas de dividir los créditos conmigo. —Boba Fett golpeó otra vez el panel de control montado en el mamparo, y el cajón se deslizó hacia atrás, llevando el cuerpo sin vida de Zuckuss con él—. Y que has calculado que te irá mejor financieramente si me vendes a Voss'on't que quedándote conmigo como socio. Después de todo —Fett se volvió hacia Bossk—, no soy tan famoso por ser digno de confianza como por otras cosas. ¿Lo soy?

A Bossk le costó un momento descifrar si Boba Fett estaba rompiendo su prohibición de bromear mientras hacía negocios. Si era un chiste, lo inquietó tanto como ver tendido muerto a Zuckuss. *Estoy profundamente metido en esto*, pensó Bossk mientras miraba el visor oscuro del casco de Boba Fett. Empezaba a preguntarse exactamente cuán profundamente.

—No —dijo despacio Bossk—. Supongo que no lo eres…

—Entonces está arreglado —Boba Fett tecleó una secuencia de control en el panel sobre la manga del antebrazo de su armadura de batalla mandaloriana. Al otro lado de la bodega de la nave, la escotilla se abrió—. Somos socios. —Fuera, la noche había llenado la fosa marina seca de lo que una vez fue el océano que rodeaba el planeta de Gholondreine-β—. Y tenemos un plan. ¿No lo tenemos?

—Correcto —el asentimiento de Bossk fue igual de lento—. Claro que lo tenemos…

Todo el camino de vuelta a su propia nave, el *Diente de Perro*, que esperaba en el otro extremo de la fosa, pudo sentir los ojos amarillos de las criaturas como ciempiés en sus agujeros perforados, excavados en los acantilados que se elevaban en la oscuridad por encima de él. Bossk sabía que sólo era su imaginación si pensaba que podía oírlas riéndose de él.

11

Esto es fácil, pensó Bossk. Casi demasiado fácil…

Como si tal cosa fuese posible. El cazarrecompensas trandoshano sintió una oleada de placer regodeante surgiendo de las profundidades de su tripa, mientras estaba sentado en la mesa tambaleante, sus garras envolviendo una astillada jarra de gres. Cualquier satisfacción que sintiese no había venido del contenido de la jarra, un amargo embriagador que le había entumecido brevemente la lengua detrás de los colmillos cuando lo había sorbido. Las bebidas de ese abrevadero eran tan fuertes *como* repugnantes.

—Podríamos llevárnoslo ahora —gruñó Bossk en voz baja—. ¿Por qué no simplemente seguimos adelante y lo *hacemos*?

Estaba solo en la mesa. La voz que contestó su pregunta sonó en lo profundo de su oído. Los trandoshanos, como especie, carecían de pabellones externos como los que tenían la mayoría de humanoides; más allá de la pequeña apertura de su canal auditivo, un dispositivo coclear micro-implantado había sido insertado con precisión con la punta de una aguja quirúrgica. Esa pieza de equipo había sido sólo uno de los preparativos para ese trabajo.

—No es tan simple como eso —dijo la voz de Boba Fett, a la vez cercana (justo dentro de la cabeza de Bossk) y distante. El otro cazarrecompensas estaba en ese momento localizado en algún lugar lejos de ese abrevadero; Fett podría seguir a bordo del *Esclavo I*, más allá de la atmósfera de ese mundo apartado, por todo lo que sabía Bossk—. ¿De verdad piensas que nuestro objetivo no tiene alguna clase de defensas en el lugar? No es un completo idiota, ¿sabes?

Un gruñido de impaciencia ceñuda se asentó en la cara de Bossk. Resistió el impulso de rascarse con sus pesadas garras en el dispositivo implantado que picaba dentro de su cabeza, como alguna clase de parásito excavador por encima de la articulación de la mandíbula. No quería hacer nada que pudiese descubrirlo, aunque ese tugurio estaba tan pobremente iluminado como para parecer una cueva subterránea. Las pupilas verticales de los ojos de Bossk estaban dilatadas todo lo posible, y aún había figuras sombreadas, encorvadas sobre sus bebidas en otras mesas tambaleantes, cuyas características no podía distinguir en absoluto su vista normalmente aguda.

A Trhin Voss'on't, sin embargo, había podido detectarlo de inmediato, en cuanto hubo descendido los gastados escalones de piedra hasta el abrevadero. El soldado de asalto imperial renegado (ex-soldado de asalto, se recordó Bossk a sí mismo) estaba justo donde las fuentes de información de Boba Fett habían dicho que estaría. Bossk tenía que admitir que, cuando se trataba de rastrear mercancía difícil en cualquier lugar de la galaxia, Fett tenía una red de contactos insuperable. No era de extrañar que Boba Fett siempre hubiese podido anticiparse a cualquiera de los miembros del antiguo Gremio de Cazarrecompensas para recoger una pieza premiada de mercancía y entregarla antes de que la mayoría de los demás en el negocio tuviesen idea de lo que estaba sucediendo. Y

cuando Fett corrió la voz a sus ojos y oídos virtuales, estacionados en cada planeta habitado, de que buscaba a este antiguo soldado de asalto, no fue muchas partes de tiempo estándar antes de que la información necesaria le volviese.

—¿Qué hace nuestro objetivo?

—Beber —gruñó Bossk—. ¿Qué más se puede hacer en un antro como éste? —pudo mantener sus respuestas murmuradas lo bastante bajas para que el micrófono de garganta miniaturizado pudiese captarlas, pero sin ser oídas por ninguno de los otros clientes del establecimiento. Y las caras trandoshanas no eran tan expresivas como para que cualquiera que mirase en su dirección, en esas sombras, pudiese detectar los movimientos de habla de su hocico escamoso. Habría preferido la cobertura auditiva de una banda de lamentos jizz como Figrin D'an y los Modal Nodes, en el espaciopuerto de Mos Eisley en Tatooine: ese combo creaba tal estrépito que podías cargarte a alguien en uno de los reservados de la cantina sin que casi nadie lo notase. Los lugares de reunión de este mundo eran demasiado silenciosos para los gustos de Bossk.

—Yo también estaría bebiendo —dijo Bossk—, si pudiese aguantar su alcohol de pozo.

Una ráfaga de estática de llamarada solar raspó dentro de la cabeza de Bossk, como un enjambre de avispas sable nimgorrheanas, y lo bastante fuerte para que no pudiese evitar presionarse la palma contra la apertura del oído. No sirvió de nada; Bossk se encogió y apretó los colmillos hasta que el ruido del dispositivo implantado se desvaneció. Al menos eso demostró que Boba Fett y su nave, el *Esclavo I*, estaban fuera del planeta. Ese mundo remoto y poco atractivo (Bossk ya había olvidado su nombre) tenía un sol inestable, con bandas de emisión suficientemente anchas para hacer estragos en toda clase de sistemas de comunicación, incluso el caro equipo de banda estrecha que Boba Fett podía permitirse utilizar. Los dos pasarían un mal rato coordinando esa operación si otra llamarada rompía el enlace entre ellos en un punto crucial.

—… mantén la voz baja —volvió a aparecer la voz antinaturalmente tranquila de Boba Fett—. Trata de no llamar la atención.

—Ya lo estoy haciendo —gruñó Bossk. Eran las mismas instrucciones que Boba Fett le había dado cuando le contó ese nuevo plan, antes de meterse en una nave de descenso monoplaza de ida y pilotarla lejos del *Esclavo I* de Fett. La nave de descenso ahora estaba más allá de las escombreras alrededor de lo que una vez fue una colonia de minería y refinería imperial; el hecho de que las minas hubiesen sido abandonadas por no tener valor no sorprendía a Bossk. Cuando había hecho su camino a pie, más allá de enormes unidades de perforación listas para los basureros, excavadoras de gran tonelaje, líneas transportadoras terminadas y escombreras circundantes, y después entre edificios de plastoide desgastados que se habían convertido por defecto en la única zona habitada del planeta, se había dado cuenta de que allí hasta el polvo y las rocas eran de una calidad inferior—. Entonces, ¿cuándo vamos a hacer nuestra jugada?

—Pronto —respondió Fett—. Aún hay algunas cosas que tienen que ser comprobadas —la voz del distante cazarrecompensas hablaba con paciencia y lógica exasperantes—.

No podemos permitirnos ningún error. Sólo vamos a tener una oportunidad con este tío. Si lo asustamos y se zambulle en la ruta de escape que tenga dispuesta (y seguro que tiene una), no podremos volver a localizarlo. Lo habremos perdido.

Esa posibilidad hizo que la sangre de Bossk corriese aún más fría que a su nivel de temperatura homeostática normal. Tenía todo el interés puesto en ese trabajo, en detener a Trhin Voss'on't y entregar al soldado de asalto renegado al Emperador Palpatine. Lo que le sucediese a Voss'on't en ese punto no era asunto de Bossk; imaginaba que no sería bonito. El Emperador no era conocido por mirar amablemente el mero fracaso entre sus filas; seguro que la verdadera traición merecía un tratamiento más allá de la severidad. Un escalofrío se movió por las escamas de los hombros y el espinazo de Bossk. Tan crueles como eran y tan acostumbrados a la crueldad como estaban todos los trandoshanos, sin embargo él había hecho una promesa personal, hacía mucho tiempo, al comienzo de su carrera como cazarrecompensas: *nunca* cruzarse con el Emperador. *Por ese camino,* se recordó Bossk a sí mismo, *se encuentra una seria cantidad de dolor.* Mejor dejar que esos nobles rebeldes recibiesen la paliza que tan ciertamente les iba a llegar.

Y que yo, pensó Bossk, *cobre la recompensa por esta pieza de mercancía difícil.* Todos sus planes para deshacerse de la facción del Gremio Verdadero y reformar el antiguo Gremio de Cazarrecompensas, con él mismo como su jefe, dependían de recoger esa montaña de créditos que Palpatine había puesto por el pellejo de Trhin Voss'on't, y por el retorno de los códigos con los que Voss'on't se había fugado. Por larga experiencia, y de mirar dentro de su propio corazón reptiliano, Bossk sabía cómo funcionaban las mentes de los cazarrecompensas. Esa cantidad de créditos podía comprar mucha lealtad. No tenía sentido ser un cazarrecompensas a menos que tus instintos más nobles estuviesen en venta al mejor postor.

Aunque, por supuesto, había buenos postores… y después aún mejores postores. Bossk tomó otro sorbo del fluido agrio en la jarra delante de él, ni siquiera saboreando la cosa mientras reflexionaba sobre sus pesadas preocupaciones. *Depende de cuántos créditos tengas.* Asintió lentamente para sí mismo. *Nunca puedes tener demasiados.* Hasta con la enorme recompensa por la cabeza de Voss'on't, no había negación de que media parte de esos créditos no era lo mismo que obtenerlo todo. Desde el principio de ese trabajo, le había parecido una lástima que Boba Fett (que no tenía ni de lejos la necesidad de créditos que tenía Bossk) fuese a recibir una porción tan grande de la recompensa. *Una auténtica lástima*, pensó Bossk. Especialmente considerando que él estaba allí abajo haciendo todo el trabajo y corriendo todos los riesgos, a distancia de escupitajo del peligroso ex-soldado de asalto, mientras Boba Fett no estaba ni en la superficie del planeta, sino fuera, en algún lugar más allá de su atmósfera.

El contenido de la jarra había encendido un húmedo fuego lento en su tripa; lo ignoró. Tenía mucho que pensar.

Bossk dejó cocer esos pensamientos entrelazados en el fondo de su mente mientras mantenía un ojo subrepticio en Trhin Voss'on't. Cualquier otra cosa que se pudiese decir

de Boba Fett, el hombre tenía razón en una cosa: el soldado de asalto renegado debía de tener alguna clase de defensas en el lugar. De otro modo sería suicida para Voss'on't estar ahí sentado en público de esa manera. Bossk imaginó que podía sentir los inclinados muros crudamente enyesados y el bajo techo oscurecido por el humo del abrevadero presionando sobre él, como si fuesen maquinaria disfrazada de alguna trampa de tamaño trandoshano.

Los confines cercanos del lugar y su aire viciado con olor a sudor no parecían molestar a Voss'on't. Con los codos plantados sobre la pequeña mesa en la que estaba sentado, el ex-soldado de asalto se ocupaba de una jarra llena de la misma mezcla casi letal que Bossk había probado. Los informes de inteligencia de Boba Fett habían descrito que Voss'on't pasaba la mayor parte de su tiempo ahí. Por lo que Bossk podía decir, no parecía ser para el propósito de emborracharse. Voss'on't medía cuidadosamente su consumo de modo que la bebida no tuviese un impacto aparente en él; o eso, o le habían mejorado el hígado bioquímicamente para neutralizar los intoxicantes del fuerte líquido denso. Su cara muy angulosa, tan dura e inexpresiva como el casco completo parecido a una máscara que había llevado cuando estuvo al servicio del Emperador, contenía ojos estrechados en un estrabismo permanente, rodeados de piel rugosa y arrugada como viejo cuero desollado. Cicatrices blancas se mostraban a través del corte de pelo encanecido pegado al cráneo de Voss'on't; algunas de ellas databan indudablemente de sus días de entrenamiento básico.

Llegar a ser un soldado de asalto imperial no era un proceso fácil; pocos tenían una oportunidad de aguantar el violento martilleo de las habilidades militares que iban con la mortal armadura blanca. Aquellos que no llegaban hasta el final, cuyos cuerpos o mentes se quebraban bajo los sádicos regímenes de sus sargentos de instrucción, salían del programa como cadáveres. Una lealtad y obediencia incuestionables a los oficiales superiores iba con el entrenamiento; cualquier resistencia a las órdenes, por destructivas o fatales que fueran, era extirpada como tejido nervioso enfermo.

Para alguien como Voss'on't, que había pasado por todo aquello y después había servido con distinción en una de las unidades de élite de las tropas de asalto, haber mantenido oculto muy en su interior un vestigio de otra naturaleza, una que pudiese incluso contemplar la traición, hablaba de un núcleo oscuro que era más duro y determinado que todas las filas de los demás soldados de asalto combinadas. Voss'on't podría haber estado esperando durante años, no divulgando sus planes a nadie a su alrededor, mientras aguardaba la oportunidad perfecta. Y entonces, cuando por fin hubo llegado, tuvo que entrar en acción sin vacilación ni remordimiento, aplicando a la tarea todas sus habilidades de soldado de asalto duramente ganadas. Y si otros tenían que morir en el proceso para que él escapase con los códigos que comprarían su seguridad, no era probable ni que se lo pensase dos veces.

No está mal. Bossk dio un pequeño asentimiento de reconocimiento mientras contemplaba a la figura de ojos estrechos sentada en la mesa distante en la penumbra del abrevadero. Trhin Voss'on't era exactamente la clase de escoria dura y asesina que podía

admirar. Si las circunstancias hubiesen sido diferentes, podría haberse imaginado haciendo equipo con el ex-soldado de asalto en vez de con Boba Fett. Voss'on't habría sido una adición valiosa a las filas del Gremio de Cazarrecompensas, una vez Bossk hubiese tenido éxito volviendo a armar la organización. Suponía que era sólo una de las ironías de la vida en esa galaxia que el precio por reformar el Gremio fuese a pagarse con el pellejo de Voss'on't. Una vez el Emperador Palpatine cumpliese con él, después de que el renegado hubiese sido capturado y pagado, no quedaría suficiente ni para hacer un trofeo decente de él: según todos los informes, el Emperador no era dado a los mismos sentimientos sobre los recuerdos que los trandoshanos.

Boba Fett había cortado la conexión del comunicador; el implante coclear en un lado de la cabeza de Bossk se había silenciado. El otro cazarrecompensas, donde estuviese en ese momento, presumiblemente estaba ocupado, preparando el resto de los planes para hacer caer en la trampa a Voss'on't. *Mejor que lo esté*, pensó Bossk malhumorado. No había tanto tránsito entrando y saliendo de ese tugurio para que la presencia de Bossk allí no fuese eventualmente notada y comentada. Trhin Voss'on't le había echado una mirada desconfiada cuando había entrado en los oscuros confines del abrevadero, y después había apartado la vista, como satisfecho de que el recién llegado no presentase ninguna amenaza para él. Voss'on't podría cambiar de opinión sobre esa valoración si Bossk se quedaba mucho tiempo más, sin ninguna otra criatura uniéndose a él. La única razón creíble para pasar el rato en un sitio como ése era para los propósitos de dirigir negocios, normalmente lo bastante lejos en el lado sombrío de la ley para que cualquier iluminación en absoluto no fuese bienvenida. No había una especie en la galaxia tan depravada o involucionada como para ir allí por la atmósfera o la calidad de las bebidas. Bossk empezaba a arrepentirse de haber bebido tan poco del fluido de mal sabor como había bebido.

También calculaba que sería una revelación involuntaria si pasaba demasiado tiempo vigilando a Trhin Voss'on't. Las criaturas en un sitio como ése exigían alguna medida de privacidad, hasta cuando estaban sentadas en una mesa en público. Preocuparse por los asuntos de cualquiera aparte de los propios era una ruta segura a un rayo desintegrador a través de la tripa de uno. Y alguien huyendo del Emperador Palpatine probablemente estaría aún más neurótico por que le fisgoneasen.

Voss'on't ni siquiera miraba en dirección a Bossk, pero la conciencia preternatural que posiblemente poseía sería el equivalente de tener ojos en la nuca. Había muchas especies así en la galaxia, con un campo de visión de 360 grados a su alrededor; pero se necesitaba un nivel profundo de recelo para que un humanoide lograse el mismo efecto.

Sujetando la jarra de piedra en ambas manos con garras, Bossk desplazó la mirada hacia los otros clientes del abrevadero. La mayoría de ellos parecía ser personal sobrante del breve periodo del planeta como colonia minera imperial. *Estúpidos*, pensó Bossk desdeñosamente. Habían recibido lo que merecían, por ser tan estúpidos o desgraciados para ser reclutados para un viaje de trabajo como ése. Cuando las minas de la colonia fueron abandonadas por improductivas, fueron dejados atrás como tanta maquinaria

descartada, sin valer la pena el coste de enviarlos a cualquier otra localización. Ahora se sentaban encorvados sobre sus pociones entumecedoras de cerebros, haciendo gotear lentamente lo último de sus salarios por unos momentos de olvido apagado de pensamientos. Incluso si alguno de ellos pudiese permitirse salir del planeta, para ellos no había ningún lugar al que ir, ningún mundo con necesidad de sus habilidades marginales. La mayoría de los antiguos mineros se habían dejado alterar quirúrgicamente, sólo por el privilegio de excavar debajo de la corteza rocosa del planeta buscando lo que el Imperio una vez estimó valioso. Sus cráneos estaban engrosados con capas macizas de crecimiento óseo inducido hormonalmente, como una forma de casco de seguridad subdérmico adecuado para el trabajo minero, que se extendía casi hasta la anchura de sus hombros; sus caras estaban enmascaradas con pliegues intrincados de esponjosos cilios de filtrado de aire, colgando como musgo rosa y blanco sobre sus gargantas: era la idea de las clínicas de bio-modificación imperiales de la protección contra la silicosis y otras enfermedades de suciedad pulmonar. Hasta sus manos habían sido alteradas, los dedos reemplazados por secciones curvas de duracero que se engranaban unas con otras para formar afilados apéndices como palas, lo mejor para escarbar en las rocas y la grava suelta de los relaves de cantera. Pero no muy buenos para cualquier otro uso; los antiguos mineros tenían que aferrar torpemente las jarras de piedra delante de ellos entre los bordes de sus manos transformadas quirúrgicamente para elevar las bebidas a sus bocas ocultas. Con los espinazos encorvados por la labor y embotados ojos saturados, parecían alguna subespecie de topo de arena venedliano, con sólo el seso suficiente enterrado en los huecos de sus gigantescos cráneos para ser conscientes de su propia degradación. Incluso mientras miraba a las pobres criaturas, Bossk los descartaba por no ser de más importancia que los embadurnamientos de pintura decorativa descolorida en las paredes del abrevadero. El Imperio dejaba víctimas donde quiera que se extendiese su alcance; éstas sólo eran más de ellas.

—¿Buscas a alguien?

Una llana voz áspera irrumpió en los pensamientos de Bossk. Se volvió y levantó la vista. Y se halló mirando directamente a la cara de Trhin Voss'on't.

El antiguo soldado de asalto imperial estaba de pie al borde de la mesa que sostenía la bebida de Bossk. Voss'on't apoyó ambas manos contra la superficie de la mesa y acercó la cara a la del trandoshano. Bossk pudo ver aún más claramente las viejas cicatrices que vagaban a través del pelo recortado del cráneo de Voss'on't.

—¿Me has oído, amigo? Te he hecho una pregunta.

El impulso inicial de Bossk fue dejar caer una de sus propias manos a un lado de su cinturón, sacar su pistola desintegradora y llevar su fría boca contra el puente de la nariz del ex-soldado de asalto. Le impidió hacerlo la sensación cierta de que sería una mala idea. O no se movería lo suficientemente deprisa, y se encontraría mirando el extremo de uso del arma de Voss'on't, o tendría que cargarse a una valiosa pieza de mercancía viva. De cualquier modo, sus beneficios o su capacidad para seguir respirando, saldría perdiendo.

—¿Por qué te importa? —Bossk mantuvo cualquier muestra de sus pensamientos o emociones fuera de su voz. El ex-soldado de asalto lo había pillado con la guardia baja; Voss'on't se había movido tan clandestina y silenciosamente que Bossk no tuvo ninguna advertencia de su aproximación—. Métete en tus asuntos, y yo me ocuparé de los míos.

Voss'on't se inclinó más cerca del trandoshano.

—Mi asunto —dijo suavemente— es permanecer vivo. No me gusta que nadie interfiera con ello.

—¿Qué te hace pensar…?

—Cállate —la expresión de Voss'on't había comenzado como una de ira hirviendo, y eso no había cambiado—. Mantén las manos planas sobre la mesa, donde pueda verlas. Me pongo nervioso cuando las criaturas tienen tanto sus manos como sus armas donde no puedo vigilar lo que está pasando —los fríos ojos estrecharon su mirada—. Créeme: no quieres que me ponga nervioso.

Bossk desdobló las garras de alrededor de la jarra de piedra y las aplanó contra la mesa.

—Ahí. ¿Satisfecho?

—No mucho. Todavía quiero saber qué estás haciendo aquí —la siguiente palabra salió como un gruñido—. Cazarrecompensas.

Genial, pensó Bossk disgustado. *Ha debido de reconocerme en cuanto he entrado en este sitio.* Todo el tiempo que Bossk había estado sentado y ocupándose de la repugnante bebida que le habían servido, creyendo que estaba haciendo su parte de la operación, nadie había sido engañado en absoluto. O al menos el objetivo del trabajo no lo había sido.

—Ésa es nueva —dijo Bossk con tanta apacibilidad como pudo reunir—. Me han acusado de ser muchas cosas diferentes, en muchos mundos diferentes, pero es la primera vez que alguien me llama uno de ésos —un rincón de su hocico escamoso se elevó en una aproximación de una sonrisa—. ¿Seguro que no estás sólo buscando una pelea?

—Yo no peleo; soy una clase de persona muy pacífica —Voss'on't no se molestaba en sonreír o era incapaz—. Sólo mato a gente. Especialmente a las criaturas que se meten conmigo.

—Buena cosa que yo no esté en esa categoría. —¿Dónde estaba Boba Fett? Bossk sintió las escamas a lo largo de sus hombros ponerse tiesas de la irritación. Toda la operación estaba estallando en la cara de Bossk (quizá literalmente, si Trhin Voss'on't alcanzaba su propia pistola desintegradora), y el otro cazarrecompensas no estaba por ningún lado. *Está en algún lugar fuera del planeta*, se enfureció Bossk, *y yo estoy a punto de que me mate la mercancía difícil que vinimos a recoger aquí.*

—Puedes estar en la categoría de los muertos, si no me gustan tus respuestas —Voss'on't giró la cabeza cicatrizada a un lado, mirando más de cerca a Bossk—. Ahora, algunas criaturas podrían pensar que he hecho algunas estupideces. Y hasta podría estar de acuerdo con ellas; ponerse del lado equivocado del Emperador Palpatine no es una receta para la longevidad.

Bossk asintió.

—Son más problemas de los que tengo.

—Yo soy el único problema que tienes ahora mismo. Y es bastante. Porque una estupidez que *no* he hecho es meterme en una situación en la que sabía que habría una recompensa puesta sobre mi cabeza, sin compilar una pequeña base de datos personal de quién era más probable que apareciese buscándome.

—Ah. Ya veo. —Los pensamientos dentro de la cabeza de Bossk corrían a un ritmo aún más rápido. Entonces habría sido un muy buen momento para que Boba Fett hubiese aparecido—. Supongo… que sería lo más inteligente.

—Correcto… *Bossk* —el ex-soldado de asalto prácticamente escupió el nombre. Manteniendo la mirada en el trandoshano, alcanzó detrás de sí, agarró la silla de una mesa vacía y tiró de ella; se sentó inclinándose sobre el respaldo de la silla—. ¿Cómo están las cosas con el Gremio de Cazarrecompensas estos días?

Bossk consiguió un encogimiento de hombros.

—Podría ser mejor.

—Es tu nombre, ¿cierto?

No tenía sentido mentir.

—Ahí le has dado.

—Tu viejo solía llevar el Gremio de Cazarrecompensas —una burla se deslizó en las palabras de Trhin Voss'on't—. Supongo que tú no estás a la altura de eso, ¿eh?

La fría sangre reptiliana de Bossk subió un par de grados.

—Mira… —Estaba cerca de que no le importasen las consecuencias de alcanzar su desintegrador—. Dejemos la política del Gremio fuera de la conversación, ¿vale? No tiene nada que ver contigo.

—Podría —dijo Voss'on't con un rastro de diversión—. Especialmente si le diese a alguien como tú el deseo de conseguir una recompensa enorme. Una recompensa como la que Palpatine ha puesto por mí. Podrías hacer mucho con ese género de créditos, ¿no?

—¿Y qué si pudiese? —Bossk observó al hombre con creciente sospecha—. Cualquiera podría. Probablemente por eso el Emperador está dispuesto a gastar los créditos. ¿Sabes? Para motivar a las criaturas, para hacer que hagan lo que él quiere: para eso son los créditos.

—Ja. Créeme, amigo: el Emperador tiene otras maneras de «motivar» a las criaturas. Lo sé; he sido motivado muchas veces en el servicio al Imperio. Y esas maneras no son tan agradables como los créditos en tu bolsillo.

Bossk se encogió de hombros.

—Esas otras maneras no funcionan con los cazarrecompensas. Los créditos son lo único que nos motiva.

—Bien por vosotros —Voss'on't dio un lento asentimiento—. Lo olvidaba; todos sois brutales y duros, tipos audaces.

—Bastante audaces.

—Déjame decirte algo más. Todos los créditos en la galaxia no te harán ningún bien, si no estás vivo para gastarlos —la mirada de Voss'on't se estrechó aún más—. Y yo puedo arreglar eso. Ya lo he hecho por un par de otros en tu línea de trabajo, que aparecieron aquí en mi puerta.

—Eso he oído. —Los informes de los subordinados de Bossk en la Comisión de Reforma del Gremio le habían llegado mientras él y Boba Fett todavía estaban localizando el escondite de Voss'on't. Al menos media docena de otros cazarrecompensas, todos los cuales se habían anticipado en hacer un intento de capturar a Trhin Voss'on't, habían llegado hasta allí, a ese mundo apartado y esa sucia inmersión… y no más lejos. Bossk suponía que los cuerpos habían sido sacados y arrojados en una de las canteras abandonadas en las afueras de las estructuras de la colonia que se desintegraban lentamente. Nunca había habido ninguna preocupación en la mente de Bossk por que cualquiera de los otros cazarrecompensas pudiese cobrar realmente la recompensa puesta por Voss'on't. Ninguno de ellos tuvo nunca una posibilidad.

—Entonces aprendes despacio —dijo Voss'on't—. Deberías haber prestado atención a lo que les sucedió a esos otros cazarrecompensas. Ahora mismo, ni siquiera sabes en qué te has metido. Tenía muchos créditos que gastar cuando terminé de vender lo que robé; y tampoco había nadie con quien tuviese que dividir esos créditos.

—No… —Bossk sacudió lentamente la cabeza—. No para cuando hubiste terminado con ellos.

—Habrías hecho lo mismo, si hubieses estado en mi situación.

—Cierto —Bossk se encogió de hombros. Librarse de los socios de uno estaba en el transcurso de los negocios ordinarios, si podías arreglártelas—. ¿Quién no lo haría?

—Nadie con algo de seso —dijo Voss'on't gravemente—. Y tuve suficiente seso para gastar los créditos en asegurarme de que un cazarrecompensas de nivel superior como tú no me llevase de vuelta a Coruscant y al palacio del Emperador en cualquier momento.

Ese comentario desconcertó a Bossk. *Si gastó los créditos en algún tipo de defensas* (era la misma pregunta que había desconcertado a Bossk antes), *¿entonces dónde están?* O estaban ocultas, o habían engañado a Voss'on't con ellas.

Estaba dispuesto a apostar que no era esto último. A aquellos otros cazarrecompensas, los que ya habían venido por este camino, no los habrían matado tan fácilmente si las defensas de Voss'on't fuesen ilusorias.

Además… siempre era más prudente asumir que, cuando alguien alardeaba de sus métodos para organizar tu muerte, no mentía. Especialmente cuando venía de un antiguo soldado de asalto imperial.

Bossk acortó su reflexión sobre la situación.

—¿Ahora qué sucede?

—Ha sido agradable charlar contigo —habló Voss'on't con una inequívoca carencia de emoción—. Como disfruté charlando con esos otros cazarrecompensas que vinieron por aquí. Vuestro tipo de escoria está lo suficientemente cerca del de mis antiguos asociados (la clase de trabajo que hacemos) que tuvimos algo de lo que hablar. Por un

rato, al menos. Fue un pequeño cambio de ritmo para mí —inclinó la cabeza en la dirección de los mineros jorobados parecidos a topos en las mesas alejadas del abrevadero, con sus manos excavadoras plegadas alrededor de sus bebidas—. Me temo que aquí estos excavadores de mugre no son conversadores muy estimulantes. Así que créeme: no es sin cierto pesar por mi parte que voy a tener que matarte. Sólo para estar en el lado seguro, ya sabes.

—Sí, claro. —Bossk se sentía seriamente irritado. Sabía que las cosas se iban a poner feas realmente deprisa, y Boba Fett todavía no se había dignado a aparecer en escena. *Vaya asociación*, se quejó Bossk a sí mismo. Por todo lo que sabía, Fett había sucumbido a un ataque de nervios (nunca antes había sucedido, que Bossk supiese, pero no era imposible), y había decidido no enredarse en absoluto con el ex-soldado de asalto. La nave de Fett, el *Esclavo I*, con Fett en la cabina, ya podría estar alcanzando el hiperespacio, recalando en planetas más remotos y seguros; y dejando a Bossk ahí sentado, sufriendo las consecuencias. *Típico*, pensó Bossk. *No se puede confiar en nadie, a menos que esté muerto.* Cuando tuviese el Gremio de Cazarrecompensas en funcionamiento otra vez, con él mismo en la cabeza, iba a asegurarse de que recibía el respeto que había merecido tanto tiempo y que nunca había obtenido. Mientras tanto, iba a tener que hacer desaparecer una pieza importante de mercancía difícil (la recompensa más grande jamás anunciada, que Bossk pudiese recordar), sólo para evitar que lo matasen a él. Y hasta eso llevaría algo de trabajo. *A menos que…*

Se le había ocurrido una idea.

—Antes de que hagas eso —dijo Bossk—, ¿podrías decirme algo? ¿Has gastado todos los créditos?

—¿A ti qué te importa?

—Bien, la verdad es que me has entendido mal —Bossk se golpeó el pecho con una sola garra—. Claro, sé quién eres y la clase de precio que se ha puesto sobre tu cabeza. Probablemente ya lo sabe todo el mundo en la galaxia. Pero no he venido aquí para intentar llevarte. ¿Parezco un completo idiota?

Voss'on't lo miró recelosamente.

—Sigue hablando.

—Venga… —Bossk separó ambas manos con garras—. Reconozcámoslo. La industria de la caza de recompensas no es lo que solía ser. Al menos, no desde que el viejo Gremio se dividió. Así que las criaturas tienen que encontrar nuevas formas de ganarse la vida. No eres la única escoria que quiere sobrevivir. Y no soy tan necio como para que sea probable que piense que tengo una oportunidad de detener a un antiguo soldado de asalto; especialmente a uno que se ha preparado como tú. —Utilizar las palabras así era algo nuevo para Bossk; el proceso le hizo sentirse mareado. Antes siempre había resuelto los problemas y salido de situaciones complicadas de la manera modelo trandoshana: violencia suficiente para dejar *a alguien* muerto en el suelo. Había mentido anteriormente (tan recientemente como cuando había convencido a Boba Fett de ir con él como socios en este trabajo), pero nunca tan de improviso. Aun cuando era parte

del plan desde el principio, todavía no se había preparado para ello. Bossk tiró para adelante, a pesar de todo; no tenía otra opción—. De modo que… me imaginé, ¿por qué no meterme en algo bueno, sólo que desde un ángulo diferente? —La pura temeridad de sus palabras estaba teniendo un efecto más intoxicante sobre él del que podría haber tenido nunca el fluido nauseabundo en la jarra de piedra—. Hay más de una manera de hacer algunos créditos en esta galaxia —volvió a poner las manos sobre la mesa y se inclinó más cerca de Voss'on't—. Afrontémoslo: va a haber muchos cazarrecompensas viniendo a por ti. Con la clase de precio que tienes sobre la cabeza, está garantizado. Y todo lo que se va a necesitar es que uno de ellos sea afortunado, y entonces ya no serás un ex-soldado de asalto. Serás mercancía difícil, en camino de regreso al Emperador.

—Tendrían que ser *muy* afortunados para que eso suceda.

—Es un universo extraño en el que vivimos —dijo Bossk—. Puede suceder todo tipo de cosas. ¿Quién habría pensado que la Alianza Rebelde tendría alguna posibilidad de eliminar la Estrella de la Muerte? Pero un disparo afortunado, y esa cosa fue chatarra fundida.

Bossk pudo ver que sus palabras estaban teniendo un efecto en Voss'on't. Ese último argumento había estado particularmente bien dirigido; una mente militar como la de Voss'on't habría tenido naturalmente mucha fe en la invencibilidad de una mole de armamento como la estación de batalla Estrella de la Muerte.

—Así que necesitas un poco más —continuó Bossk— de lo que ya tienes preparado. Si vas a permanecer vivo y saludable, y fuera de las manos del Emperador. Es lo que me imagino, al menos. —Una vez hubo empezado en ese asunto de mentir desde la parte superior de su cabeza, resultaba sorprendentemente sencillo. Las palabras llegaban más deprisa y más fácilmente—. Necesitas toda la ayuda que puedas obtener, y por la que puedas pagar —Bossk se reclinó en su silla—. Ahí es donde entro yo.

—¿Tú? —Voss'on't dio un bufido burlón—. ¿Qué puedes hacer tú por mí?

—Puedo contarte cómo va a hacer sus movimientos cualquiera de esos cazarrecompensas ahí fuera, *antes* de que sucedan. No pasé todo ese tiempo en el antiguo Gremio de Cazarrecompensas sin aprender todos los trucos de la profesión. Y conozco a todos esos cazadores; se cómo funcionan sus mentes —Bossk empezó a emocionarse—. Verás, todos tienen sus estilos individuales, sus maneras de trabajar. Ahora, alguien como IG-88 (ése es un droide) tiene una especie de modo frío, lógico, *preciso*, de ordenar sus estrategias para perseguir mercancía. Mientras que los que siguen mi clase de tácticas son un poco más *instintivos*. ¿Sabes? En cierto modo huelen a su presa. Lo que sea que funcione, eso es todo. Si una clase de cazarrecompensas no puede atraparte, entonces otra clase lo hará. A menos que… —Bossk asintió lentamente, con su propia versión personal de una sonrisa sabia—. A menos que sepas qué esperar de ellos.

—Ah. Ya veo —Voss'on't lo miró con disgusto—. Y eso es lo que planeas venderme, entiendo. Tu experiencia en cazarrecompensas.

—Lo has entendido. —En realidad, ahora que Bossk había tenido algunos segundos más para reflexionar sobre lo que acababa de decir, no parecía tan mala idea. *Quizá*,

pensó, *debería examinar esto.* Había algunas criaturas sensibles fuera en la galaxia que se especializaban en pasar mercancía más allá de los cazarrecompensas que estuviesen buscándola, pero eso era básicamente una cuestión de correr y esquivar, hacer una entrega de un punto a otro. Sin embargo, entrar de verdad en el negocio como una especie de contra-cazarrecompensas, correspondiendo con su capacidad para la violencia y la intriga *contra* los cazarrecompensas, tenía cierto atractivo para Bossk. Por ejemplo, le parecía que indudablemente habría suficiente derramamiento de sangre para ajustarse a sus gustos; los cazarrecompensas no eran conocidos por tomarse amablemente que cualquier otra criatura entorpeciese sus operaciones. Además, los créditos que podían hacerse tenían una atracción definitiva para él—. Eso es lo que puedo ofrecer, muy bien —Bossk dejó que su sonrisa se extendiese a través de su hocico—. Por un precio.

—Un buen precio, supongo.

Bossk se encogió de hombros.

—Lo valgo.

—Apuesto a que lo haces —dijo Voss'on't—. Pero eres una criatura de negocios, ¿cierto? Sabes cómo son las cosas cuando se trata de negocios. Todo es negociable.

—Bueno… hasta cierto punto.

—Porque —continuó el antiguo soldado de asalto— tengo mi propio concepto de lo que vales.

Eso no le sonó bien a Bossk.

—¿Como cuánto?

—Como esto —Voss'on't metió la mano en la chaqueta y sacó una pistola desintegradora. En un rápido movimiento fluido, la tenía apuntada directamente a la frente de Bossk—. Creo que tenemos un trato.

Todo pensamiento cesó, y Bossk entró en puro modo de reacción. Con las manos planas contra la superficie de la mesa y un desintegrador apuntado a su cráneo, sus opciones eran limitadas.

Pero no totalmente: lanzó su peso atrás en la silla, tumbándola y a sí mismo con ella. Al mismo tiempo, Bossk impulsó las piernas en línea recta, sus pies con garras subiendo fuertemente contra la parte inferior de la mesa. La mesa voló hacia arriba, pegando en el brazo del arma de Voss'on't y deshaciendo su puntería. Cuando el espinazo de Bossk golpeó el suelo sucio del abrevadero, un rayo candente fue lanzado a través del aire vacío por encima de él y dio en el techo. Cenizas y polvo cayeron sobre Bossk mientras rodaba sobre sus manos y pies, y se zambulló hacia las mesas apiñadas en el lado alejado del espacio.

Esto es lo que recibo por ser inteligente; los procesos de pensamiento de Bossk aumentaron junto con su autodesprecio. *La próxima vez…* Volaron sillas traqueteando cuando su impulso golpeó el contenido del abrevadero en todas direcciones. *La próxima vez, sólo alcanzaré y le arrancaré la cabeza a alguien.*

Otro rayo de la pistola desintegradora de Voss'on't abrasó a una pulgada por encima de las escamas de Bossk. Rodó sobre su hombro, desenfundando su propia arma y

disparando antes incluso de que tuviese una ocasión para apuntar. Las botellas de licores de fuera del planeta, organizadas en filas detrás de la barra del abrevadero, se destrozaron en astillas mojadas al tiempo que el tabernero se dejaba caer al suelo. La mayoría de los otros clientes, los antiguos empleados de la colonia minera parecidos a topos, ya se habían dispersado fuera del camino del fuego desintegrador, cubriéndose las cabezas con sus manos de pala y avanzando con un torpe paso jorobado hacia los escalones gastados que conducían al nivel de superficie, o agachándose detrás de mesas volcadas.

—Aparta… —Bossk le dio un codazo a uno de los mineros. Desde el otro lado del caótico espacio desocupado del abrevadero, el siguiente tiro de Voss'on't pegó en la superficie de mesa vertical que protegía a la pareja de figuras arrodilladas—. No te preocupes: no va a por ti. —Bossk se inclinó por el borde de la mesa y trazó una rápida barrera de fuego con su desintegrador, esta vez lo bastante bien dirigida para forzar a Voss'on't hacia la apertura arqueada de la salida trasera del abrevadero. Entre su fuego y el del ex-soldado de asalto, la mayoría de las mesas del establecimiento y otros contenidos habían sido reducidos a escombros chamuscados y humeantes.

—¡Cazarrecompensas! —voceó Voss'on't, oculto en las sombras al borde del abrevadero—. Si crees que así es como vas a salir de aquí vivo, estás equivocado.

Mi equivocación, pensó Bossk amargamente, *fue venir aquí.* Especialmente solo; por qué alguna vez estuvo de acuerdo con la opinión de Boba Fett de dividirse estaba ahora más allá de su comprensión. Si hubiesen ido en equipo doble a por Voss'on't, como era el plan original, podrían haber tenido una oportunidad de prenderlo. La muerte de Zuckuss ahora parecía innecesaria; eso debería haber levantado sus sospechas allí mismo. El único sentido para el presente plan que podía ver (y era una comprensión no sin ironía) era que si Fett estuviese intentando eliminarlo, de modo que hubiese una oportunidad clara de tomar a Voss'on't solo y no tener que repartir la recompensa, al menos eso se había conseguido.

—Te diré algo, Voss'on't… —Bossk presionaba su espinazo contra el escudo de la mesa volcada, un hombro apretado contra la forma silenciosa del minero junto a él. Sus palabras gritadas rebotaban en el techo del abrevadero—. Ambos podríamos salir de aquí vivos si así lo quieres. Sería un trato fácil de hacer. —Bossk mantenía el cañón de su pistola desintegradora apuntado hacia arriba, el metal calentado del arma casi tocando el lateral de su cabeza—. Pero si no voy a salir de una pieza, entonces tú tampoco.

—Fanfarronadas, cazarrecompensas —flotó de vuelta burlonamente la voz del escondido Voss'on't—. Es fácil ver que nunca has servido en las fuerzas imperiales. Alardear sin poder respaldarlo es motivo de acción disciplinaria. Ni siquiera sabes a lo que te estás enfrentando, amigo.

—Hasta donde puedo ver —contestó a voces Bossk—, tú tienes un desintegrador y yo tengo un desintegrador. Y hay un tú y un yo aquí. —Se giró más allá del borde de la mesa y soltó un rayo en la dirección de la voz del otro, y después se revolvió antes de que Voss'on't pudiese devolver el fuego—. Considerando cómo normalmente las tropas de

asalto imperiales cubren con el número lo que les falta en puntería, diría que tengo la ventaja.

Un par rápido de rayos carbonizó el canto de la mesa por encima de la cabeza de Bossk, enviando astillas calientes por sus hombros.

—Olvidas algo, cazarrecompensas —el mismo matiz despectivo que antes sonó en las palabras de Voss'on't—. Puede que no haya gastado todos los créditos, pero gasté bastantes. Suficientes para asegurar que haya muchas sorpresas por llegar para alguien como tú.

—¿Sí? —Bossk miró el arma en su mano alzada para cerciorarse de su nivel de carga. El indicador mostraba que contenía más que suficiente para desintegrar la estructura entera del abrevadero, disparo a disparo, si era necesario—. ¿Como cuál?

—Como ésta.

Esas palabras confundieron a Bossk por un momento. Parecían ser de la boca de Trhin Voss'on't, pero mucho más cerca, como si el ex-soldado de asalto se las hubiese arreglado para escabullirse justo a su lado. Se apartó del borde de la mesa y se volvió hacia el minero colonial desempleado. Su ojeada fue justo a tiempo para ver una de las enormes manos como palas bajar balanceándose hacia su cráneo.

El desintegrador de Bossk fue girando por el suelo del abrevadero cuando su hombro golpeó la mesa, dándole la vuelta. Aturdido casi hasta la inconsciencia, Bossk apenas sintió sus brazos caer flojamente sobre las ruinas de las sillas destrozadas, sus piezas afiladas atrapadas debajo de su espinazo. Su visión sólo era suficientemente clara, aunque teñida con rojo arremolinándose en sus límites, para ver tanto a Voss'on't como al minero anónimo asomándose sobre él.

—¿Ves? —Voss'on't le sonrió cruelmente. Una mano sostenía un desintegrador apuntado a Bossk. Con la otra mano, el ex-soldado de asalto alcanzó y levantó un dispositivo de comunicación en miniatura que colgaba de un cordel debajo del arrugado filtro respiratorio fungoide que enmascaraba la cara del minero. Los ojos oscurecidos por las gafas pesadas, dos lentes redondas bajo el duro arco de las cejas en el cráneo parecido a un casco, miraban apagados hacia delante mientras Voss'on't activaba un dispositivo correspondiente en su propia mano—. Gasté los créditos donde me harían más bien —esta vez, la voz de Voss'on't fue captada por un micrófono de garganta, casi idéntico al que Bossk tenía puesto, y entonces sonó desde el pequeño altavoz del dispositivo atado al grueso minero—. No hay una sola criatura en esta colonia que no esté en mi nómina. *Todos* están vigilándome. Me gusta así —apagó el micro de garganta, y su voz llegó sin amplificar desde su propia boca una vez más—. Son lo bastante inteligentes para trabajar para mí, pero no para manejar cualquier clase de equipo de comunicaciones sofisticado, de modo que tuve que armar un sistema para que pudiese hacer una transmisión en vivo de mi propia voz; de esa manera podía darles sus órdenes personalmente. Además es genial para pequeñas bromas como ésta.

Los soldados de asalto de nivel superior tenían una reputación de sadismo gratuito; ahora Bossk podía ver por qué. Se incorporó sobre los codos y miró hoscamente a Voss'on't.

—¿Y qué vas a hacer conmigo?

—Lo mismo que hice con los otros que vinieron por aquí —Voss'on't dejó el desintegrador colgar flojamente de su mano—. Y que haré con todos los otros que piensan que van a hacerse ricos con mi pellejo —hizo señas con el desintegrador al minero de pie delante de él—. Levanta a este tonto.

Las dos grandes manos como palas se deslizaron bajo los brazos de Bossk y lo pusieron inestablemente de pie; los efectos del anterior golpe en la cabeza no se habían desvanecido completamente. Bossk se las arregló para permanecer de pie cuando el minero lo soltó y dio un paso atrás.

Ahora Bossk se encontraba mirando directamente la boca del desintegrador alzado de Voss'on't.

—Muy bien, cazarrecompensas —la fea sonrisa de Voss'on't se mostró detrás de la mirilla del arma—. No creas que no le he concedido a tu pequeña proposición de negocio una consideración seria. Lo he hecho, pero ya la había oído de los dos últimos cazarrecompensas que llegaron aquí —su pulgar se posó en el botón disparador del arma—. Y también había decidido ya que no necesitaba sus servicios.

—Espera un minuto… —con la visión todavía borrosa, Bossk separó las manos—. Aún podríamos elaborar algo…

—*Nosotros* podríamos —dijo Voss'on't—. Pero como nos vas a dejar ahora mismo, permanentemente, ¿con quién exactamente se supone que debo tratar? —su mano se apretó sobre la empuñadura del desintegrador, el pulgar comenzando su presión en el disparador.

—¿Qué tal tratar conmigo?

Bossk se figuró que el golpe del minero debía de haber dejado algo suelto dentro de su cabeza. Esas últimas palabras no habían venido ni de él mismo ni de Voss'on't.

Y reconoció la voz que les había hablado. Era Boba Fett.

Bizqueando, Bossk logró enfocar su vista lo bastante bien para ver a Trhin Voss'on't levantando su unidad de micrófono de garganta y mirando su pequeño altavoz con perplejidad. La voz de Fett había venido de ahí.

—Pero no puede ser —murmuró Voss'on't—. Eso significaría…

—Exacto —una palabra, fría y sin emoción, pero no de la unidad de micrófono de garganta de Voss'on't. La voz de Boba Fett, sin amplificar y real, llegó de detrás de Bossk. Vio a Voss'on't mirar más allá de él con sorpresa, justo cuando una de las anchas manos pala del minero lo empujaba a un lado. Trastabillando, casi cayendo al suelo del abrevadero, Bossk vio la otra mano del minero separarse en sus afilados dedos de duracero, como un ramo de antiguos sables militares. Los dedos, cada uno de ellos de casi medio metro de longitud, se apoderaron de la mano y el antebrazo de Voss'on't. Un único rayo, del desintegrador atrapado dentro del puño enorme del minero, iluminó las

juntas abiertas del metal. Entonces la cara cicatrizada de Voss'on't se deformó con dolor y rabia, mientras la mano del minero giraba, retorciendo y casi arrancando de su sitio el brazo de Voss'on't. Voss'on't se encogió encima de las ruinas de sillas rotas que yacían diseminadas por el suelo.

—Aquí —habló de nuevo la voz de Boba Fett mientras la mano de duracero del minero se abría y le alargaba el desintegrador capturado del ex-soldado de asalto—. No dejes que se mueva.

Bossk agarró el desintegrador y lo mantuvo apuntado hacia Voss'on't, tendido delante de él. Por el rabillo del ojo de pupila vertical, contempló mientras el disfraz de minero era despojado en piezas, revelando a Boba Fett debajo. Lo primero fueron los accesorios de mano como palas; cayeron al suelo con un estruendo doble. Las propias manos de Boba Fett, con los guantes de su característica armadura de batalla mandaloriana, a continuación desabrocharon y desecharon la enorme masa jorobada que había cubierto sus hombros; eso le permitió enderezarse, con su habitual arsenal ambulante visible en su espalda. Su casco, con su máscara con visor en forma de T, se hizo visible cuando Fett despegó los arrugados filtros respiratorios musgosos y las gafas protectoras de gran tamaño que habían ocultado su identidad. La masa ósea del revestimiento craneal sobredesarrollado del minero siguió al resto del disfraz, las partes y piezas ahuecadas esparcidas unas sobre otras, mientras la antena montada a un lado del casco de Boba Fett giraba de vuelta a su posición acostumbrada.

—Entonces, ¿de qué trataba todo eso? —El temperamento trandoshano normal de Bossk se había reafirmado; se sentía más irritado que aliviado mientras miraba a su socio en esa operación—. Pensaba que aún estabas en algún lugar arriba, más allá de la atmósfera, en el *Esclavo I*.

—Eso es lo que quería que creyese aquí nuestra mercancía —dijo Boba Fett—. Sabía que estaría escuchando nuestras comunicaciones. Con el equipo con el que podía dotarse, no habría habido ninguna oportunidad de enmascarar o codificar nuestra retransmisión. Así que grabé y sinteticé algunas señales de audio, estática y similares, para parchear con mis comunicaciones a ti; de esa manera, Voss'on't creería lo mismo que tú, que yo estaba a salvo fuera del área. Pero de hecho, he estado aquí todo el rato, disfrazado como uno de los antiguos mineros coloniales que había puesto en su nómina.

—Te entiendo —Bossk asintió en apreciación de la estrategia—. Necesitábamos hacer que bajase sus defensas, y nada lo hace como creer que acabas de vencer a uno de tus enemigos. —Conocía la sensación, el calor que venía con una de esas victorias sobre otra criatura sensible. Lo único mejor era el momento concreto de la muerte del rival, cuando su cadáver se convertía en una fuente para otro trofeo espeluznante en la cámara de recuerdos de uno—. ¿Y ya has pagado a los otros mineros?

—Por supuesto. No me gusta que los presentes interfieran en mis planes —los hombros de Boba Fett se elevaron en un leve encogimiento—. Y la lealtad que ha sido comprada una vez siempre es la más barata de comprar otra vez.

—Buen plan. —Una oleada de resentimiento creció súbitamente dentro de Bossk—. Excepto por una cosilla… *socio*. Casi haces que me maten.

—Todo plan tiene sus riesgos —en la voz de Boba Fett no era manifiesta ninguna disculpa—. Sabías eso desde el principio.

—Claro, pero ¿cómo es que soy el que acaba asumiéndolos todos?

—No tienes nada de qué quejarte —dijo Fett. Había desenfundado su propia pistola desintegradora y ahora la utilizaba para señalar hacia el antiguo soldado de asalto imperial—. Tenemos aquello a por lo que vinimos.

—¿Eso crees?

Había hablado otra voz.

Bossk miró rápidamente a Voss'on't. La cara del ex-soldado de asalto estaba rayada de sangre, su frente abierta por la mano como una pala que lo había tumbado de un golpe. A través de la red roja que se arrastraba, su mirada era furiosa y de alguna manera triunfante. Antes de que el trandoshano o Boba Fett pudiesen detenerlo, Voss'on't había apartado la manga de su chaqueta, revelando un pequeño panel de control atado con dos cintas a su antebrazo. Sólo había un único botón en el panel, el cual Voss'on't golpeó con el dedo índice.

El abrevadero (la barra, lo que quedaba de las mesas y sillas, las paredes y techos) se desmoronó como plastoide barato. Bossk se encontró cayendo hacia atrás en el aire, las manos con garras arañando para aferrarse a cualquier cosa en ese mundo súbitamente en erupción. La sulfurosa luz diurna del planeta se coló a través de los pedazos desmenuzados de la estructura, cuyos espacios cerrados habían estado rodeándolo sólo hacía una fracción de segundo.

Su espinazo golpeó fuertemente contra una chapa de duracero. Las vibraciones de inmensa maquinaria pesada eran tan tangibles como una catástrofe sísmica, retumbando a través de su carne y poniendo sus huesos a chocar unos con otros. Antes de que Bossk pudiese decir dónde estaba, sobre qué maquinaria había aterrizado, el duracero se inclinó debajo de él. Apenas logró aferrarse a una fila de cabezas de perno, sus garras clavándose en una juntura en el metal. Más escombros de lo que quedaba del bar llovieron por sus hombros mientras se agarraba. Un vistazo hacia el horizonte revelado mostró más y más del terreno al pie de las montañas peñascosas, y Bossk comprendió que la maquinaria a la que se adhería estaba surgiendo hacia arriba.

Una voz sonó dentro de su cabeza, desde el implante coclear.

—No intentes saltar —llegó la voz de Boba Fett—. Estas cosas te aplastarán como a un insecto.

Bossk se arrastró más arriba en el flanco inclinado de metal, logrando obtener una vista mejor de las orugas por debajo de él y el cono zumbador en el morro de la máquina, tachonado de dientes de duracero. Cada triángulo de metal era de dos veces su propia altura, el total moviéndose con una fuerza capaz de pulverizar su propia nave, el *Diente de Perro*, en metralla rota.

—¿Qué sucede? —gritó Bossk a su micro de garganta, contra el ruido aullante de la maquinaria—. ¿Qué es esta cosa?

—Un perforacortezas autónomo —contestó bruscamente la voz de Fett—. Para operaciones mineras en el núcleo profundo…

Un estremecimiento recorrió el metal contra el que el torso de Bossk estaba presionado. Se agarró con aún más determinación a las cabezas de perno y la juntura, consciente de que si se soltaba en una sacudida, se deslizaría directamente hasta las enormes orugas llevadas por engranajes sólo unos metros por debajo de él.

—Voss'on't debe de haberla cableado —continuó la voz de Boba Fett— como un sistema de defensa más. Con un botón del juicio final, en caso de que alguien consiguiese aventajarlo.

—¿Dónde estás? —Bossk oteó el paisaje muy abajo; los edificios de la colonia minera imperial abandonada parecían meros baches redondos situados en el árido terreno rocoso. Pudo ver algunas figuras de mineros corriendo a pie, intentando salir de debajo de la sombra de la máquina que se alzaba.

—No te preocupes por mí…

—No estoy… —Si la voz de Boba Fett no hubiese estado implantada directamente dentro de su cabeza, Bossk no habría podido oírla por encima del rugido y el aullido del perforacortezas.

—He conseguido alcanzar el suelo —llegó la voz de Fett—. Voss'on't tiene que estar por aquí en alguna parte.

Bossk levantó la cabeza del duracero y se estiró para mirar más allá de las orugas que sonaban debajo de él. Una nube agitada de polvo oscurecía el suelo abajo. Boba Fett seguía oculto a su vista, pero entrevió otra figura, una que pudo reconocer incluso a esa distancia elevada.

—¡Voss'on't! —gritó otra vez Bossk al micro en su garganta—. ¡Lo veo! —La sombra del perforacortezas daba un indicador aproximado de la dirección—. ¡Está al norte! Al norte de mí… —Bossk no tenía idea de dónde podría estar Boba Fett en la nube de polvo que subía de abajo—. ¡Hacia las estribaciones y la puerta de la colonia! —Por un momento, perdió de vista la pequeña figura de abajo; luego lo encontró otra vez—. Ahora se mueve al oeste…

Había algo más que Bossk pudo ver, un destello de metal oscuro en la mano de Voss'on't. En cierto punto del caos que había seguido a que el equipo minero irrumpiese de debajo del abrevadero, el ex-soldado de asalto se las había arreglado para recoger una pistola desintegradora.

—Está armado…

La necesidad de informar a su socio de ese hecho fue eliminada cuando Bossk vio a Voss'on't agacharse, el brazo del arma levantado, y disparar una barrera rápida de rayos desintegradores a la nube de polvo delante de él.

—¿Fett? —llamó Bossk por su micrófono de garganta—. ¿Aún estás ahí?

Del implante coclear dentro de la cabeza de Bossk no llegó nada más que silencio.

Bien, pensó Bossk, *supongo que no dividiré recompensas con él…*

El equipo minero al que Bossk se aferraba, la enorme masa traqueteante y aulladora del perforacortezas, se había alzado tanto de la superficie del planeta que se había hecho difícil ver exactamente qué ocurría por debajo de él. Voss'on't había pasado de ser una figura como un muñeco a un insecto. Bossk sólo pudo discernir los movimientos del ex-soldado de asalto cuando dio un paso adelante, desintegrador aún preparado y listo, para investigar a su víctima.

Dos cosas sucedieron entonces…

La pequeña figura de Voss'on't fue derribada cuando un dardo propulsado con una cuerda ligada salió como un rayo de la nube de polvo. La cuerda envolvió a Voss'on't en un microsegundo, sujetándole los brazos a los lados; tumbado sobre la espalda, el ex-soldado de asalto pateó furiosamente, intentando levantarse otra vez. Boba Fett emergió de la nube de polvo en la base del perforacortezas, bajando el arma de dardos de su posición apuntalada contra su hombro. Mientras Bossk observaba desde lo alto, su socio tiró con fuerza de la cuerda con una mano enguantada, arrojando al furioso Voss'on't sobre su cara y lejos de la pistola desintegradora en el suelo.

Lo segundo fue que el perforacortezas por fin emergió del todo de la superficie del planeta. Se había reunido suficiente impulso en la enorme masa de la máquina, de la velocidad de las orugas machacando a través de los subestratos rocosos, que por un momento se separó de su sombra vertida a través de las ruinas de la colonia minera abandonada. El perforacortezas colgó suspendido a una docena de metros o más sobre el terreno, su morro destripador y sus engranajes propulsores girando libres de contacto con cualquier sustancia aparte del mismo aire.

En el suelo, Boba Fett apartó su mirada con visor de su prisionero y la levantó hacia la construcción de duracero, avecinándose tan grande como una cordillera voladora por encima de él.

Esto no es bueno, se dijo Bossk mientras se agarraba al flanco tachonado de pernos de la maquinaria. *Esto va a doler…*

Se sintió yendo de una posición casi vertical a yacer boca abajo, fijado por la gravedad, en la superficie de metal contra su tórax, cuando el perforacortezas perdió la fuerza de su impulso y se inclinó hacia delante en el aire. El morro cónico con dientes de metal de la máquina ahora estaba paralelo al suelo, con las orugas directamente debajo de su masa, equivalente a la de una pequeña nave de combate imperial, pero sin los medios para mantenerse en vuelo. Rocas machacadas, las últimas de la subsuperficie que el perforacortezas había desgarrado y llevado consigo, ahora caían de sus engranajes y paneles protectores, girando y lloviendo por el área ensombrecida de abajo.

De repente esa sombra se acercó cuando el perforacortezas comenzó su caída, como una estratosfera metálica rompiéndose y precipitándose hacia el núcleo del planeta. Encima de la máquina, como si fuese una hormiga varada a bordo del juguete de un niño, Bossk se preparó para el impacto.

Lo sintió a través de cada fibra y célula de su cuerpo. El asimiento de las garras de Bossk fue arrancado de las cabezas de perno y la juntura en el flanco del metal; una proyección que sobresalía de un tubo de escape auxiliar del motor evitó que se desprendiese completamente de la inmensa máquina. Sus antebrazos y su torso extendidos pegaron planos contra el metal, el golpe sacando el aire de sus pulmones, mareándolo y anestesiándolo del rugido y de la furia de la destrucción, por parte del perforacortezas, de sí mismo y de lo que se situase debajo.

Bossk volvió en sí un segundo después, y se limpió sangre del hocico. Humo negro ondulaba hacia arriba en el cielo, saliendo a borbotones de los flancos estropeados y desgarrados del perforacortezas. Se agachó instintivamente cuando sonaron explosiones sordas en lo profundo de la máquina, sus destrozadas fuentes de energía encendiéndose en llamas y chispas como meteoros que dibujaban arcos, arrastrando estelas blancas tras ellas.

Va a explotar, se dijo Bossk. *Ponte en marcha…*

Empujándose con las manos magulladas, Bossk logró trepar al borde del panel debajo de él. El metal estaba resbaladizo con aceite lubricante, burbujeando y siseando del calor de las explosiones más dentro de la maquinaria. Se dejó caer, sin importarle cuál era la distancia al fondo.

Resultó ser de sólo un par de metros; descansando sobre su espalda, Bossk vio que los engranajes y orugas de los dispositivos propulsores del perforacortezas estaban enterrados hasta tres cuartos de su altura en el suelo. Polvo suelto y gravilla se filtraban hacia él mientras la masa del perforacortezas yacía al fondo de la amplia depresión con forma de embudo en la que se había transformado la colonia minera abandonada. Algunos de los edificios arruinados se encaramaban tambaleándose sobre el borde del cuenco. *Hueco*, comprendió Bossk. *Eso es.* El terreno por debajo de la colonia minera había sido horadado cuando capa tras capa de mineral había sido extraída y los pozos y canteras subterráneas habían sido vaciados. De otro modo habría muerto por el impacto del aterrizaje del perforacortezas, si hubiese golpeado suelo sólido, sin ninguna manera de disipar ni siquiera parte de la fuerza aplastante.

Bossk se puso de pie y se tambaleó hacia la parte delantera de la máquina, lejos de los fuegos y pequeñas explosiones continuas en las unidades de potencia hacia su sección de cola. La fuerza de aquéllas había colocado el perforacortezas en una inclinación, su morro cónico, ahora callado, alzándose y apuntando hacia el cielo.

Se quedó quieto, su respiración y pulso ralentizándose gradualmente mientras se quitaba los trozos de roca que se le habían incrustado en las escamas. Los olores acres de las llamas y el aceite ardiente resquemaron sus fosas nasales abiertas. Estaba solo en lo que quedaba de la colonia minera; los habitantes que quedasen probablemente aún estaban huyendo por las colinas circundantes. Y nada podría haber sobrevivido a ser enterrado bajo tantas toneladas de duracero cayendo de los cielos…

Algo se movió debajo del morro del perforacortezas, a medio camino entre las placas de sus orugas. Rocas y polvo se desplazaron, deslizándose a un espacio oscuro por debajo.

Mientras Bossk observaba, emergió una mano enguantada, agarrándose a la tierra. Después un antebrazo envuelto en harapos de traje de batalla, arrastrando a la luz el hombro unido. Un casco conocido, aún más abollado y arañado que antes, mostró su agrietado visor en forma de T.

Poco a poco, como levantándose de la tumba, Boba Fett se arrastró fuera de debajo de la destrucción ardiente.

Cuando Fett estaba medio fuera, Bossk se recuperó de su estupor lo suficiente para bajar y agarrar al otro cazarrecompensas por las muñecas, tirando de él para terminar de liberarlo y poniéndolo de pie.

—¿Estás bien? —Bossk miró el visor oscuro de Boba Fett.

Boba Fett no contestó la pregunta.

—Vamos —señaló el agujero raspado del que acababa de emerger, con la masa del perforacortezas elevándose por encima—. Voss'on't… está justo ahí. Tenemos que sacarlo.

El trabajo fue más fácil por estar el ex-soldado de asalto inmóvil y todavía atado por la cuerda que el dardo del arma de Boba Fett había enlazado alrededor de él. Bossk retrocedió desde el agujero debajo de la maquinaria, arrastrando a Voss'on't con él. Lo extendió fuera en el suelo, a algunos metros del perforacortezas.

Fett se arrodilló e hizo una comprobación rápida de signos vitales; después se volvió a levantar.

—Sigue vivo —miró por encima a Bossk—. Tenemos nuestra mercancía.

Exhausto, Bossk se acuclilló sobre sus ancas. Junto a él, Boba Fett consiguió activar su enlace de comunicación e indicar a su nave, el *Esclavo I*, que descendiese y los recogiese.

—No sé… —Bossk sacudió lentamente la cabeza. Cada respiración dolía, y estaba seguro de que había al menos unos pocos huesos rotos dentro de él—. No creo que quiera volver a trabajar contigo…

12

Cuando las noticias vienen de muy lejos, a veces acumulan poder en su viaje. Como un oleaje en la superficie de un planeta acuático, que rueda ininterrumpido y reúne fuerza más y más grande haciéndolo, hasta que puede arrancar ese mundo de su eje de rotación; o barrer sobre su cara curva y entonces aplastar a cualquier criatura leviatán más pequeña que él mismo.

Tales oscuras reflexiones rumiadas llegaban fácilmente a los de la especie falleen. El Príncipe Xizor estaba en el pequeño mirador, contemplando las estrellas y la vacuidad en la que eran contenidas; el pulgar y el índice de una mano acariciaban los ángulos agudos de su barbilla mientras sus pensamientos progresaban a través de sus cursos. Ya había oído las noticias, el cumplimiento del siguiente paso en sus planes intrincadamente urdidos, antes de que hubiese hecho el viaje de regreso a su casa. En efecto, había esperado las noticias en cualquier momento, mientras aguardaba en los alojamientos privados de su nave *Virago*. *Algunas cosas*, reflexionó, *son tan ciertas como la propia rotación lenta de la galaxia.* Muchas de sus propias acciones e intrigas se basaban en una fría valoración de riesgos calculados; las más peligrosas añadían a su vida una emoción que movía la sangre. Apostarlo todo al giro de una carta, por usar la metáfora de jugador más antigua (todo, incluyendo la misma vida que saboreaba en tales momentos), era el deporte definitivo. Pero no era la clase de satisfacción de bajo nivel que obtenía de apostar por algo seguro. Y en ese universo, como se había demostrado una y otra vez, nada parecía tan seguro como cierto Boba Fett, cazarrecompensas.

Un sonido de garras gateando y un leve movimiento llegaron al rabillo del ojo de Xizor. Se giró y vio a uno de los subnodos de Kud’ar Mub’at, una cosilla parecida a un cangrejo atada por un neurofilamento blanco brillante a las fibras de comunicación de la red.

—¿Sí? —Xizor levantó una ceja mientras observaba a la criatura semi-independiente pegada a la pared delante de él—. ¿Qué pasa?

La boca del subnodo, casi humanoide en tamaño, se abrió y emitió palabras.

—Se desea vuestra presencia, mi señor —su voz era una aproximación chirriante de la de su propio patrón—. En la sala del trono principal y área de conferencias.

—Muy bien —dio un único asentimiento de contestación—. Dile a Kud’ar Mub’at que estaré con él en breve.

Xizor dejó que el subnodo abriese el camino a través de los ángulos y giros estrechos de los pasillos internos de la red. Las paredes de textura áspera, con sus fibras estructurales de grosores diversos comprimidas en una masa sólida, estaban iluminadas débilmente por la fosforescencia de otros subnodos que colgaban a intervalos por encima, creaciones idiotas de su padre ensamblador. No tenían más inteligencia que la suficiente para controlar la catálisis lenta y el decaimiento de los componentes productores de luz en sus cuerpos globulares, cada uno apenas más grande que la palma de la mano de Xizor. Cuando su brillo hubiese disminuido bastante, los instintos con los que habían sido

diseñados y extrudidos los enviarían arrastrándose de vuelta a Kud'ar Mub'at para ser reingeridos por su creador. Xizor no sentía ninguna lástima por ellos; compartía la actitud de que las criaturas inferiores estaban para el servicio de sus amos.

Agachó la cabeza para abrirse camino a través de una de las áreas de techo más bajo en la red. Sus anchos hombros fuertemente musculados rasparon contra las paredes enmarañadas a ambos lados. A bordo de la *Virago*, hasta los pasajes más estrechos eran más amplios de lo que podría alcanzar con las manos completamente alargadas; sus propios alojamientos personales en la nave estaban tan lujosamente equipados como el vestíbulo de recepción de muchos palacios de gobernantes planetarios. Era una prueba para sus deseos regresar voluntariamente a la red a la deriva en el espacio de Kud'ar Mub'at y entrar en sus claustrofóbicas estancias viscosas; sólo la perspectiva de concluir exitosamente unas antiguas intrigas de negocios era suficiente para atraerlo cerca del ensamblador aracnoide y su correteante progenie de subnodos.

—¡Ah, mi muy apreciado Xizor! ¡Sol de mi gris existencia! —Kud'ar Mub'at estaba posado sobre el cojín neumático del subnodo que servía como su trono. Las peludas patas delanteras del ensamblador se levantaron y se agitaron en una parodia grotesca de un gesto de bienvenida—. ¡Cuán profundamente avergonzado estoy por haber tenido esperando a alguien de vuestra exquisita eminencia! Por favor, aceptad mis más humildemente postradas disculpas…

—No es necesario —Xizor ya podía sentir su propia paciencia drenándose dentro de él. El lenguaje florido del ensamblador siempre lo irritaba, sospechando como lo hacía que cada palabra que venía de la boca de Kud'ar Mub'at estaba teñida de sarcasmo venenoso. Se puso delante del ensamblador, los brazos cruzados delante del pecho—. Me han dicho a mi llegada aquí a tu red que se acababan de recibir noticias importantes, y ésa era la razón para retrasar nuestra reunión —su mirada afilada como una vibrocuchilla abarcó a Kud'ar Mub'at y los diferentes subnodos agrupados a su alrededor o posados sobre varias patas—. Si las noticias tenían ese género de urgencia para ti… entonces me pregunto si podrían tener alguna relación con *nuestros* intereses mutuos.

Todos los ojos múltiples que tachonaban la cara de Kud'ar Mub'at cambiaron inquietamente por un momento, como revelando las ágiles contorsiones de la mente instalada detrás de ellos. Después el ensamblador soltó una carcajada desagradablemente aguda.

—¿Por qué, mi muy estimado Príncipe Xizor, ya sabéis todo de esas noticias que acabo de oír? Concedido, vuestra inteligencia innata es de una naturaleza muchos grados por encima de la mía. Pero aun así… que hayáis adquirido tal información antes que yo… —Kud'ar Mub'at se sacudió uno de los pequeños subnodos de la pata delantera; después usó la garra expuesta para rascarse la punta de la barbilla—. ¡Cómo me *aflige* albergar sospechas contra alguien querido de manera tan única para mí como vos! ¡El dolor! No obstante… —los dos ojos principales de Kud'ar Mub'at miraron más de cerca a su visitante—. Odiaría creer que vuestras fuentes de recopilación de información, la gran y eficiente red de vuestra organización Sol Negro, han estado escuchando novedades en

este pequeño asunto independientemente de mis propios espías favoritos y de confianza. Eso tendería a indicar, ¡oh, horror!, que vos, querido príncipe Xizor, no confiabais en *mí*.

—Confío en ti, está bien —un rincón de la boca de Xizor se alzó en una sonrisa macabra—. Hay algunas cosas que puedo confiar absolutamente en que sucedan cuando trato contigo. Dada cualquier oportunidad, mentirás, engañarás, malversarás, y de otras maneras buscarás ganar una ventaja sobre un compañero de negocios. Retener o cambiar algunos detalles importantes sobre alguna materia en la que ambos tengamos un interés sería una de las menores ofensas que cometerías.

—Hm —el ensamblador parecía molesto; apartó su cara estrecha de Xizor y pasó un rato trajinando con su trono parecido a un nido, atizándolo y pinchándolo con sus juegos de patas inferiores. El subnodo neumático soportó el asalto con aburrida paciencia—. Muy bien; lo que sea —Kud'ar Mub'at por fin volvió a asentar su abdomen globular en el nido debajo de él—. Si voy a ser criticado por ser una criatura de negocios y ocuparme de ellos de la manera en que debería (ni más, ni menos), entonces simplemente tendré que aceptarlo como mi parte en este universo.

—Ahórramelo —dijo Xizor. No sabía qué era peor: las adulaciones untuosas de Kud'ar Mub'at o sus ocasionales espasmos de autocompasión—. Lo has hecho bien solo —Xizor hizo un ademán con una mano levantada, señalando las fibras espesas de ese espacio apretado y todas las más pequeñas más allá—. Considera los tesoros que has acumulado.

—Cierto… —los ojos como perlas de Kud'ar Mub'at rutilaron mientras su mirada se lanzaba alrededor del área. Allí, al igual que por toda la red, las fibras de la estructura estaban entretejidas con diversas partes y piezas de maquinaria y equipo de comunicación de alto nivel, todo ello sisado y rescatado de varias astronaves que habían sido lo bastante desafortunadas de haber caído bajo el control del ensamblador, normalmente para pagar las deudas del dueño, el coste invariable de hacer negocios con una criatura tan inteligente y avariciosa—. Tengo muchas cosas *bonitas*… bonitas y raras, y también caras…

Idiota. Xizor no se molestó en ocultar el desprecio que se mostró en su cara. Algo del equipo recogido en la red de Kud'ar Mub'at funcionaba (así era como el ensamblador se las arreglaba para mantenerse al corriente de sus muchas intrigas remotas en diferentes mundos), pero el resto estaba inerte e inútil. Inútil, excepto para uno de su solitaria especie; el ensamblador parecía valorar los procesos de adquisición tanto como los resultados. Absorber cosas constantemente, tanto vivas como muertas, en su red de fibras neurales autogeneradas, haciéndolas tan parte de sí mismo como los subnodos que diseñaba y extrudía para su servicio: ésa era la suma de la existencia de Kud'ar Mub'at. Sus complicadas intrigas eran tejidas por la misma razón que la red física en la que se acuclillaba, a la deriva por delante de las estrellas y los mundos que las circundaban: porque no tenía otro modo de existir separado de los hilos de esa red y esas intrigas. Exudaba ambas de la manera en que otras criaturas respiraban. Xizor miró las hebras densamente enmarañadas cerca de sus hombros; volvió a chocarle que estuviese, casi

literalmente, dentro de la cabeza de otra criatura, sus pensamientos habiendo asumido una tangible forma animada. Esa comprensión lo llenó, como siempre había hecho anteriormente, con una sutil náusea.

—Pero —dijo Xizor en voz alta— hay muchas más cosas que te gustaría tener. Y por *eso* estamos juntos en negocios.

—Exacto, mi querido Xizor —la cara de Kud'ar Mub'at se partió en una sonrisa dentada—. Perdonadme por haber dudado alguna vez de vuestra tan profunda desconfianza y baja opinión de mí. Estad seguro: es mutuo.

—Entonces pongámonos manos a la obra. Ahora que has oído lo que yo ya sé. Hay mercancía difícil de camino aquí. Boba Fett ha capturado a Trhin Voss'on't.

—¿Esperábamos otra cosa? —Kud'ar Mub'at imitó un encogimiento de hombros humanoide con el alzamiento de un par de patas delanteras—. Boba Fett nunca falla. Por eso lo hicimos una parte integral de nuestros planes. Si Fett sale tras una recompensa, siempre cobra. Y una recompensa como la que el Emperador ofrecía por Voss'on't… bueno… —otro encogimiento de hombros, ligeramente menos exagerado—. Era una certeza que él iría tras ella.

—Como harían todos los demás cazarrecompensas en la galaxia —señaló Xizor—. Ésa era la otra parte (la otra parte *predecible*) del proyecto. Incluso mientras hablamos, los otros cazarrecompensas (los pocos que queden de ellos) todavía se lanzan unos a las gargantas de otros, apuñalándose y conspirando unos contra otros. Aún no les ha llegado la noticia de que la inspiración para toda su codicia desenfrenada ya está en las manos de Boba Fett. Para cuando los otros cazarrecompensas sepan que Trhin Voss'on't ha sido capturado, será demasiado tarde para que escapen de las consecuencias de sus acciones. Ya no hay dos facciones de cazarrecompensas: el Gremio Verdadero y la Comisión de Reforma del Gremio están acabados. La avaricia tiene el poder de lograr tales cosas, de volver a una criatura contra otra, quienes un momento antes habían estado llamándose familia. —El sabor de ese hecho conseguido era como un rico licor intoxicante en la lengua de Xizor. Siempre había despreciado la tendencia de criaturas menores a formarse en pretendidos grupos protectores, ya fuese el viejo Gremio de Cazarrecompensas desaparecido o esa nueva Alianza Rebelde que disfrutaba de su breve momento bajo el sol—. Hubo un tiempo —continuó Xizor— en que esos cazarrecompensas se consideraban ligados por su llamado «Credo de los Cazadores», como si ese pequeño pacto fuese suficiente para mantener la enemistad de unos con otros bajo control. Bien, esa preciosa ficción al menos se ha ido, y con viento fresco. Quizá queden algunos que lo sigan de boquilla, pero el resto ha descubierto la verdad sobre sí mismos y los demás.

—Desde luego que lo han hecho —Kud'ar Mub'at asintió de acuerdo con su cabeza triangular—. ¡Muy excelente y previsora era vuestra intriga, mi querido Xizor! Os felicito por su éxito; no es que alguna vez estuviese en duda, por supuesto. Entre vos y Boba Fett, ¿cómo podría haber resultado de otra manera?

Xizor ignoró el lisonjeo del ensamblador. Era superfluo, en todo caso; se había propuesto destruir el viejo Gremio de Cazarrecompensas, y así lo había hecho. Boba Fett

no había sido más que la herramienta en su mano, tan marcadamente eficiente como el cincel afilado de un escultor. El primer golpe había sido suficiente para dividir el Gremio en dos facciones rivales; este golpe final las había aplastado en sus átomos constituyentes. No quedarían muchos de ellos vivos para cuando el proceso hubiese alcanzado su término; la caza de recompensas era una profesión despiadadamente competitiva, una en la que la mejor manera de asegurar la supervivencia era eliminar a los demás antes de que tuviesen la oportunidad de eliminarte. Por muy pesado e ineficiente que hubiese sido el antiguo Gremio, al menos había logrado reprimir el nivel de violencia entre los cazarrecompensas individuales. Ahora, sin ni siquiera las dos organizaciones disidentes residuales, era temporada abierta en el ramo. Los cadáveres ya empezaban a apilarse. Por supuesto, eso también era del gusto del Príncipe Xizor; sólo los cazarrecompensas más fuertes y capaces sobrevivirían a semejante desalojo de sus cifras, y las habilidades de ésos serían aún más fuertes y mejoradas por ello. Quizá nunca habría otro cazarrecompensas igual a Boba Fett; que así fuese. Pero ahora habría otros, más duros y sanguinarios en su rápida y brillante gracia letal. Serían perfectos, no sólo para los usos del Imperio de Palpatine, sino también para los del imperio más oscuro que había en sus sombras, el cual era tan adecuadamente conocido como el Sol Negro.

—Sí —dijo Xizor asintiendo lentamente—. No podía haber sido de otra manera. Incluso si no nos hubiésemos asegurado del resultado nosotros mismos.

El ensamblador emitió una áspera carcajada que fue recogida y repetida por las voces afiladas de los subnodos agrupados alrededor de él.

—¡Pobre Boba Fett! —superado por su repulsivo júbilo, Kud'ar Mub'at agitó las patas delanteras—. ¡Pensad en cuántos problemas podría haberse ahorrado para sí, si hubiese sabido que Trhin Voss'on't, el soldado de asalto supuestamente renegado, estuvo actuando bajo las órdenes directas de Palpatine todo el tiempo!

Por mucho que admirase a Boba Fett, Xizor no podía evitar sentir cierto placer por haber embaucado al famoso cazarrecompensas. Y se había logrado justo como Kud'ar Mub'at había dicho.

Todo había sido una maquinación, y *todos* los cazarrecompensas habían caído en ella. Xizor sabía que ésa había sido una parte importante de la atracción para el Emperador Palpatine, y por lo que había aprobado el subterfugio, siempre que Xizor pusiese la recompensa de su propia fortuna personal. Lejos de ser un renegado y un traidor, en realidad Trhin Voss'on't era uno de los soldados más leales del Emperador; lo bastante leal (y lo bastante obediente) para estar dispuesto a seguir órdenes que resultaban, al menos temporalmente, en la denigración de su reputación entre las filas de sus compañeros soldados de asalto imperiales. Y más que eso: para establecer completamente su historia de cobertura de ser un renegado, siguiendo inexorablemente su propia agenda personal, los otros implicados en el secuestro de la nave imperial tenían que ser asesinados, y por la propia mano de Voss'on't. Esas órdenes también las había llevado a cabo sin vacilación. Los códigos robados habían sido un problema menor comparado con ése; antes de que el plan siquiera se hubiese puesto en marcha, las medidas para eliminar

el daño causado por la venta de los datos obsoletos ya estaban en su lugar. Justo como Xizor había previsto, el resultado final de sus preparativos fue un aliciente perfecto para la codicia de los cazarrecompensas individuales, y más que suficiente para disolver las dos facciones restantes en las que se había partido el viejo Gremio.

Ese derrumbe final en la anarquía de cada criatura por sí misma, los restos del antiguo Gremio de Cazarrecompensas desintegrándose en nada más que recuerdos, había sido un resultado que el Emperador Palpatine se había alegrado de oír. Antes de ir allí, a la red a la deriva de Kud'ar Mub'at, Xizor había tenido otra reunión con el Emperador en su sala del trono en el planeta Coruscant, y había recibido las felicitaciones del Emperador por un trabajo bien hecho. Todo el tiempo, la imagen holográfica de Lord Darth Vader había rabiado en silencio, incapaz de hacer cualquier protesta sin arriesgarse a la burla del Emperador o su ira… o ambas. Xizor había saboreado el momento de triunfo, incluso siendo consciente de que cualquier enemistad que Vader le hubiese tenido previamente, ahora estaba multiplicada muchas veces. Lo único peor que fracasar en una contienda de voluntades entre uno mismo y el Señor Oscuro de los Sith era vencerlo. Vader no se tomaba la humillación de la derrota a la ligera.

Habrá consecuencias, se aseguró Xizor a sí mismo. El día del ajuste de cuentas entre él y Vader sólo había sido pospuesto. Cuando llegase, sólo uno de ellos estaría vivo después.

Estaría preparado para esa confrontación. Xizor sabía que estaba en una posición aún más fuerte que antes.

Ahora, reflexionó Xizor, *Palpatine piensa que ha obtenido lo que quería.* Una casta más fuerte y más dura de cazarrecompensas mercenarios, todos ellos listos para hacer el trabajo sucio del Imperio, por un precio. Y sin el viejo Gremio manteniéndolos no competitivos, y gordos y perezosos. *Es bueno para el Imperio,* asintió lentamente Xizor para sí mismo. *Es aún mejor para Sol Negro.*

—Lo habéis hecho bien por vos mismo, mi querido Xizor. —Situado delante de él, Kud'ar Mub'at había percibido el curso de los pensamientos silenciosos de Xizor—. Habéis demostrado más que vuestro valor para Palpatine. Eso os sostendrá en buen lugar en el futuro, con todo el resto de vuestros planes e intrigas. El favor del Emperador brillará sobre vos como la cálida luz del sol de un mundo tropical. Es conocido por recompensar el ingenio… y la lealtad.

—No tanto como puedas creer —replicó Xizor—. No tengo ilusiones en ese sentido. El Emperador me mantendrá a su mano derecha mientras me considere un instrumento valioso de su voluntad. Si sucediese cualquier cosa que desvaneciese esa sensación de valor, entonces estaré mucho más cerca para que él (o Darth Vader) pueda aplastar la respiración de mi garganta.

—Preocupaciones innecesarias; innecesarias, digo —Kud'ar Mub'at dedicó su sonrisa dentada al invitado de la red—. Cualesquiera obstáculos se presenten ante vos, en vuestro recorrido por el laberinto que es la corte del Emperador Palpatine, estoy seguro de que los salvaréis con vuestra habitual y encomiable diligencia.

Xizor devolvió la sonrisa.

—Yo también estoy seguro de que lo haré —inclinó la cabeza en una media reverencia burlona hacia el ensamblador—. ¿Cómo puedo fallar, con un cómplice como tú a mi lado?

—¡Ah! ¡Qué dulce por vuestra parte decir eso! ¿Entonces puedo entender que todos los problemas de desconfianza entre nosotros están disipados?

—Por supuesto que no, idiota —Xizor sacudió la cabeza con aversión—. El día que confíe en una criatura como tú será el día que firme mi propia sentencia de muerte. Pero basta de eso; vamos al asunto.

—Lo que sea —se malhumoró Kud'ar Mub'at—. Como deseéis —hizo un ademán con la punta de una pata delantera—. Por favor, proceded.

—Una cosa es felicitarnos por haber alcanzado el objetivo de nuestros planes, la desintegración total del Gremio de Cazarrecompensas. Si deseas disfrutar en el cálido brillo que viene con tal logro, entonces hazlo cuando estés solo, Kud'ar Mub'at —con la voz haciéndose más dura, Xizor se inclinó hacia el ensamblador—. Pero ahora mismo, hay mucho trabajo que queda por hacer, si vamos a gozar de los resultados de nuestras maquinaciones. Uno no pone planes como éstos en marcha sin crear ciertos, podríamos decir, *enredos* que deben limpiarse.

—En efecto —Kud'ar Mub'at asintió juiciosamente—. Es exactamente como decís, mi querido Xizor. Hemos traído algunos participantes a estas intrigas que quizá no estén precisamente contentos de descubrir el papel que han sido forzados a desempeñar involuntariamente.

Eso era cierto; Xizor ya se lo había admitido a sí mismo.

—El soldado de asalto no es mucho problema —dijo Xizor—. El hecho de que Trhin Voss'on't llevase a cabo las órdenes que le habían dado, e interpretase su parte en esta pequeña farsa, indica una cierta ingenuidad por su parte. A menudo es el caso con esos tipos militares; están entrenados para confiar en sus superiores. Las tropas de asalto no podrían sobrevivir si permitiesen cualquier duda dentro de sus filas. Y en el caso de Voss'on't, le prometieron mucho adicionalmente, si representaba bien su papel.

—¿De veras? —el ensamblador inclinó la cabeza a un lado—. ¿Qué le prometió exactamente el Emperador Palpatine a Voss'on't?

—Retiro —el Príncipe Xizor se encogió de hombros—. Una pensión modesta, basada en sus años de servicio en las tropas de asalto. Tienes que recordar que muy pocos de entre sus cifras viven lo bastante para disfrutar esas cosas. Dado por lo que tienen que pasar, y lo que tienen que hacer por el camino, un poco de paz y tranquilidad es todo lo que quieren para sus últimos días.

—Qué conmovedor. ¿Y qué recibirá Trhin Voss'on't en su lugar?

—Déjame eso a mí —dijo fríamente Xizor. No le tenía al soldado de asalto ninguna animadversión; lo que ahora le sucediese a Voss'on't era una cuestión de simple necesidad. Voss'on't se había convertido en un cabo suelto, algo que tenía que ser limpiado y eliminado, antes de que pudiese crear cualquier turbación para aquellos que

habían planeado la maquinación en la que había jugado una parte tan vital. Los viejos soldados tendían a hablar sobre sus aventuras. Unos pocos detalles indiscretos filtrándose, concernientes a cómo otros soldados de asalto habían sido engañados y asesinados, tendrían un impacto serio en la moral de aquellos que aún servían en las fuerzas del Emperador. La Alianza Rebelde podía usar esa clase de información como una manera de alentar deserciones masivas, meramente ofreciendo a cualquier soldado de asalto con mentalidad de supervivencia un refugio seguro fuera del alcance de sus oficiales al mando y de su Emperador sanguinario. Por esa sola razón, Trhin Voss'on't no iba a recibir la jubilación pacífica que se le había prometido; sabía demasiado. Xizor ya había asegurado al Emperador que se ocuparían de Voss'on't… permanentemente.

—¿Y qué hay de Boba Fett? —una nota de diversión sonó en la voz de Kud'ar Mub'at—. Atar ese cabo suelto en particular podría ser un poco más difícil. No es, después de todo, la misma clase de individuo confiado que Trhin Voss'on't.

—Ése es mi problema. Y me ocuparé de ello. —Xizor ya había dado al asunto su debida consideración. Desafortunadamente, tanto para él mismo como para Boba Fett, la única solución posible era la misma que se aplicaría en el caso del soldado de asalto Voss'on't. Xizor hacía una regla general de negocios de nunca crear una situación en la que alguien más tuviese una ventaja sobre él. *Sólo un necio*, había decidido hacía mucho tiempo, *cede un arma a un enemigo potencial.* Era igual de imprudente dejar un arma donde un enemigo podría encontrarla y recogerla. Y en el universo en el que vivía y operaba, todo el mundo era un enemigo, más tarde o más temprano; simplemente era más seguro hacer esa suposición desde el principio.

Boba Fett tenía una de las redes de fuentes de información más cuidadas en la galaxia; era una gran parte de su éxito como cazarrecompensas. Era razonable esperar que alguna de esas fuentes pudiese estar localizada en las filas del mismo Sol Negro. Fett podía no saberlo ahora, pero la verdad podría descubrirse en cualquier momento: que había sido el Príncipe Xizor quien había instigado la destrucción del Gremio de Cazarrecompensas. Permitir siquiera la posibilidad de que Boba Fett, con su mente taimada y su apetito por la ganancia, adquiriese una pieza de información tan dañina que sostener sobre él… sería una locura. Incluso si después eliminaba a Boba Fett, permanecería el problema de todos los otros que podrían haber sabido la verdad por él. Entonces demasiadas criaturas le guardarían rencor a Xizor; hasta si lograba eludir a cada cazarrecompensas que tuviese algún vestigio restante de lealtad a la antigua organización, hacerlo le complicaría infinitamente la existencia. Y sólo se necesitaría uno de ellos, con un golpe de suerte, y todos sus planes para Sol Negro expirarían junto con su propia vida.

No, pensó Xizor. La decisión ya había sido tomada. El silencio de Fett y la muerte del cazarrecompensas eran una misma cosa. Y demasiado valiosa para no causarla.

—Tengo plena confianza —ronroneó Kud'ar Mub'at— en que eso será atendido, y de vuestra manera eficaz habitual. De eso no tengo ninguna duda, mi querido Xizor. La única pregunta es cuándo. Prefiero dormir sólidamente aquí en mi humilde red, a salvo entre mis tesoros, mis sueños no turbados por el conocimiento de cazarrecompensas con

quejas contra mí. Mi único deseo es coexistir con mis compañeras criaturas de la galaxia de un modo tan armonioso como sea posible. La idea de Boba Fett todavía suelto en algún lugar, y teniendo pensamientos poco caritativos hacia mí… eso incidiría de manera muy inmisericorde en mis sueños.

—No te preocupes —dijo Xizor sombríamente. Ya había tomado también su decisión sobre esa parte del asunto. Cuando había enredos que limpiar, había que ocuparse de ellos hasta el detalle más pequeño, o hasta los potencialmente más valiosos. El cazarrecompensas Boba Fett habría tenido indudablemente sus usos en el futuro, tanto para el Imperio como para Sol Negro; en algunos aspectos, Fett era una de las criaturas más irreemplazables en la galaxia, con una función necesaria de servir, siempre que uno tuviese los medios para pagar por ello.

Además, Xizor tenía que admitir que sentía cierta admiración por el cazador. La eficiencia y la implacabilidad de Boba Fett eran cualidades verdaderamente inspiradoras, las cuales Xizor había indicado a sus subordinados en Sol Negro en muchas ocasiones como modelos dignos de su emulación. La galaxia sería un lugar más benigno y amable con Boba Fett suprimido de ella; la idea llenaba al Príncipe Xizor de asco.

Qué paradójico, reflexionó, *que la crueldad requiera que el más cruel sea exterminado.* Con todo, si se reducía a una elección entre su propia supervivencia y la de Boba Fett, entonces el cazarrecompensas ya era historia.

—Soy —suspiró Kud'ar Mub'at— una criatura dada a la preocupación. Es mi naturaleza —el ensamblador hizo un ademán con sus patas delanteras hacia los subnodos agrupados alrededor de él—. Tengo muchas responsabilidades. Por eso me veo forzado a admitir que tengo graves preocupaciones sobre vuestros planes para «ocuparos» de Boba Fett. Otros han intentado «ocuparse» de él en el pasado, y las cosas no resultaron bien para esas desprevenidas criaturas.

—Ésa es la diferencia entre ellos y yo. Cuando me ocupo de algo, permanece así. No lo olvides: tengo los recursos de no sólo el Imperio, sino también de Sol Negro detrás de mí. Boba Fett nunca ha tropezado contra una combinación como ésa. Prevalecer contra un montón de hutts babeantes y criaturas similares, con sus lamentables redes insignificantes y sus esferas de influencia, es una cosa; sobrevivir contra las fuerzas que dirijo es otra muy diferente.

—Vuestra confianza, mi querido Xizor, es tan poderosa como para evocar admiración en alguien como yo.

—Debería serlo —el príncipe falleen alcanzó el borde de su capa y lo arrastró a través de su pecho. Ahora estaba preparado para marcharse de la red para asegurarse de sus otros preparativos—. Tu única preocupación verdadera, Kud'ar Mub'at, es representar tu propio papel en esta última etapa de nuestros planes.

El ensamblador retrocedió en su nido neumático.

—Mis habilidades especiales son terriblemente limitadas…

—Lo has hecho bien hasta ahora —dijo Xizor—. Fue tu experta mentira la que involucró a Boba Fett en la intriga contra el Gremio de Cazarrecompensas en primer

lugar. Cayó entonces, ya que no tenía razón para no creerte. Similarmente, no tiene ninguna razón para desconfiar ahora. Fett tiene en su posesión cierta mercancía difícil, como a él y a los otros cazarrecompensas les gusta referirse a sus prisioneros; a saber, Trhin Voss'on't, que se supone que es un soldado de asalto imperial renegado. Tú, el ensamblador Kud'ar Mub'at, tienes en fideicomiso el pago de la recompensa por la entrega de esa mercancía —Xizor elevó la mirada hacia uno de los subnodos más grandes que se aferraban a la pared fibrosa cerca de Kud'ar Mub'at—. ¿No es así?

—Es una declaración cierta y verificada —respondió el subnodo llamado Hoja de Balance—, respecto a ciertos fondos crediticios ahora en depósito en esta red. La cantidad completa de la recompensa por el soldado de asalto imperial Voss'on't está en este momento en nuestra posesión. Justo como decís, Príncipe Xizor.

—Y *eso* precisamente es algo por lo que estoy nervioso —el creador del subnodo se agitó en su nido—. Es una cantidad considerable de créditos para que yo esté sentado encima; quizá la cantidad más grande que nunca haya estado en una sola vez aquí en mi red. Siempre he considerado una política prudente mover mis bienes financieros a establecimientos bancarios planetarios acreditados, dentro de las fronteras controladas del Imperio. De otro modo soy demasiado un objetivo, solo aquí fuera en el espacio vacío.

—Nadie te robaría nunca, Kud'ar Mub'at; tus servicios de intermediario y depósito son demasiado valiosos para demasiadas criaturas. Además, he estacionado mi propia *Virago* a mano, junto con otras varias naves de la flota operacional de Sol Negro. Su potencia de fuego debería ser más que suficiente protección para ti, hasta que la recompensa esté a salvo fuera de tus manos.

—Podría ser… —Kud'ar Mub'at no parecía totalmente satisfecho con la respuesta—. ¿Pero es suficiente para protegerme de Boba Fett?

—Déjame al cazarrecompensas a mí —dijo Xizor—. Todo lo que tienes que hacer es representar tu papel. Para alguien a quien mentir le es tan fácil, no debería ser una tarea que forzase tus capacidades.

Se volvió, habiendo tenido más que su cupo de las protestas del ensamblador. Mientras se dirigía por el espacio que apretaba los hombros del pasillo central de la red, Xizor pudo oír al ensamblador farfullando y haciendo aspavientos tras él.

Poco tiempo después, otra voz habló a Xizor mientras esperaba en el área de atraque de la red a la pequeña lanzadera que lo devolvería a la *Virago*.

—Disculpad… —la pequeña voz habló desde cerca de la cabeza de Xizor—. Me pregunto si podría tener unas palabras con vos. Nosotros solos…

Xizor miró junto a él y reconoció al subnodo contable Hoja de Balance, colgando del revés del techo mate del área.

—¿Qué quieres?

—Como he dicho —la voz del subnodo era un susurro cuidadosamente modulado—. Unas palabras con vos. Sobre asuntos que serían de interés mutuo (y beneficioso) para nosotros.

—Beneficioso también para tu amo Kud'ar Mub'at —Xizor sacudió la cabeza—. Estoy lo bastante familiarizado con cómo está construida la red del ensamblador. Todo aquí está hilado directamente desde el propio tejido neural de Kud'ar Mub'at —mirando a los brillantes ojos como perlas de Hoja de Balance, Xizor sabía que bien podría estar observando directamente la afilada mirada ávida del ensamblador. Por qué Kud'ar Mub'at estaba haciendo esa simulación, enviando a uno de sus nodos semi-independientes tras él de aquella manera, estaba más allá de toda comprensión. *¿Piensa que se me engaña tan fácilmente?*—. Ya le he dicho a él todo lo que me importa por el momento.

—Creo que habéis comprendido mal la situación —dijo Hoja de Balance llanamente—. Así como con quién estáis hablando exactamente —boca abajo, el subnodo se acercó un poco más a Xizor. Una de sus pequeñas garras levantó una hebra blanco brillante de neurofibra. La hebra estaba rota, conectada sólo a Hoja de Balance pero no a la estructura de la red—. ¿Veis? Ahora soy un agente independiente. Cuando habláis conmigo, Kud'ar Mub'at no sabe nada de ello. A menos que yo quiera que Kud'ar Mub'at lo sepa.

Xizor observó al subnodo con suspicacia.

—¿Has conseguido desenchufarte de la red? Eso es muy ingenioso por tu parte, pero ¿cómo es que Kud'ar Mub'at no es consciente de que uno de sus valiosos subnodos se ha separado del organismo más grande?

—Es simple —Hoja de Balance alcanzó y recogió otra hebra más grande de fibra que conducía directamente a la estructura intrincadamente anudada que los rodeaba. En el extremo de esta fibra había otro subnodo, más pequeño y con garras casi demasiado finas para ser vistas—. Kud'ar Mub'at no es el único aquí que puede crear subnodos; yo también he dominado el arte. Éste es mío —Hoja de Balance alargó el pequeño organismo atado para la inspección de Xizor—. Su única función es hacerse pasar por mí, enviar neuro-señales en la red que indiquen falsamente que sigo atado y subordinado a Kud'ar Mub'at. Creedme; el viejo ensamblador no tiene la menor idea de nada de esto.

—Desde luego. —Xizor estaba impresionado, tanto por la ingenuidad del subnodo… como por las posibilidades que presentaba. Kud'ar Mub'at ya había estado poniéndolo de los nervios mucho tiempo. Quizá la utilidad del ensamblador ya estaba llegando a su fin—. Tienes razón en una cosa…

—¿Y qué es? —los brillantes ojos redondos de Hoja de Balance se asomaron a la mirada de Xizor.

—Sí tenemos mucho de lo que hablar.

13

AHORA

No podía dejar de pensar en el cazarrecompensas.

El Kuat de Kuat sabía que estaba perdiendo el tiempo; el pasado era el pasado, y no podía ser alterado. *Hay enredos que deben limpiarse*, se dijo a sí mismo mientras miraba fuera a los muelles de construcción de Astilleros de Propulsores Kuat. Ese proceso de limpieza tenía que suceder entonces, en tiempo real; cuanto más tiempo fuese aplazado, más graves serían las consecuencias. Todo lo que había trabajado para conseguir, en lo que la línea de sangre Kuat había erigido esa corporación, aún podría ser borrado por las fuerzas que conspiraban contra él.

Sabía todas esas cosas, pesaban sobre su espíritu con la masa pulverizadora de los planetas, aunque todavía encontraba su pensamiento regresando, como arrastrado por alguna fuerza gravitacional aún más grande, al cazarrecompensas Boba Fett, y a todo lo que había sucedido en el pasado.

Fett era la clave de todo. La clave de lo que había sucedido entonces, y lo que debía suceder ahora si Astilleros de Propulsores Kuat iba a salvarse.

Había cosas que toda la galaxia conocía sobre ese pasado, la historia que había crecido hasta proporciones casi legendarias, sobre la separación del antiguo Gremio de Cazarrecompensas y lo que había ocurrido después. La captura del soldado de asalto imperial renegado Trhin Voss'on't, y lo que había sucedido cuando Boba Fett había ido a cobrar la recompensa por él…

Esos asuntos eran de conocimiento público. O al menos algunos de ellos lo eran.

Y otros eran secretos encerrados dentro del cráneo del Kuat de Kuat. Tenía que asegurarse de que seguían siendo secretos.

Si hacerlo requería la muerte de otras criaturas (específicamente Boba Fett), entonces era una lamentable necesidad. Los negocios eran los negocios.

Él estaría de acuerdo conmigo en eso, pensó el Kuat mientras su mirada se elevaba a las frías estrellas por encima de los muelles. Boba Fett difícilmente podría culparlo por ocuparse de los negocios de una manera tan eficiente (y letal) como se necesitaba.

El Kuat se apartó de los altos miradores segmentados. Lo fastidiaba que hubiese tanto con lo que tratar, cuanto antes, y aun así todavía tuviese que molestarse con distracciones tales como una citación a una asamblea de las casas gobernantes del planeta Kuat. Con un suspiro cargado, levantó las pesadas túnicas del soporte tallado del que colgaban entre semejantes eventos.

Una cuestión tan sencilla, y estaba transformado.

Todo lo que se necesitó fue que el Kuat de Kuat vistiese sus túnicas formales, el traje que indicaba su posición a la cabeza de las familias nobles de ese mundo. Tan raramente

dejaba la sede de los Astilleros de Propulsores Kuat y su austera serie de oficinas mirando por encima de los muelles de construcción, que su simple sobretodo había llegado a ser su preferencia inconsciente. El mismo que llevaba el personal de ingeniería y seguridad de la corporación, sin indicaciones de rango adjuntas; si los que estaban por debajo de él obedecían sus órdenes, era porque sabían que él había ganado autoridad a través de algo más que sólo la herencia genética.

Hasta el felinx, la criatura de pelo sedoso que acunaba en sus brazos, tenía problemas en reconocerlo con las túnicas, con su extensión de intrincados bordados de hilo dorado cayéndole de los hombros. El Kuat de Kuat, el patrón de una de las corporaciones más poderosas en la galaxia, tuvo que arrodillarse junto a su banco de laboratorio y convencer al animal con dulces palabras tentadoras. *Pobre*, pensó el Kuat mientras acariciaba el lugar especial detrás de sus orejas; un ronroneo de felicidad inducida sonó desde lo profundo de su garganta. Como todos los miembros de su mimada especie decorativa, el felinx se creía el amo de su dominio; se tomaba las interrupciones de su programa esperado con desgana.

Como hago yo. El Kuat de Kuat llevó el animal a los miradores segmentados con forma de arco de la oficina; miró las naves siendo construidas o preparadas para el lanzamiento, encargos enormes para la Armada Imperial de Palpatine. Armamento suficiente para intimidar a todos los rivales, salvo los más temerarios, tachonaba los cascos; los cañones láser que eran montados en las esqueléticas estructuras abiertas requerían cajas de apuntalamiento y disipación de retroceso que resistirían explosiones medidas en el rango del giga-tonelaje. Cualquier cosa menos, y un solo tiro disparado en batalla rasgaría un destructor o crucero de batalla en dos, una víctima de su propia fuerza letal. La contemplación de un evento semejante llevaba un gesto torcido de autorreconocimiento a la cara del Kuat.

—Debemos ser siempre cuidadosos —susurró en la oreja plumosa del felinx— para no volarnos a nosotros mismos con nuestras propias armas.

El felinx se revolvió somnoliento en los brazos del Kuat. En lo que a él respectaba, todos sus planes habían tenido éxito admirablemente; estaba alimentado, caliente y satisfecho. El Kuat deseó poder sentir lo mismo por todas sus intrigas y maquinaciones. Incluso entonces, fuerzas que había puesto en movimiento estaban rodeándolo a él y a los Astilleros de Propulsores Kuat, como los dientes de hierro de alguna trampa invisible, más grande que los mundos y corporaciones de los que se apoderaba.

Oyó abrirse las altas puertas de la oficina; sin molestar al felinx, el Kuat miró por encima del hombro.

—¿Sí?

El jefe de seguridad de Astilleros de Propulsores Kuat estaba en el ángulo de luz del exterior del pasillo.

—Su transporte personal está listo —como todo el personal de la corporación, Fenald hablaba sin formalidades rebuscadas—. Para llevarlo a la reunión de familias.

—No necesito que me recuerden —dijo el Kuat— adónde voy. —La asamblea de las casas gobernantes del planeta Kuat era la razón por la que había vestido las túnicas formales. Y la razón de su mal humor—. Lo siento… —El jefe de seguridad era uno de sus empleados más valiosos, y no había hecho nada para merecer lenguaje brusco—. Pero todo esto está llegando en un momento muy inconveniente.

Eso era una atenuación. Hasta si todo de lo que se tuviese que preocupar el Kuat de Kuat fuese el ritmo de construcción intensificado en Astilleros de Propulsores Kuat, la presión constante del Emperador Palpatine para abastecer la Armada Imperial de naves necesitadas para aplastar la floreciente Rebelión, tendría más que suficiente sobre su mente. Pero con esos otros asuntos, algunos de los cuales eran secretos de los que él solo llevaba el peso sobre los hombros… era una carga apabullante.

O para ser más exactos, habría sido una carga apabullante para casi cualquier otra criatura sensible. El Kuat de Kuat cerró los ojos, las puntas de sus dedos acariciando automáticamente el pelo del felinx. Si no era como otras criaturas, era porque había nacido así, el jefe ejecutivo hereditario de Astilleros de Propulsores Kuat; en sus venas fluía la sangre de los otros ingenieros y líderes que lo habían precedido. Todo lo que había hecho, las intrigas que había ideado, habían sido por el bien de la corporación. Había muchos en esa galaxia que buscaban la destrucción de Astilleros de Propulsores Kuat, que deseaban desarmarla en pedazos o engullirla entera. El propio mejor cliente de la corporación, el mismo Emperador Palpatine (y el secuaz jefe de Palpatine, Lord Vader) estaban en esa cifra. Astilleros de Propulsores Kuat había tenido al menos algunos amigos entre los líderes de la antigua República; habían sido barridos en el curso del ascenso de Palpatine al poder absoluto. Ahora todo, la misma supervivencia de la corporación, dependía del ingenio y el coraje de aquéllos que la cuidaban.

Y ahora, con todo eso pasando, tener las casas gobernantes metiéndose en sus asuntos…

—No es necesaria una disculpa —el jefe de seguridad mostró una sonrisa torcida—. ¿Cuándo, si alguna vez, habría un momento conveniente para tratar con ellos?

—Es un punto válido —admitió el Kuat. El felinx protestó cuando se lo despegó del pecho y lo depositó en una cesta forrada de lana cerca del banco de trabajo. Con la cola erguida malhumoradamente, el animal saltó de su cama y fue al acecho de su plato de comida. El Kuat se quitó los pelos sedosos que había dejado en la parte delantera de sus túnicas—. Muy bien —dijo cansado—. Terminemos con esto.

Fenald cerró la puerta de la oficina tras ellos, y después siguió al Kuat hacia el área de atraque.

—He obtenido tanta información anticipada de la reunión como he podido. —Entre sus otros deberes, Fenald estaba a cargo de la supervisión (o en términos más francos, el espionaje) de las casas gobernantes del planeta—. Según todas las indicaciones, parece que el anciano Knylenn estará allí. En persona.

—¿Ese viejo tonto? —el Kuat sacudió la cabeza mientras caminaba. El anciano siempre había sido su oponente principal en el consejo deliberativo de las casas. De todas

las familias, los Knylenn habían luchado los que más duramente (y durante siglos y generaciones) contra la Exención de Herencia por la que el linaje Kuat mantenía su control sobre Astilleros de Propulsores Kuat—. Me sorprende que hayan logrado sacarlo de sus sistemas de soporte de vida.

—Los miembros más jóvenes de la familia están utilizando al anciano como una fachada. De modo que tuvieron un nuevo sistema portátil de soporte de vida diseñado y construido, sólo para que el anciano pudiese venir a una reunión de emergencia como ésta —el jefe de seguridad levantó una ceja—. Un sistema *muy* caro, también; aparentemente tiene varias capas redundantes de inteligencia droide de primer grado incorporadas, con supervisión constante en tiempo real de todas las funciones corporales. Y escuche esto: tiene hasta crio-almacenamiento de los órganos importantes, con supresión total de reacción inmune a nivel celular, listo para funcionar ante cualquier señal de fallo cardiopulmonar o hepático-renal. El anciano podría estar teniendo un trasplante de corazón mientras habla con él, y usted ni siquiera lo sabría excepto por las pequeñas luces parpadeantes en la parte delantera de la unidad.

—Encantador —dijo el Kuat—. Por supuesto, eso presupone que empezó con uno dentro. —Podía ver a los asistentes del área de atraque más adelante, junto a la escotilla abierta de su transporte personal—. ¿Quién más va a estar?

—La camarilla habitual: todos los Knylenn, sus *telbuns*[1] y sus afiliados; el clan Kuhlvult y sus vasallos morgánicos; probablemente muchos de los Kadnessi.

El Kuat se detuvo en medio del pasillo y miró a su jefe de seguridad.

—Es más de lo habitual.

El jefe de seguridad asintió de acuerdo.

—Ésta es la grande, Técnico. Los Knylenn han estado intentando revocar la Exención de Herencia desde antes de que su abuelo llevase esta corporación. Han reclamado todos los favores que cualquiera de las otras casas gobernantes les pudiera deber, porque piensan que pueden hacerlo ahora.

—Quizá puedan —el Kuat se detuvo junto a la escotilla del transporte mientras los asistentes retrocedían—. Quizá debería dejarles. Entonces tratar con el Imperio y todo el resto sería el problema de otro. —Se ajustó la túnica para facilitar la entrada al estrecho espacio de pasajeros del transporte. Echó un vistazo a Fenald—. ¿Qué opina usted?

—Ésa sería decisión suya —de pie con las manos apretadas detrás de la espalda, el otro hombre dio un único asentimiento—. Pero sería el fin de Astilleros de Propulsores Kuat como corporación independiente. Nadie más en las familias gobernantes tiene la capacidad, o el coraje, para enfrentarse a Palpatine.

—A veces pienso —dijo el Kuat— que coraje es simplemente otro nombre para la temeridad. —Recogiendo el dobladillo extenso e inconveniente de las túnicas, entró en el transporte—. Estoy viejo y cansado; o al menos es como me siento, así que bien podría ser cierto —tuvo que agachar la cabeza para mirar atrás a la figura de pie fuera de la

---

[1] Humano de clase media elegido por una de las grandes familias mercantes para ser padre de un niño con un noble kuati (N. del T.; fuente: Wookieepedia)

escotilla—. Quizá, en vez de ir y tratar con esas criaturas aburridas, debería pilotar esta nave directamente a Coruscant. Podría hacer un trato con Palpatine: si cedo ahora y sólo le dejo tomar el control de Astilleros de Propulsores Kuat, le ahorraría muchos problemas. Quizá en agradecimiento él me jubilaría con suficientes créditos para pagarme una existencia cómoda en algún planeta solitario.

—Es más probable, Técnico, que una vez el Emperador Palpatine tenga lo que quiere de usted, simplemente haga que lo eliminen.

El Kuat logró una media sonrisa macabra.

—Creo que tiene usted razón —se instaló en el área de pasajeros biplaza del transporte—. Así que entonces no tengo otra elección, ¿verdad?, que ir y tratar con los Knylenn y todo el resto de casas gobernantes.

—No —respondió Fenald—. No la tiene.

—Entonces —dijo el Kuat—, mis deberes y mis acciones son lo mismo —se giró otra vez hacia el transporte.

Fenald puso una mano restrictiva en el antebrazo del Kuat.

—Sin embargo, Técnico, no está obligado a afrontar este deber en particular por sí mismo.

El Kuat volvió a mirar a su jefe de seguridad.

—¿Qué quiere decir?

—Es una locura que usted vaya allí solo. Los Knylenn y los otros obviamente están planeando alguna sorpresa desagradable para usted. Necesitará toda la ayuda que pueda conseguir.

—Quizá sea así. Pero eso no significa que pueda tenerla.

—Espero que perdone cualquier temeridad por mi parte, Técnico. Pero tomé la iniciativa de contactar con el Maestro de Etiqueta para las casas gobernantes —Fenald dio un leve asentimiento mientras retiraba la mano de la manga de las túnicas formales del Kuat—. Y dio un fallo diferente en ese punto del protocolo. Como los Knylenn van a llevar a sus *telbuns* a esta reunión, las restricciones normales no se aplican. Bajo el código ancestral de la casa, los *telbuns* son técnicamente forasteros, no exactamente verdaderos miembros de la familia. Así que para mantener la estricta reciprocidad, a la casa de Kuat se le permite por tanto llevar también a un forastero.

—Ya veo —el Kuat reflexionó sobre la información—. Y su sugerencia es que usted me acompañe.

—Más que una sugerencia. Es, Técnico, mi consejo más urgente.

El Kuat miró más de cerca a su jefe de seguridad.

—¿Por qué está tan interesado en venir a esta reunión? Las casas gobernantes de Kuat difícilmente son una muchedumbre entretenida.

—Como decía antes: traman algo.

—¿Y cuál es su prueba, prueba contundente, para esa sospecha?

Fenald estuvo silencioso un momento antes de contestar.

—No hay más prueba —dijo sobriamente— que lo que siento en las entrañas.

La respuesta del jefe de seguridad perturbó al Kuat. Fenald nunca antes había sido de actuar por nada excepto por hechos tan fríos y firmes como el duracero empleado en los muelles de construcción de Astilleros de Propulsores Kuat. Pero aun así…

—Muy bien —dijo el Kuat. Señaló hacia la escotilla del transporte personal—. Deberíamos ponernos en camino. Nos estarán esperando.

Algunas partes de tiempo estándar después, el piloto del transporte personal pasaba la nave por encima de las masas de tierra densamente boscosas del planeta Kuat. Para el Kuat de Kuat, mirar la materia orgánica verde era menos agradable que contemplar las duras formas frías de duracero soldado por láser en los muelles de construcción en Astilleros de Propulsores Kuat.

Una de las miembros menores del clan Kuhlvult, apenas habiendo alcanzado el estado de adulto, había salido a encontrarse con el transporte personal del Kuat.

—Hay algunos entre nosotros —dijo Kodir de Kuhlvult— que se alegrarán de verlo. —Sus movimientos con las túnicas formales, mientras abría el camino al salón de la reunión de las casas gobernantes, eran más gráciles de lo que los del Kuat podrían haber sido nunca—. No todo el mundo está contento con la agenda de los Knylenn para este encuentro.

—¿De veras? —mientras caminaba junto a ella, el Kuat buscó en la cara de la joven algún indicio de su intención—. ¿Y por qué es así?

La sonrisa de Kodir fue más maliciosa que amigable.

—Sabemos cómo la casa Kuat lleva Astilleros de Propulsores Kuat; su familia ha mantenido este mundo como uno de los más ricos en la galaxia durante generaciones. Lo hizo así bajo la antigua República, y continúa haciéndolo así bajo el Emperador Palpatine. Semejante destreza merece su propia recompensa; por eso la Exención de Herencia fue aprobada por las otras casas hace tanto tiempo —inclinó la cabeza, los ojos bajados en señal de respeto—. Y por eso algunos de nosotros desearíamos mantenerla así.

En silencio, el Kuat continuó caminando junto a la joven; su jefe de seguridad seguía unos pasos atrás. *La Exención*, reflexionó el Kuat. *Es a lo que se reduce todo.* Lo había sido mucho tiempo.

Los sabios entre las casas gobernantes, como había indicado Kodir de Kuhlvult, deseaban mantener la Exención de Herencia. Los ambiciosos, como los Knylenn, deseaban eliminarla; la Exención era lo que les impedía lograr la supremacía entre todas las casas gobernantes, y tomar control de Astilleros de Propulsores Kuat, la fuente de riqueza preeminente de ese mundo.

Única entre las casas gobernantes del planeta Kuat, la estirpe de la familia Kuat era la única que era transmitida de padre a hijo por herencia genética directa; ésa era la única intención y efecto de la Exención. Para todas las otras casas, prevalecía una ruptura estricta en la cadena genética: los herederos de las casas gobernantes no eran los hijos de los miembros adultos actuales, sino más bien de los *telbuns* que eran elegidos para perpetuar el linaje. Desafortunadamente, tal acuerdo había empezado a mostrar sus fallas cuando los *telbuns*, elegidos más por su belleza física que por la inteligencia elevada y

otros factores genéticos favorables que producirían las habilidades de ingeniería y liderazgo corporativo necesarias para manejar Astilleros de Propulsores Kuat, amenazaron con llevar la corporación a la bancarrota por su incompetencia. De ahí la Exención de Herencia que mantenía efectivamente la línea de sangre Kuat, con sus tendencias innatas necesarias para el éxito del negocio, al mando. La Exención de Herencia, como el Kuat de Kuat sabía bien, tenía el beneficio adicional de controlar las ambiciones perversamente reñidas de las casas gobernantes, y de impedir que cualquiera de los nobles del planeta conspirase y asesinase para colocar a un verdadero hijo al frente de Astilleros de Propulsores Kuat.

Ojalá, pensó el Kuat de Kuat, *ése fuese el fin del asunto. Y el fin de la ambición y la conspiración.* No lo había sido; los Knylenn hacía tiempo que rozaban el límite que se había puesto a la capacidad de su casa para ascender a la cima absoluta de la estructura de poder de su mundo. Los Knylenn habían sido los más agresivos en burlar las restricciones, eligiendo a sus *telbuns* de un grupo limitado de candidatos. En las otras casas abundaban los rumores de que algunos de los *telbuns* de los Knylenn eran de hecho los hijos de los Knylenn adultos ya existentes, nacidos en localizaciones secretas fuera del planeta y regresados de contrabando al planeta Kuat, príncipes infantes disfrazados. Ciertamente, en las últimas generaciones, el parecido físico entre los Knylenn y sus herederos designados se había acercado sospechosamente.

Mientras que esta heredera del clan Kuhlvult, que caminaba junto al Kuat de Kuat, había sido elegida evidentemente por su belleza y su musculosa gracia atlética; él tuvo que esforzarse para ir al paso de las largas zancadas que hacían ondular sus túnicas formales tras ella. Obviamente había llegado a su herencia sólo recientemente; el Kuat recordaba haber oído, muy probablemente en un informe de su jefe de seguridad, que uno de los ancianos Kuhlvult había muerto hacía poco y que su heredera había asumido ese rango preeminente en la casa. El Kuat agradecía que, cualquiera que hubiese sido la razón para la selección inicial de su progenitor como *telbun* (los Kuhlvult eran célebres por su debilidad por las caras bonitas), el resultado hubiese sido el ascenso de alguien con suficiente inteligencia para ver a través de las maquinaciones de los Knylenn.

Si eso sería bastante (y si había un número suficiente como esta Kodir de Kuhlvult en las otras casas) aún estaba por verse. El Kuat siguió caminando hacia el lugar del encuentro, ocultando sus propias aprensiones siniestras sobre lo que estaba por venir.

Afortunadamente, ninguno de los Knylenn o sus asociados pusieron ninguna objeción a que el jefe de seguridad del Kuat de Kuat asistiese a la reunión de las casas gobernantes. Habría sido estratégicamente un mal movimiento haber iniciado la reunión con una referencia oficiosa a los códigos ligados a la tradición que gobernaban las interacciones de las familias. *Mejor*, pensó el Kuat, *fingir al menos que todos somos amigos… de momento.* Y dejar que los Knylenn sufriesen las consecuencias del primer movimiento hostil.

—Kuat, se aprecia su presencia.

La voz le era familiar, de la última vez que había abandonado el santuario productivo de Astilleros de Propulsores Kuat a fin de regresar al mundo natal. Se volvió y dio un asentimiento de reconocimiento.

—Entiendo —dijo el Kuat— que tenemos mucho de lo que hablar.

—Cierto —la cara afilada como un hacha de Khoss de Knylenn mostró una sonrisa de labios finos sin humor. Las túnicas formales colgaban fácilmente sobre su figura; obviamente eran su traje preferido—. Espero que usted… *disfrute* escuchando las palabras de sus iguales —hizo un ademán hacia el jefe de seguridad, de pie justo junto al Kuat—. Sé cuán tedioso puede ser, rodeado sólo de subordinados y sus voces demasiado a menudo aduladoras pero engañosas.

Un brillo rosado sin sombras se derramó sobre las figuras con túnica (más de una cuarentena, el número más grande de miembros de casas gobernantes que el Kuat había visto reunidos jamás) cuando la perfecta cúpula opalescente difundió la luz solar de fuera. En esa suave iluminación, hasta los ancianos más marchitos y parecidos a brujas, de ambos sexos, parecían atractivas criaturas benignas. Los más jóvenes y los *telbuns* designados parecían casi como dioses en su limpio esplendor. Había sido inevitable que tales artes mentirosas, mejoradas hasta el punto de la traición, hubiesen evolucionado hasta tal grado en el planeta de Kuat. Los ingresos de la industria de construcción naval de Astilleros de Propulsores Kuat, proveedor preeminente de naves militares del Imperio, permitía a las casas gobernantes concentrarse en todo lo que consideraban más importante: el lustre de las superficies, la mecánica del engaño. El Kuat de Kuat se preguntaba por qué cualquiera de ellos consideraría anular los arreglos financieros de semejante sistema meramente para estimular las ambiciones de los Knylenn.

—No me rodeo —dijo el Kuat— de aduladores. Cuando se trata de ingeniería, es mejor escuchar la verdad, sin importar cuán desagradable sea. Si una nave que está siendo construida tiene un desperfecto de tensión que causará que implosione a plena fuerza de impulsión, preferiría saberlo antes de que un cliente como el Emperador Palpatine tenga una ocasión de descubrirlo.

—Ah —asintió Khoss con apreciación fingida—. Muy sabio. Como usted valora la verdad, entonces estoy seguro de que encontrará que nuestra reunión de hoy será *muy* gratificante —se volvió, sus túnicas formales arremolinándose en los talones de sus botas. Una falange de Knylenns más jóvenes y sus *telbuns* giraron sus miradas presumidas hacia el Kuat antes de seguir a su pariente.

—Se da cuenta, por supuesto, de que lo odia a usted hasta las entrañas —Kodir de Kuhlvult inclinó la cabeza cerca de la del Kuat mientras mantenía un ojo en los Knylenn que se alejaban—. No creo que lo esté sorprendiendo con esa información.

—Siempre ha odiado a cada miembro de la familia Kuat —el Kuat se encogió de hombros—. Es su propio legado de sus predecesores. Y es por lo que estoy bastante seguro de que los Knylenn han estado burlando las restricciones de herencia. No se puede aprender esa clase de odio; se tiene que nacer con él en el material genético.

Antes de que Kodir pudiese responder, el jefe de seguridad del Kuat le dio un codazo discreto.

—Ahí viene el anciano Knylenn. La fiesta está a punto de empezar.

La luz que se filtraba en la cúpula parecida a una perla cambió de color. Una bandada de orquídeas de viento, los moradores semivegetales sin raíces de los bosques más profundos de Kuat, flotaron por el exterior convexo de la cúpula; sus ricos matices de violeta y azul cayeron a través de las formas de los miembros de las casas gobernantes como una suave lluvia óptica. Las corrientes de aire de fuera elevaron las orquídeas de viento y las enviaron cayendo lentamente; el calor de la borrosa luz solar volvió a entrar en la cúpula.

El Kuat de Kuat vio una agitación de actividad al otro lado del espacio suavemente iluminado. La multitud abrió camino a algo más grande que una mera figura humana.

—Es el sistema de soporte de vida del que le estaba hablando —dijo el jefe de seguridad del Kuat—. No sólo fueron las partes funcionales las que lo encarecieron; tenían que decorarlo.

Un cilindro orientado verticalmente era superado por el rostro con barba gris del anciano Knylenn; su pelo blanco como la nieve, trenzado en dos cabos gruesos, se enrollaba sobre los hombros del metal segmentado que revestía sus brazos. Una parálisis temblorosa sacudía las manos venosas desnudas, correas flexibles conteniéndolas de tropezar con cualquiera de los controles e indicadores que tachonaban el exterior de la cubierta del sistema. Sangre arterial rojo brillante se filtraba a través de una red de tubos y dispositivos oxigenadores; por encima de los rodamientos de tanque que movían el sistema portátil hacia delante, parches de humedad condensada indicaban los compartimentos de crio-almacenamiento, con sus valiosos contenidos de tejido blando dentro.

La mirada del anciano, amarillenta por la edad, escudriñó las caras de la reunión, los músculos de los ojos moviéndose en sus cuencas arrugadas. Finalmente, el anciano se puso delante del Kuat de Kuat, a varios metros de distancia.

—¿Está… sorprendido, Kuat? —emergió la voz del altavoz amplificado en la parte frontal del sistema de soporte de vida portátil, unas pocas sílabas jadeantes cada vez—. ¿De que haya… vivido tanto… tiempo?

El Kuat caminó hacia delante y se situó enfrente del anciano Knylenn, mirando arriba a la cara elevada por la maquinaria que había consumido el cuerpo envejecido.

—Nada que usted haga me sorprende. —Podía oír el borboteo y siseo de los diversos componentes del sistema de soporte de vida, los fluidos moviéndose constantemente entre metal esterilizado y carne detenida en su lenta decadencia—. Cuando sólo era un niño, y usted ya estaba en la flor de la virilidad, juró ante nuestras madres biológicas que me sobreviviría —sonrió cortésmente al anciano—. Aún podría hacerlo.

La risa que rechinó desde el altavoz sonó como hojas de duracero corrugado unas contra otras.

—Con su… ayuda, Kuat. Como usted… verá…

La baba había salpicado un lado de la cara del anciano Knylenn, y brilló húmedamente en las marañas de la barba que colgaba a través del collar de metal que revestía las papadas de su garganta. El más joven Khoss de Knylenn subió a un escalón incorporado al lado del sistema de soporte de vida y alcanzó con una tela sedosa, frotando la humedad tan tiernamente como si el viejo pariente estuviese hecho de papel estropeado. Desde su posición sobre la maquinaria borboteante, Khoss miró al Kuat de Kuat. Una chispa de desprecio hirviente se mostró en los ojos de Khoss.

El Kuat se apartó de los Knylenn. Un solo asentimiento fue toda la comunicación que necesitó intercambiar con Fenald.

—¡Nobles de este mundo! ¡Parientes míos! —Khoss no había desmontado del lateral del sistema de soporte de vida del anciano Knylenn, sino que en su lugar había trepado al área plana justo detrás del cilindro vertical. El pequeño esfuerzo había llevado un rubor excitado a su cara; se estabilizó bajando y colocando ambas manos sobre los hombros forrados de metal del anciano detrás del que estaba. Las trenzas blancas del anciano colgaban al nivel de las rodillas de Khoss—. ¡Les ruego su indulgencia, pero asuntos urgentes nos han reunido en esta ocasión! —su voz resonó contra los límites brillantes de la cúpula—. ¡El mismo futuro del mundo que compartimos entre nosotros; ese futuro está en peligro!

La abierta teatralidad exhibida ofendió al Kuat de Kuat. Sacudió la cabeza con disgusto, un gesto que fue notado por Kodir, que estaba junto a él.

—Tiene usted razón —dijo ella—. Todos han ensayado sus papeles. Sólo mírelos.

En la luz opalescente del lugar de la reunión, los Knylenn y sus afiliados habían tomado posiciones a ambos lados del anciano Knylenn. Con sus *telbuns*, constituían una mayoría obvia de los presentes, el peso de la autoridad de las casas gobernantes manifestado por las expresiones confiadas, incluso presumidas, en sus caras. Se quedaron de pie, hombres y mujeres por igual, con los brazos cruzados delante de sus túnicas formales bordadas, sus pies con botas separados como si se hubiesen transformado en guerreros.

—Es práctico —comentó secamente el Kuat de Kuat a su jefe de seguridad—. Al menos ahora sabemos exactamente a qué nos enfrentamos.

Kodir de Kuhlvult colocó una mano sobre su hombro y habló cerca de su oído, dando la espalda a las figuras reunidas.

—Los Knylenn han estado enviando a sus emisarios y equipos de negociación a las otras casas desde hace ya un tiempo. De hecho, desde que el Emperador Palpatine desmanteló la antigua República. Entonces fue cuando Khoss de Knylenn decidió que la política de la galaxia había cambiado lo suficiente para que él hiciese su jugada.

—Ya veo —sus palabras no sorprendieron al Kuat; ya había hecho que sus propios equipos de inteligencia de Astilleros de Propulsores Kuat le informasen de las maniobras de los Knylenn. El cambio en la estructura de poder entre los mundos habitados, el ascenso del Imperio y la concentración de autoridad de Palpatine en sus propias manos, había tenido consecuencias inevitables en cada sala del consejo y parlamento

diseminados entre las estrellas. En la última reunión de las casas gobernantes del planeta Kuat, Khoss de Knylenn había intentado estimular una rebelión contra el linaje Kuat y su administración del negocio de Astilleros de Propulsores Kuat. La acusación había sido que el Kuat de Kuat había mostrado un favoritismo desastroso hacia la Alianza Rebelde manteniendo Astilleros de Propulsores Kuat fuera de cualquier implicación con la construcción de la nueva arma del Imperio, la Estrella de la Muerte.

Había habido otras firmas de contratos militares, en otros mundos, que habían cosechado tanto el favor del Emperador como los enormes beneficios que habían venido con construir la Estrella de la Muerte; el Kuat de Kuat fue consciente de que el mismo Palpatine había comentado, con sospecha rencorosa, sobre las razones para que Astilleros de Propulsores Kuat ni siquiera pujase por la parte más pequeña del proyecto. Los recelos de Palpatine habían sido calmados por el simple expediente de Astilleros de Propulsores Kuat absorbiendo un sobrecoste no planificado, por mandato personal del Kuat de Kuat, por las órdenes de cambio de diseño para un ala operacional de media docena de cruceros de batalla imperiales. Eso había cortado profundamente en los beneficios de la corporación para el departamento fiscal, pero también había mantenido Astilleros de Propulsores Kuat dentro de la relación con el Imperio.

Sólo más tarde, cuando la Estrella de la Muerte hubo resultado ser algo menos que invulnerable (tras la Batalla de Yavin, el arma definitiva de los almirantes imperiales era poco más que residuos ardientes flotando en el vacío del espacio), los enemigos del Kuat entre las casas gobernantes se habían visto forzados a reconocer su sabiduría. La posición preeminente de Astilleros de Propulsores Kuat entre los contratistas militares del Imperio ahora era aún más segura, con el Emperador Palpatine depositando más confianza en la habilidad ingeniera del Kuat de Kuat. Cualquier plan que los Knylenn pudieran tener para tomar el control de la administración de Astilleros de Propulsores Kuat estaba en espera… hasta ahora.

Lo cual planteó una única cuestión en la mente del Kuat de Kuat. *¿Por qué ahora?,* se preguntó mientras miraba a Khoss de Knylenn, encaramado encima del sistema de soporte de vida del anciano Knylenn. ¿Qué había cambiado? Algún elemento en el delicado acto equilibrador del poder y la ambición, ya fuese allí o en algún lugar fuera del planeta, debía de haberse alterado ligeramente, lo suficiente para que Khoss y el resto de la casa Knylenn creyesen que tenían otra oportunidad para llevar a cabo sus objetivos. Pero nada que le hubiese llegado al Kuat de Kuat a través de sus propias fuentes de inteligencia lo había alertado de ninguna novedad. O los largos años de espera frustrante habían vuelto loco a Khoss de Knylenn, o los usurpadores y sus afiliados habían desarrollado contactos y redes de espionaje que sobrepasaban los del Kuat. La última posibilidad bordeaba la paranoia, pero era inevitable para alguien en una posición como la del Kuat, en la que la mera información dictaba la supervivencia de uno. *¿Qué saben?* Su mirada se entrecerró mientras observaba a Khoss y al resto de los Knylenn. *O peor: ¿qué saben que yo no sé?*

Esas preguntas pronto serían respondidas. Khoss de Knylenn hizo un ademán con un brazo extendido, silenciando el barullo murmurante de la multitud reunida alrededor de él. Su mano bajó otra vez hacia el hombro de la antigua figura marchita adherida a la maquinaria del sistema de soporte de vida.

—¡Dejen que hable el anciano! —el grito de Khoss resonó contra los límites brillantes del espacio de la asamblea—. ¡Escuchen lo que *él* tiene que decir!

A cada lado de los rodamientos segmentados del sistema de soporte de vida, los Knylenn y sus afiliados levantaron sus respectivas caras hacia el anciano.

—Esto debería de ser bueno —murmuró Kodir de Kuhlvult junto al Kuat. La expresión agria en su cara hacía evidente su disgusto por el proceso.

Los ojos en la cara arrugada por la edad recordaron al Kuat el escrutinio frío del Emperador Palpatine. Pero los ojos del Emperador al menos estaban animados por el profundo apetito consumidor que existía tras ellos, el hambre de poder sobre todos los seres sensibles del universo. En contraste, la mirada del anciano Knylenn estaba embotada bajo las capas acumuladas del tiempo, como si cualquier chispa restante estuviese nublada por polvo y telarañas.

—Ojalá estuviese descansando… —crepitó la voz reumática desde el altavoz amplificado en la parte delantera del cilindro. Un rincón de la boca del anciano Knylenn tiraba hacia abajo con cada sílaba dicha, la parálisis mostrando algunos dientes amarillentos—. Ojalá estuviese descansando *para siempre*… en la tumba de aquellos que me precedieron, todos estos años… en vez de vivir para ver semejante traición…

—¡Óiganlo! —Khoss levantó ambas manos de los hombros del anciano Knylenn y las mantuvo abiertas por encima de su propia cabeza—. ¡Por *esto* estamos reunidos en este lugar!

—Traición… —continuó la voz del anciano, cada palabra como grava arrastrada a través de metal—. Cuando se comete traición… por aquellos a quienes se ha dado mucho poder… en quienes se ha depositado mucha confianza… ¿es posible traición más grande?

Sonó otro murmullo de los Knylenn y sus afiliados, ascendiendo a rápidos gritos enfadados.

Lo último de la paciencia del Kuat se había agotado. Antes de que el anciano Knylenn o Khoss detrás de él pudiesen hablar, se adelantó.

—No malgasten mi tiempo con su teatro barato —el Kuat de Kuat se situó enfrente del enorme morro de duracero del sistema de soporte de vida, mirando las caras del anciano Knylenn y de Khoss de Knylenn—. Si se refieren a mí, entonces díganlo. Y si tienen acusaciones que hacer, entonces expónganlas. ¿O se espera que no me defienda contra nada más que el odio que siempre han mostrado hacia mi linaje?

—Muy bien… —Khoss de Knylenn bajó la mirada hacia él—. Nadie aquí se sorprende de que usted merezca acusación; usted, menos que nadie. El cabeza de la casa Kuat debería saber mejor que nadie de qué injusticias es capaz.

—¿Injusticias como fomentar la desconfianza y la rebelión contra quien no ha hecho más que servir y enriquecer a los herederos de este mundo? —el Kuat de Kuat sacudió la

cabeza con disgusto—. Los males de los que sé son los que he observado en ustedes —miró alrededor a los Knylenn y sus afiliados, ordenados a cada lado de la maquinaria siseante—. Son fáciles de ver cuando se reflejan en tantos otros corazones negros. La envidia es un espejo que revela la cara de su portador más que cualquier otra cosa.

Los murmullos y gritos de los Knylenn habían sido acallados por un momento cuando las palabras del Kuat dieron en el blanco. Pero ahora rompían una vez más en alboroto, con amenazas e imprecaciones dirigidas al objetivo que aguantaba inquebrantable delante de ellos.

—Habla usted valientemente… —se alzó la voz exaltada de Khoss por encima de las otras—. Para alguien cuyos actos lo han colocado en oposición a todo el resto de las casas gobernantes de este mundo.

—Hable por usted —Kodir de Kuhlvult dio un paso al frente junto al Kuat—. Y hable por aquellos a los que ha engañado y engatusado a su bando —una de sus manos hizo un ademán hacia el ceño hundido del anciano Knylenn—. Y por aquellos demasiado seniles para entender el disparate de las palabras que ha puesto en sus bocas. Pero no hable por mí, o por cualquiera de la casa Kuhlvult, cuando ataca a alguien cuyo linaje no ha traído más que riqueza y honor al planeta de Kuat.

El Kuat miró a la joven.

—Éste podría no ser su mejor movimiento —dijo silenciosamente—. Ellos tienen el número.

—¿Y? —Kodir hizo un encogimiento de hombros con su respuesta—. ¿Qué importa eso, si están equivocados?

Encima del sistema de soporte de vida portátil, Khoss de Knylenn pidió silencio a sus seguidores.

—¿Deseaba una acusación? —dirigió una sonrisa despectiva al Kuat—. ¿El conocimiento de sus propios actos no es suficiente? Es lo que esperábamos. No es probable, o siquiera posible, que alguien tan enlodado en la traición confiese o se arrepienta voluntariamente. Pero no es necesario para que tengamos pruebas suficientes y convincentes de los crímenes cometidos por la línea de sangre de Kuat, la daga acuchillada en los corazones de todas las casas gobernantes —Khoss se volvió donde estaba e hizo un gesto hacia el fondo del lugar de reunión—. Tráiganlo adelante.

El Kuat de Kuat había esperado completamente que esas acusaciones se hiciesen. Pero la naturaleza exacta de la prueba de apoyo que hubiese sido falsificada era algo por lo que aún podría ser sorprendido. Observó mientras un holoproyector tridimensional era empujado por un par de afiliados de Knylenn al centro del área abovedada.

—¿Qué es esto? —el Kuat señaló el dispositivo—. ¿Busca iluminarnos o divertirnos?

—Estoy seguro de que lo encontrará… entretenido. —Khoss se agachó y le fue entregado un teclado de control remoto por uno de los afiliados—. Puede que no lo muestre en su mejor momento, pero captura su aspecto bastante bien.

Con una sola presión en los controles, el holoproyector se activó. En el espacio despejado delante de la maquinaria del sistema de soporte de vida, brilló luz y se unió en

formas perceptibles. Apareció un segmento del pasado, como convocado por un campo de espíritus fantasmales. Pero el pasado mostrado era uno que el Kuat de Kuat reconoció.

Se encontró a menos de un metro de un holograma reproducido de él mismo. La imagen no vestía las túnicas formales que él mismo llevaba ahora, sino el mono sencillo de todos los que trabajaban para Astilleros de Propulsores Kuat. Eran visibles suficientes detalles del espacio que rodeaba el holograma para que el Kuat pudiese ver que había sido grabado en su área de trabajo privada. La imagen del holograma estaba inclinada sobre un objeto en el banco del laboratorio, abriéndolo atentamente con herramientas delicadas.

Antes incluso de que el objeto fuese sometido al examen del Kuat holográfico, el Kuat real pudo ver lo que era mientras estaba de pie en el lugar de reunión de las casas gobernantes y observaba su imagen del pasado. El reluciente objeto de metal sobre el banco del laboratorio era una unidad mensajera hiperespacial, la cual contenía a su vez otro holoproyector en miniatura. El Kuat real observó a su imagen del pasado activar el proyector, y apareció otra escena recreada dentro de la más grande.

Esa escena, que la imagen del Kuat miraba atentamente, era del interior del palacio del difunto Jabba el Hutt. Con un giro en los controles de la unidad mensajera hiperespacial, la imagen del Kuat congeló la holoescena. El Kuat real continuó observando mientras su imagen pasada respondía a los eventos en la recreación de la sala del trono de Jabba.

Estás muerto, ¿no? La imagen holográfica del Kuat habló a la imagen congelada de Jabba el Hutt del holograma dentro del holograma. *Es una pena. Odio perder a un buen cliente.*

El Kuat real recordaba decir aquellas palabras. Al igual que recordaba todo lo demás que había hecho entonces, cuando la unidad mensajera hiperespacial llegó del distante planeta Tatooine y la abrió para oír los secretos que le había traído. La recreación holográfica de la escena delante de él, de él mismo en el pasado observando otro holograma, era como pasear dentro de su propia cabeza, en ese espacio donde se guardaban sus recuerdos.

El resto de la escena se representó, mostrando la imagen del Kuat inspeccionando cuidadosamente las otras figuras, además de Jabba el Hutt, que podían verse en el holograma dentro del holograma. La escena que había sido grabada en el palacio de Jabba finalizaba con la Princesa Leia Organa, disfrazada como un cazarrecompensas ubese, enfrentándose al hutt con un detonador térmico activado. Había sido entretenido de presenciar. Antes de eso, sin embargo, había habido cosas menos agradables que ver, como la muerte espeluznante de una de las bailarinas del hutt, siendo lanzada al foso del rancor delante del trono. Recrear la corte de Jabba el Hutt era llamar del pasado un trozo particularmente horrible de la galaxia.

En el holograma que había contenido el otro, la imagen del Kuat de Kuat extrajo la herramienta sondeadora de la unidad mensajera hiperespacial sobre el banco del

laboratorio, y el ovoide plateado se autodestruyó, su cubierta e interior fundiéndose en chatarra ardiente.

—Tiene usted razón —dijo el Kuat real, el que ahora estaba de pie en el lugar de reunión de las casas gobernantes—. Es interesante.

No por lo que la reproducción holográfica le había mostrado; su recuerdo de haber abierto el mensajero y observado lo que tenía para mostrarle era bastante claro. Sino por lo que implicaba la mera existencia del holograma, y que estuviese en las manos de los Knylenn. El holograma había sido grabado subrepticiamente en el santuario más privado y guardado del Kuat. Grabado por algún dispositivo oculto, sin su conocimiento, y después transmitido a Khoss de Knylenn y los otros conspiradores contra el linaje de Kuat. Eso significaba una brecha de seguridad importante dentro de la misma organización de Astilleros de Propulsores Kuat. Una brecha que sólo un individuo sería capaz de crear.

El Kuat de Kuat se volvió y miró por encima del hombro a Fenald. Su mirada se encontró con una que le contestaba directamente a los ojos, sin hacer ningún esfuerzo de renuencia.

Entonces el jefe de seguridad de Astilleros de Propulsores Kuat dio un solo asentimiento. Fue todo lo necesario, antes incluso de hablar.

—Ahora lo sabe —dijo.

—Sí… —por un segundo más, el Kuat miró al hombre en el que había confiado más que en cualquier otra criatura sensible en la galaxia—. Supongo que sí. —Muchas cosas estaban claras ahora, incluyendo por qué Fenald había sido tan insistente en acompañarlo a la reunión de las casas gobernantes de Kuat. *Quería estar aquí*, pensó el Kuat amargamente, *para asegurarse de que le pagaban.* Cuanto los Knylenn y los otros hubiesen ofrecido por esta traición…

Volvió a girarse hacia los demás convocados en el lugar de reunión. Kodir de Kuhlvult tocó suavemente el brazo del Kuat.

—No tiene usted muy buen aspecto —dijo.

Por un momento el Kuat se preguntó si hablaba de sí misma. Durante la reproducción holográfica, había oído un jadeo repentino tras él; había mirado por encima del hombro y había visto a Kodir ponerse pálida, los ojos abiertos por la sorpresa, cuando observó esos eventos recreados del pasado. No sabía qué la había golpeado con tanta fuerza, y ahora mismo no había tiempo para descubrirlo.

—No se preocupe por mí —el Kuat de Kuat asintió lentamente—. Tengo mucho que pensar.

Kodir se acercó a su cara.

—¿Está seguro? Quizá podamos posponer este encuentro; puede que haya suficientes miembros de las otras casas que no estén completamente asociados con los Knylenn y que le dejarían ir por razones de salud. De verdad parece como si acabase de tener un ataque al corazón.

—No… —el Kuat se quitó la mano de ella de la manga de su túnica—. Es mejor si termino con esto ahora. Además… —consiguió sonreírle—. Tengo algunas sorpresas propias de las que Khoss y su grupo no saben nada.

El Kuat levantó la vista hacia el líder de los Knylenn, subido a bordo del sistema de soporte de vida portátil. Tuvo que asumir lo peor sobre de qué eran conscientes los Knylenn, respecto a sus propios proyectos y acciones. Con lo que hubiesen sobornado a su jefe de seguridad (*ex*-jefe de seguridad, se recordó a sí mismo el Kuat), obviamente había sido suficiente para darles acceso efectivo a todo lo que había pasado dentro de la sede de Astilleros de Propulsores Kuat. *Si* hubiesen sabido qué buscar…

Sólo había una manera de descubrirlo.

—Deben de estar bromeando —dijo el Kuat—. ¿Es traición que haya mantenido un ojo en uno de los clientes de Astilleros de Propulsores Kuat? Vendemos nuestras mercancías a cualquier criatura que tenga los créditos por ellas, siempre que podamos hacerlo sin sufrir la ira del Imperio. Algunos de nuestros clientes necesitan mucha observación; habría sido un necio si hubiese confiado ciegamente en alguien como Jabba el Hutt. Deberían estarme agradecidos por tomar tales precauciones.

—¿Son precauciones? —la voz de Khoss de Knylenn tomó un corte sarcástico—. ¿Y qué naturaleza cautelosa suya condujo al bombardeo por saturación de un sector de la superficie del planeta Tatooine conocido como el Mar de las Dunas? No intente negar que sucedió. Lo sabemos todo sobre ello, y que el bombardeo fue dirigido personalmente por usted, desde a bordo de su buque insignia de Astilleros de Propulsores Kuat.

Así que poseían ese conocimiento también; el jefe de seguridad del Kuat había hecho un trabajo exhaustivo vendiéndolo.

—Eso no es de su incumbencia —dijo rígido el Kuat—. Son necesarias algunas cosas cuyas razones no pueden revelarse públicamente. Mientras Astilleros de Propulsores Kuat sea una empresa rentable (y ustedes cosechen su parte de esos beneficios), todo el fisgoneo en esos asuntos no hace nada excepto entorpecer mi dirección de la corporación.

—¡Ah! —Khoss se inclinó hacia delante, por encima de la cabeza entrecana del anciano Knylenn—. Desea ocultarles secretos a los más cercanos a usted, aquéllos con mayor derecho a saber —un ademán de barrido de su brazo abarcó el lugar de reunión y a aquellos que contenía—. Los representantes de las casas gobernantes de este mundo son como niños para usted, incapaces de entender todos sus grandes proyectos y maniobras. Dígame, Kuat de Kuat… —dijo Khoss con gélido desdén—. ¿Se supone que debemos estar *halagados* por semejante actitud por su parte?

Esta vez habló Kodir de Kuhlvult.

—Puede estar tan halagado u ofendido como quiera —dijo—. Pero la verdad es como el Kuat la cuenta. Hace tiempo las casas gobernantes eligieron poner su confianza en su línea de sangre. Creamos la Exención de Herencia específicamente para que la familia Kuat, de una generación a la siguiente, pudiese continuar administrando la corporación de la que viene nuestra riqueza. ¿Ahora vamos a revocar esa confianza, por una razón no mejor que el hecho de que el Kuat de Kuat la lleva como considera adecuado?

—Nuestra pequeña prima Kuhlvult ha dejado claro qué bando ha tomado —Khoss le dirigió su marchita cara de desprecio, y después extendió las manos hacia la multitud alrededor de la base del sistema de soporte de vida—. Se le dio la oportunidad de unirse al resto de las casas gobernantes, aquéllas que desean justicia y no se inclinan por argumentos fáciles sobre comprometer las fuentes de nuestra riqueza. Quizá ella tenga sus razones para hacer semejante elección. ¿Por qué la traición debería limitarse a los del linaje Kuat? Con el poder que dirige, el Kuat de Kuat tiene sus modos de tentar a los codiciosos y necios para que sean sus aliados.

El discurso de Khoss de Knylenn fue respondido con gritos airados de sus partidarios reunidos. Pero otra voz logró alzarse por encima de ellos.

—No me tienta sino el deseo de hacerle comerse sus propias palabras —Kodir de Kuhlvult parecía como si estuviese lista para trepar sobre el sistema de soporte de vida y realizar su deseo por la fuerza—. Si tuviesen alguna sustancia, harían un buen bocado para usted, estoy segura. Pero no son nada más que aire. Nada más que mentiras y pequeñas insinuaciones y rumores, ninguno de los cuales equivale a algo real.

—Mi querida prima —dijo Khoss con fingida cortesía—, se necesita sabiduría para medir el peso de cosas tan sutiles como la traición del Kuat. Es demasiado inteligente para perseguir sus ambiciones retorcidas abiertamente, donde cualquiera pueda verlas.

—Así que sobornando se abre camino hasta mis alojamientos privados —el Kuat hizo un ademán hacia su antiguo jefe de seguridad—. Y les coloca espías a aquéllos que no le han hecho ningún daño.

—Hago lo que es necesario —respondió Khoss—. Si fuese lo requerido para desarraigar la maldad que ha echado raíces entre nosotros, aprovecharía las energías más oscuras que se puedan encontrar en este universo. Pero usted ya me ha superado en eso, ¿no?

—Usted dice disparates.

—¿Lo hago? —las cejas se elevaron por encima de los ojos de Khoss—. ¿Es un disparate preguntarse por el significado no sólo del propio espionaje del Kuat, sino también de un bombardeo inexplicable sobre la superficie de otro planeta? ¿Un planeta del cual ya ha habido rumores girando por toda la galaxia? Puede que usted no sea consciente de la naturaleza de esos rumores y relatos, pero parece bastante claro que ese cierto planeta conocido como Tatooine ya ha tomado una gran importancia tanto a los ojos del Emperador Palpatine como a los del instrumento de su voluntad más temido, el mismo Lord Darth Vader. Y no es ninguna proeza de espionaje saber que la Alianza Rebelde ha ganado un nuevo y valioso líder en la forma de un tal Luke Skywalker, cuyo planeta natal es ese mismo Tatooine. ¿Debemos creer que es una mera coincidencia que, de todos los mundos habitados en la galaxia, las intrigas del Kuat de Kuat también deban girar alrededor de Tatooine? ¿O no es una probabilidad más grande que esas intrigas, respecto a las cuales el Kuat nos pide que confiemos en él, hayan enredado fatalmente, a través de su temeridad y locura, a nuestro propio mundo y nuestra herencia con la lucha entre el Imperio y la Rebelión? —Como si fuese una señal, los murmullos y gritos de los

Knylenn y sus afiliados subieron a un tono más alto—. Ni siquiera conocemos a qué propósito sirven todas las maquinaciones del Kuat, no nos considera aptos para que se nos confíen esos secretos vitales; sólo *él* debería saber esas cosas. Por eso el Kuat también nos ha ocultado que ha recibido otros mensajes de Tatooine, relativos al bienestar de un célebre cazarrecompensas llamado Boba Fett. Quizá este cazarrecompensas también haya sido un cliente de Astilleros de Propulsores Kuat en el pasado, pero ahora es más bien algo más que eso —Khoss punzó un dedo hacia su adversario delante del sistema de soporte de vida portátil—. ¿No es eso cierto, Kuat?

La brecha en la seguridad era más extensa de lo que el Kuat había temido originalmente. *Han salido del planeta,* comprendió el Kuat. Obviamente la casa Knylenn había estado en contacto con fuentes de inteligencia en otras partes de la galaxia, y había pagado por lo que querían saber; eso suponía que había una buena posibilidad de que hubiesen localizado algunas conexiones más que el Kuat habría preferido mantener escondidas.

¿Pero qué habían descubierto los Knylenn exactamente? Eso estaba por verse.

—Ya que parece saber tanto… —la mano del Kuat barrió con un ademán hacia Khoss—. ¿Por qué no nos cuenta lo que es verdad? O lo que usted *cree* que es verdad.

—No es cuestión de creer, Kuat; es cuestión de saber. O de saber *suficiente*; suficiente para estar preocupado por dónde nos han conducido sus intrigas.

—¿Y dónde es eso? —el Kuat mantuvo su tono moderado y hasta de algún modo divertido.

—Ha ocultado mucho; muestra un talento innegable, Kuat, para la clandestinidad. Pero los secretos también pueden ser descubiertos; la verdad tiene una manera de revelarse —Khoss se enderezó detrás del torso revestido y la cabeza ceñuda del anciano Knylenn, y cruzó los brazos delante del pecho—. ¿Pues no es cierto además que esas intrigas también lo enredaron (y por extensión, a Astilleros de Propulsores Kuat) con la organización criminal conocida como Sol Negro? Ha dicho que valora al Imperio como cliente, y aun así también tuvo tratos secretos con las mismas criaturas que burlaban continuamente la autoridad del Emperador Palpatine en la galaxia. Yo llamaría a eso un juego arriesgado, uno que intentase manejar a ambos bandos uno contra otro. Eso no es buen negocio, Kuat; eso es una locura.

Así que no lo saben todo, decidió el Kuat. Independientemente de las fuentes de inteligencia que los Knylenn hubiesen utilizado, y de la información por la que hubiesen pagado, no había sido suficiente para revelar todos sus proyectos y maniobras. Si Khoss de Knylenn hubiese sabido exactamente lo que había pasado con el Imperio y Sol Negro, e incluso con la Alianza Rebelde, ya habría usado ese conocimiento contra el Kuat. Algunos de esos proyectos, como el intento del Kuat de vincular al Príncipe Xizor, el líder de Sol Negro, con la redada de tropas de asalto imperiales que había matado a los tíos de Luke Skywalker, habían ido más allá de todos los conceptos razonables de riesgo; aunque también habían sido necesarios como parte de la campaña calculada del Kuat para eliminar la amenaza que Xizor representaba para Astilleros de Propulsores Kuat. El

proyecto había fracasado; el Kuat ya se lo había admitido a sí mismo. Ahora todos sus esfuerzos, incluyendo el bombardeo sobre el Mar de las Dunas de Tatooine, se concentraban en eliminar las pruebas de esa maquinación antes de que la verdad sobre ello se filtrase al Emperador Palpatine. *Quizá llego demasiado tarde*… si los Knylenn se habían enterado hasta de esos pequeños trozos de información, no había manera de decir de qué sería ya consciente Palpatine, con su organización de inteligencia vastamente superior.

—Muy bien. —Había oído bastante de Khoss de Knylenn. El estado de la percepción de los Knylenn de sus secretos estaba claro—. No me importa contarles más de lo que ya saben. Si creen que esos asuntos constituyen traición (y si han convencido a suficientes de las otras casas gobernantes de que es el caso), sólo resta un interrogante. ¿Qué van a hacer al respecto?

El viejo Knylenn habló, su voz un raspado rechinante desde el altavoz amplificado montado al frente del cilindro que alojaba la carne anciana.

—El linaje de Kuat… debe pagar el precio… por sus crímenes…

—¿«Crímenes»? —Las palabras del anciano parecieron enfurecer a Kodir de Kuhlvult. Dio un paso adelante desde donde estaba junto al Kuat—. ¡El crimen es de ustedes! —un dedo acusador salió disparado, apuntando directamente a Khoss de Knylenn por encima de ella—. Su codicia y ambición los ha llevado a espiar y a inventar calumnias contra un pariente —Kodir bajó la mano, dejando que el mismo gesto barriese por las filas de los otros Knylenn y sus afiliados—. Y todos ustedes comparten la culpa por dejar que esas sospechas envenenasen sus mentes. La galaxia está en guerra, el Imperio contra los rebeldes, y guste o no, nos encontramos en el campo de batalla. Ahora no es el momento de conspirar contra el único que tiene una oportunidad de conducirnos a la seguridad.

—Conducirnos a la ruina, más bien —Khoss de Knylenn moderó la severidad de su voz, lo mejor para volver a encaminar a cualquiera de sus seguidores que pudiera haber tenido segundas opiniones—. El Kuat de Kuat nos oculta lo que más necesitamos saber, y lo que lo absolvería de sospecha, si sus acciones son en efecto irreprochables. Hay cosas que necesitamos saber, que se las ha arreglado para mantener en secreto. Todo lo que tiene que hacer es disipar la oscuridad que él mismo ha creado, y entonces nuestras objeciones al modo en que administra Astilleros de Propulsores Kuat se esfumarán como el rocío sobre las hojas del bosque —el último fragmento de poesía fue acompañado por una sonrisa desagradable—. ¿Qué dice usted, Kuat de Kuat? Puede tener sus secretos, pero no sin sospechas. O acusaciones.

Era grande la tentación de divulgar exactamente esas cosas que Khoss y los otros Knylenn exigían saber. *Cuéntaselo*, pensó el Kuat sombríamente, *y que todo termine.* Sobre las cabezas de los Knylenn y sus afiliados, la culpa sería tan pesada como lo era sobre la suya. ¿Por qué debería ser él el único aplastado bajo esa carga, cuando todos compartían los beneficios de sus desvelos constantes? Podía sentir las palabras partiendo

su corazón y ascendiendo a su lengua, los intrincados detalles de sus tramas forzando su camino a la luz…

Diles la verdad, pensó el Kuat. *Y renuncia a cualquier esperanza de éxito. Cualquier posibilidad de supervivencia, de salvar Astilleros de Propulsores Kuat de sus enemigos.*

Ése era el problema, la trampa en la que estaba atrapado. La información fluía en ambas direcciones; si los Knylenn ya estaban en contacto con espías y otras fuentes turbias de inteligencia, entonces cualquier cosa revelada aquí encontraría rápidamente su camino hasta aquellos que estarían aún más interesados en descubrir los detalles de las intrigas del Kuat de Kuat. Alguien como el Príncipe Xizor no habría estado agradecido al descubrir que había sido el objetivo de la red que el Kuat había tejido con la esperanza de atraparlo dentro. Y Xizor habría tenido formas de expresar su disgusto; formas que habrían sido personalmente desagradables, y después fatales, para el instigador de las intrigas. Era el precio por jugar a juegos con apuestas tan altas. Lo que ardía dentro del Kuat era el conocimiento de que el coste de su fracaso también sería pagado por Astilleros de Propulsores Kuat. La corporación dejaría de existir; hasta su nombre sería borrado de la memoria cuando fuese absorbida en el tejido del Imperio. Las intenciones de Xizor hacia Astilleros de Propulsores Kuat habían quedado claras hacía tiempo; todo lo que le había faltado había sido el pretexto por el que poder convencer al Emperador Palpatine de embargar los valiosos activos de la corporación y hacerlos propios. El descubrimiento de intrigas como las lanzadas por el Kuat de Kuat habría sido más que suficiente para ese propósito.

Una elección como la que el Kuat afrontaba no era una elección en absoluto. El Kuat sabía que utilizar la verdad para defenderse contra un enemigo como Khoss de Knylenn sólo lo entregaría a él, y a Astilleros de Propulsores Kuat, a las manos de un enemigo aún más implacable. *Mejor mantener silencio*, decidió, *y aguantar las acusaciones que quieran lanzarme.*

—Mantengo mi propio consejo —respondió el Kuat en voz alta—. Como hace usted mismo. Usted y sus compañeros conspiradores no buscaron el beneficio de mi asesoramiento antes de ver adecuado espiarme. Así sea. Si todo su fisgoneo no puede desvelar lo que buscan saber, y si no pueden comprarlo con todos los créditos que mis trabajos han puesto en sus cofres, entonces difícilmente pueden esperar que les dé esa información gratis.

Khoss de Knylenn sonrió mientras asentía.

—Es exactamente la respuesta que esperaba de usted. Que todos nosotros, que nos hemos irritado bajo su poder desenfrenado, pensábamos que oiríamos de usted. No llega como ninguna sorpresa que no vaya a defenderse, o no pueda.

—No necesita ninguna defensa —dijo Kodir airadamente— contra acusaciones infundadas.

El desprecio regresó a la cara de Khoss.

—Está claro que usted ha tomado una decisión de dónde está. Si la traición puede comprar su lealtad, mejor que esté satisfecha con el precio que obtuvo por ello —como

descartándola de su consciencia, volvió la mirada hacia el Kuat—. Ve el número organizado contra usted —con ambas manos extendidas, Khoss hizo un ademán hacia sus seguidores—. Más bien una mayoría obvia, ¿no lo es? Y me han designado para hablar por ellos; han hecho juramentos de vasallaje a la línea de sangre Knylenn. Esos juramentos son vinculantes e irrevocables. Es sobre esa base que en consecuencia le hago saber los deseos de las casas gobernantes, Kuat de Kuat.

—¡Ah! ¿Es así? —el Kuat se acarició la barbilla mientras miraba alrededor al muro de rostros, y después de vuelta a Khoss—. Parece mucho poder para ser investido en alguien que no es, de hecho, el cabeza de la línea de sangre que pretende representar.

La cara despectiva de Khoss cambió a un oscuro fruncimiento de ceño.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es muy sencillo. Y es justo como digo. Usted no es el cabeza del linaje Knylenn; todavía no es sino un heredero de aquél del que un día heredará el título. Esos juramentos de las otras casas gobernantes no están prestados ante usted, sino ante otra persona —el Kuat hizo un gesto hacia el anciano rostro marchito del viejo Knylenn—. ¿No debería ser él el que declarase los cargos contra mí, y el que pronunciase la retribución que reclamasen los herederos de este mundo?

Pasó un momento antes de que Khoss respondiese.

—Precisamente —dijo, su expresión aún más cruel que antes. Sobre la plataforma elevada encima del sistema de soporte de vida, dio un paso atrás, todavía dejando las manos descansar sobre los hombros del anciano revestido de metal—. Si es su deseo oírle hablar, entonces eso es algo fácilmente concedido.

Los ojos amarillentos del anciano Knylenn florecieron malhumoradamente hacia el Kuat.

—Estoy mayor… —su voz era pesada por el cansancio y el aborrecimiento—. Y no tengo la fuerza… que tuve una vez. —Los borboteos susurrantes del sistema de soporte de vida formaban un contrapunto a sus palabras—. Por eso… este más joven… —la cabeza del anciano se levantó en un gesto indicando arriba a Khoss—. Dice las palabras… que yo diría. Habla… —las últimas palabras parecieron sacadas de la boca del anciano por pura fuerza de voluntad—. Con mi autoridad. No dude de él…

—¿Y ése es también su entendimiento? —el Kuat miró a través de las caras de los afiliados de los Knylenn, ordenados a cada lado de la maquinaria del sistema de soporte de vida—. ¿Escuchan a Khoss de Knylenn porque habla por el anciano de esa casa?

Recibió algunos asentimientos de los afiliados. Uno de ellos, el anciano Kadnessi, habló en voz alta.

—Nuestra lealtad es al anciano Knylenn; recibió nuestros juramentos hace tiempo. Pero si desea que su heredero hable por él, no tenemos ninguna objeción —el anciano Kadnessi miró fijamente al Kuat—. ¿Usted?

—En absoluto —dijo el Kuat—. Sus juramentos son sagrados, y los respeto. Pero veamos si todos los honran como yo —caminó a través de la pequeña distancia entre él

mismo y el sistema de soporte de vida portátil, una mano alargándose hacia los controles visibles en su panel frontal.

—¡Deténganlo! —gritó encima de la maquinaria Khoss de Knylenn, su gesticulación punzando frenéticamente hacia el Kuat.

Antes de que pudiese poner la mano sobre el sistema de soporte de vida portátil, otra lo agarró del hombro y le dio la vuelta. El anterior jefe de seguridad de Astilleros de Propulsores Kuat recogió un lateral de las túnicas formales del Kuat y tiró de él.

—Sé lo que intenta hacer… —la expresión del ex-jefe de seguridad era severa y estricta mientras buscaba con la otra mano dentro de su chaqueta—. No lo vendí a esta gente sólo para poder verle derrotarlos. —Una vibrocuchilla reluciente apareció en el puño del antiguo jefe de seguridad—. Tiene que entender que ahora estoy del lado de ellos.

El Kuat presionó la palma duramente contra la barbilla del ex-jefe de seguridad, empujando la cara del otro hombre a un lado; con el antebrazo, bloqueó la estocada de la vibrocuchilla a sus costillas. El antiguo jefe de seguridad era más joven y fuerte que el Kuat, demasiado fuerte para que se liberase de la presa de oso del otro a través de su hombro y su cuello. La vibrohoja acuchilló hacia abajo a través de la manga de la túnica del Kuat, partiendo el pesado tejido y cortando una herida de un milímetro de profundidad, precisa como una incisión quirúrgica, a lo largo del dorso del brazo del Kuat. Salió sangre y rezumó por los tórax de ambos hombres, presionados fuertemente uno contra otro.

El puño que sujetaba la hoja golpeó en el plexo solar del Kuat, sacando el aliento de sus pulmones y forzándolo a dar un paso atrás. Eso dio al antiguo jefe de seguridad espacio suficiente para retirar el brazo y apuntar una cuchillada fatal con el arma, directamente hacia la garganta del Kuat.

El golpe nunca alcanzó su objetivo.

Jadeando con conmoción y dolor súbitos, el ex-jefe de seguridad dejó caer la vibrocuchilla; traqueteando, la hoja giró por el suelo. Los dedos del anterior jefe de seguridad arañaron el antebrazo de Kodir de Kuhlvult, apretado fuertemente contra su tráquea. Con el mismo movimiento, Kodir había impulsado la punta de una rodilla contra el espinazo del antiguo jefe de seguridad; sus hombros se arquearon hacia atrás en un arco tenso, su peso más grande equilibrado contra el de ella. Antes de que él pudiese actuar de cualquier manera que no fuese el puro reflejo irreflexivo, el brazo libre de Kodir balanceó el puño en la sien del hombre, con suficiente fuerza para que el crujido del hueso fuese audible. El blanco de sus ojos rodó hacia arriba detrás de los párpados temblorosos; cuando Kodir lo soltó, se estrelló inconsciente en el suelo del lugar de reunión.

Bajo la cúpula luminosa, la multitud convocada se había quedado en silencio por el rápido estallido de acción violenta delante de ellos. Antes de que cualquiera de ellos pudiera moverse, el Kuat de Kuat ya se había lanzado hacia delante y había agarrado la

vibrocuchilla que había caído del asimiento del antiguo jefe de seguridad. La sangre goteaba por su antebrazo y se escurría de su codo cuando sostuvo el arma en alto.

—Aconsejaría a todo el mundo que continuase muy quieto. —La acometida de adrenalina en las venas del Kuat lo había anestesiado de la herida en el brazo. El delantero de sus túnicas formales, abierto y salpicado de rojo por la misma cuchilla que ahora asía, colgaba hacia la parte superior de sus botas. Pateó a un lado el recorte de tejido pesado cuando se acercó al sistema de soporte de vida portátil—. También va por usted —dijo el Kuat; sostuvo la vibrocuchilla más alto, su punta reluciente en línea recta hacia la garganta de Khoss de Knylenn—. Quédese justo ahí. Así obtendrá una buena vista.

Khoss de Knylenn se quedó congelado en el sitio, como hipnotizado por la visión de la hoja. Delante de él, los ojos amarillentos del anciano Knylenn observaban desde debajo de los párpados caídos, la boca floja y mojada en sus rincones.

El Kuat sabía que sólo tenía unos segundos antes de que los Knylenn lograsen liberarse de la conmoción que ahora los sujetaba. Pero sería tiempo suficiente.

Se acercó al sistema de soporte de vida. La maquinaria chirrió, como si su metal y silicona fuese capaz de sentir dolor, cuando la vibrocuchilla cortó a través de los cables y mangueras expuestos. El aparato limpiador de sangre aceleró, y después se detuvo cuando sus funcionamientos se secaron; la sangre reciclada y otros flujos se extendieron en un charco reluciente debajo de los rodamientos de tanque de la maquinaria.

Por encima del Kuat, la cara del anciano Knylenn se distorsionó en un rictus congelado, los cables bajo la carne arrugada de su cuello apretando y tirando contra los confines del collar de metal del cilindro. Una burbuja roja se formó y estalló en el rincón húmedo de su boca.

Otro golpe, esta vez con la punta de la vibrocuchilla, abrió el panel frontal del sistema de soporte de vida portátil. El Kuat lo abrió lo suficiente para meter los dedos por debajo del borde liso de metal. Mientras presionaba contra él, se le unió Kodir de Kuhlvult a su lado; los dos lograron arrancar el panel frontal de la maquinaria y lo dejaron caer con un estruendo resonante al suelo del lugar de reunión.

El Kuat ya no necesitaba la vibrocuchilla. Ahora podía alcanzar los funcionamientos del sistema de soporte de vida e inutilizarlos.

—Apártense…

La voz de advertencia de Kodir sonó desde detrás de él. El Kuat miró por encima del hombro y vio que había recogido la vibrocuchilla. Con las rodillas dobladas en una postura agachada defensiva, Kodir utilizó el arma para mantener a raya a los Knylenn y sus afiliados.

—Quizá podría apresurarse un poco —dijo Kodir mirando al Kuat—. No voy a poder retenerlos siempre.

—No llevará mucho tiempo. —Una sola unidad motivadora manejaba todas las funciones del sistema de soporte de vida; el Kuat asió la parte superior de la unidad, le dio un giro a la derecha y la sacó del centro de los circuitos de la maquinaria.

Un chillido inhumano sonó desde el altavoz amplificado montado encima. Como si el Kuat de Kuat hubiese dado un golpe en el corazón de una bestia viva, el sistema de soporte de vida portátil se estremeció y se hundió sobre sus orugas, casi derribando a Khoss de Knylenn de su plataforma superior. La marchita cara gris del anciano Knylenn no mostró ninguna señal de animación cuando el Kuat agarró el borde inferior del cilindro y lo liberó. Como el escudo de batalla de un guerrero antiguo, chocó encima de las otras secciones descartadas del exterior de la maquinaria.

La vibrocuchilla blandida por Kodir de Kuhlvult no hizo que los demás en el lugar de reunión diesen un paso atrás, apartándolos de la masa de dispositivos sin energía delante de ellos. Fue lo que vieron, revelado en el corazón de la maquinaria.

Dentro del cilindro abierto, el cadáver del anciano Knylenn colgaba suspendido, no sostenido derecho por los tubos y cables de los diversos componentes del sistema de soporte de vida, sino por una simple correa de cuero que cruzaba el pecho encogido del cuerpo. La carne seca sobre los huesos que sobresalían estaba tan fría y sin vida como el metal circundante, como si el esqueleto fuese meramente una parte de la estructura de la maquinaria. Un último rastro del olor de la putrefacción había sido liberado por la apertura del cilindro; algunos de los Knylenn y sus afiliados se volvieron con asco horrorizado.

El anciano Knylenn había estado muerto mucho tiempo; mucho tiempo antes de que el sistema de soporte de vida portátil hubiese llevado el cadáver disfrazado al lugar de reunión. Eso era obvio.

—No es una mala obra de trabajo; muy bien diseñada —con la admiración clínica de un ingeniero, el Kuat indicó el resto de los detalles. Señaló arriba a los cables y tubos neumáticos servo-acoplados que corrían a través del collar de metal y adentro de la base del cráneo del anciano—. Como pueden ver, no había necesidad de llegar al gasto de preservar todo el cuerpo en un estado como de vida; sólo la cabeza del anciano era necesaria para dar la impresión de que aún estaba vivo y funcionando. Algunos simples dispositivos de animación en tiempo real, una voz sintetizada y una base de datos de vocabulario y manierismos, todo bajo el control de la inteligencia droide de nivel 1 que supuestamente monitorizaba los componentes del sistema de soporte de vida y los correspondientes signos vitales: básicamente, no una construcción elaborada en absoluto. Pero sin embargo bien hecha —el Kuat levantó la mirada a la cara pálida de Khoss—. ¿A quién contrató para hacer el trabajo por usted? Debe de haber sido caro —sacudió lentamente la cabeza—. De primeras, diría que parece un trabajo de Estudios de Mimetismo Phonane: es la clase de cosa en la que se especializan. Pero también podría haber sido…

—¿Cómo lo ha sabido? —las manos de Khoss tenían los nudillos blancos y temblaban mientras se aferraban a lo que quedaba del cilindro delante de él. Su voz sonaba más agonizante que la del falso anciano Knylenn—. Era *perfecto*. Ha pasado más de un año desde que el anciano murió, y nadie más ha sospechado nunca…

—Puede que hayan tenido sus sospechas —el Kuat lanzó una mirada divertida a los demás en el lugar de reunión—. Quizá simplemente no querían decir nada, pues ya habían decidido seguir adelante con sus planes de arrebatarme el control de Astilleros de Propulsores Kuat. Y… me imagino que tenía algunos cómplices —el Kuat miró otra vez a la persona encima de la maquinaria muerta—. Recuerdo bien al anciano Knylenn; no era un individuo estúpido. Cualesquiera que fuesen sus propias ambiciones para la casa Knylenn, dudo que se le hubiese podido convencer para ir adelante con este plan suyo.

—¿Así es como…?

—Ha sido suficiente para despertar mi propio escepticismo —respondió el Kuat—. Pero necesitaba pruebas, y no han tardado en llegar. Simplemente se ve que no está hecho para ser ingeniero, Khoss; confía demasiado en máquinas inteligentes. Alguien que trabaja con ellas y las diseña siempre sabe que el elemento humano es ineludible. Y decisivo —sacudió la cabeza con tristeza burlona—. Siempre son las cosas simples con las que la gente tropieza. Programó la inteligencia droide en ese dispositivo suyo bastante bien; estaba haciendo una imitación bastante decente del anciano Knylenn. Pero se equivocó con los hechos. Habría sido muy difícil que el anciano hubiese jurado ante nuestras madres biológicas que me sobreviviría, pues nuestras madres nunca se conocieron. La mía murió dándome a luz. Fui criado en la casa de Kuat por el padre del que recibí mi herencia. Así que cuando su anciano Knylenn falso no me ha pillado en una simple mentira, ahí es cuando he sabido que no era él realmente.

Uno de los Kadnessi, el hombre que había hablado antes, parecía perplejo.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Por qué llegaría Khoss a un extremo tan elaborado para hacer parecer que el anciano Knylenn seguía vivo? Tan pronto como la noticia de la muerte del anciano Knylenn se hubiese difundido, habría sido cuando Khoss habría sido reconocido como el heredero de la casa Knylenn.

—Eso no es difícil de descifrar —el Kuat sonrió—. No basta con heredar el título, cuando los juramentos de lealtad de las otras casas gobernantes se dieron a la *persona* del anciano Knylenn anterior. Ninguno de ustedes ha hecho nunca un juramento a Khoss de Knylenn —el concepto trajo una risa del Kuat—. ¿Por qué deberían haberlo hecho? Así que para que Khoss procediese con su campaña para expulsarme del liderazgo de Astilleros de Propulsores Kuat, necesitaba toda la autoridad que iba con que el viejo Knylenn siguiese vivo, sin la inconveniencia de que el anciano discrepase con él sobre lo que debería hacerse. La verdadera cuestión, por supuesto, es… —la voz del Kuat se oscureció con insinuaciones maliciosas—. ¿Cuán conveniente era la muerte del anciano? Quizá nuestro querido primo Khoss pueda haber… *ayudado* al proceso. Sólo un poco.

—Eso… eso es mentira —la cara de Khoss de Knylenn había palidecido a un blanco anémico—. Si está diciendo que lo maté, que tuve algo que ver con su muerte…

—Un cargo muy serio —dijo el Kadnessi. Asintió solemnemente, un gesto que fue repetido por otros en la multitud, incluyendo a los Knylenn y sus asociados—. Esto llevará una investigación. Y si resulta ser cierto…

—Entonces la propia vida del asesino está perdida —Kodir de Kuhlvult dijo las palabras con evidente satisfacción—. Es la ley, tan antigua como las mismas casas gobernantes. Es un crimen capital que un heredero designado se cobre la vida de un anciano. Y el castigo debe ser impuesto, o las casas estarían inundadas de la sangre de las víctimas.

Encima de la maquinaria incapacitada, la manifestación arruinada de su intriga, Khoss estaba reducido a una incoherencia farfullante. Sus puños se apretaban mientras su cara se distorsionaba con la rabia de los impotentes y culpables.

El Kuat sabía qué esperar; vio los músculos de Khoss tensándose para un acto final. No lo sorprendió cuando el heredero Knylenn derrotado saltó de la plataforma elevada de la maquinaria, sus manos arañando en busca de la garganta de su enemigo.

Esta vez no hubo necesidad de ayuda de Kodir. El Kuat se ocupó del problema él mismo. El talón de una mano alzada pilló a Khoss en el borde de la mandíbula, haciendo chasquear su cabeza hacia atrás. No se levantó, aunque su pecho todavía podía verse subiendo y bajando, trabajando por respirar.

—Háganme saber —dijo fríamente el Kuat— lo que decidan sobre él. Probablemente sería lo mejor para las relaciones públicas de Astilleros de Propulsores Kuat si la ejecución se realizase de una manera tan reservada como fuese posible. Esta clase de riñas dentro de las filas siempre se ve por los forasteros como debilidad —se giró y se alejó hacia la salida del lugar de reunión.

Fenald acababa de empezar a recuperar la consciencia, y levantó débilmente una mano hacia el Kuat cuando pasó junto a él. Kodir plantó la suela de su bota en el pecho del hombre y lo tiró de vuelta al suelo.

—No creo que la casa Kuat vaya a necesitar más sus servicios —Kodir sonrió mientras miraba por encima al Kuat de Kuat—. Diría que son muchas las posibilidades de que vaya a haber un nuevo jefe de seguridad en Astilleros de Propulsores Kuat —se puso los puños en las caderas y miró al Kuat con la cabeza inclinada a un lado—. ¿Y bien…?

Él le devolvió la mirada durante sólo un segundo antes de tomar su decisión.

—Muy bien —dijo el Kuat de Kuat. Cabeceó hacia la salida y el pasillo que conducía al área de atraque—. La nave está esperando.

14

En el vuelo de regreso a los Astilleros de Propulsores Kuat se finalizaron los acuerdos de negocios.

—Esto no se ha hecho antes —dijo el Kuat de Kuat. El tiempo de tránsito no era mucho, así que había ido inmediatamente a los detalles—. Al menos, no soy consciente de que un miembro de una de las casas gobernantes haya servido como el jefe de seguridad de la corporación. Ciertamente, con mis predecesores inmediatos, siempre hubo alguien contratado de fuera del planeta —levantó una ceja—. Y después de una búsqueda considerable y también de una prueba de aptitud, podría añadir —sus propias palabras evocaron una risa amarga del Kuat—. No es que eso hiciese mucho bien, al parecer. —El recuerdo de la traición de Fenald todavía lo quemaba profundamente.

Kodir de Kuhlvult se reclinó en el asiento del área de pasajeros junto al suyo.

—¿Se pregunta si estoy cualificada para el trabajo? —le sonrió—. ¿Cuántas pruebas más necesito darle?

—Ninguna —el Kuat sacudió la cabeza—. Ha hecho suficientes movimientos ahí en el lugar de reunión de las casas gobernantes para demostrar que sabe cómo actuar en una emergencia. Y… no acompañó a los otros ni cayó en esa intriga de Khoss. Ahora, eso indica una mente analítica bastante aguda, lo cual siempre es bueno en un jefe de seguridad, o quizá…

—¿Quizá qué?

Era su turno de sonreír.

—¿Quizá algunas fuentes internas? Puede que Khoss de Knylenn no haya mantenido todo tan en secreto como habría querido, o como creía. Un poco de fisgoneo, un poco de seguimiento de indicios y pistas (como noticias de entregas inusuales a la casa Knylenn, cosas como ésa), y una persona inteligente podría haber sabido incluso antes que yo que el anciano Knylenn estaba muerto.

—Oh, tiene razón en eso —Kodir asintió lentamente—. Una persona inteligente lo habría sabido. Y… —parecía más que satisfecha consigo misma—. Una persona inteligente también sabe cómo guardar sus propios secretos.

—Está bien —dijo el Kuat—. Siempre que no interfiera con sus deberes. Pero hay más por determinar que sólo sus aptitudes.

Kodir giró la mirada desde la pequeña ventana junto a su asiento.

—¿Como qué?

—Necesito saber exactamente por qué *querría* ser la jefa de seguridad para Astilleros de Propulsores Kuat. Mi jefa de seguridad.

Ella hizo un encogimiento de hombros.

—Hay toda clase de respuestas que podría darle. Quizá sólo debería decir que querer estar donde está la acción… es una especie de característica de la casa Kuhlvult. Y ahora mismo, alrededor de Astilleros de Propulsores Kuat hay mucha acción.

—Si sólo quiere acción, vaya a unirse a la Alianza Rebelde. Entonces obtendrá toda la acción que podría querer.

—Salvar nuestro propio pellejo también es algo así como un rasgo de los Kuhlvult —Kodir sacudió la cabeza—. No sé si ir contra el Imperio es compatible con la supervivencia a largo plazo.

—Ya no sé si estar en el bando del Emperador es bueno para la salud. —Un antiguo peso conocido volvió a presionar sobre los hombros del Kuat de Kuat—. Sólo intento mantener Astilleros de Propulsores Kuat intacta e independiente, sin importar quién gane.

—Es una de las cosas que admiro de usted —dijo Kodir—. Exige lealtad de otros, pero no es un idiota regalándola.

Por un momento, él se preguntó si estaba siendo sarcástica. Entonces tuvo que admitir la sabiduría de lo que acababa de decir.

—La lealtad que el Emperador Palpatine extrae de sus seguidores no es la lealtad de las criaturas libres. No es más que el miedo mostrado por los esclavos.

—Le costaría a usted la vida —habló sobriamente Kodir— si yo le hiciese saber sus sentimientos al Emperador.

—Pero no va a hacerlo —todas las sonrisas habían desaparecido, tanto de la cara de él como de la de ella—. Lo que significa que no le asusta Palpatine, o que usted me es (suficientemente) leal. O…

—Siempre parece haber otro «o».

—Es una galaxia complicada en la que vivimos —dijo el Kuat—. O usted tiene sus propias razones para estar a mi lado. Cosas que quiere, que sería más probable que fuese a lograr si yo me mantuviese sano y a cargo de Astilleros de Propulsores Kuat —miró más de cerca a Kodir—. Así que, ¿qué es exactamente lo que quiere?

—Respuestas.

Una palabra, declarada rotundamente; el Kuat asintió en reconocimiento.

—Éstas pueden ser difíciles de conseguir —dijo—. A diferencia de las preguntas, que son tan abundantes como los átomos de hidrógeno en el universo.

Kodir hizo un leve encogimiento de hombros.

—Las mías son bastante específicas.

El transporte personal pronto estaría en el área de atraque de Astilleros de Propulsores Kuat. Y aún había algunas cosas que el Kuat quería resolver con su nueva jefa de seguridad antes de estar rodeados por otras criaturas.

—Tenga cuidado —advirtió el Kuat—. A veces se hacen preguntas, y se dan respuestas, pero no son las que uno querría escuchar.

Ninguna emoción se mostró en la cara de Kodir.

—Correré ese riesgo.

—Entonces pregunte.

Se inclinó más cerca del Kuat, como si las respuestas pudiesen estar escritas en los centros oscuros de sus ojos. Pasó un momento antes de que hablase. Después:

—¿Qué le sucedió a aquella chica?

La pregunta lo desconcertó.

—No sé de qué está hablando.

La ira se filtró en el tono categórico de la voz de Kodir.

—No juegue con esto. Podemos tener juntos un acuerdo de negocios, o podemos ser enemigos. Usted elige.

Ese fogonazo de temperamento le provocó curiosidad. *Es algo importante para ella*, pensó el Kuat; simplemente no sabía lo que era… todavía.

—Cuénteme —dijo el Kuat apaciblemente— a qué chica se refiere. Y podemos proceder desde ahí.

—La bailarina. En el palacio de Jabba el Hutt.

Al Kuat le llevó un momento recordar de qué estaba hablando. *El holograma*, cayó por fin en la cuenta. De la unidad mensajera hiperespacial que el espionaje de Khoss de Knylenn le había captado contemplando. De vuelta en el lugar de reunión de las casas gobernantes, Kodir había observado esa repetición del holograma dentro de un holograma de los eventos pasados en el palacio de Jabba. Había observado, y había visto algo en ello que consideraba importante. ¿Pero qué?

—Debió de morir —dijo el Kuat—. Cuando Jabba la lanzó a su bestia rancor mascota; eso es lo que había en ese foso con la reja retráctil encima. Y nadie sobrevive a entrar en contacto tan cercano con un rancor.

—No estoy hablando de esa bailarina —Kodir espetó sus palabras con impaciencia—. ¿A quién le importa una mujer twi'lek? Quiero decir, es muy malo, pero no es lo importante. Es la otra, la otra guapa, que se podía ver en el holograma del palacio: la que estaba a un lado. Ésa es de la que quiero saber.

El Kuat buscó en su memoria, intentando desenterrar los detalles que previamente había considerado insignificantes. Su atención, cuando había observado por primera vez la repetición holográfica que la unidad mensajera hiperespacial le había traído, se había concentrado en las idas y venidas del cazarrecompensas Boba Fett en el palacio de Jabba. Ésa había sido toda la razón para la disposición del espía autónomo que había sido pasado allí de contrabando; cualquier otra cosa que hubiese sido grabada era accesoria a los propósitos originales del Kuat.

—Tiene razón —dijo asintiendo lentamente—. Supongo que allí había otra bailarina —el Kuat se encogió de hombros—. Jabba siempre mantenía un pequeño grupo de ellas en el palacio. Dada la manera en que alimentaba sus mascotas, tenían una rotación bastante alta. No era la clase de posición que iba unida con una esperanza de vida alta.

—Pero ésa vivió —habló Kodir con ferocidad inesperada—. La otra, la que Jabba no lanzó al rancor.

—¿Cómo sabe eso? —Todavía no entendía el interés de Kodir en una bailarina anónima en un mundo remoto como Tatooine—. Pudo haberle sucedido algo más antes de que Jabba fuese asesinado. E incluso después… es un entorno bastante hostil para que cualquiera sobreviva en él.

—*Sé que está viva* —llegaron las palabras de Kodir a través de sus dientes apretados—. Puedo sentirlo. Aun así de lejos.

Perplejo, el Kuat miró a la joven sentada junto a él. Algunas piezas más cayeron en su lugar ahora, cuando logró recordar la cara de la otra hermosa bailarina en el holograma. La grabación holográfica había captado, por sólo unos segundos, la imagen de ella observando a la mujer twi'lek caer en el foso del rancor delante de la plataforma del trono de Jabba, y escuchando los gritos aterrorizados que habían precedido a la muerte no vista en la oscuridad de abajo.

El Kuat vio ahora, cuando miró a Kodir de Kuhlvult, lo que se había perdido antes. Pero hasta esta gran respuesta sólo ahondaba el misterio.

—Sí —dijo Kodir suavemente. Obviamente había percibido la comprensión en los ojos del Kuat, su súbito conocimiento del parecido familiar—. La chica, la otra allí en el palacio de Jabba, es de mi sangre, mi familia; la casa de Kuhlvult. Así es como sé que aún está viva. Tiene que estarlo…

El Kuat sabía que había más. Ahora él habló suave, casi tiernamente.

—¿Cuál es su nombre?

Kodir cerró fuertemente los ojos mientras respondía.

—Su nombre —dijo—, su verdadero nombre, es Kateel de Kuhlvult —las palabras llegaban despacio, como si hubiesen estado alojadas cerca del corazón de Kodir—. Pero cuando no era más que una niña, y hablando como lo hace una niña, no podía pronunciar tal nombre; en su lugar sólo decía *Neelah* —la voz de Kodir había disminuido hasta un susurro—. Y así es como la llamábamos.

El Kuat observó a la mujer junto a él con algo cercano a la lástima.

—Y cree que puedo ayudarla a encontrarla.

—Oh… lo hará —Kodir le dirigió una mirada fiera—. No tengo ninguna duda de eso.

Un vistazo por la ventana junto al Kuat mostró que el área de atraque de Astilleros de Propulsores Kuat ya estaba a la vista. Se volvió hacia Kodir.

—Mis recursos, y mi tiempo, son limitados. No sé cómo una niña de una de las casas gobernantes de Kuat acabó en el palacio de Jabba el Hutt. Y tengo preocupaciones más acuciantes que descubrir la respuesta a esa cuestión.

—No, no las tiene —habló Kodir con una certeza ominosa—. Le aseguro que no hay nada más importante para usted que esto.

—Parece bastante segura de eso.

Otro asentimiento de ella.

—Tengo razones para estarlo.

El Kuat levantó una ceja.

—¿Como cuáles?

—Razones muy simples —dijo Kodir— y muy convincentes. Ya ha hablado de sus sospechas de que pueda tener otras fuentes de información, y también buenas fuentes. La verdad es que está en lo correcto sobre eso. Es como supe que el anciano Knylenn estaba muerto, antes incluso de que usted lo averiguase. He pasado mucho tiempo montando y

trabajando esas fuentes de información; algunas de ellas las heredé, como parte del linaje Kuhlvult. Y son por las que sé cosas sobre usted, Kuat de Kuat. Cosas importantes.

—De verdad —le devolvió fríamente la mirada—. Continúe.

—Se las ha arreglado para mantenerlo en secreto para todos los demás, incluyendo a su antiguo jefe de seguridad. Pero sé al menos algo de lo que ha estado haciendo. Khoss de Knylenn tenía razón cuando ha hecho sus acusaciones de que sus intrigas y planes lo han metido a usted, y a Astilleros de Propulsores Kuat, en un territorio bastante peligroso con el Imperio y la organización Sol Negro. Pero Khoss no era consciente de lo que he podido descubrir sobre esas maquinaciones suyas —un rastro de simpatía, y hasta de admiración, apareció en la propia mirada de Kodir—. Khoss sólo quería utilizar las pequeñas pizcas de información que tenía para sus propias ambiciones, tomar el control de Astilleros de Propulsores Kuat. Incluso si hubiese estado al corriente de lo que sé, aún habría intentado hacer eso. Pero sé qué intentaba usted hacer con esas intrigas. Puede que hayan sido peligrosas, pero no tenía otras opciones disponibles. No si quería salvar Astilleros de Propulsores Kuat.

El Kuat reclinó la cabeza contra el asiento acolchado.

—Así que usted sí lo sabe.

—Suficiente —dijo Kodir—. Suficiente para ver que era algo honorable lo que intentaba, Kuat de Kuat. Para alguien tan cercano al Imperio como usted, cercano pero no parte de él, era posible analizar la situación y deducir que la amenaza inmediata más grande para la independencia de Astilleros de Propulsores Kuat no era el Emperador Palpatine, sino su subordinado el Príncipe Xizor.

—Exactamente. —Hasta el nombre del noble falleen colocaba una dura piedra de resentimiento en el estómago del Kuat—. Xizor codiciaba el poder y las capacidades de Astilleros de Propulsores Kuat; quería más que nada llevar la corporación bajo su propio dominio. Y vio la manera de hacerlo a través de las sospechas del Emperador. Si Xizor hubiese podido proporcionar evidencias (ya fuesen la verdad o su propia marca de mentiras) de que el liderazgo de Astilleros de Propulsores Kuat había sido desleal al Imperio, entonces Palpatine habría embargado la corporación. Habría habido cruceros de batalla imperiales, fabricados en nuestros propios muelles de construcción, rodeando el planeta de Kuat; habríamos sido dominados y aplastados bajo el talón del Imperio, como lo han sido otros mundos —sobre los brazos del asiento, el Kuat apretó las manos en puños de nudillos blancos—. Como lo serán *todos* los mundos, si Palpatine hace lo que quiere.

—Cuidado —un rincón de la boca de Kodir se elevó en una sonrisa—. Ahora empieza a sonar como un miembro de la Alianza Rebelde.

—Si pensase que tienen una posibilidad, siquiera cualquier posibilidad de tener éxito, entonces me *uniría* a los rebeldes. Entregaría todos los recursos de Astilleros de Propulsores Kuat a la Alianza, estuviesen las otras casas gobernantes de acuerdo conmigo o no. Pero no tienen ninguna posibilidad —el Kuat sacudió la cabeza, más con pena que con cualquier otra emoción—. Los rebeldes no saben a qué se enfrentan. Quizá puedan

destruir una construcción defectuosa como la Estrella de la Muerte, pero eso se debe más a la arrogancia y la confusión mental de los almirantes de la Armada Imperial que a cualquier ventaja real que la Alianza Rebelde pueda poseer.

—Me pregunto sobre eso. He oído algunas cosas en el curso de la investigación y el espionaje, cosas sobre algunos de los líderes rebeldes —la voz de Kodir se hizo reservada y pensativa—. En algunos mundos hablan de ese Luke Skywalker como si fuese el héroe que han estado esperando desde el derrumbamiento de la antigua República.

—Las criaturas sensibles pueden creer lo que quieran, pero con demasiada frecuencia confunden sus esperanzas y sueños con la fría y dura realidad —la expresión del Kuat se había asentado en una máscara severa—. No tengo ese lujo. Como ingeniero, sólo me concierne lo que funciona.

—Qué pena que su intriga contra el Príncipe Xizor fuese un fracaso, entonces. Ahora lo han dejado con el trabajo de limpiar las piezas que quedaron atrás.

Había descrito la situación con una exactitud admirable.

—Y planea ayudarme con la limpieza, supongo.

—Lo ha entendido —dijo Kodir—. Xizor no era el único que podía haberse beneficiado de proporcionar pruebas dañinas. Usted hizo un buen trabajo, por lo que he podido descubrir, armando algo que habría terminado envolviendo al Príncipe Xizor en grandes dificultades. Feromonas de falleen sintetizadas, metidas en una grabación de vídeo mejorada sensorialmente de una redada de tropas de asalto imperiales en una granja de humedad en Tatooine; una redada en la que la única familia de Luke Skywalker, los tíos que lo habían criado desde la infancia, fueron horriblemente asesinados: una manera pulcra de indicar, justo lo bastante sutilmente para que no pareciese una estratagema, que el Príncipe Xizor había estado implicado de alguna manera en la redada. De modo que habría habido una buena probabilidad de que Skywalker se hubiese dispuesto a arreglar el marcador con Xizor; se habría ocupado de sus cuentas personales mientras ayudaba a la Alianza Rebelde yendo tras uno de los esbirros principales del Emperador Palpatine —Kodir sonrió con macabro reconocimiento—. Supuestamente sólo habría sido *usted* quien se habría beneficiado realmente de todo ello.

—Correcto —dijo el Kuat—. Yo, y Astilleros de Propulsores Kuat.

—Por supuesto. Incluso si Skywalker no hubiera tenido éxito en eliminar al Príncipe Xizor, habría sido distracción más que suficiente para impedir que Xizor avanzase sus propias maquinaciones contra Astilleros de Propulsores Kuat. Al menos durante un poco de tiempo.

—El tiempo puede ser un artículo precioso —el Kuat aplanó las manos contra los brazos del asiento—. Uno compra tanto como puede, siempre que sea posible.

—Muy sabio, Kuat de Kuat. Intentaré recordarlo —la mirada simpática apareció otra vez en los ojos de Kodir—. Parece una pena, entones, que todos esos planes ingeniosos no funcionasen. Y que, si ni siquiera se hubiesen intentado, usted y Astilleros de Propulsores Kuat habrían estado mejor.

—Cierto. Demuestra que uno no puede protegerse contra cada contingencia. Pensé que las maquinaciones que más tenía que temer eran las de Xizor. Y después resultó que Xizor había sido su propio peor enemigo; su astucia y crueldad sólo tuvieron éxito en hacer que lo matasen. Qué pena que él no pudiese hacer eso antes de que yo fabricase la falsa evidencia contra él.

Con una mano, Kodir lo tocó ligeramente en el hombro.

—Ahora es su vida la que está en peligro, Kuat de Kuat; su vida y todo lo que valora. Su ingenio se vuelve contra usted, como una daga contra su pecho. Si el Emperador Palpatine fuese a tomar posesión de esa prueba manufacturada, sabría inmediatamente que era falsa; ya sabe que el difunto Príncipe Xizor no tuvo nada que ver con esa redada en la granja de humedad en Tatooine. De modo que buscaría a quien hubiese falsificado la prueba, e inevitablemente la rastrearía hasta usted, Kuat —sacudió lentamente la cabeza—. No es probable que el Emperador mire con misericordia que esa clase de intrigas tengan lugar bajo su misma nariz. Extraerá un alto precio del perpetrador. Y así obtendrá dos cosas: venganza… y Astilleros de Propulsores Kuat.

Lo último era lo único que le importaba al Kuat; no le preocupaba nada su propia vida. *Las máquinas se rompen y se oxidan,* reflexionó, *y los seres mueren.* Sólo aquellas entidades más grandes, que construían máquinas y a las que los seres servían y por las que morían, tenían una posibilidad de sobrevivir en este universo. La idea de que sus propias manos y mente serían los instrumentos que causasen la destrucción de sus amados Astilleros de Propulsores Kuat liberaba un espíritu rabioso dentro de él. El Kuat de Kuat ya había jurado que, de una u otra manera, se aseguraría de que el Emperador Palpatine nunca tuviese esa corporación en sus sucias manos.

—Tiene una comprensión excelente de mi situación —dijo el Kuat en voz alta—. La felicito, Kodir de Kuhlvult. Sus fuentes de información, y su cerebro inteligente, le han servido bien. —Cuidadosamente, de modo que sus movimientos no fuesen percibidos, el Kuat bajó una mano a un pequeño bolsillo de almacenamiento a un lado del asiento de pasajero del transporte personal—. En efecto, sí tiene mucho con lo que negociar para asegurar mi ayuda en localizar a esa hermana suya que se ha desviado tan misteriosamente de su mundo natal. —El enigma de cómo una hija de una de las casas gobernantes del planeta Kuat podía haber acabado como bailarina en el palacio de Jabba el Hutt era uno que lo intrigaba. El Kuat imaginó que quizá lo investigaría algún día. Pero ahora mismo tenía otros asuntos que atender; su mano se cerró alrededor de una empuñadura de metal frío—. Pero como usted decía, necesito eliminar cualquier evidencia que me condenaría a los ojos del Emperador Palpatine; hasta las pruebas que fui responsable de crear —sacó la pistola desintegradora del bolsillo de almacenamiento del asiento, la levantó y la apuntó directamente entre los ojos de la mujer sentada junto a él—. Considérese honrada, porque será la primera prueba de la que me habré ocupado. De verdad, sabe demasiado para que la deje seguir viviendo.

Ella se movió más deprisa de lo que el Kuat habría podido esperar jamás. Más deprisa, y más inteligentemente. Kodir no intentó agarrar el arma, ni escabullirse de la

trayectoria de su haz letal; pillada en los confines de su asiento de pasajero, no habría tenido la posibilidad de realizar ninguna de las dos antes de que un rayo láser hubiese quemado su paso a través de su cráneo. En su lugar, golpeó la palma de una mano contra el fino panel estructural que separaba el área de pasajeros de la cabina del transporte exactamente enfrente de los asientos. Ese movimiento fue justo lo suficiente para atraer instintivamente la vista del Kuat por un microsegundo, y apartarla de ella. Antes de que pudiese devolver su mirada a Kodir, la otra mano había asido el delantero de las rasgadas túnicas formales manchadas de sangre que todavía vestía. No intentó empujarlo lejos ni arrancarle el desintegrador de la mano; tiró del Kuat *hacia* sí misma. La presión de sus cuerpos juntos forzó su brazo fijo hacia arriba; la mano que sujetaba el desintegrador se sacudió hacia el techo del área de pasajeros. Logró soltar un disparo antes de que el otro antebrazo de ella lo aporrease en el cuello y el lateral de la mandíbula. El golpe fue lo bastante fuerte para levantarlo parcialmente del asiento; aturdido, el Kuat apenas se las arregló para evitar caer en el estrecho pasillo del área de pasajeros.

Las sirenas de alarma del transporte personal gemían mientras el Kuat volvía a enfocar su vista. Cuando su visión se aclaró, vio a Kodir sosteniendo la pistola desintegradora y un agujero carbonizado de bordes mellados a través del panel del techo.

—¿Qué está pasando? —llegó la voz urgente del piloto por el sistema de comunicaciones internas del transporte—. Técnico, ¿está bien? Conteste y confirme…

—Estoy bien —respondió el Kuat. Se retiró hasta su asiento de pasajero y se dejó caer sobre su acolchado—. Sólo hemos tenido un pequeño accidente. Nada de lo que preocuparse. —El rayo del desintegrador, aunque letal, no había sido lo suficientemente potente para atravesar el casco del transporte. Con una mano, el Kuat se frotó tentativamente la mandíbula magullada—. Continúe.

—Nos aproximamos al área de atraque. Estaremos abajo y a salvo en un minuto —la voz del piloto se apagó.

Desde donde estaba sentada, Kodir no se molestó en apuntar con el desintegrador al Kuat. El arma descansaba suelta en su palma mientras lo miraba.

—Creo —dijo Kodir— que ahora nos entendemos mejor.

—Sí… —asintió lentamente el Kuat. Todo el lateral de la mandíbula le dolía—. Ciertamente…

El transporte personal atracó. Convocados por el Kuat, un par de administradores de la división de seguridad de la corporación acompañaron a su nueva jefa de operaciones a sus oficinas. Los deberes de Kodir iban a empezar inmediatamente.

Antes incluso de que hubiese vuelto a sus alojamientos privados y estuviese solo de nuevo, sus pensamientos habían regresado a la misma senda que anteriormente. En la luz disminuida de las estrellas más allá de Astilleros de Propulsores Kuat, el Kuat de Kuat devolvió las pesadas túnicas formales a su soporte y pensó en el cazarrecompensas Boba Fett.

La clave, meditó el Kuat de Kuat. *Todavía es la clave…*

Del presente y el futuro, si iba a haber uno, de Astilleros de Propulsores Kuat. Y de ese pasado que ahora parecía más misterioso de lo que había sido antes.

El Kuat se sentó en el sillón junto al banco de su laboratorio. El felinx saltó a su regazo, y él acarició su pelaje sedoso, sus reflexiones distantes tanto en el espacio como en el tiempo.

En la oscuridad, pensó en el cazarrecompensas y el pasado.

15

ENTONCES

—Así que, ¿cómo crees que ha ido el trabajo?

El cazarrecompensas trandoshano Bossk estaba en la parte trasera de la cabina del *Esclavo I,* observando a su propietario y piloto hacer ajustes en su rumbo y esperando una respuesta. El espacio de la cabina era tan estrecho que la curva superior de sus mamparos presionaba contra los hombros cubiertos de escamas de Bossk.

La mirada con visor de Boba Fett se giró desde los controles de la nave.

—No veo ninguna necesidad —dijo llanamente— para cualquier clase de análisis post mortem de esta operación. Y «post mortem» es una manera de hablar inexacta. Tenemos la mercancía difícil por la que vinimos, y —hasta oculta por el casco de la armadura de batalla mandaloriana, la mirada de Fett pareció afilarse— nadie ha muerto en el proceso.

Eso es un juicio personal, pensó Bossk malhumorado. Si ni él ni Boba Fett habían muerto mientras capturaban al soldado de asalto imperial renegado Trhin Voss'on't, habían estado tan cerca como fue posible sin acabar realmente como cadáveres de ojos en blanco en aquel sucio planeta minero que acababan de dejar. Después de que el cuerpo inconsciente de Voss'on't hubiese sido arrojado a una de las jaulas de retención a bordo del área de carga principal del *Esclavo I*, Bossk había ido directamente al armario de suministros médicos de la nave y había empezado a remendarse. Ahora mismo, mientras estaba ahí en la cabina, su respiración era un poco corta, debido al vendaje transparente de compresión con que se había envuelto el torso, inmovilizando las costillas que se había quebrado cuando había caído de la maquinaria del perforacortezas. Toda aquella súbita erupción de caos desde debajo del deprimente abrevadero de la colonia minera abandonada iba a ser recordada en la memoria de Bossk como uno de los episodios menos agradables en su carrera de cazarrecompensas.

Mientras él había estado cuidando sus heridas, Boba Fett había ignorado la condición visiblemente peor en la que él mismo estaba (la inmensa masa del perforacortezas había, después de todo, aterrizado directamente encima de él) y había preparado el *Esclavo I* para el despegue. Bossk se había admitido a sí mismo a regañadientes que había sido lo más inteligente; no había manera de decir qué otras medidas defensivas podía haber instalado Voss'on't en el lugar, cualquiera de las cuales podría haber sido ya desencadenada por su captura. Mejor sacar la nave y su mercancía más allá de la órbita del planeta, sólo para estar seguros.

Una vez que eso estuvo atendido, Boba Fett se había tomado el tiempo para arreglarse, reemplazando las piezas estropeadas y rotas de su armadura y equipo operativo con las existencias de repuesto que llevaba a bordo del *Esclavo I*. Hasta su

casco: su visor oscuro se había agrietado por el peso del perforacortezas, pero Fett había restablecido el componente óptico, junto con la antena de comunicación montada a un lado que se había desprendido en la lucha. Cuando Bossk lo miró, el otro cazarrecompensas apareció igual de marcado por la experiencia que antes, con los colores de los antiguos guerreros mandalorianos arañados y desteñidos en el metal abollado del casco; pero no se veía *peor* que antes.

Bossk deseó poder decir lo mismo de sí. En lo que a él respectaba, las únicas criaturas a bordo del *Esclavo I* en peor forma eran el magullado ex-soldado de asalto abajo en la jaula de retención, y el cazarrecompensas muerto Zuckuss echado en uno de los armarios de almacenamiento de la nave. Aun cuando hubiese sido necesario, la manera impasible en que Boba Fett había puesto a Zuckuss permanentemente fuera de circulación todavía le parecía fría a Bossk. *Aunque eso es lo que obtienes*, supuso, *cuando te enganchas con alguien como Fett.* Era una lección que ya se había tomado en serio.

—¿Y ya está? —Bossk observó mientras Boba Fett se volvía hacia los controles de cabina—. ¿Nada más?

—No hay nada más que discutir —los hombros de Boba Fett se alzaron en un leve encogimiento—. Todo lo que queda es el día de pago. —Se inclinó hacia delante, el índice de una mano enguantada introduciendo algunos números nuevos en el ordenador de navegación—. Si es importante para ti, entonces se podría decir que nuestra sociedad, nuestra sociedad *temporal*, ha sido un éxito.

—Me alegra que pienses así —Bossk sacó algo de su cinturón y colocó su punta, con un agudo clic metálico, contra la parte trasera del casco de Boba Fett—. Porque voy a terminar con esa sociedad ahora mismo.

Boba Fett giró la cabeza y se encontró mirando la boca de la pistola desintegradora de Bossk. La idea de la expresión sorprendida que pudiese haber en su cara, detrás del visor del casco, divertía a Bossk.

—¿Qué se supone que significa esto? —la voz de Fett no delataba ninguna señal de emoción.

—Te daría tres oportunidades, si creyese que las necesitas —Bossk mantuvo el arma apuntada directamente al centro del visor del casco—. Pero no las necesitas. Quizá hayas sido lo bastante necio para confiar en mí y aceptarme como socio, pero estoy seguro de que puedes imaginar lo que está sucediendo ahora —un lado del hocico de Bossk se rizó en una sonrisa gruñona—. Como decía, esta sociedad se ha *terminado* —dio un paso atrás por la puerta de la cabina e hizo un gesto con la pistola desintegradora—. Levántate.

—Muy bien —Boba Fett giró el asiento del piloto—. Pero como ex-socio, déjame darte un pequeño consejo. Esto no es una buena idea.

—Cállate. Date la vuelta y encara el parabrisas —Bossk había mantenido un ojo cuidadoso en el otro cazarrecompensas mientras se levantaba—. No intentes nada. Este desintegrador tiene un gatillo fácil… y yo también. —Con la mano libre, alcanzó y agarró las diversas armas más grandes de donde colgaban en la espalda de Boba Fett. Las tiró al rincón más alejado de la cabina, fuera de alcance. Apuntalando la boca del desintegrador

entre los omóplatos del otro, Bossk rompió los cables de control para las armas montadas en las muñecas y antebrazos de Fett. Todo el tiempo que había estado a bordo del *Esclavo I* había estado observando atentamente a Fett por indicios de cualquier artilugio oculto. Ahora, al volver a apartarse de él, Bossk estaba seguro de que estaba completamente desarmado—. Muy bien —dijo Bossk. Se retiró al espacio fuera de la escotilla de la cabina, todavía apuntando el desintegrador a Boba Fett—. Hora de dirigirse abajo.

Fett estaba a medio camino bajando los peldaños de metal de la escalera cuando se detuvo y miró arriba a Bossk, que sujetaba el desintegrador sobre él.

—Por supuesto te haces cargo —dijo Boba Fett apaciblemente— de que aquí estás corriendo unos riesgos bastante grandes. Ésta es mi nave; es tan parte de mí como cualquiera de esas armas que acabas de quitarme. ¿De verdad piensas que no tengo otros medios de defensa a mano?

—Ya no, no los tienes —acuclillándose a un lado del portal de la escalera, Bossk buscó con la mano libre en una de las cartucheras de su cinturón. Sacó un puñado de fuentes de energía en miniatura, mecanismos activadores y relés de sensores. Resplandecieron brillante y ominosamente en su mano—. Me he mantenido ocupado mientras he estado aquí en el *Esclavo I*. Había echado un buen vistazo por ahí, y vine preparado para hacer algunos pequeños cambios propios. Déjame decirte, amigo: no te queda ningún truco bajo la manga —Bossk hizo una señal con el cañón del desintegrador—. Sigue adelante.

Cuando Boba Fett alcanzó el pie de la escalera y se apartó de ella, Bossk no se molestó en bajar tras él. Saltó, aterrizando con las rodillas dobladas y apuntando inmediatamente el desintegrador al centro del casco con visor de Fett.

—¿Ves? —se irguió, sonriendo—. No eres la única persona capaz de algunas sorpresas.

—Aparentemente no —Boba Fett cruzó los brazos delante del pecho—. Te felicito. Debes de haber estado planeando esto algún tiempo.

—Ahí le has dado. Lo estaba planeando incluso antes de que llegase y tuviésemos nuestra pequeña charla, cuando acordaste ir conmigo en este trabajo —Bossk señaló con una garra pulgar hacia el ex-soldado de asalto Voss'on't, todavía yaciendo inconsciente en el suelo de la jaula de retención detrás de Fett—. Por muy bien que puediese estar obtener la mitad de la recompensa por esta pieza de mercancía en particular, no habrá nada mejor que conseguir *todos* los créditos.

—Que es lo que querías desde el principio —Boba Fett sacudió lentamente la cabeza—. No muy buena sociedad.

—Sí, vale —se burló de él Bossk—. Me rompe el corazón sólo pensar en traicionar tu confianza y todo eso. ¿Pero quieres saber un par de cosas? Una, no me importa los cuartos traseros de una rata womp lo que pienses de eso. Y dos: el giro en redondo es juego limpio. Confiaste en mí como socio, de la misma manera que el antiguo Gremio de

Cazarrecompensas confió en ti cuando llegaste y solicitaste afiliación. Cuando todo el tiempo estuviste planeando hundir una vibrocuchilla en nuestra espalda colectiva.

—¿Quién te contó eso?

—Nadie tuvo que contármelo, Fett; pude deducirlo solo —Bossk apretó su agarre en la pistola desintegradora—. Todo lo que necesitaba era alguna confirmación de mis sospechas. Y la obtuve a través de algunos contactos dentro de Sol Negro. Por hacer algunos créditos, estuvieron contentos de darme algunas golosinas interesantes sobre lo que su jefe, el Príncipe Xizor, esperaba hacerle al Gremio.

El casco de Boba Fett giró a un lado, como si los ojos detrás del visor oscuro estuviesen mirando más duramente a Bossk.

—¿Qué tiene que ver Xizor con todo esto?

—No te hagas el tonto conmigo, Fett. No tengo tiempo para eso —Bossk levantó el desintegrador, llevándolo al nivel del casco del otro cazarrecompensas—. Y de hecho, tú tampoco. No te queda nada de tiempo en absoluto.

—¿Qué planeas hacer?

—Lo mismo que he querido hacer desde hace mucho. Desde el día que nuestros caminos se cruzaron por primera vez, supe que este momento llegaría, Fett. Y que uno de nosotros estaría vivo después, y uno de nosotros no. Adivina cuál vas a ser *tú*.

Boba Fett irradiaba la misma calma extraña que antes.

—Es mucha cháchara para alguien con la intención de asesinar.

—No quería —dijo Bossk— perder mi oportunidad de decir exactamente lo que pienso de ti. Pero tienes razón. Así que me acabo de quedar sin palabras. Y ahora comienza la diversión —Bossk mantuvo el desintegrador apuntado al otro cazarrecompensas, y usó su mano libre para hacer un ademán hacia la esclusa de aire externa del área de carga—. Tampoco quiero oír más palabras de ti. De manera que vas a salir donde las cosas no hacen ningún sonido. Ahora estamos rodeados de vacuidad, Fett. Toma un aliento profundo, porque será el último —la sonrisa forrada de colmillos de Bossk se amplió—. Voy a disfrutar dándole la vuelta a esta nave para echar un vistazo a lo que quede de ti, después de que tu sangre se haya consumido y tu cuerpo haya explotado por la despresurización. He oído que el proceso dura justo lo suficiente para que lo sientas; quizá un segundo o dos. Apuesto que tampoco pasarán deprisa —esta vez, hizo una señal con el arma—. Muévete. Conoces la salida.

—Tu minuciosidad es encomiable —Boba Fett dio un paso hacia la escotilla—. He estado arrinconado dentro de mi propia nave anteriormente (alguna de la mercancía difícil que he transportado ha sido muy ingeniosa), pero nunca antes habían inutilizado los sistemas de defensa internos del *Esclavo I*. Ésa es nueva —se detuvo y llevó la mirada uniforme de su casco con visor directamente hacia Bossk—. Sólo es una lástima que no pensases en todo.

—¿Sí? ¿Como qué?

—Todo lo que se necesita es pasar por alto un pequeño detalle —Boba Fett alcanzó y tocó el lateral de su casco—. Has dejado mi sistema de comunicación funcionando.

Cuidado, se advirtió a sí mismo Bossk. *La escoria está jugando juegos mentales contigo.*

—Vaya cosa —dijo en voz alta—. ¿A quién vas a llamar por ayuda? Estamos solos aquí, y no hay ninguna otra nave en este sector de la galaxia. Créeme: también he comprobado eso —señaló por encima del hombro con una garra pulgar—. Y un soldado de asalto sin sentido encerrado en una jaula no va a venir en tu rescate próximamente. Así que sigue. Ten suficientes agallas para entrar en la esclusa de aire por tus propias fuerzas. No tienes otra opción.

Boba Fett no dio ninguna respuesta. Bossk pensó que oía un susurro apagado, como si Fett hubiese hablado en el micrófono de comunicaciones oculto dentro de su casco. Pasaron algunos segundos; entonces Bossk supo seguro que había oído algo. Uno de los armarios de almacenamiento detrás de él se había destapado, su puerta de metal abriéndose y levantándose hacia arriba.

—Buen intento —Bossk no se molestó en darse la vuelta y mirar—. Si crees que un truco ingenuo como ése me va a hacer apartar los ojos y este desintegrador de ti, entonces estoy realmente decepcionado. Esperaba más de ti que sólo intentar distraer mi atención con un ruidito activado por comunicador.

—Vale. ¿Esto está mejor?

Le sorprendió oír otra voz hablando, y desde justo detrás de él. Bossk se sorprendió aún más cuando sintió la inconfundible presión fría de la boca de una pistola desintegradora colocada contra la parte trasera de su cabeza.

Entonces fue cuando Bossk reconoció la otra voz.

—¡Zuckuss!

La boca del desintegrador no se movió de la base de su cráneo.

—Correcto —dijo Zuckuss, todavía detrás de él—. Ahora, ¿por qué no bajas el arma? Francamente no me gusta que la apuntes a *mi* socio.

—Yo la tomaré —Boba Fett dio un paso al frente y retiró el desintegrador del agarre aflojado de Bossk. Hizo un gesto con él hacia la jaula de retención—. Sitúate ahí.

Bossk murmuró una cadena de maldiciones trandoshanas guturales mientras retrocedía hacia los barrotes de duracero verticales.

—Hablando de trucos sucios… —sus ojos se estrecharon en rendijas cuando miró a Zuckuss—. No estabas muerto en absoluto.

—Intento evitarlo, cuando puedo. —El desintegrador en la mano de Zuckuss se reflejaba en sus grandes ojos de insecto—. Aunque para uno de mi especie, es bastante fácil de imitar —sacó dos cilindros de amoníaco en miniatura de los tubos colgantes de su aparato respiratorio—. Cuando vienes de un planeta como Gand, donde tenemos tanto respiradores de amoníaco como respiradores de oxígeno, tienes que ser adaptable. En un entorno rico en oxígeno, puedo apagar todos los signos vitales respiratorios y externos, normalmente sólo durante un par de minutos. Pero con un par de éstos —Zuckuss sostuvo en alto las unidades de aire—, puedo pasar días así. En realidad es un poco relajante.

—Y útil —dijo Boba Fett—. He descubierto que, cuando trato con trandoshanos, es bueno tener *otro* socio a mano.

—Limoso… —las palabras le faltaron a Bossk mientras sus manos con garras se apretaban en puños impotentes. No sabía a cuál de las dos figuras delante de él despreciaba más—. ¿Cómo has podido hacer esto? —gruñó a Zuckuss—. Hemos trabajado juntos; hemos sido *verdaderos* compañeros…

—Los negocios son los negocios —Zuckuss hizo un leve encogimiento de hombros—. Y aquí Boba Fett me hizo una oferta que simplemente no pude rechazar. Hablamos del cuarenta por ciento de la recompensa por la mercancía difícil en la jaula.

—*¡Cuarenta!* ¡Yo te habría dado directamente una mitad!

—Sí, pero… —Zuckuss sacudió la cabeza con pesar—. Ahora mismo no estás exactamente en posición de negociar.

Bossk se calló, excepto por el rechinar de sus colmillos y el pulso de la sangre martilleando dentro de su cabeza. La traición de las criaturas sensibles era enfurecedora.

—Y tú… —Bossk giró su mirada teñida de rojo hacia Boba Fett—. Esto es lo que estuviste planeando todo el tiempo. ¿No lo es?

—Al igual que tú estabas haciendo tus propios planes. —Boba Fett metió en su cinturón la pistola desintegradora que le había quitado a Bossk. Alargó la mano vacía hacia Zuckuss, de pie junto a él—. Dame tu desintegrador.

—¿Eh? —los grandes ojos de Zuckuss se desorbitaron con perplejidad—. ¿Por qué?

—Sólo dámelo.

Zuckuss entregó el arma.

—Gracias. —Boba Fett hizo una comprobación rápida de la célula de energía del desintegrador, y después lo levantó y lo apuntó a Zuckuss—. Ahora ponte ahí con él.

—¿Qué… qué estás haciendo…?

Boba Fett hizo una señal con el cañón del desintegrador.

—Puedes ir ahí con Bossk, o puedo matarte justo donde estás. Tu elección.

—Pensaba… —Zuckuss sacudió la cabeza con consternación mientras se unía a Bossk a un lado del área de carga del *Esclavo I*—. Pensaba que éramos *socios*…

—Idiota —la aversión que creció dentro de Bossk fue tanta que golpeó la cabeza de Zuckuss con la palma de la mano—. *Nunca* entregues así un arma a alguien.

—¿Cómo se suponía que debía saberlo? —Zuckuss se frotó el lateral de la cabeza—. Confiaba en él…

—Ése fue tu primer error. —Boba Fett mantenía a ambos cubiertos con la pistola desintegradora en su mano enguantada. Volvió la mirada hacia Bossk—. Tu error estuvo en creer que yo confiaría en ti. Pude figurarme desde el principio que planeabas eliminarme en cuanto tuviésemos la mercancía difícil a salvo en nuestra posesión.

—Muy bien —Bossk asintió mientras separaba las manos—. Es una valoración justa. No puedes culparme por intentarlo. Y sí que te ayudé a capturar a Voss'on't. Así que, ¿qué tal si simplemente olvidamos esa parte de mi plan, y seguimos adelante y lo

entregamos a Kud'ar Mub'at y dividimos la recompensa a medias, como íbamos a hacer originalmente?

—¡Ey! —chirrió en protesta la voz de Zuckuss—. ¿Qué pasa conmigo? ¿Yo qué recibo?

—Ninguno de vosotros va a recibir nada —dijo Boba Fett—, excepto un rayo desintegrador entre los ojos. Mi paciencia no es ilimitada.

—Creo que Zuckuss tiene un punto —tener un desintegrador apuntándole había lanzado a toda velocidad los pensamientos de Bossk—. Lo que es justo es justo, después de todo —Bossk dio un paso detrás de Zuckuss y colocó sus manos con garras sobre los hombros del cazarrecompensas más pequeño—. Después de todo, no intentábamos hacer nada diferente. Ya sabes: sólo jugar para ganar.

—Tienes razón. —El desintegrador no vaciló en el agarre de Boba Fett—. Jugabais para ganar, y yo jugaba para ganar. La diferencia es… que yo he ganado.

Bossk no dijo nada más. En su lugar, en un movimiento rápido, levantó a Zuckuss entero del suelo del área de carga y lo lanzó contra Boba Fett. Antes incluso de que la agitada forma en pánico de Zuckuss golpease a Fett, Bossk se estaba dirigiendo en una carrera agachada hacia el otro lado de la nave. Un rayo desintegrador chamuscó más allá de su hombro cuando saltó por su única oportunidad de huir.

Había descubierto la escotilla redonda de la vaina de escape auxiliar cuando anteriormente había comprobado los accesorios del *Esclavo I*. La vaina de escape debía de ser equipamiento original instalado por los Astilleros de Propulsores Kuat cuando la compañía construyó la nave para Boba Fett; era difícil creer que Boba Fett hubiese tenido mucho uso para el dispositivo. Bossk ni siquiera estaba seguro de que la vaina estuviese en condiciones operacionales; su precinto cobertor externo había sido destornillado y descartado, como si Boba Fett ya hubiese decidido quitar la vaina y el mecanismo de lanzamiento conectado. Pero todavía merecía la pena el intento. Chispas calientes fustigaron su espinazo cuando otro rayo alcanzó el mamparo por encima de él; la escotilla de la vaina de escape se abrió y él se lanzó de cabeza en su oscuro espacio apretado.

—No vas a ir a ninguna parte, Bossk…

Desde dentro de la vaina de emergencia, Bossk miró por del borde de su escotilla abierta. Vio a Zuckuss yaciendo sobre el suelo del área de carga, cubriéndose la cabeza con ambos antebrazos. La figura con casco de Boba Fett estaba de pie sobre él, el desintegrador apuntado hacia la vaina.

—Ya he dado la señal a la cabina e invalidado la secuencia de lanzamiento de esa vaina. —El desintegrador en la mano de Fett estaba nivelado con el centro exacto de la escotilla de la vaina—. Es un callejón sin salida para ti. Literalmente.

—Quizá sea así… —contestó gritando Bossk a Boba Fett. Retirando la cabeza, Bossk buscó rápidamente por las cartucheras de su cinturón. No tenía armas, pero había algo que todavía podía serle de utilidad. Encontró el minúsculo objeto, una de las piezas de equipo que había extraído de los circuitos del *Esclavo I* cuando había inhabilitado los sistemas de defensa de a bordo de Fett. Cuando presionó un botón encima del pequeño

cilindro, una fila de luces rojas diminutas empezó a parpadear en su lateral. Manteniendo el pulgar sobre el botón, lo alargó para que Boba Fett pudiese verlo a través de la escotilla abierta—. Hablemos.

Fuera de la vaina, en el centro del área de carga de la nave, Zuckuss levantó la cabeza.

—Bossk… —También había reconocido el dispositivo—. ¿Qué estás haciendo? ¡Vas a matarnos a todos!

—Ésa es la idea —dijo Bossk sombríamente—. No me voy a ir a menos que pueda llevarme a todos los demás conmigo —sostuvo el cilindro destellante un poco más alto—. Fett, sabes qué es esto, ¿no? Deberías; era parte de tu equipo aquí.

—Detonador térmico en miniatura —respondió Boba Fett—. No es gran cosa; he visto a criaturas intentar llegar a un acuerdo usando los de tamaño completo. Cuando son tan pequeños, sólo son útiles para echar por la borda secciones del fuselaje de una nave que puedan haber sido dañadas en un intercambio de fuego de cañón láser; es la única razón de que hubiese alguno a bordo del *Esclavo I* —Fett sacudió la cabeza—. Puedes volarte con esa cosa, pero no es lo bastante potente para eliminar esta nave entera.

—No tiene que serlo —Bossk se apartó prudentemente del borde de la escotilla abierta de la vaina de escape—. Todo lo que tiene que hacer es una brecha lo bastante grande en un lado del casco, y pasarás un mal rato para volver a la red de Kud'ar Mub'at sin descansar para unas largas reparaciones. Y tanto tú como yo sabemos que ya se ha divulgado la noticia de que hemos capturado a Trhin Voss'on't. ¿De verdad quieres estar sentado fuera en medio del espacio vacío en una nave estropeada, mientras cada cazarrecompensas de la galaxia se dirige hacia aquí para intentar levantarte esa valiosa pieza de mercancía difícil?

Boba Fett guardó silencio unos segundos; después dio un único asentimiento.

—Muy bien —dijo—. Haré un trato contigo. Activaré la secuencia de lanzamiento de la vaina, y podrás irte. Pero cuando nos crucemos otra vez, entonces mejor que estés preparado.

—No te preocupes. Lo estaré.

—Acopla el seguro en el detonador y lánzalo aquí fuera.

—Tienes que estar bromeando —Bossk ladró una risa corta—. Desactivaré esta cosa cuando esté a salvo en camino. Y ni un segundo antes de eso.

—Como desees —Boba Fett bajó la mano libre y agarró a Zuckuss por debajo del brazo—. Venga: tú también te vas de viaje.

—¿Qué… qué estás… —farfulló Zuckuss con confusión mientras Boba Fett lo arrastraba hacia la vaina de escape de emergencia—. Pero… pero me *debes*…

—Y estoy pagando la deuda —sujetando el desintegrador junto al lateral de su casco, Boba Fett pateó a Zuckuss dentro de la vaina con un solo impulso con la bota—. Voy a dejarte vivir.

El interior de la vaina apenas era suficientemente grande para ambos cazarrecompensas; el espinazo de Bossk estaba chafado contra la pared curva, con uno de

los brazos de Zuckuss atravesado en su cara. Empujó a Zuckuss a un lado mientras la escotilla empezaba a sellarse. Echó un último vistazo a la fría mirada con visor de Boba Fett; después tiró fuera el detonador justo cuando la escotilla se cerraba.

El lanzamiento ya había comenzado, como si la vaina fuese una arcaica bala de metal siendo disparada desde el mosquete de pólvora de alguna tribu primitiva. La violenta onda de choque de la explosión del detonador, a bordo del *Esclavo I*, volteó a Bossk y a Zukuss dentro de la vaina mientras salía disparada de la nave.

—¿Para qué has hecho eso? —La velocidad de la vaina la había llevado más allá de los efectos de la conmoción de la explosión. Sangrando por un arañazo en la frente, Zuckuss se inclinó a un lado del apretado espacio—. ¡Si esa cosa hubiese estallado medio segundo antes, no habríamos escapado!

—Tampoco habríamos escapado si Boba Fett hubiese podido girar su nave y volarnos en pedazos con uno de sus cañones láser —Bossk se inclinó hacia delante, rodeando sus rodillas con sus brazos muy musculosos—. Quería asegurarme de que era bueno y estaba distraído, hasta que estuviésemos a salvo fuera del alcance de fuego.

—Oh. Buena idea —Zuckuss se movió, intentando hacerse sitio dentro de la vaina de escape—. Para variar —dijo con aversión—, creo que voy a procurarme un compañero más de confianza —sus grandes ojos insectoides miraron arriba, como buscando alguna indicación del vuelo de la vaina a través del vacío del espacio—. ¿Dónde crees que va a terminar esta cosa?

—¿Quién sabe? —Bossk era bien consciente de que la elección de destino no era una característica de tales dispositivos; estaban programados para buscar y dirigirse al planeta habitable más cercano—. Lo descubriremos cuando lleguemos allí.

Lo único que sí sabía (una certeza perfecta en el silencio rumiante que llenaba su corazón y cualquier otro espacio dentro de él) era que, de una u otra manera, más tarde o más temprano, encontraría su camino de vuelta a Boba Fett.

Y entonces, juró Bossk, *esa escoria va a pagar…*

A lo grande.

El daño no fue extenso, y fue fácilmente contenido. Había habido una caída momentánea en la presión atmosférica a bordo del *Esclavo I* cuando el aire había salido por el agujero creado por el gesto de despedida de Bossk con el detonador térmico en miniatura. Pero los propios sistemas de defensa homeostática de la nave habían sido activados por sus sensores, que habían registrado la explosión; la estructura y superficie del casco próximas a la bahía de lanzamiento de la vaina de escape se habían sellado como una herida rápidamente remendada en el tejido blando de una criatura viva.

Antes incluso de que la presión interna de la nave se hubiese estabilizado, Boba Fett también estuvo trabajando, minimizando los efectos de la explosión. El casco de su armadura de batalla mandaloriana contenía su propio suministro de aire de emergencia:

sólo valía para unos minutos, pero era suficiente para que alcanzase otra fuente de a bordo si era necesario. Había estado más preocupado por el bienestar de la mercancía difícil dentro de la jaula de retención del área de carga; el ex-soldado de asalto Trhin Voss'on't sólo era valioso si seguía vivo. Fett había agarrado una lata de oxígeno de uno de los armarios de almacenamiento, y luego había llegado a la jaula y había fijado la máscara adjunta sobre la cara jadeante de Voss'on't. Los párpados de Voss'on't habían aleteado un momento, como si la conmoción anóxica hubiese sido suficiente para despertarlo a la consciencia; un golpe rápido en el lateral de su cabeza lo había sometido de forma segura otra vez.

Ocuparse de la mercancía había impedido a Boba Fett tomar represalias contra el huido Bossk. Para cuando el daño al *Esclavo I* hubo estado contenido y todos los sistemas estabilizados, Boba Fett había subido a la cabina de la nave y no había encontrado rastro de la vaina de escape en ninguno de los escáneres. *Da igual*, pensó Fett. La mera venganza raramente era una prioridad para él, y ciertamente ahora no valía la pena dedicar ni un momento a perseguir. Si se topaba con Bossk otra vez, podría ocuparse del trandoshano en esa ocasión.

Ahora mismo, sin embargo, tenía negocios que terminar. Cuanto antes se desprendiese de la mercancía difícil que llevaba, y cobrase la recompensa por ella, más cómodo se sentiría. Bossk tenía razón en una cosa: cuanto más tiempo estuviese ahí fuera, atraería más la atención de otros cazarrecompensas. Indudablemente podría rechazarlos a todos, pero ¿por qué hacer el esfuerzo si no era necesario? Inclinándose sobre los controles de la cabina, leyendo los medidores de evaluación de daños, Boba Fett empezó a descifrar en qué clase de condiciones de navegación estaba el *Esclavo I*.

Menos de una parte de tiempo estándar después, tenía su respuesta. *Hará el viaje*, decidió Boba Fett, *pero estará en mal estado cuando llegue allí.* Había regresado a la cabina tras una comprobación exhaustiva de las secciones de casco dañadas, examinándolas con un equipo de diagnósticos estructurales del área de carga. El ordenador principal de la nave había forzado los números que había factorizado, y los resultados no eran buenos. El *Esclavo I* no estaba en peligro inminente de desintegración, y podría hasta viajar una distancia indeterminada, siempre que lo mantuviese a velocidades subluz. Pero la explosión había debilitado severamente los puertos impulsores de ángulo ajustado y las capacidades de maniobra; las tensiones de un salto al hiperespacio arrancarían completamente del casco algunas de las superficies de control. El *Esclavo I* podría alcanzar la red de Kud'ar Mub'at, pero la nave sería una inválida coja cuando llegase.

No tenía elección. Quedarse ahí en ese sector mientras hacía reparaciones lo convertiría en un objetivo fijo para todo el que tuviese un ojo puesto en la mercancía difícil que transportaba. La seguridad que vendría con desestibar su precioso cargamento vivo se hallaba al otro lado de la galaxia.

Seguridad… y un montón extremadamente grande de créditos.

Ninguna elección en absoluto.

Con cuidado y precisión, empezó a introducir las coordenadas en el ordenador de navegación, preparándose para el salto al hiperespacio.

—El explorador a distancia acaba de dar parte, señor —con una leve inclinación de cabeza, el especialista de comunicaciones de Sol Negro relató la información—. Su mensaje manifiesta que la nave de Boba Fett ha abandonado el sector en el que fue vista por última vez.

—Muy bien —el Príncipe Xizor se apartó del mirador principal de sus alojamientos a bordo de la *Virago*. De momento, más allá no se mostraba nada salvo estrellas y vacío—. Alerte a todo el personal. No debería pasar mucho tiempo antes de que llegue aquí.

—Como mandéis, señor.

—Asegúrese de que todo el mundo lo entiende —la mirada de Xizor permaneció un momento en el subordinado antes de que reanudase su contemplación de las piezas brillantes de la galaxia—. Debemos estar preparados para recibirlo. De la manera —Xizor se sonrió— que se merece…

El especialista de comunicaciones dio un rápido asentimiento de reconocimiento, y después se apresuró a marcharse.

El Príncipe Xizor cruzó los brazos delante del pecho, dejando que los párpados se le medio cerrasen con el placer de sus meditaciones.

Una muerte rápida, pensó, *pero una segura.* ¿Qué podría ser más apropiado para alguien como Boba Fett?

16

AHORA

—¿Has averiguado todo? —Boba Fett miró por encima del hombro a la mujer que estaba en la escotilla de la cabina—. ¿Todo lo que querías saber?

Neelah sacudió la cabeza.

—He decidido darle un respiro a Dengar —dijo—. Lo hemos dejado justo en una parte buena —sonrió maliciosamente—. Estaban a punto de matarte.

—¿En qué ocasión?

—¿Importa? —la mirada en la cara de Neelah era casi de admiración—. Contar tu historia parece ser un proceso largo.

—He estado un poco por ahí. —Había poca necesidad actual de que se fijase en los controles del *Diente de Perro*. El rumbo de la nave ya había sido fijado—. Si otras criaturas piensan que es tan notable, no es mi culpa. Sólo me ocupo de mis asuntos.

—Asuntos sanguinarios, por cómo suena.

Fett se encogió de hombros.

—Es un modo de vida.

—Para ti.

—Eso es todo lo que importa.

Neelah le echó una mirada asqueada.

—Empiezo a preguntarme si pasar tiempo contigo es tan buena idea.

—Todo depende —dijo Fett tranquilamente—. Ahora mismo podrías estar más a salvo conmigo que en cualquier otro lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Está sucediendo mucho en esta galaxia —Boba Fett señaló hacia la ventana—. He estado repasando el tráfico de datos de las bandas de comunicación más importantes. Hay una gran confrontación formándose entre el Imperio y la Alianza Rebelde, en algún lugar cerca de Endor. Hay muchos recursos imperiales yendo a ese sector. Por cómo suena, podría ser algo enorme. Y decisivo.

—¿Y? —Neelah no parecía impresionada—. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros? Por lo que ahora acabo de escuchar de Dengar, siempre te las has arreglado para sobrevivir sin importar quién estaba al mando.

—Eso es posible —dijo Boba Fett— cuando hay más de un poder dominando la galaxia. Puede lograrse mucho justo debajo de las narices de incluso un déspota como el Emperador Palpatine, cuando su atención está concentrada en enemigos lo bastante fuertes para desafiarlo. La Alianza Rebelde le ha dado muchos problemas hasta ahora, pero la suerte de los rebeldes podría estar acabándose por fin. Palpatine ha tenido

suficientes ocasiones para descifrar sus debilidades, y ahora pretende aplastarlos de una vez por todas.

—¿Y crees que es lo que sucederá?

—No estaría en contra de ello. —Boba Fett giró el asiento del piloto de vuelta hacia los controles de cabina—. Y será una galaxia mucho más fría, dura *y* sanguinaria cuando ocurra. Sea lo que sea lo que pienses de mí, al menos soy un operador independiente. El beneficio es todo lo que me motiva. Con el Emperador Palpatine es algo diferente.

Miró por encima del hombro y vio a Neelah asentir lentamente, sumida en sus propios pensamientos. Fett sabía que estaba evaluando sus propias posibilidades en una galaxia como la que acababa de describir. No era tan tonta como para pensar mucho en ellas. Pero él también sabía que eso no iba a detenerla.

Al igual que no iba a detenerlo a él.

Sin mirar, Boba Fett supo que estaba solo otra vez. Neelah había regresado al área de carga de la nave. Se reclinó en el asiento del piloto, las manos planas sobre los brazos de éste. Pronto el *Diente* llegaría a su destino. Hasta entonces, sólo había espera y preparación; eso era todo. Eso, y la certeza de la muerte: la suya o la de otra criatura.

Como lo había sido antes, cuando su propia nave, el *Esclavo I*, lo había llevado a la trampa donde se suponía que moriría.

Detrás del visor de su casco, cerró los ojos, dejándose caer en la oscuridad más verdadera de su pasado.

¿Cuántas veces, se preguntó Boba Fett, podría morir… y aun así no morir? Algún día todo habría terminado para él…

Pero aún no, se susurró a sí mismo. *Aún no.*

SOBRE EL AUTOR

K. W. JETER es uno de los escritores de ciencia-ficción que trabajan hoy en día más respetados. Su primera novela, *Dr. Adder*, fue descrita por Philip K. Dick como «una novela estupenda… destruye de una vez por todas todo tu concepto de las limitaciones de la ciencia-ficción». *El Límite de lo Humano* resuelve muchas discrepancias entre la película *Blade Runner* y la novela en la que está basada, *¿Sueñan los Androides con Ovejas Eléctricas?* de Dick. Los otros libros de Jeter han sido descritos por tener una «intensidad que quema el cerebro» *(The Village Voice)*, por ser «duros y creíbles» *(Locus)* y «un gozo de la primera palabra a la última» *(San Francisco Chronicle)*. Es el autor de más de veinte novelas, incluyendo *Farewell Horizontal* y *Wolf Flow*. Su última novela, *NOIR*, fue descrita por el *New York Times* como «el equivalente en ciencia-ficción a *El Nombre de la Rosa*».